

LOS SIN NOMBRE

Luis Muñoz-Cangas



A mi hija Nadia

© de la presente edición revistahincapie.com

© del texto Luis Muñoz-Cangas

Primera Edición: Noviembre 2015

Portada y maquetación: I.Lorente

Depósito legal: BI-1511-2015

ISBN: 978-84-939238-2-2

Si quieres aportar alguna sugerencia para futuras ediciones, escribe a:

revistahincapie@gmail.com

www.lossinnombre.com

reversovida.blogspot.com

 ÍNDICE

MI MUERTE	7
<i>MARZO</i>	11
<i>COLETTE</i>	15
<i>LA NOTICIA</i>	23
EL NAUFRAGIO.....	33
<i>BEN</i>	35
<i>BRIDGET</i>	43
<i>EL NIÑO</i>	47
TILFLUGT	51
<i>JÜRGEN</i>	53
<i>GOLD</i>	61
<i>EL VIAJE</i>	69
<i>EL REFUGIO</i>	75
<i>NICA</i>	111
<i>EDEN</i>	125
<i>EN LA OSCURIDAD</i>	129
HISTORIAS DEL GOLD INN	135
LA AUSENCIA	161
MARTIN	169
STING.....	191
LOS SIN NOMBRE	207
2666	229
CRUCE DE MENSAJES.....	239
UNA NUEVA MAR.....	255
PALE BLUE EYES.....	261

MI MUERTE

Fue un siete de marzo, el día que celebraba mi treinta y cinco cumpleaños, cuando recibí la noticia de mi muerte.

MARZO

Todo en mi vida ha ocurrido en el tercer mes del calendario, marzo. Parece una sentencia exagerada, pero el cúmulo de sucesos que me han salpicado durante estos treinta y un días a caballo entre el invierno tardío y el esplendor primaveral es tal que he llegado a pensar que los once meses restantes son una fase de letargo cuyo destino es preceder a mi único mes de plena actividad.

En marzo nací y ahí empezó todo. Un mes funesto de marzo, que no logro recordar con claridad, murieron mis abuelos maternos, primero mi abuela de un ictus cerebral y unos días más tarde el abuelo, que agonizaba desde hacía varios meses por las malas artes de un tumor pulmonar. Con apenas doce años mis padres nos comunicaron a mis dos hermanas mayores y a mí que su matrimonio fue un error y que a partir de entonces yo iba a ser una maleta de intercambio entre ambos púgiles. Recuerdo con claridad cómo marzo se estaba apagando cuando mi padre y mi madre también soplaban las últimas velas de su relación.

Un frío marzo me operaron de apendicitis, y otros marzos he pasado por el quirófano por diversas causas, una rotura de ligamento cruzado anterior de la rodilla derecha, vegetaciones, una hernia de hiato que hacía de mis digestiones una auténtica pesadilla y hace unos pocos años para corregir mi congénita miopía. Durante un mes de marzo pasé los días más aterradores de mi vida, una prolongada actividad sísmica en la zona norte de Perú en la época de mi voluntariado en una pequeña ONG que realizaba proyectos orientados al desarrollo de las comunidades indígenas.

En un cálido marzo tuve mi primera experiencia sexual. Estaba de vacaciones de una Semana Santa prematura y con mis dieciséis años las hormonas confundidas confluyeron con las de una chica un año mayor que me enseñó que en breve podría simular ser un adulto.

El mes de marzo que cumplí la mayoría de edad me enamoré por primera vez. La chica se llamaba Asia y curiosamente sus rasgos eran orientales sin ser ese su lugar de origen. Parecía que sus padres hubiesen elegido el nombre intuyendo que su figura iba a representar lo más puro de ese armónico continente. Esa fue la sensación que me transmitió al verla por primera vez en la Universidad, la de armonía en su conjunto. Asia era una chica muy delgada, con el pelo corto y visiblemente acomplejada por su falta de curvas. Era la típica alumna que llevaba siempre la carpeta pegada a su pecho como un escudo protector de las miradas del sexo opuesto. Esa indefensión me cautivó. Estuve meses vigilando sus movimientos, uno a uno, como un detective privado al que se le hubiese asignado esa misión. Un mes de marzo comprendí que esa especie de locura que me maniataba, ese malestar o bienestar alternativo, esa bipolaridad emocional, debía ser lo que algún amigo me había contado que se sentía al estar enamorado. En la fiesta oficial de la universidad di el paso necesario y la abordé. Fue mi primer desengaño amoroso. En marzo me enamoré y en marzo fui rechazado por vez primera. Asia no sabía quién era, para ella simulaba ser un ente transparente con la misma importancia que podía tener cualquier insecto nocturno del campus. Y ese mismo mes de marzo, no supe nunca si era debido al fracaso amoroso o a otras causas, me atacó mi primera crisis de ansiedad y comencé la relación con mis "ayudas", los salvadores ansiolíticos.

En un áspero mes de marzo fui consciente de que ya había terminado de crecer y de que el cuerpo y aspecto que estaba delante del espejo era el definitivo que me iría acompañando durante muchos años de mi vida. Supe que solo los cambios debido a costumbres desordenadas podrían empeorar el molde.

En marzo también me han sucedido cosas positivas. Un veinte de marzo comencé a colaborar con la revista donde lo hago en la actualidad, hace doce años recorrí en marzo con un amigo el país rural, luminoso, abrasador o sorprendentemente frío en sus altas monta-

ñas, Etiopía, en lo que considero el mejor viaje de mi vida, y en marzo, un lluvioso mes de marzo, similar al que estamos teniendo este año, conocí a la que hoy es mi pareja, Colette.

Marzo, marzo, marzo, solo un mes en el calendario pero es toda el agua que recogen mis vasijas. ¿Agosto? ¿Enero?... para mí no son más que una transición, un descanso, un remanso o un gran paréntesis destinado a protegerme de que los sucesos me aborden por la espalda. Estoy bien así, un mes de incertidumbre y once de reflexión, creo que es una suerte que sepa que en un solo mes, en treinta y un días, en setecientos cuarenta y cuatro horas, se va a concentrar todo lo relevante, dejando para los meses siguientes lo intrascendente, que es donde la felicidad puede flotar con mayor seguridad. Era y es mi gran certeza, saber que todo cuanto me acontecerá de una relativa importancia en mi existencia debe ocurrir durante el único mes que para mí existe, marzo. No soy nada supersticioso, me considero alineado con el empirismo, pero cuando uno está actuando y algo se repite sin cesar a lo largo de toda su obra de teatro llega un momento en que la casualidad dimite.

Marzo me ha perseguido siempre, ahora me vigila y me diseccionará en un futuro, he llegado a pensar que incluso es un periodo que me pertenece y creo que no debo darle más vueltas. Aun así, soy consciente de que esta excentricidad razonada y plenamente aceptada por mí en los últimos años me podría presentar ante el resto de la gente como lo que no soy, un tipo raro que se propulsa con fuerzas irracionales (¿o acaso si lo soy?, quién sabe...), por lo que siempre he mantenido en secreto esta evidencia, incluso con mi inseparable Colette.

La noticia de mi muerte podría considerarse sorprendente porque era extraño que viniese anunciada como si se tratase de una celebración planeada, pero tenía algo de espera natural para mí que la hacía creíble y amenazante, la fecha de emisión, un día siete del único mes en el que podría producirse, marzo.

COLETTE

El cuatro de marzo en el que Colette y yo nos conocimos reposa en mi memoria inmóvil como el viñedo adherido a la tierra.

A las nueve y cuarto de la mañana del cuatro de marzo de hace cinco años llovía. Esa fue la hora exacta en la que Colette y yo cruzamos nuestras miradas. El día había amanecido templado con unas nubes amenazantes que presagiaban que en cualquier momento se iba a desatar la tormenta. Con mi viejo y ridículo paraguas negro propio de un oficinista de principios de siglo me dirigía a mi trabajo en la editorial. Llevaba casi un año con ese empleo y ya me empezaba a sentir cómodo porque casi había olvidado el frenesí que me hostigó en mis locos años de free – lance. Llegué a la parada de autobús que todas las mañanas me abrigaba y comprobé que esa mañana no era una más de las que vas tachando en el calendario. La marquesina de la parada estaba atiborrada de gente, estudiantes, chicas sudamericanas que con total seguridad iban a limpiar en casas ajenas, jubilados que se dirigían a la ciudad a realizar alguna pequeña compra y algún que otro elemento discordante como era mi caso. Lo llamativo de la situación no eran los especímenes que estábamos allí congregados sino el volumen en sí. En los corrillos que se formaban me enteré de que había huelga en el sector del transporte urbano por alguna reivindicación salarial y que los autobuses pasaban cada media hora en vez de cada diez minutos como era habitual. Tocaba, por tanto, armarse de paciencia y tratar de salir vivo de la compresión que nos aguardaba cuando entrásemos en el autobús. Los

jubilados se empezaron a juntar con la naturalidad que les otorga el conocimiento de los conflictos sociales.

— El último ha venido hace diez minutos, por lo que solo quedan veinte.

— Pero he oído en la radio que hay retenciones en la autovía, por lo que es posible que se retrase aún más.

— Además, sé a ciencia cierta que lo de que vienen cada media hora es orientativo, la última vez tardaban más de cuarenta minutos.

Ante tal panorama empecé a cotejar la posibilidad de pedir un taxi mientras los jubilados seguían con su disertación.

— Lo malo de estas huelgas de transporte es que lo colapsan todo y no hay alternativas porque si pides un taxi tarda en llegar lo mismo o más.

Llamé a la oficina para explicar la situación cuando empezó a llover con violencia. El cielo se oscureció y la gente que no tenía paraguas se precipitó para alcanzar la guarida de la marquesina. Llovía con fuertes ráfagas de viento cambiante y comprobé que yo era de los pocos allí presentes a los que el vendaval no manejaba su paraguas. Mi vetusto y ridículo artilugio hacía su labor, aguantar estoicamente las embestidas del aire amenazante. Observaba entre divertido y retador, cómo los aspirantes a pasajeros que quedaban al aire libre eran desposeídos uno a uno de su escudo y agachando la cabeza se dirigían suplicantes hacia la marquesina implorando al resto que se apretasen algo más para darles cobijo. En ese instante la vi, aunque sería más exacto decir que nos vimos. Allí estaba, a escasos dos metros de mí, con su gabardina azul clara de seis grandes botones y el pelo chorreando como el de un gracioso perro recién bañado, mientras sostenía resignada su paraguas floreado hecho un ovillo. La primera imagen que me proyectó esa mujer fue la de indefensión. ¡qué gran paradoja considerando que ahora la considero mi Juana de Arco!. Me acerqué a ella con una sonrisa y la tapé con mi enorme e indestructible paraguas. La sonrisa que me devolvió desprendía algo más que agradecimiento. Así quise interpretarla, aunque más tarde aseguró que en un primer momento no sintió ningún tipo de atracción hacia mí. El interminable viaje en autobús fue de los pasajes más eróticos que me han sucedido nunca Colette me confesó la

primera noche que pasamos juntos que para ella fue un suceso muy divertido. Ir literalmente pegado a una mujer que acabas de conocer y te atrae intuyendo que ella también siente un cosquilleo cuando en cada curva te abalanzas sobre ella, o ella sobre ti, es una sensación incómoda pero muy sugerente. Nuestros cuerpos se unían con el pudor que nos otorgan las situaciones embarazosas pero irremediables. Notaba en mi estómago el frío de la humedad de su gabardina y las leves punzadas de sus llamativos botones negros. Notaba sus pechos e imaginaba sus tersos pezones rozando con mi cuerpo. Intentaba sonreír y dirigir la mirada hacia cualquier lado que disimulara mis pensamientos sexuales pero no pude evitar tener una fuerte erección. La sangre de mi cuerpo no solo se concentró en mi pene, debía poseer un excedente sanguíneo porque mis mejillas se pusieron del color de las de un adolescente observado. Era evidente que lo notó (así me lo hizo saber, entre risas, semanas más tarde) porque sentí que ella, lejos de incomodarse, empezó a hablar sin parar con el claro objetivo de apaciguar mi instinto primitivo y de ayudarme a salir con dignidad del apuro. Me bajé en su parada, dos antes que la mía, con la excusa de que no aguantaba más el ambiente cargado del autobús y la acompañé hasta la puerta de su oficina con los andares torpes que acostumbro a tener cuando paseo al lado de alguien que me atrae. Nos dimos un par de besos tímidos de despedida.

— Me ha encantado conocerte... — dije dándome cuenta que todavía no conocía su nombre.

— Nicole, pero mis amigos me llaman Colette.

Me ofreció su austera tarjeta de trabajo y yo rebusqué en mi desordenada cartera para darle la mía.

— Me encanta tu paraguas — fue lo último que me dijo Colette ese cuatro de marzo mientras desaparecía en la puerta giratoria saludando con un movimiento gracioso de los dedos de la mano, regalándome una cómplice sonrisa.

Colette es una mujer inteligente que lo demuestra con sus actos del día a día. La practicidad es su axioma para solucionar cualquier problema y después de observarla cómo se maneja por este mundo he comprobado que esa cláusula personal de su contrato con la vida

es un buen camino para encontrarte cara a cara con la satisfacción personal.

Colette empezó a ser práctica desde que nació. Codearse con la competencia de seis hermanos, dos mujeres y cuatro hombres mayores que ella en una familia de clase media, con las comodidades mínimas, puede ser la primera bofetada de aire turbio con la que te encuentras o, como hizo, la puedes transformar en una fase de aprendizaje para todo lo que te va a venir encima cuando pases de pantalla y en tu carnet individual te cataloguen como adulto.

Colette y su familia numerosa viviendo en un pequeño adosado de estilo burgués a las afueras de París formaron una especie de cooperativa bien organizada donde el trabajo de casa se repartía en armonía, sin grandes convulsiones, bajo el manto protector de una madre abnegada al cuidado de sus siete hijos y con el símbolo paterno siempre ausente debido a las incontables horas extras, que necesitaba hacer en el banco donde trabajaba para llegar a fin de mes. Tuvo una infancia feliz. Así la recuerda y así debió ser. La memoria de esa época de su vida siempre va anudada a momentos alegres: juegos disparatados con los hermanos mayores, discusiones absurdas por viejos juguetes o vestidos que ponerse y viajes veraniegos interminables en la furgoneta de su padre con el ruido alborotador de toda la familia. Una niña feliz está destinada a ser una mujer plena y ella era un claro paradigma de que esta sentencia es usual que se cumpla.

La adolescencia fue otra cosa. La pubertad es una edad convulsa donde todavía no eres nadie y ese vacío puede provocar un paréntesis negro en la vida de cualquiera, incluso en aquellas personas destinadas a ser maduras y serenas. La adolescencia le puso una navaja en la espalda de improviso y la alborotó de tal forma que dejó de reconocerse. Fueron dos años, solo dos años donde dejó de quererse porque veía que el mundo estaba dado la vuelta. Tenía quince años cuando una mañana antes de ir al colegio se miró al espejo con detenimiento después de ducharse y le repelió lo que vio. Era una muchacha con aparato corrector dental, tres o cuatro granos esparcidos por el rostro con aspecto de estar infectados y un pelo lacio castaño que le otorgaba un aire de vagabunda entre cartones. Recuerda que escupió en el espejo, con rabia, muchas veces, hasta que su cara

desapareció entre la saliva viscosa que salía de su garganta. En su interior todavía resonaban las palabras del chico que se sentaba en clase justo detrás de ella, Maurice. Él creía que Colette no le había oído, pero, por aquel entonces, con quince años, sus sentidos, todos, estaban en plena actividad y escuchó perfectamente lo que el guapo Maurice susurraba a su compañero de pupitre.

— ¿De verdad que te parece guapa? Yo la veo una cara de acelga que da para atrás.

Y luego vinieron las risas de ambos, tan duras o más que el comentario.

Esa mañana, en su soledad frente al espejo, no tenía ninguna duda, la acelga era ella y toda su vida sería un anodino vegetal que no podría atraer a ningún hombre que mereciera la pena.

Solo fue el primer asomo del inicio de su pérdida de autoestima. Durante los dos años donde el vacío vivió a sus anchas dentro de su cuerpo, alma y espíritu, no quiso saber nada de sí misma, solo necesitaba escapar de todo y de todos. Su familia estaba ahí, sus hermanos eran sus hermanos, pero las palabras dejaron de tener significado. Familia, hermanos, eran vocablos, solo vocablos que no solucionaban nada, incapaces por sí mismos de rellenar la botella vacía. Probó el sexo como escapatoria, creyó, como sus amigas también en crisis adolescente, que podía ser un puente para llegar cuanto antes al cese del sufrimiento, la edad adulta, pero se equivocaba, como todos los púberes, porque compartió esos momentos con otros chicos adolescentes tan vacíos de argumentos como ella. También coqueteó con alguna droga en las aburridas tardes de domingo y renunció a seguir teniendo las buenas notas que acostumbraba. Su objetivo era volver a sentir algo más que la rabia interna que la poseía o al menos ser capaz de olvidar mientras sufría. No lo conseguía y pensaba que aquel laberinto de turbulencias y nebulosas no tendría salida posible. El silencio la poseyó, estuvo semanas, meses sin hablar con nadie, solo contestaba a lo estrictamente necesario para que no la internaran en un psiquiátrico (es lo que entonces pensaba que deberían hacer con ella). No sabía que la adolescencia era su enfermedad y que esa epidemia estaba extendida entre todos los jóvenes de su edad, pero no le importaba porque en aquella etapa de la vida solo existía un vacío que era el propietario de su cuerpo y de sus actos, y

ese vacío era tan inmenso que la visión era borrosa y solo alcanzaba a vislumbrar un horizonte amenazante.

Dos años, dos largos años donde Colette no era Colette, porque no era nadie, nadie en absoluto, ni siquiera una brizna de sí misma, de lo que fue o de lo que sería. Un infierno, un suplicio, una prueba de lo que el ser humano es capaz de resistir. De esa manera tan dura y cruel recuerda sus dos años de inacabable adolescencia.

Pero todo laberinto tiene su salida, hay ocasiones en las que se encuentra en soledad y otras con ayuda. Pudo dejar de sufrir con la capa de cemento de una dura noticia: a su madre le diagnosticaron un cáncer de mama. Hay ocasiones en que estas situaciones del "todo o nada" lanzan al precipicio a las personas, pero fue zaran-deada de tal manera que subió de los infiernos y dio carpetazo a la adolescencia como solo las personas decididas pueden hacerlo. La muerte de su madre, años después, certificó lo que más adelante pude comprobar con la convivencia. Colette era una mujer que cuando intuía debilidad a su alrededor, con un chasquido de dedos, hacía que esa debilidad fuese avasallada por la fortaleza, creando a su alrededor una burbuja de aire fresco donde no solo podía disfrutar ella, sino que también, con una cómplice generosidad, hacía sitio para alguien más, en estos momentos, para mí.

Desde la muerte de su madre estudió, tuvo novios, coleccionó pocas, pero fieles amistades, redescubrió a sus hermanos e intentó recuperar al padre que siempre estuvo ausente. Admitió con naturalidad y madurez que su madre fuese reemplazada por otra señora y adquirió una autonomía en su lidia con los problemas y avatares de la vida que la ascendieron al pódium de las guerreras incansables. Su disfrute en el día a día fue una cuestión de coraje, de trabajo a destajo, sin pausa, sin requerir el premio inmediato, sin contraprestaciones, una lucha contra las posibles adversidades para abrir un horizonte despejado. Así consiguió Colette ser feliz, a fuerza de dar machetazos a la maleza, abriéndose paso sin queja alguna y esperando con una paciencia infinita a que al final de la duda surgiera la luz que iluminase su destino.

Hay gente que merece su felicidad porque se la gana a pulso, con su esfuerzo, su generosidad, la energía positiva que desprende, el ansia por aceptar la dificultad y la virtud de despreciar la fase neutra

que nada nos aporta. Ella pertenecía a esa tribu, difícil de encontrar, porque para ingresar en ella hay que poseer una cualidad poco frecuente en las personas, la fuerza. Era fuerte, la persona más fuerte que he llegado a conocer. Con el tiempo he admitido con resignación y agradecimiento que parte del impulso constante que irradia Colette es la dosis diaria que necesito para que el mundo que me rodea no me aplaste como una mísera e insignificante larva indefensa.

LA NOTICIA

Uno de los íntimos gozos que ayudan a que me acerque a percibir la sensación de libertad es escuchar como la lluvia y el viento azotan la persiana de mi habitación, de madrugada, mientras me acurruco en la cama tapado hasta el lóbulo de las orejas con el suave edredón que Colette me compró hace dos años en Estocolmo. Tiene que ser justo hasta ese punto exacto de mi anatomía porque si lo elevo unos centímetros el sonido se deteriora y no logro percibir con claridad el regalo de los cielos y si bajo el edredón por debajo del mentón el frío alborota mi desnudo cuerpo distrayéndolo del objetivo, que no es otro que recordar al niño que nunca me ha abandonado.

Esa mañana del siete de marzo tuve la suerte de despertarme con un amenazante sonido que pronto identifiqué como un trueno que presagiaba una formidable tormenta. Me preparé para el ritual. Disfruté de un primer escalofrío que logré amortiguar apretando el nórdico contra mis músculos todavía sin activar. Comprobé que Colette ya se había levantado porque una leve luz artificial se filtraba por debajo de la puerta. Identifiqué el sonido del agua de la ducha del baño más lejano a la habitación. La lluvia y el viento estaban al acecho y la cama era de mi exclusiva propiedad, ¡que mejor manera de celebrar en la verdadera intimidad mi treinta y cinco cumpleaños! La verdadera intimidad es aquella que nos pone frente al espejo, sin espías, sin opiniones ni consejos ajenos, aunque sean sinceros o procedentes de las personas que más amamos en el mundo. Uno contra uno mismo, sin escudos, sin ropajes, sin piedad. Es como percibo la intimidad, mi intimidad.

Abrí la ventana y levanté, solo unos centímetros, como siempre, la persiana. Volví a la cama sintiendo el frío intenso en los pies y los genitales. No uso nunca pantalón de pijama, mi padre tampoco lo hizo nunca, la moral se aprende en casa, pero los caprichos y manías también los fotocopiamos. Esperé. Tuve suerte. En pocos minutos empezó a llover y el viento a silbar entre las rendijas de la persiana. Otro escalofrío recorrió mi espalda. Pensé en que Colette estaría andando por el boulevard sosteniendo el paraguas con dificultad. Sonreí pero al instante decidí volver a concentrarme. El viento arreció y ya golpeaba con vehemencia la persiana mientras la lluvia martilleaba sin cesar como sucedía en la casa vieja cuando apenas era un niño. Cerré los ojos luchando contra el sueño. No quería dormir pero una vez más perdí ante la necesidad cerebral de llegar a un punto de relajación profunda.

Colette llevaba más de un año presionándome para tener un hijo. Yo accedí sabiendo que no estaba preparado. El concepto que tengo de mí es de inmadurez. Esa palabra, inmadurez, me define a la perfección. Todo en mí huele a inmadurez, mis actos, mis pensamientos, mis recuerdos, mis promesas, mis ilusiones. Vivir a mi lado tiene que ser duro, cruel. Solo una persona fuerte, madura, podría llenar su vida junto a mí. Ella lo es. O eso es lo que me conviene pensar para explicar mis dudas y acreditar las promesas incumplidas. Si me pide que tenga un niño, como últimamente lo venía insinuando, no tengo justificación moral para negarle esa parcela de felicidad. Con seguridad, una vez que suceda, el placer que yo sentiré, la plenitud que alcance, será incluso superior a la de Colette. Sin embargo, mi inmadurez me atenaza y la capacidad para la toma de una decisión tan importante en nuestras vidas es un don que a algunas personas se nos ha denegado.

A las once y media de la mañana estaba escribiendo el artículo para el suplemento dominical del periódico regional. “Mis momentos de burocracia”, lo he acabado llamando después de varios años trabajando en la editorial. Gas y luz, lo llama mi pareja, mucho más atinada, recordando que las facturas no se pagan solas. A las dos casi había terminado. Solo quedaba la revisión ortográfica, que a menudo realizaba Colette, y perfilar un párrafo del que no había quedado muy satisfecho.

A las dos y media ella saldría de trabajar, media hora antes de lo habitual, e iríamos a comer a un restaurante japonés que acababan de abrir en el centro. — Es japonés — japonés — había sentenciado Colette, dando por hecho que ese apellido compuesto es mucho más valioso que etiquetarlo como japonés — chino, japonés — vietnamita o japonés — tailandés. La mesa que reservamos estaba al final del local, junto a un gran ventanal, tras él unos plátanos, todavía deshojados, medio ocultaban una plaza que en verano estaría repleta de niños.

— Sí que es japonés — japonés — bromeé.

— No me la pegan, ¿ves aquel camarero que sale de la cocina? Le vi hace unos meses en el chino del centro comercial.

— O sea, que nos han dado gato por liebre y es chino — japonés...

— A saber, es posible que la chica que nos ha traído los palillos sea de Yakarta y en realidad sea un restaurante chino — indonesio — japonés.

— Es una gran combinación. Me está cautivando.

Era la manera que Colette y yo usábamos para relacionarnos en los momentos de transición. El humor, la ironía, el escudo de purpurina. Es una herramienta que nos da seguridad y no dudamos en utilizarla. Últimamente demasiado a menudo. Nos reconforta, quizás ya no nos divierte como antaño, debido al desgaste por el uso, pero no renunciamos a este valioso comodín. En los momentos de bonanza, de gran cosecha, nos dedicábamos al sexo alocado o sensual, o ambos alternados, al humor desinhibido y a las disputas post-euforia. Los malos pasajes los hemos compartido siempre desde la sinceridad y las palabras dolorosas. No hemos tenido piedad el uno con el otro. Ha sido en estas circunstancias donde hemos podido odiarnos, demostrarnos que nos amamos y finalmente, conocernos.

Este siete de marzo creo que no era más que una cuña en una etapa de transición, al límite de una etapa buena, o mala o buena-mala. No lo sabía, lo que si presagiaba es que algo extremo iba a suceder en nuestras vidas, en mi vida.

Pagué la cuenta y me fui al baño para dar margen a la operación de marketing habitual en todo aniversario. Cuando regresé había un paquete vestido con un papel elegante que ella había depositado

encima del mantel. Le di un beso complaciente acompañado de una sonrisa verdadera.

– ¿Otro taladro?

– No, si te fijas bien en el tamaño del paquete lo más probable es que sean unos gemelos.

Era evidente que era un libro. La curiosidad se acrecentaba. ¿Cuál era el último autor del que había hablado con Colette?

– Ábrelo ya, hombre, que los bombones van a caducar.

Unos días atrás recordé que hacía tiempo que no leía a los clásicos rusos y creo que se lo comenté y también estuve ojeando con ella en la biblioteca municipal unos cuentos de Cortázar y uno de los extravagantes e ingeniosos ensayos filosóficos de Perec.

Lo abrí mientras cavilaba e intentaba descifrar cuál fue el momento de su decisión, es decir, cuándo logré captar su atención. En realidad, esos instantes de comprensión o afecto silencioso son los que nos hacen percibir el calor de las personas con las que compartimos nuestras vidas.

– Por el grosor pensaba que eran varios libros, pero ya veo que quieres tenerme mucho tiempo ocupado para que no te dé la lata.

– De nada – replicó Colette con malicia.

– Muchas gracias, sabes que es un autor que me entusiasma.

“2666”, de Roberto Bolaño. De Bolaño había leído hacía unos años, “Los detectives salvajes” y más recientemente unos relatos breves. No me había atrevido con “2666” por sus amenazadoras mil doscientas páginas. Ahora estaba entre la espada y la pared y no me quedaba más remedio que disfrutar a la fuerza. En el fondo sabía que era un tirón de orejas de Colette en su vana y buena intención de limitar mi pereza a la hora de afrontar retos ambiciosos. Ese regalo era una pequeña reprimenda y toque de atención a mi condición de inmaduro vocacional. No se lo reproché, todo lo contrario, lo agradecí. Sé que necesito una persona vigilante a mi lado, que me recuerde de forma constante, y a veces implacable, mis debilidades.

¡Falso!, acabo de mentirme a mí mismo. ¡No quiero que me lo recuerden! Lo que necesito es que me lo transmitan de forma invisible, indirecta, poco dañina, con ternura. El libro es la demostración de que ella me conoce, sabe que esta necesidad de monitorización patógena que sufro y nunca he desvelado, es la gasolina que todo barco requiere, aunque acabe dejando manchas en los mares misteriosos.

Esa tarde hicimos el amor sin condón, sin red, como digo yo, sin protección, como dice Colette. Ambos pensamos en las posibles consecuencias, ella con entusiasmo y cierta dosis de ansiedad, yo con incertidumbre y un aroma de terror.

Al acabar, ambos desnudos, en la cama que esa misma mañana había sido protagonista de un despertar soñado acompañado de una enrabietada tormenta, recibí la noticia de mi muerte.

Sonó el teléfono. Cogió el inalámbrico. Era Jürgen.

Jürgen es un amigo de Colette, aunque debería catalogarlo como un confidente más que como una simple amistad. Se conocieron en Erasmus cuando ella estudiaba el último curso en la facultad. Ambos compartieron piso en Estocolmo durante dos trimestres y de las seis personas que lo ocupaban, dos británicos, una chica francesa, una holandesa y un alemán, Jürgen, solo el rubio, desgarbado y enigmático germano llamó su atención. En seis meses de convivencia apenas llegaron a discutir un par de veces, sus confidencias eran fluidas, había caído en este mundo desde algún lugar recóndito como un ángel predestinado a acompañarla. Solo existía un pequeño inconveniente, no acababa de interiorizar al cien por cien que Jürgen era homosexual. Aún y así siempre había dejado una puerta abierta a la esperanza. Nunca me negó que hubiese estado enamorada hasta las trancas de este peculiar alemán. Reconocía que era su alma gemela y que el impedimento de su supuesta homosexualidad era lo único que la separaba de él. Me lo había contado varias veces, siempre en clave humorística, pero yo sabía que era realmente cierto.

Ambos lo compartieron todo, incluso algún escarceo sexual. El recuerdo de esta experiencia impulsaba las dudas acerca de la verdadera inclinación sexual de Jürgen. Según Colette era un tipo que desprendía tanta comprensión y amor que era incapaz de decidir

que género humano le atraía más. Eran amortiguaciones de sus secretos o miedos íntimos, autoengaño o ensoñaciones, un puente conector de ilusiones perdidas.

Yo la comprendía, a pesar de que en lo más recóndito de mis pensamientos tenía un cierto resentimiento hacia ella. No eran celos, en el sentido más clásico de cómo los entendemos. ¡Yo quería ser Jürgen; No soportaba la idea de que ella necesitara escapar de mí de esa manera tan obvia y sincera. No odiaba a Jürgen, pero sí lo que significaba. Si necesitara huir de mí y se refugiara en la bebida o la cocaína, alzaría toda mi cólera contra el alcohol y las drogas; si lo hiciera en el juego, aborrecería todos los casinos del mundo. La misma sensación tenía con Jürgen, con el agravante de que Jürgen hablaba, estaba ahí, aparecía y desaparecía, era de carne y hueso, una persona que, con franqueza y muy a mi pesar, me caía muy bien.

Se refugió en el baño para hablar más tranquila. A mi lado sabía que le podía interrumpir, siempre ha sido una muy fea costumbre mía. Lo comprendí. La intimidad seguía siendo patrimonio de ellos dos aunque yo intentara conquistar parte de ella. Era un tesoro que ella quería preservar en su integridad. Apenas se oía un murmullo de su conversación. Colette rio un par de veces desinhibida pero volvió a graduar su tono para esconder sus emociones. La conversación se alargó. Tengo la extraña manía de mirar el reloj cuando otra persona empieza una conversación telefónica y como si fuese un espía doble clavar mis ojos en las manecillas cuando se cuelga. Creo que esta extravagante faceta también la he heredado de mi padre.

La conversación se alargó durante unos inquietantes diecisiete minutos, algo poco habitual cuando es Jürgen el que llama. Estos alemanes son como cronómetros, solía bromear Colette, desconociendo mi terquedad impulsiva por el control temporal.

Me acercó el auricular. Jürgen no había colgado, estaba al otro lado del hilo telefónico. Algo sucedía. Colette estaba preocupada, era evidente. Nunca dejaba de sonreír hasta varios minutos después de finalizar sus breves charlas con Jürgen. Esta ocasión era diferente. Sostuve el teléfono con cierta dosis de temor, no sabía qué es lo que sucedía, ¿o sí lo sabía?, en realidad ¿quería saberlo?

– ¿Estás ahí? – era Jürgen quien interrogaba con su inimitable acento alemán, contundente, pero dulce al oído.

– ¿Qué tal estás? – dije con el automatismo del arranque de un motor.

– Bien, bien. Oye, me encanta y sorprende oír tu voz – comentó intrigante.

– ¿Qué pasa, Jürgen?

Silencio. Algo sucedía.

– Cuéntame, por favor.

Otro silencio, esta vez más corto que el anterior, un silencio opaco que se hizo interminable. Al fin habló.

– No te preocupes, es mejor que te lo cuente Colette con calma. No es nada grave, solo sorprendente. Ya hablaremos.

– Me dejas en ascuas – respondí.

– ¿En ascuas, eso qué es?

– Nada, nada – medio sonreí.

– Que te cuente Colette, y repito, encantado de oír de nuevo tu voz.

Colgó. La conversación nuestra duró cuatro minutos, en total veintiuno. Ni en esos momentos de desconcierto puedo evitar controlar las manecillas del reloj. Colette seguía mirándome con la misma expresión con la que la recordaba hacía cuatro minutos. Ella estaba paralizada y yo acobardado, no sabía si el sitio donde me encontraba era una cueva inaccesible o el borde de un precipicio. ¿En realidad quería saberlo? Hay ocasiones en que las situaciones por venir superan a los pensamientos que las presagian. ¿Estaba ante una de ellas? ¿Era mejor escapar y no saber nada? Tenía miedo, estaba aterrizado. Mi vida podía cambiar para siempre, hundirse como un cayuco a metros de la orilla.

Creí saber a ciencia cierta qué es lo que iba a suceder: Colette me iba a abandonar.

No me abandonó. Una vez más mis peores presagios nacidos de las dudas, complejos y miedos internos no se cumplieron. Era lo habi-

tual en mí, vivir en el alambre emocional. Un débil es lo que tiene. ¡Pobre de mí! Es lo que siempre le escuché en casa a mi madre y se quedó grabado en mi memoria RAM. A pesar de luchar a lo largo de mi vida contra esta amenaza nunca la he vencido, ni tan siquiera he podido alejarla unos pocos metros. Soy débil, y daría igual si no lo fuese, porque lo que no logro encontrar es la manera de poder decir ¡soy fuerte!, o un simple, no soy débil.

Apartó el cojín que estaba en un lado de la cama, alisó con delicadeza y paciencia la sábana y se recostó a mi lado. Me tendió su mano apretando la mía con la ternura con que una madre lo hace a su hijo enfermo y me contó la conversación que había tenido con Jürgen.

Esa misma mañana Jürgen se había desplazado desde Copenhague, ciudad donde llevaba varios años residiendo, a un pueblo del norte de Dinamarca, en uno de sus viajes laborales relámpago. Tenía que fotografiar y entrevistar para el periódico donde trabajaba a una anciana de noventa años que se acababa de matricular en una universidad.

Al acabar el trabajo, antes de volver a subir al coche para conducir los pesados ciento setenta kilómetros de vuelta, decidió tomar un café en un pequeño establecimiento situado al lado del mar. Se sentó en una mesita del fondo y por deformación profesional, como de costumbre, Jürgen cogió el periódico que estaba en la mesa de al lado. Era un rotativo comarcal. Pausadamente, sin apenas prestar atención, pasó las hojas, ya desgastadas por el tacto de los lectores a lo largo del día. Jürgen sonrió por el gusto que le daba leer un periódico de los de siempre, con el clasicismo editorial y ese aroma a añejo que le recordaba el tipo de periodismo de los viejos profesores de la facultad, que fueron a los que en el fondo más admiró. El leve esbozo reconfortante se le borró de los labios en unos segundos. Fue al llegar a las necrológicas. Entre cuatro grandes esquelas de lugareños, había una pequeña, en la esquina derecha, que le llamó la atención porque el nombre del difunto no era danés. Se quedó inmóvil, la respiración hizo una pausa. El café ya no existía. Era el nombre de un amigo, el marido de Colette.

—No puede ser... — apenas llegó a balbucear.

Volvió a leer con detenimiento la esquila. Anunciaba la muerte de su amigo, era evidente, o de alguien con el mismo nombre, pero lo que no daba lugar a equívoco de que en efecto se trataba de él era la frase lapidaria en el centro de la misma “Colette nunca te olvidará”.

¿Era una broma? No tenía sentido alguno. Colette no le había llamado. En una situación así seguro que habría sido una de las primeras personas en ser avisada. Además, su marido gozaba de una buena salud. ¿Habría sido un accidente de tráfico? Llegó a plantearse que me podría haber suicidado. Siempre ha sido un poco raro, pensó, pero no creo que tenga ningún motivo para haber dicho “ahí os quedáis” de manera tan súbita.

Y lo más extravagante es que la esquila estaba en un periódico de tercera fila danés. No puede ser, no puede ser, no puede ser, se repitió como el que reza un responso.

En ese momento de introspección digna de un buen viaje de LSD se percató de que la respuesta la tenía al alcance. Abrió su pequeño bolso de cuero, sacó el móvil y marcó el número de Colette.

Ésta es la historia que Jürgen acababa de contar a Colette y que ella me explicó con la tranquilidad de un oncólogo regateando los días o meses que le quedan a un enfermo terminal.

Mi primera reacción fue la risa, forzada, metálica. Colette me miraba sin decir nada. Lo decía todo. Esperaba una explicación que ella no sabía darme. Rogaba que declarase como un ladronzuelo de poca monta mi culpabilidad por la broma de mal gusto que había planeado y llevado a cabo. Encontró el silencio, porque esa era la verdad. No sabía qué pasaba, no sabía realmente en esos momentos ni dónde estaba. Recuperando el tiempo, vislumbré una esperanza en el cambio de esquila. ¿Sería ella la que me estaba tomando el pelo? No es su papel predilecto, pero era posible. Todo es posible cuando tenemos las cartas escondidas. No, fue su respuesta. No hacía falta que volviese a negar. Los gestos de su rostro delataban su inocencia. —¿Qué es lo que pasa?— apenas llegué a susurrar.

—¿Qué es lo que pasa? —repetí, con un pequeño fogonazo de vehemencia.

Jürgen, después del alivio al conocer que yo estaba vivo y coleando, había quedado en escanear la esquila de mi fallecimiento y enviarla "as soon as posible" a nuestro e-mail. Así me lo dijo, como si fuese un documento entregable en uno de los "meeting" de los ambiguos proyectos europeos por los que viajaba asiduamente y que eran el soporte del pago de nuestras facturas. Mi muerte entregada a través de satélites, comprimida y descomprimida, transformada en bits, compilada, descompilada y finalmente descargada. Qué frío es todo esto, hasta el final de uno depende de la electrónica, ironicé internamente.

Hablamos del tema, desdramatizando, pero sin encontrar un minúsculo punto de sensatez o raciocinio a lo sucedido. Decidimos esperar al e-mail de Jürgen con la esperanza de que lo que nos enviase fuese un archivo de felicitación de cumpleaños en el que se desvelase que todo era una broma de mal gusto. Sabíamos que era imposible que Jürgen hiciese algo así, aunque los humanos nos defendemos de la fuerza amenazante de la lógica con toda nuestra energía nacida de la capacidad de componer melodías ilógicas en nuestro cerebro. Es la coraza del autoengaño que tanto necesitamos para seguir adelante.

El mensaje llegó. Ahí estaba la esquila tal y como se la había descrito Jürgen. No había vuelta atrás. Acababa de morir, eso sí, sabiendo que Colette "nunca me olvidaría". Ese fue mi comentario al ver la esquila. Me besó, con una pasión que me recordó a la de los primeros meses de conocernos. Hicimos el amor, sin calma, como si el mundo se fuese a acabar en un suspiro. No había visto a Colette tan excitada en años. Su boca atrapó todo mi cuerpo. Mi boca buscó todos sus refugios. Nos entregamos al placer. Nos devoramos. Busqué su orgasmo, ella lo suplicó. Fue un acto religioso, un milagro del que nadie, excepto nosotros dos, podía participar. El único invitado era el placer por el placer.

—No sabía que te iba la necrofilia —dije al acabar el coito. Rió y me besó con una ternura que me emocionó. La quería, no había duda. Me siguió mirando con fijeza y con una dosis de compasión, sentenció:

—No te preocupes, estás más vivo que nunca, doy fe de ello.

EL NAUFRAGIO

BEN

El terrible episodio del naufragio apenas tuvo relevancia periodística.

Era marzo de 1989 cuando el ferry que unía dos pequeñas islas en la Bahía de Fundy, en Canadá, apenas se divisaba desde ambas orillas. La mar estaba en serena calma aunque el flojo viento del norte empezó a rolar hacia el sur de forma súbita. El capitán, Ben, un emigrante procedente de Alaska, apenas llevaba tres meses en ese destino, comprobó que las predicciones meteorológicas eran correctas. Consideró llamar a tierra para tratar de cotejar la información, pero le pareció apresurado. Viró para evitar la corriente más cercana a la costa y decidió alejarse de los pequeños islotes deshabitados que se intuían entre la cada vez más espesa niebla. Tardaría media hora más en llegar al destino, pero la seguridad del viaje así lo demandaba. Se equivocó. En veinte minutos Ben llamó por radio. El ferry había sufrido un débil impacto. Contactó con tierra para verificar su posición. El barco estaba encallado en un pequeño islote rodeado de arrecifes a escasas trece millas de la costa. Todo se precipitó. Las vías de agua se sucedieron. El ferry se hundiría, era un hecho irremediable.

El capitán intentó que la serenidad fuese a partir de ese momento la actitud predominante. Los dieciocho pasajeros y los cuatro miembros de la tripulación se reunieron en una de las zonas cubiertas de popa. Se informó de la situación y Ben decidió que había que abandonar el barco en los botes salvavidas. Todo se hizo como si se desalojara un colegio de niños bien educados, con naturalidad.

En realidad casi se asemejaba más a un simulacro de evacuación que a una situación real de naufragio. Ben se consoló pensando en la suerte que había tenido por haber ocurrido este grave suceso en invierno y a esta hora, cuando los pasajeros eran escasos y todos lugareños acostumbrados a las bofetadas de la mar. Su reflejo en uno de los sucios cristales laterales que amortiguaban el fuerte viento le recordó que era su primera gran batalla perdida contra la mar. El único consuelo que aminoraba la zozobra de marino destruido era que quien le estaba derrotando era la bahía de Fundy, con sus famosas mareas de más de veintidós metros, posiblemente las más altas del mundo según los pescadores de la zona. Decidió que el dolor de orgullo marino quedase en un segundo plano y descargó toda su energía en analizar las preocupaciones propias y ajenas. Lo intentaba, pero su mente iba por otros derroteros ¿Qué sería de su futuro profesional? ¿Cuál era el coste que le supondría a la empresa? ¿La compañía aseguradora pondría problemas? ¿Necesitaría un abogado? Esas eran sus dudas y miedos. Pero con la mar estaba en armonía. Era consciente de que lo ocurrido era algo con lo que había soñado una y mil veces, pero no siempre como inoportunas pesadillas, y por tanto, calibró que no debía reprocharse nada.

Se botaron dos botes. En el primero embarcaron dos miembros de la tripulación, el ayudante de abordaje, un sobrecargo y nueve pasajeros y en el segundo subieron el capitán, Ben, el sobrecargo más joven y otras nueve personas: Un hombre de unos cincuenta años que iba a trabajar a la isla, tres mujeres, madre y sus dos hijas adolescentes, una anciana que tuvo dificultades para entender los preparativos del desembarco debido a su explícita sordera, un padre con un hijo de tres años que regresaba del hospital de la ciudad en el que el niño había estado convaleciente dos semanas por complicaciones después de una operación de apendicitis y una madre con su silencioso hijo de unos cinco años que observaba a Ben con la confianza que se intuye en los elegidos.

La pesadilla de Ben aún no había comenzado. La niebla y la corriente dificultaban la navegación. El frío iba en aumento y las horas pasaban demasiado deprisa. Estaba en continuo contacto con tierra. Estaban esperando a un helicóptero que los divisara para posteriormente indicar a los barcos cercanos que les socorrieran. Nada funcionó. La noche les atrapó. Las corrientes pusieron con ellos. El

día siguiente fue el último en el que la calma y la esperanza fueron dominantes. Todavía no había comenzado lo duro, la convivencia en una situación límite. Estaba en proceso, cocinándose a fuego lento. El tercer día las miradas cambiaron. No podía dominar aquel pequeño bote y se quedó abatido, inmóvil, sin recursos. Iban a la deriva, gobernados por el fuerte oleaje y los vientos cambiantes los había arrastrado fuera de la bahía de Fundy. El reproche era un halcón que vigilaba a todos los desamparados pasajeros del pequeño barco sin rumbo aparente. Empezó a recapitular sus aprendizajes porque el desastre se veía en el horizonte. Ben se repetía: “un capitán lo sigue siendo hasta que el último de los pasajeros ponga no uno, sino los dos pies en tierra firme”. Aunque estuviese agarrado a un madero junto con otra persona él seguiría siendo el responsable de sus vidas. Así lo aprendió y así debía de ser. El sobrecargo era la persona que trataba de mantener la calma entre los habitantes de ese pequeño ataúd flotante. El cuarto día, todavía envueltos en la niebla perdieron conexión con tierra. La comida empezaba a escasear. El agua de mar se podía filtrar con una pequeña desaladora que disponía el bote. La ropa de abrigo era suficiente, aunque el niño más pequeño se quejaba a menudo, llorando hasta que su padre y en ocasiones la anciana sorda le consolaban en sus brazos.

Pasaron los cortos días y las largas noches. Los víveres se terminaron. La debilidad irrumpió de súbito, como un golpe seco con el puño cerrado. Solo hablaban entre ellos para comunicar los actos más directos y necesarios: “Quiero agua. Voy a mear, mirad para otro lado”. “¿Te puedes acercar más a mí?, tengo frío”. En ocasiones, sobre todo por las noches, alguien se abría por entero y confesaba sus temores o ilusiones: —Vamos a morir, qué muerte tan triste, rodeado de desconocidos, decía la vieja. —No vamos a morir y esto nos va a servir para ser más felices y degustar cada momento el resto de nuestros días, —replicaba la madre de las adolescentes.

Ben callaba, por las noches lloraba con lágrimas espesas, sabiendo que esas lágrimas no le pertenecían. Lo que él necesitaba era un sufrimiento mayor que el resto de las personas encerradas en ese infierno compartido, por eso lloraba. También lloraba por Nica, su hija y por Fortune, su pareja. En realidad Nica era la hija de su mujer, Fortune, de un pasado matrimonio, pero sabía que él se había ganado el respeto y el amor de esa niña tras cuatro cálidos años

de lucha por conectar con ella. Sabía que lo había conseguido y su gran medalla era comprobar cómo Nica le presentaba a sus amigas como su padre. Ya no era Ben, era su padre, y era sin lugar a dudas su más bello triunfo. ¿Pero qué le contarían a Nica de él? No llegaría nunca a conocerla de verdad. Tenía siete años y con esa edad no se conoce a las personas. Las puedes llegar a querer pero no a conocer, solo a intuir. Además, el sufrimiento se multiplicaba porque Ben era consciente de que Nica no le recordaría tal como era, sería solo una silueta, una sombra formada por la imagen que los demás dibujasen de él. No era justo. Necesitaba ver crecer a su hija. Los vecinos lo verían, incluso aquellos a los que no aguantaba. En la escuela, todos los profesores admirarían cómo Nica se iba convirtiendo en una adolescente, alta, baja, simpática, triste, cariñosa, arisca, qué más daba. Ellos, que no eran nadie o casi nadie para ella, serían testigos de su evolución. Yo no, se torturaba Ben.

La vieja murió una noche. Al amanecer alguien le habló. Parecía estar dormida. Al cabo de tres horas comprobaron que ya no tenía pulso.

Dos días más tarde, al despertar con la claridad, el cuerpo de la anciana no estaba en su sitio. Uno de los hombres dijo que la tiró por la borda en plena noche. Olía muy mal, se justificó. Nadie tuvo fuerza física ni moral para hacerle ningún reproche.

Ese fue el momento en el que Ben tomó la decisión.

No fue una decisión heroica, tampoco aleatoria, propiciada por una situación desesperada. Fue algo meditado, pensado en un momento de lucidez que le insufló un resoplido de paz interior, paz compuesta por una paleta de colores que solo había identificado en sus noches de sueños profundos. Tenía que morir y ayudar, o dicho de manera más precisa, morir ayudando. Nunca había tenido un espíritu de cooperación, tenía interiorizado como hombre educado a la antigua que esa era una cualidad intrínsecamente femenina y ahora, en ese momento crítico creyó encontrar ese lado femenino que siempre había echado en falta. Esta reflexión le hizo esbozar una sonrisa que pronto se convirtió en una risa que solo fue percibida por los pocos náufragos que estaban despiertos, o conscientes, o vivos. Dar la vida por los demás, ser un Jesucristo sacrificado, así quería terminar. No discernía si esa última postura era una pose de un capitán

delirante con un sentimiento de vergüenza y de culpabilidad en estado puro o era una gran idea para que el tormento desapareciera por arte de magia. De lo que sí era consciente era que no había vuelta atrás y que en cuanto las nubes que tapaban el sol dejaran percibir levemente a la luna, se haría un corte profundo en las muñecas que acabaría de un plumazo con sus penurias.

Se apresuró porque el sol caminaba hacia su escondite. Buscó entre los múltiples bolsillos de su chaleco. Encontró un bolígrafo y papel y con torpeza en la escritura, pero con seguridad en el contenido de su nota, escribió:

Voy a morir. Os ordeno que mi cuerpo os sirva de alimento. Salvaos. El capitán.

No quiso prolongar el discurso. No eran momentos de despedidas. Estaba rodeado de desconocidos a los que no debía nada y les debía todo. No se trataba del sentido del honor de un capitán, sino de un sentido del honor personal, íntimo, intransferible. El acto que iba a realizar era una redención en toda regla. ¿Era un egoísta, un cobarde, un majadero? Es posible, pero era su elección y la luna que estaba sola en lo alto se lo estaba confirmando.

El mar asemejaba un amigo en calma por primera vez en varias noches. En la embarcación todos estaban en estado de letargo, tapados con las mantas. Solo uno de los niños, aquel silencioso niño de unos cinco años adherido a su madre, permanecía despierto mirándole con fijeza, con esa claridad que únicamente es capaz de transmitir un niño enfermo. Se acercó con sigilo, le depositó la nota en una de sus manos y le dijo: "Cuando amanezca despierta a tu madre y entrégale este papel. Es muy importante, no lo olvides". El pequeño asintió y siguió con la mirada clavada en los ojos de Ben. Este momento de extraña comprensión mutua se dilató. El capitán miraba a la luna, su último juego antes de morir, y cuando una nube la ocultaba, reposaba sus ojos en los moribundos del barco con la esperanza de que el niño se hubiese dormido. Seguía ahí, observando, con la misma cadencia que antes, con idéntico propósito, porque estaba seguro de que el niño trataba de frenarle. Pensó en decir algo al niño, pero no pudo. Había una barrera, la que separa la vida de la muerte, que le impedía comunicarse con ese pequeño ser. Finalmente Ben le sonrió con serenidad. Ese fue su discurso. Volvió a aparecer la luna

y su sonrisa se fundió con ella. Cuando otra nube hizo que su silueta fuera borrosa para convertirla en más bella si era posible, comprobó que el niño estaba abrazado a su madre, dormido.

Era el momento. Sacó la navaja. No quería convertir aquello en un ritual, no era su intención, pero se daba cuenta de que era inevitable. Toda muerte pensada, propia o ajena, tiene su proceso, sus pasos, su protocolo. La suya no iba a ser menos. Desplegó la navaja, “es pequeña, demasiado pequeña” pensó. Aquel utensilio servía para pelar una manzana y llegó a dudar de que fuese capaz de utilizarla como catapulta a sus infiernos. Sacó el brazo por la borda. Dejó que se deslizara por la superficie del agua. La luna se dibujaba cerca del barco y la mar tenía un color gris claro que le recordaba a la piedra de la cantera donde durante tantos años trabajó su padre. Se remangó e introdujo firmemente el antebrazo en el agua. El frío le recorrió todo el cuerpo. Tuvo miedo justo en el instante en que la oscura mar tomaba contacto con su mano, una mano que parecía ajena, la de un desconocido. Notó que tenía miedo a la muerte y también a la vida. Todo era hostil, hasta la luna que le había acompañado en sus últimos pensamientos era una enemiga. El escalofrío cesó y los miedos remitieron. Se concentró en su antebrazo. Apenas lo sentía, era lo que ansiaba. Dos nubes más, pensó, y estaré dispuesto. Las nubes llegaron y la luna volvió a desaparecer por completo. Sacó la mano. Ya tenía una parte de sí mismo muerta, su triste mano, era un buen comienzo, era el momento de la ironía y no del dramatismo. Hizo el corte en la muñeca con fuerza y decisión. Fue más sencillo de lo que llegó a imaginar. Ben, que era incapaz de posar la mirada cuando le realizaban una extracción sanguínea, puso una atención digna de un cirujano en la realización de su propia herida. Realizó el acto como si la muñeca fuese la de un extraño, con naturalidad. La sangre brotó en el mismo momento que la luna volvió a aparecer. Descolgó el brazo otra vez en el mar jugueteando como hacen los enamorados en los lagos de los parques de las grandes ciudades. Buscó una posición cómoda dispuesto a esperar. ¿Qué se debe pensar cuando se da el gran salto? No sabía la respuesta. ¿Debería acordarse de sus seres queridos, de los buenos momentos pasados, entristecerse por los planes trazados que ya no podría cumplir? Nada de eso le atormentaba o consolaba. ¿Qué clase de persona era? Miraba la luna, eso era todo, y cuando desaparecía contemplaba el

plácido sueño del niño enfermo que paliaba el frío con la cercanía de su madre. Se desvaneció. La cabeza quedó colgada en el borde del barco y el brazo, del que apenas brotaba sangre, seguía caído arañando sin fuerza el mar que les envolvía.

Solo una vez recobró el conocimiento. Le despertó Nica, la idea de su hija, la necesidad de salir de la vida con una sensación de normalidad. Deseaba verla, aunque fuera por unos segundos. Cerraba los ojos con fuerza pero no lograba descifrar los rasgos de su cara. Todos los niños se parecen, se consoló. Por fin pensó en su hija con emoción. Lloró. Lloró sobre la mar, donde la luna había dejado sus huellas. Lágrimas saladas, de gris metal, sobre aguas saladas, de un gris ennegrecido, hacía poco teñidas de sangre.

Antes de morir también pensó en Bridget, su primera pareja, y en el hijo que nunca llegó. ¿Qué sería de la buena de Bridget? ¿Habría rehecho su vida? ¿Tendría ahora el hijo que tanto deseó y que Ben nunca le pudo dar? Eran las cuatro y treinta y cinco de la madrugada. Ben murió. A las seis y veinte la niebla formó un tejido cerrado oprimiendo la escasa luz que se empezaba a formar mientras la sangre del capitán buscaba en las profundidades marinas fusionarse con la sangre de Nica, su hijastra..., su hija.

BRIDGET

Bridget sabía que estar casada con un marino conllevaba pagar unos peajes muy caros. Lo intuía cuando decidió unir su vida a la del atractivo Ben pero la realidad le dio una bofetada de infelicidad. Ella seguía haciendo su vida normal de soltera pero no era lo que había soñado. Se había casado porque quería abandonar esa especie de manual de libertad obligada que tanto le había desgastado durante los últimos años. Quería empezar de nuevo, formatearse y empezar a abrir ventanas que le proporcionasen nuevos vientos para poder vivir aventuras diferentes. Pensó que casarse enamorada con un hombre de un mundo extraterrestre para ella podía ser la solución para romper su lineal y monótona existencia.

Bridget conoció a Ben en la universidad. Ella estudiaba Geología y estaba rodeada de los mismos jóvenes que llevaba conociendo desde hacía muchos años. Eran siempre caras diferentes pero con actitudes y comportamientos que conocía muy bien porque eran similares a los suyos. Esa sensación era lo que detestaba de su vida, parecía estar rodeada de si misma desde su adolescencia y necesitaba escapar. Aunque se apreciase como persona no soportaba su constante y agobiante cercanía enmascarada en los cuerpos de otros alumnos. Solía viajar, cambiar de aires, pero cuando volvía a su prisión de vida particular sentía una asfixia auto infringida que le obligaba a tener que respirar con ventilación mecánica. Ben fue una gran puerta que se abrió de repente, sin avisar. Era su puerta secreta, su escape definitivo.

Un día Ben acudió a uno de los exámenes finales. No le había visto nunca. Su aspecto era distinto, muy distinto, al del resto de alumnos de la clase. Tendría ocho o nueve años más que la media, aspecto de maduro, con andares despreocupados y vestimenta pasada de moda. No era guapo, sus facciones eran duras, poco expresivas, pero tenía un punto atractivo debido a su masculinidad. Bridget estuvo casi todo el examen observándole, no podía concentrarse. Se preguntaba de dónde podía haber salido aquel individuo, de dónde procedería, cuál sería su nombre, cómo olería, cómo serían sus manos al tacto, qué tonalidad tendría su voz. Era evidente que le atraía y tenía que conocerle. Le abordó al salir del examen, directa, con sencillez, con claridad, tal y como era Bridget. Le dijo que no le había visto nunca antes en clase y le preguntó si había crecido como una col detrás de su mesa. El rio con un gesto despreocupado. Se volvieron a ver en otros exámenes y se contaron sus vidas en la cafetería de la universidad. Fue el inicio de una relación a la que Bridget se amarró para reparar sus angustias. Ben era marino, capitán, y trabajaba en buques petroleros que cruzaban el Atlántico. Estaba en fase de aprendizaje y ayudaba en sus viajes a experimentados capitanes que llevaban más de treinta años de profesión. Sin embargo, su verdadera pasión siempre había sido la Geología en toda su extensión y se había matriculado a distancia en la Universidad para atemperar el fracaso habitual de casi todas las personas que habitan este mundo y no cumplen los sueños planeados. La relación funcionó. Bridget consideraba la ausencia de Ben por sus viajes prolongados durante dos o tres meses seguidos una posibilidad para asentar una relación diferente, con unos parámetros no habituales, es decir, una escalera de incendios óptima por la que evadirse de sus miedos.

Su relación avanzó hacia lo convencional años más tarde, una vez ya casados, cuando ambos decidieron tener familia. A él se le abrió la posibilidad de asentarse cuando le ofrecieron ser el capitán de un Ferry de corta distancia en la costa de Canadá. En principio todo eran ventajas, un sueldo mayor, pudiendo pernoctar en casa todos los días y un horario normal con los fines de semana libres. Era un trabajo de oficina. Tras consultar con Bridget lo aceptó. Es lo mejor para el niño que venga, concluyeron.

Esa decisión fue la mano que empujó su relación al precipicio de los fracasos. Es singular apreciar cómo en ocasiones optar por la

decisión más coherente es el pasadizo que nos impulsa a sufrir las mayores de las decepciones y por extensión a la desmembración de nuestras vidas deseadas. Ben y Bridget se empezaron a conocer. Bridget comenzó a vislumbrar en Ben a uno de aquellos alumnos de los que siempre quiso huir y Ben ya no veía a Bridget solo como esa chica fresca y vital que le alumbraba sus llegadas a puerto. La relación se centró en el niño virtual, en su crecimiento feliz, en su educación planeada. Pero los abortos se sucedieron, como una maldición, uno tras otro.

Ella se miraba al espejo y no veía lo que quería. Él decidía no pensar, pasar las páginas del calendario con un mecanismo bañado de cobardía. Todo se estaba evaporando y lo sabían, prolongaban el declive y la noche se hacía más amenazante, la decisión estaba tomada pero había que ponerla negro sobre blanco. Su hijo, la sola existencia de ese niño improbable, lo impedía. Se separaron cuando el cuerpo de la mujer dijo basta a todos los tratamientos de fertilización y le dijeron que lo más probable es que nunca pudiera tener hijos. Bridget abandonó a Ben una tarde de verano sin previo aviso con la naturalidad con la que se despiden los desconocidos.

EL NIÑO

El pequeño abrió los ojos y una luz cegadora le impidió discernir lo que tenía ante sí. Se colocó la mano a modo de visera y vio una estampa más propia de un cuadro renacentista que de la realidad. El cuerpo de Ben yacía boca abajo con la cabeza y uno de sus brazos colgados de la borda del bote. Miró la nota que por su corta edad no alcanzaba a entender pero presagió que algo importante contenía. Se acercó al cadáver y lo olisqueó como los niños hacen con los objetos que no llegan a comprender en su totalidad. Llamó a su madre varias veces sin lograr despertarla y no tuvo más remedio que agitar su cara para poder reanimarla y concitar su atención. La madre, en un duermevela, apenas con una brisa de fuerza, entreabrió los cansados ojos y creyó soñar la teatral escena. El papel en su mano la devolvió a la realidad. Apenas logró descifrar el mensaje.

“Voy a morir. Os ordeno que mi cuerpo os sirva de alimento. Salvaros. El capitán”.

Lloró. Lloró como no recordaba haberlo hecho nunca. Abrazó a su hijo y rezó, rezó como no recordaba haberlo hecho nunca. Rezó en voz baja, primero, y cuando remitieron las lágrimas susurró en voz alta alguna oración que recordaba con torpeza. Sonrió, sonrió como no recordaba haberlo hecho nunca, como si fuese la última sonrisa que pudiera ofrecer a su hijo.

El bote fue encontrado a la deriva treinta y tres días después del naufragio del ferry. En él se encontraban cinco personas, tres muertas, con los cadáveres en descomposición y un niño y su madre en

un precario estado de salud. La madre del niño murió dos días después debido a un fallo renal y el niño se recuperó en dos meses. No se pudo comprobar cómo habían podido sobrevivir la madre y el niño. ¡Milagro en la mar!, titularon los periódicos de perfil neutro. Algunos rotativos amarillistas se atrevieron a proponer la hipótesis que llegó a circular en las redacciones: "Carne humana salva almas humanas" llegó a titular uno de los editores. Las especulaciones no se propagaron. La explicación podría deberse a que los protagonistas que sobrevivieron a la tragedia fuesen una madre con su hijo pequeño. Incluso hasta en las jaurías periodísticas existe un pequeño rescoldo de rubor para hacer carnaza con algunos colectivos y en este caso, el hecho de imaginar a un niño comiendo carne humana creo que superó las peores maquinaciones de los narradores de lo turbio con pluma envenenada.

Los últimos momentos de vida del capitán le transformaron en un ser diferente. En aquel pequeño bote rodeado de moribundos, el Ben, a menudo afligido por su fracaso de proyecto de vida imaginado, se catapultó hacia otra nueva persona, un Ben redentor, mártir, fuerte y decidido cuyo cuerpo serviría para salvar la vida de otros. Su acto salvó una única vida, la de un niño que podría tener una edad similar a la del hijo que nunca pudo darle a Bridget.

El sacrificio había sido recompensado con la salvación de ese niño. Su sola presencia en este mundo era una justificación de que su decisión había sido la acertada. Sufría por no poder despedirse de su hija Nica, esa niña que fue capaz de taponar el dolor de la imposibilidad de tener un hijo natural pensaría en su padre, no como un mago que en cualquier momento puede desaparecer, sino como un padre que había muerto en donde pasó la mayor parte de su vida, en la mar. Contaría a sus amigas del colegio que su padre era un marino al que se lo tragó la mar, con orgullo, con la cabeza alta y las miradas de los compañeros de clase denotarían que Nica fue una niña con suerte de tener un padre como Ben. Si el niño del barco contara cómo salvó su vida le rendiría un homenaje, que Nica llevaría grabado a fuego para siempre. Perder un carnal padre débil para ganar un espiritual padre héroe era, sin duda, un gran cambio. Si el niño salvado por el capitán, sin embargo, no contase nada acerca de cómo salvó su vida, sería un homenaje basado en el respeto e intimidad del último acto cómplice de ambos. En cualquier caso, Ben

desde lo más profundo y tenebroso del lecho marino corroboraba que su elección había salvado una vida, la de ese niño, pero sobre todas las cosas, su alma y así unirla por siempre a la de su ser más querido, su hija Nica.

TILFLUGT

JÜRGEN

Dos semanas viéndome dormir mal fueron suficientes para que Colette me dijera “Está bien, vete a comprobarlo”.

En esas dos semanas no había día en el que no saliera la conversación acerca de la extraña noticia de la escuela en Dinamarca. Utilizamos todos los argumentos posibles para no dramatizar la situación. El equívoco, la broma pesada, la casualidad y la mentira, entre otras, eran las posibilidades que barajábamos tras las breves pero intensas charlas que al terminar de cenar solíamos tener cada día. Siempre acabábamos con el convencimiento de que en efecto todo era una broma o una argucia de algún conocido que nunca debiéramos haber conocido y que permanecía oculto misteriosamente, pero que saldría a la luz tarde o temprano.

Nos íbamos a la cama en apariencia tranquilos, en armonía, incluso casi todos los días hacíamos el amor como una pareja convencional con el fuego carnal todavía encendido. Esas charlas amenas acerca de un suceso que aunque era propio lo empujábamos a un terreno ajeno hacían que la vida siguiera como antes, tranquila, sin sobresaltos. Todo cambiaba cuando la luz se apagaba y nuestras mentes divergían a lugares diferentes. Colette se dormía con una placidez digna de sus mejores momentos, nada la abatía, aunque era consciente de que en cualquier instante iba a sucederme lo que venía aconteciéndome interrumpidamente durante los últimos días. Un ruido seco que provenía de una tos nerviosa y que precedía a un sollozo apagado era lo que la despertaba. Encendía la luz de la mesilla, miraba el reloj (las tres o cuatro de la madrugada), y con intenso

respeto me veía al otro lado de la cama, dormido, imaginando que era un actor que fingía que descansaba. Las primeras noches pensó que serían pesadillas pasajeras. Con la reiteración, su preocupación fue en aumento. Una mañana me explicó lo que me sucedía todas las noches. Para sorpresa de Colette reconocí no recordar nada, nada en absoluto. Las siguientes noches dormí con la ayuda de un *Transilium*. En dos o tres horas el misterioso protocolo nocturno se sucedió, toses, suspiros, sollozos.

Vivir durmiendo mal es una especie de tortura siniestra que afecta, no al sueño en sí, cuando uno está horizontal, sino cuando se recupera la verticalidad. Abres los ojos, debes levantarte, pensar, aunque solo sea para ejecutar acciones mecánicas. Puedes hacerlo, pero tu cuerpo no está en la órbita de tus pensamientos. Cualquier dolor del cuerpo es concebido como algo importante, más aún, trascendental. Todo lo que te rodea, ruidos, cambios de luz, voces, movimientos de elementos, empiezan a formar parte de una mochila imaginaria que acumula peso, mucho peso. Entonces es cuando comienzas a comprender que es posible odiar todo, te reconoces como un ser irritable, cercano al histerismo, volcánico y a la vez apagado, como un interruptor averiado que solo emite señales equivocadas. Todo esto se siente cuando no se duerme bien. Comes sin ganas, hablas sin ganas, trabajas sin ganas, o no trabajas, pero discutes con ganas, provocas con ganas e incluso hieres con todas las ganas del mundo. No dormir, es una de las estaciones precursoras a opositar para ser un miembro elegido de los infiernos. Es un estadio en el que uno se siente vivo dentro de un féretro con olor a muerte ácida. Yo lo sufrí y Colette no aguantó más.

Me dijo lo que en realidad llevaba esperando estas dos semanas, sin saber por qué pueril razón no me atreví a sugerirle antes de que ella lo hiciera. “Está bien, vete a comprobarlo. Lo que debes hacer es ir a Dinamarca y averiguar qué es lo que ha pasado con la dichosa esquela”. —Sí — asentí, eso es lo que debo hacer. Contesté como un alumno arrepentido lo hace ante la potestad de su infalible profesor.

Esa noche no la desperté. Según ella no tuve ningún acceso de tos, ni lloré. No la creí, no pienso que mintiera, más bien achaqué mi mejoría a que ella fue la que se liberó de mi amenaza y por fin pudo dormir una noche completa.

Aún así me levanté con más recursos, cansado pero con esperanza. Ahora todo había cambiado, tenía un objetivo que había estado solapando durante dos semanas. Era una especie de liberación que había encontrado con su consentimiento. Si el hecho de ir a Dinamarca lo llego a proponer yo habría tenido un sentimiento de inseguridad o la sensación de ser un gilipollas integral. Sin embargo, al partir todo de una sugerencia de Colette, la vergüenza se había disipado. Con esta llana simpleza se engaña uno mismo y mira hacia otro lado esperando descubrir nuevos horizontes que borren de un plumazo los fantasmas que nos persiguen.

Hablaría con Jürgen, iría a su casa a Dinamarca y me enteraría de lo que había pasado. Punto final. Todo parece sencillo cuando se toman y abordan las decisiones acertadas.

Jürgen me estaba esperando en el aeropuerto. Nunca fallaba. La seguridad de cumplir al cien por cien era inherente a su carácter, muy típico del comportamiento de las gentes que viven en los países nórdicos. Allí estaba, con su media sonrisa, mixtura de sinceridad amigable y cortesía obligada, y su impecable indumentaria. Jersey de color garbanzo (así me lo había puntualizado Colette el día que se lo regaló) de cuadros ingleses con camisa de las suyas, de buena calidad. Pantalones chinos y unos zapatos de corte italiano. Impecable, como siempre. Llevaba el pelo más largo que la última vez que nos vimos. Me sorprendieron algunas canas que nunca habían florecido en él. No soy de las personas que me suelo fijar en demasiada en la indumentaria de la gente, pero Jürgen es el típico hombre que sin ser nada extravagante, todo lo contrario, se podría definir como de estilo clásico, nunca puede pasar inadvertido. Se le podría catalogar como un tipo con clase. Nos abrazamos y nos dimos un beso en la mejilla. Es algo que aprendí de los amigos homosexuales de mi pareja y que con el tiempo ha pasado a ser algo habitual en la relación con mis amistades.

En el taxi me contó lo mucho que estaba cambiando Copenhague, para bien y para mal. La introducción de la modernidad en todos los ámbitos, cultural, arquitectónico, estilos de vida, relaciones, ambiente nocturno, cómo no, y hasta en la gastronomía —que ahora es aquí donde tenemos el mejor restaurante del mundo —susurró bromeando como si el taxista estuviera atento a su monólogo.

Como contraposición comentó que había de un tiempo a esta parte, ciertos ramalazos retrógrados y hasta peligrosos de supuestas minorías con brotes de racismo, clasismo y homofobia. Esto último lo dijo entre risas con un ademán forzado de loca mariquita.

Jürgen tenía ganas de hablar. Yo apenas hice comentario alguno. Me preguntó por Colette, sobre su trabajo y cosas así. Me di cuenta de que conocía detalles del mundo externo de ella que yo apenas intuía. Tuve una vez más la misma sensación que tenía cuando Colette y Jürgen estaban juntos hablando distendidos, la impresión de ser transparente, de evanescencia, de tener una importancia mínima. Esta vez no estaba Colette y pasaba lo mismo. El simple hecho de hablar de ella, sobre ella o de circunstancias que le habían acaecido volvía a producirme ese profundo vacío que tantas veces había sentido.

Por fin el taxi paró y salimos. Jürgen llevó la maleta y me avisó que había hecho alguna reforma en su casa porque ahora vivía en compañía. Le miré con perplejidad. —No es un gato, ni un perro, ni una serpiente pitón— rio a carcajadas. —¿Has alquilado una habitación?, es lo único que se me ocurre— bromeé. Regresó a la risa contagiosa que le caracterizaba, me agarró con fuerza por el hombro y me dijo que esta noche me lo presentaría.

Jürgen no era un corazón solitario, ni mucho menos. Colette había conocido a no menos de media docena de parejas de él, la mayoría duraderas. Uno, dos años, pero no más. Es lo que dura el enamoramiento, se protegía Jürgen. Según su teoría era una fortaleza que se creaba Jürgen en torno a su verdadera condición de conservador nacida de una educación clásica, victoriana, que podría decirse había aceptado sin el más mínimo aire de rebeldía. Sus padres conocían su condición de homosexual, lo aceptaban, pero sin apenas sugerirlo, exigían un comportamiento en Jürgen en el que la apariencia dominase al impulso. Jürgen nunca luchó contra esa imposición no impuesta, contra esos grilletes invisibles. Es más, parecía estar muy de acuerdo con ese estilo de vida. Es su decisión, decía Colette, pero me da pena, nunca podrá ser feliz.

Yo no lo veía así, quizás en mí ganaba el supuesto prisma masculino de goce a través de la posesión de la libertad renunciando a las ataduras. Pero no dejaba de ser una pose porque sabía que pocos hom-

bres renuncian a la posibilidad de la realización en compañía. Aún y así, yo veía en Jürgen a una de las pocas personas a las que la independencia le sentaba como un guante, es más, estaba seguro de que no podía haber una sola persona en el planeta que se pudiese poner a su altura y que fuese capaz de añadirle algo de felicidad. Pensaba que si alguien compartía la vida con Jürgen llegaría a ser como los peces rémora que se aprovechan de su casero. Jürgen era Jürgen y él solo debía fabricar su futuro. Por esta razón su seria confesión acerca de su nuevo compañero me dejó sin defensas, aturdido.

—Pasa — me dijo empujándome con suavidad, a la vez que encendía las luces de su casa. Había tirado un par de tabiques, ampliado el salón, cambiado las ventanas y modernizado el baño y la cocina. El cambio era profundo pero el aire era similar, como él, con clase. Algunas fotos suyas seguían en el mismo sitio. Grandes, en blanco y negro, con un cromatismo similar a los fotogramas de Ingrid Bergman en Casablanca, su película favorita. Colette le sugirió que pusiese alguna fotografía de Casablanca en su casa (también es la película preferida de ella) pero Jürgen de manera acertada le dijo que esa decoración es propia de un pub, no de una casa. Unos meses más tarde tuvo la idea de realizar unas instantáneas con la atmósfera que se respiraba en el film y colocarlas en su salón. Era lo único que no había tocado de la casa y a pesar de ser casi imperceptible, daba personalidad al entorno.

Me propuso que dejara mis cosas en la habitación abuhardillada que por costumbre solía utilizar Colette en las visitas a su amigo. Así lo pensé, “su” amigo, como algo ajeno que me dejaba indefenso como un insecto intentando escapar a través de un cristal cerrado herméticamente.

Necesitaba una ducha. Cuando viajo en avión, aunque el vuelo sea muy corto, casi fugaz, siempre tengo la sensación de que al bajar es un día nuevo y el efecto que crea en mí es el mismo que al levantarme de la cama por las mañanas. Hasta que no permanezco desnudo debajo del agua con los ojos cerrados unos minutos no recupero la normalidad que requiero para ser yo mismo. Utilicé uno de sus champús, siempre neutros, con olor a niño bien educado. Me sentí cómodo al salir del baño, había utilizado su ducha, su gel, una de sus sedosas toallas y ahora estaba preparado para disfrutar de la

compañía de Jürgen, sin complejos, sin miradas extrañas, sin mis pensamientos recurrentes asociándolo con Colette.

— Vayamos al centro a tomar algo — le propuse.

— Gold está a punto de llegar — contestó.

— ¿Gold?

— Sí, mi pareja.

— ¿Es un nombre danés?

— ¡No; Gold no es un nombre exactamente — rió sin complejos, entreabriendo los labios dejando indefensos sus agradables dientes imperfectos.

— O sea, que te has echado un novio de oro.

— Oro puro, de muchos quilates, ya lo comprobarás.

Esperamos tomando unas cervezas tostadas, mis favoritas, que seguro habría comprado en exclusiva para mí, otra justificación más de que era el perfecto anfitrión. Aguardó con paciencia a que le preguntara detalles de la razón por la que había venido. No añadió mucho más de lo que ya nos había adelantado por teléfono. Estaba de viaje por trabajo en una provincia del norte de Dinamarca. Detuvo su coche de alquiler en una cafetería para tomar un café que le despejase antes de su retorno a la capital y comenzó a ojear un semanal cultural y un periódico local. Debido al pequeño volumen del rotativo local miró todas las secciones y cuando llegó a las esquelas no se las saltó como hacía casi siempre sino que le llamó la atención la diferencia que existía entre nombres de ancianos de las zonas rurales y los de la capital. Parecía que los que en su día emigraron a Copenhague fuesen aquellos con unos nombres más actuales o podría ser posible que se hubiesen dotado de un nombre artístico afín con los nuevos tiempos. Enmarañado en ese divertido pensamiento se encontraba cuando se paralizó al comprobar que uno de los nombres que estaban en las esquelas de ese periódico local no solo era diferente al resto sino que lo conocía y era el mío. Volvió a cerrar el periódico, bebió café, nervioso, y realizó la misma operación de unos minutos atrás. Pasó con lentitud las pocas páginas y cuando llegó a las necrológicas dirigió su mirada con apremio y precisión a

la esquina donde había visto mi esquila. Allí estaba, no había lugar a equívocos. Además relejó lo que en la primera lectura creyó entrever y no focalizó por el estado que le produjo la situación. Visualizó la esquila como un fotograma de Casablanca, difuso, enigmático, gris transparente, con un gran titular, mi nombre, y un slogan de la película, “Colette nunca te olvidará”.

Tardó en llamarnos. Había otro periódico comarcal en el local, de más tirada, y entre las esquelas no encontró la mía. Fue a la gasolinera de enfrente y preguntó al encargado por el periódico que anunciaba mi deceso. Lo tenían y comprobó que allí estaba mi nombre, entre los difuntos. Entró en una especie de estado febril. Fue al baño dos veces. Se lavaba la cara y las muñecas con una mecánica propia de un ritual religioso. Pasó tiempo, bastante tiempo mientras se miraba en el sucio espejo del frío váter de la estación de repostar combustible. En aquel momento no tenía consciencia de la relación tiempo—espacio. Salió despacio pero una fuerza externa le obligó a regresar. Volvió al baño, vomitó y orinó, no sabía si en ese orden. El café le dejó un regusto amargo. Nunca me ha gustado el café, no sé por qué lo sigo tomando, pensó. Pidió una aspirina y un vaso de agua con gas. Respiró, pero no encontraba el resquicio que le permitiera procesar la situación. Salió a la calle con las prisas de un preso escapando de sus captos. Anduvo cien, doscientos metros, no lo sabía. Se agachó y pudo encontrar el aire que su cerebro necesitaba. Se sentó en un banco donde unas madres vigilaban a sus hijos mientras bajaban por unos toboganes de plástico amarillo. Se empezó a relajar y solo entonces decidió que estaba preparado para llamar a Colette.

Cuando su relato concluyó me había acabado la segunda cerveza tostada. Jürgen apenas había consumido la mitad de una. Estaba nervioso o emocionado, o en ambos estados. Yo apenas pude articular palabra alguna. — ¿Ponemos música? — Fue la única estupidez que se me ocurrió, aunque quizás fuese lo más inteligente para desatascar la tensa carga emocional que se había creado.

Segundos antes de la frase comodín “¿ponemos música?” reflexioné con rapidez acerca de los sentimientos que Jürgen tenía hacia mí. Era desmesurada la reacción y colapso mental que había sufrido por la noticia de la muerte del marido de su mejor amiga. ¿Acaso

estaría enamorado de mí? Durante todo su relato fue algo que me estaba preguntando de manera reiterada y ¿cabría la posibilidad de que él lo hubiera intentado ocultar? De ninguna forma. Por tanto, creí de justicia no plantearme ese escenario. Otra opción es que su sufrimiento fuese una reacción de mimetismo por su amistad con Colette. Hay personas con una empatía extrema que les hace sufrir o gozar como los protagonistas de los hechos. Quizás Jürgen fuese una de esas personas.

– ¿Qué quieres escuchar?

– Algo fuerte – respondí para forzar su sonrisa.

– ¿Qué te parece que le sorprendamos a Gold? – replicó más animado.

– ¿Qué le pone a tu Gold?

– The Clash, The Velvet Underground – dijo con una muesca de complicidad sabiendo que también eran grupos que me encantaban.

– Busca por ahí en el PC a ver si encuentras el London Calling. Si además haces que suene el “Death or Glory” creo que iría muy bien con la situación.

Escuchamos varios temas del London Calling, que unido a la tercera cerveza tostada, transformó el salón en un lugar idóneo para degustar ilusiones ocultas. Con The Clash no llegó Gold. Lo hizo con la envolvente, agónica, triste, reiterativa hasta el extremo, pero bella, muy bella, “Pale Blue Eyes” de “The Velvet Underground”.

GOLD

Gold entró en el piso con sigilo, como un ladrón lo haría en una noche de trabajo furtivo en un apartamento ajeno. Jürgen nos presentó utilizando su perfecto inglés aunque contaminado por la utilización de una gramática correcta hasta la edulcoración. Nos estrechamos la mano. Su tacto era frío, achacable en parte a la climatología exterior, no así su mirada, igualmente gélida y abstraída. ¿Me había visto? No lo parecía. Saludó como un robot encaja una pieza mecánica en una fábrica de automóviles. Esa es la primera y extraña impresión que tuve de él, la de un prototipo aspirante a ser humano. Era alto, al menos diez o doce centímetros más que Jürgen y yo, que alcanzábamos el uno ochenta, de espaldas masculinas, y piernas plumizas. Sus rasgos eran de un exotismo difícil de calibrar. Sin pelo, ¿rapado o calvo?, de incierto pronóstico. Se diría que una calvicie parcial comenzó a invadirle y decidió que el único pelo que adornase su rostro fuera el de unas muy finas patillas que se alargasen hasta el mentón. Sus labios, carnosos, eran la cualidad que más resaltaban en su cara. Era la característica que te generaba una inquietud que acababa resolviéndose con una singular contradicción: Gold era un hombre negro, bello, atrapado en una piel blanca. El contraste le daba una amplitud física que era imposible que pasase desapercibida.

“Pale blue eyes” seguía con su ritmo repetitivo, monocorde, maravilloso. Jürgen propuso, imponiendo el inglés como lengua oficial del trío, salir a cenar o a tomar algo. Gold, con un gesto le sugirió que esperásemos. Jürgen asintió y trajo otras cervezas. Gold se hizo un canuto.

—Hachís libanés, ¿lo has probado? —fue la primera vez que me habló.

El famoso polen rojo del que tantas leyendas de buenos y malos viajes había oído hablar. Era un buen momento para probarlo, me dije. Era bueno, agradable en la inspiración, sin agresiones, con un olor leñoso y un efecto reposado y contenido. Así hay que degustar el buen hachís, pensé, definiéndolo como los vinos elegantes. Reí pensando en estos ridículos pensamientos que abordaba a la cuarta o quinta calada. La risa se desbordaba por el efecto del hachís, era indudable. Miré a Gold ruborizado mientras él apenas mantenía mi mirada.

—Me gusta —fueron las dos únicas palabras que articulé.

Bajé la mirada y me refugié en la voz de Lou Reed entonando "I'm Wating for the Man". Gold era el dueño del espacio. Jürgen estaba sentado a su lado, empequeñecido, no por la diferencia muscular, sino porque aquel momento le pertenecía por entero a Gold. Era evidente. Jürgen me inspiró, de súbito, un sentimiento de pena, aparentaba un juguete dependiente del arbitrio de su niño caprichoso. El hachís era más fuerte de lo que había imaginado. Los tres estábamos contemplándonos como un trío de exhibicionistas. A veces sonreíamos, otras nos concentrábamos en nuestras cervezas y masticábamos algunas de las canciones llegando a entonar las letras con descaro. Llegó "I Can't Stand It" y Jürgen dio dos fuertes palmadas. Gold y yo nos incorporamos del sofá. Habíamos estado casi tumbados durante cuarenta minutos.

El tiempo es una sucesión de errores, medirlo es una gran mentira. Lo que le da valor es el contexto y la situación que lo envuelve, o acaso es el tiempo el que envuelve a los contextos y situaciones, pero lo cierto es que si lo medimos nos creamos una guillotina que en cualquier instante está preparada para seccionar lo mejor, lo más auténtico y excitante de nuestros vaivenes. Cuarenta minutos que fueron cinco, ochenta, o una vida entera, nadie lo podría jurar, no existe notario alguno que lo verifique. Esos cuarenta minutos que fueron solo apariencia me concedieron una beca que me abría las puertas de una nueva persona, Gold, sin duda un enigma en sí mismo y un misterio mayúsculo ponderado en función de su relación con Jürgen.

Los tres fuimos al baño, en fila, como los siete enanitos reducidos a trío a orinar y a refrescarnos la nuca y las muñecas, según el protocolo que nos indicó el experto en "cómo contrarrestar los efectos nocivos del hachís libanés" que, por supuesto, era Gold. En diez minutos estaba en un estado de relajación que se podría catalogar como armonía. El tiempo volvió a renacer como una sombra difusa. No quería salir de esa trampa. Los ojos de Gold se cruzaron con los míos. Desde que había entrado por primera vez en el piso no me había atrevido a fijarme en su mirada. La frialdad de mi primera impresión seguía ahí. Era una mirada ausente, producto quizás de su adicción al hachís, aduje, pero había algo más que le otorgaba una supremacía que asustaba. Tenía esa mirada que el verdugo a sueldo regala a su víctima antes de apretar el botón que activa la corriente eléctrica o que impulsa el veneno hacia sus venas. No era la mirada del que ahorca, a eso no llegaba, pero sí del que indirectamente y utilizando las tecnologías es el indicado para ejecutar a un criminal. El color de sus ojos era, sin embargo, cálido. Podría considerarse una mirada acogedora si solo se contemplase el color miel que los caracterizaba. La frialdad residía en el uso que hacía de sus ojos; sin apenas gestos era capaz de convertir una fiesta en un funeral o un amanecer en un ocaso. No me extrañaba que Jürgen hubiese caído rendido a sus pies. Jürgen había regalado su presente, su hoy, su día a día a varios amigos-novios-parejas, pero siempre había sido muy celoso de guardar su intimidad porque, según Colette, era difícil que encontrase a alguien tan especial que lograrse merecerle. Gold era, sin duda, una de las pocas personas que tenían un halo de misterio digno de que Jürgen le abriese las puertas de su futuro. Era, según Colette, lo que siempre había buscado. Según Colette, según Colette, me martilleaba mientras disfrutaba de los últimos rescoldos de la droga roja.

Esa noche Jürgen nos llevó a diversos sitios modernos de Copenhague que sabía iban a ser de mi gusto. Nada de multitudes y bullicios, una cena en un restaurante con ambiente de tomar copas y música alternativa británica, lo que se comenzó a llamar post-punk. Todo muy "cool", con el clásico modernismo tan elegante del que hacen gala los nórdicos, o en este caso, los nórdicos-mediterráneos, tal y como se complacen en tildarse los daneses, me confesó. Bebimos vino "Burdeos" en la cena y cerveza y algún combinado cursi

con sombrilla comestible en los bares de copas. Nos emborrachamos ante la sobria mirada de Gold, que apenas probó algo de vino en la cena y una o dos cervezas mientras Jürgen y yo hablábamos de Colette. Jürgen, con un inglés mucho más fluido que el mío acariciaba las rodillas de su novio cuando comprobaba que dejaba de prestar atención, lo cual era algo que sucedía a menudo. En ocasiones le introducíamos en la conversación cambiando de tema. Hablamos de música, de qué tíos estaban buenos en el local, del libro de Bolaño que Colette me había regalado, pero era irremediable que cuando salía el nombre de Colette, el alcohol me cortocircuitaba hasta el punto de que las señales de mi cerebro eran incapaces de articular una frase completa coherente en inglés y pasaba con automatismo implacable a mi estado nebuloso producto del exceso de alcohol. Gold continuaba en la conversación como si siguiese entendiendo con perfección de lo que hablábamos y en unos minutos la burbuja de entendimiento que formábamos Jürgen y yo le estallaba en la cara y se perdía mirando hacia otro lado como el hombre inseguro que esquivaba la petición de una limosna.

La noche se sucedió como un breve paréntesis en el verdadero propósito de mi viaje. La tortura que me había invadido los últimos días desapareció con el simple hecho de saber que me encontraba en un lugar próximo al que germinó el origen de los males. Acudí en mi ayuda omitiendo cualquier tipo de comentario. Está escrito en su biografía, de él se debe esperar siempre y en cualquier tipo de situación la mejor de las decisiones. Otra vez acertó. Ni un comentario, ni una mirada extraña que me sugiriese hablar del tema. Era Jürgen en estado puro, como un espía contratado para pillar in fraganti a dos amantes, transparente, pero lúcido y vigilante. Ni siquiera, y a pesar del alcohol, esbozó una mísera broma que quitase importancia al "asunto". Así me refería a mi supuesta muerte, como el "asunto", un eufemismo auto impuesto que bordeaba la paranoia. Era una delicia de acompañante, de anfitrión y, por qué no volverlo a reconocer, de amigo. Lo había demostrado una vez más.

Al día siguiente, cuando me desperté en la pequeña habitación abuhardillada, esperé tumbado para tratar de comprobar el estado en que se encontraba la casa. Es algo que repito en muchas ocasiones cuando el lugar en el que amanezco no es terrero propio. Intento averiguar, con los sentidos apenas en proceso de autoarranque, si

hay alguien en la casa. En caso afirmativo, cuántas personas habrá, quiénes serán y qué es lo que estarán haciendo. El siguiente reto es adivinar qué hora será. Una vez discernidos estos pequeños misterios, o al menos, aproximado a los mismos, intento ir más allá y trato de catapultar mis pensamientos hacia los cerebros de la casa. ¿Qué pensarán, qué es lo que van a hacer? En ese instante confuso y denso es cuando me desperezo, busco a tientas una luz cercana que me evite tropiezos inoportunos y me dirijo a cotejar el resultado de mis vaticinios.

El alemán no estaba. Aunque era sábado había ido a trabajar. Eran las diez y cuarto y a Gold se le adivinaba en la cocina desayunando en abundancia. Su silueta era diferente vista con el prisma de la luz de la mañana. Se diría que su piel se había blanqueado un tono. Su contraste de blanco poseído en un cuerpo de negro era, si cabe, más evidente a horas tempranas.

— La pistacho, tu toalla es la de color pistacho — dijo mientras señalaba un cajón con el mentón elevado.

Mi gesto, como comprobé minutos más tarde al verme reflejado en el espejo del baño, transmitía una necesidad extrema de darme una ducha, y él se había adelantado. No tenía resaca gracias a que la noche anterior había vomitado casi todo lo que bebí y comí. Era una tradición en mí que me evitaba despertares dolorosos y apesadumbrados. Desprendía por la boca todo lo que me había alegrado el alma la noche anterior, era un akelarre íntimo que realizaba desde que tenía consciencia de haber sufrido mis primeras borracheras.

Después de la ducha le acompañé a Gold en el desayuno. Para mi sorpresa, él seguía comiendo. Ahora cereales con leche y fruta. Yo me decidí por una bolsa de bollería industrial con un café poco cargado que todavía mantenía caliente la cafetera de diseño alemán. Le pregunté a qué hora volvía Jürgen. Los viernes acababa antes de trabajar y solía regresar a las dos de la tarde, aunque este fin de semana iba a estar fuera.

— ¿Fuera? — interrogué con sorpresa.

— Dortmund — puntualizó Gold, con el mismo tono del fumador que pide en un estanco su marca de cigarrillos favorita.

No entendía por qué no me lo había avanzado. Él sabía que le iba a necesitar un par de días para que me acompañase a rastrear el “asunto”. ¿Acaso pretendía que fuese solo? ¿Era un viaje imprevisto y no le había dado tiempo a contármelo? Estas cuestiones me las podía haber resuelto Gold pero no quería importunarle mientras elaboraba con calma y armonía un canuto de su hachís cobrizo. Se lo fumó con pausa, sin ofrecérmelo. Me dio la sensación de que ya sabía que no habría querido compartirlo. “Muy pronto para él, no está acostumbrado”, era lo que predecía que meditaba mientras el humo bordeaba una de sus teatrales cejas. El olor del hachís se fundió con el de la mantequilla de las tostadas (¿pero cuánto había engullido aquel tipo?) generando un ambiente carnoso, que me impedía tomar una decisión. No podía realizar otra acción que esperar. Esperar a que Gold acabase lo que estaba haciendo, como el que está aguardando en una sala de hospital a que la enfermera le avise de que ha llegado su turno. ¿Ese sería el halo invisible que hacía a Jürgen dependiente de aquel extraño personaje?

El teléfono rompió el gradual hechizo. Era la tonta sintonía de mi móvil y él quién llamaba.

– Todo bien – mentí.

No le comenté nada acerca de su viaje. Me daría todo tipo de explicaciones y estaba seguro de que buscaría una solución para enfrentarme de manera adecuada al “asunto”.

Cuando regresé a la cocina solo quedaba de Gold la colilla del canuto, el ambiente cargado y una concisa nota: “Me tengo que ir. Gold”.

Esa tarde comí con Jürgen. Sabía lo de su viaje a Alemania hacía varias semanas pero Colette le había puesto en antecedentes sobre mi estado de nerviosismo (no me lo dijo con esta claridad pero sí lo dio a entender con su elegancia y habilidad habitual) y pensó que demorar mi viaje era innecesario estando Gold. Esto sí me lo dijo con esas mismas palabras: “Pensé que demorar tu viaje era innecesario estando Gold”. Así es como se escribe el “luego” de las personas, no el destino, que eso es cosa de echadoras de cartas o de religiones privilegiadas, pero al menos sí lo que yo catalogo como el “luego”, esas cosas que están a punto de suceder y que pueden ser modificadas como el que da la vuelta a un calcetín. El mejor amigo de mi

mujer por primera vez confiaba en alguien en su vida amorosa, lo cual le acreditaba a Gold como un depositario de garantía de su confianza y a su vez, el mejor amigo de mi mujer, tenía un viaje casual que le inhabilitaba para acompañarme en el descubrimiento de mi supuesta muerte, es decir, la resolución del “asunto” que acababa de trastocar mi existencia en las últimas semanas. La solución que me ofreció Jürgen fue que en ese difícil trance de mi vida mi apoyo iba a ser la extraña persona que parecía llevar dirigiendo desde su grisácea esquina las invisibles riendas de su relación amorosa, Gold.

¡Que potente es el influjo del amor! Es capaz de transformar a la persona más cabal, inteligente y capaz que conozco en un pañuelo de papel en un día de vendaval.

– Perfecto – dije.

No tenía otra opción y a pesar de mis inquietudes no quise importunarle. Habría sido cruel por mi parte haber siquiera insinuado nada acerca de su relación. ¡No tenía ningún derecho a intervenir en su futuro! No era un invitado a sus proyectos, a su felicidad o desdichas, solo era la pareja de su mejor amiga, que tenía un problema y él se había ofrecido a ayudarme. Era un peregrino de paso, una mancha en la pared, no una estructura de hormigón como era Gold para Jürgen. Él si tenía el pasaporte para influir en él y yo tenía que aceptarlo.

– ¿Dónde está ahora Gold? – fue la única frase dudosa que me atreví a articular.

– No sé, ya vendrá a la noche. Es un espíritu libre – sonrió manteniendo la mirada, cerrando la frase como se dicen las sentencias aprendidas y mil veces repetidas.

EL VIAJE

Gold llegó a altas horas de la madrugada.

– ¿Lo ves?, siempre llega – dijo Jürgen a la mañana siguiente con una especie de orgullo paternal.

– Alquilemos un coche, el más barato, porque aquí nadie pasa de noventa kilómetros a la hora y las distancias son cortas – nos aconsejó con su acostumbrada practicidad.

Cogió su petate de cuero de aspecto militar, y con un automatismo natural subió mi pesada maleta, como asumiendo su papel de servidor mío que le había encargado su novio. Fue curioso observar por primera vez que cuando estaban juntos Gold llevaba la manija y Jürgen era la marioneta y ahora que estaba solo parecía un empleado del alemán. Son los roles que todos desempeñamos y que tanto descolocan al observador, en este caso, yo.

Yo conducía. En el viaje hablamos poco. Primero escuchamos música elegida por mí. Gold dijo que le era indiferente y que le parecía bien, pero que de momento pusiese bajo el volumen para que saliéramos de la ciudad sin equivocarnos. Le pregunté hacia dónde nos dirigíamos.

– Al norte – contestó, como el que conduce una docena de caravanas en el “Far West” equivocando el punto cardinal.

– Vamos allá, al oeste – comenté haciendo una mueca cómica que él no apreció.

Parecía muy concentrado en su cometido de guía. Solo cuando llegamos a la autopista principal que nos dirigía a la ciudad me sugirió subir el volumen de la música que todavía no había sentido como compañera de viaje.

— Escucha el bajo — dijo mientras sonaba un viejo disco de dub jamaicano de Dr Alimantado, un tipo totalmente desconocido para mí.

— Es de un disco que se llama “Best Dressed Chicken in town” — añadió.

Era la primera vez que le oía reír a carcajadas. Su casual pero parsimoniosa risa no paró hasta que acabó de liarse el canuto con la precisión, elegancia y naturalidad de un malabarista. Esta vez lo compartió, intuyendo que ahora sí estaba preparado.

Le conté el motivo de mi visita. Como era obvio, estaba al corriente de todo, pero me dejó hablar sin interrupción alguna, entendiendo que hay momentos en los que un sonido ajeno, aunque solo sea un “sí”, un “vaya”, o un “lo siento”, puede ser malinterpretado y, por tanto, lo más seguro y lo que más puede ayudar es el acompañamiento de un silencio absoluto que garantice la certeza de que se te está escuchando. En ese momento comprobé que tenía ese don, ese raro poder que solo unas pocas personas poseen.

— ¿Sabes dónde vamos? — fue todo lo que me preguntó cuando acabé de explicar el “asunto”.

— Supongo que a la ciudad donde Jürgen leyó el periódico con mi esquila.

— Exacto. Jürgen llamó hace unos días para enterarse del domicilio social de la editorial del periódico en cuestión y está en un pueblo que se llama Tilflugt. Hacia allá nos dirigimos.

— Perfecto — dije, mientras le pasaba el canuto que me había hecho aminorar la marcha sin apenas darme cuenta.

A las dos horas de tranquilo viaje divisamos el pueblo en el que todo había comenzado. Tilflugt era una pequeña península que desde la leve colina adyacente se veía por entero roja. Fue la primera impresión que tuve de Tilflugt. El de una alfombra persa con sus di-

bujos arabescos y su predominante rojo que pertenecía a los tejados de las casas que parecían agolparse unas sobre otras. Era un pueblo que parecía querer ir hacia el mar, luchar contra él o enfrentarse a sus fuerzas.

— Es un pueblo precioso — observé.

— Curioso — precisó.

Tenía razón, se trataba de un pueblo grande o una pequeña ciudad, en apariencia turística, pero que no aparecía en ninguna de las guías de viaje del país. Prueba de ello eran los decadentes accesos al interior de la península. La estrecha carretera que unía la isla con el litoral, de unos escasos doscientos metros, se diría que había sido construida para ser transitada a regañadientes.

Era tarde, ya estaba anocheciendo y nuestro primer propósito era encontrar alojamiento.

¡Colette!, me sobresalté. Llevaba casi dos días sin hablar con ella. Era extraño que no me hubiese llamado. En mi caso era más habitual, pero Colette para estas cosas era muy protocolaria. Miré el móvil para ver si tenía algún mensaje pero me di cuenta de que estaba apagado, sin batería. Me lo recuerdo en multitud de ocasiones pero soy incapaz de realizar la sencilla tarea de enchufar por las noches el maldito aparato. Con cierto apuro le iba a pedir prestado el teléfono pero cuando alcé la mirada estaba con su móvil en la mano ofreciéndomelo como un sacerdote ofrece la hostia a los feligreses. Cuando alguien es observador es capaz de oler como un lobo el rastro del miedo, e incluso, como era el caso, leer el momento de una persona en apuros. Gold era observador, y de los buenos.

Llamé a Colette. Mentí escudándome en que no había cobertura. Era una historieta mil veces contada y que ella, conociéndome, daba por buena con eterna paciencia. Le puse al día de lo ocurrido e instantes antes de decirle con precaución, como sintiéndome culpable no sabía con exactitud de qué, que me encontraba con Gold y no con Jürgen, comprobé que había desaparecido entre las callejuelas. Gold el observador me volvió a martillar el cerebro. Sabía que necesitaba un espacio de privacidad y me lo había ofrecido en el momento preciso. Le hablé sobre él con voz en extremo baja como si intuyese que Gold estaría vigilando tras la esquina al final de la calle ado-

quinada. Me sentí ridículo. Cambiamos de tema y me contó cómo iba su último proyecto en la empresa, me habló acerca de su nuevo peinado y cosas del estilo.

– Tengo que cortar, que la llamada es desde el teléfono de Gold. Mañana te llamo – interrumpí.

– Un beso y pon el móvil a cargar, que no se te olvide – concluyó Colette recordándome con sutileza quién era la persona cabal en nuestra relación.

Me sonrojé sin utilidad alguna y finalmente, antes de colgar me despedí con un “hasta mañana, bruja Colette”. Esperé unos instantes para disfrutar de su armoniosa risa y finalmente apreté el off.

Estaba todavía con la mirada fija en el teléfono cuando el supuesto espía reapareció por entre las callejuelas como el fantasma de Bogart en la niebla del aeropuerto de Casablanca. Así lo pensé y me dije que tenía sentido su apariencia porque Jürgen habría dado el visto bueno con alborozo. Ratificaba una vez más mi impresión de que Gold era capaz de discernir las pausas del tiempo y acoplarlas a las necesidades ajenas. Quizás era una simple percepción mía pero cuanto más observaba cómo actuaba, más seguro me encontraba de que estaba acompañado por una persona especial.

Conseguimos dos habitaciones en el hostel del pueblo. Solo había un hotelito en Tilflugt, de cuatro plantas y cuatro habitaciones por piso. Las dobles correspondían a los dos primeros pisos y las individuales a los dos últimos. Cuando la encargada del hostel nos preguntó con naturalidad si queríamos una doble o una sencilla miré a Gold con las dudas de un amante principiante. Me sentí adolescente, en su amplia extensión de la palabra. Adolecía de experiencia, adolecía de madurez, adolecía de sentido común, adolecía de haber vivido lo suficiente, adolecía de personalidad. En resumen, me sentí como un completo estúpido.

Una vez más, salió al rescate.

– Dos individuales en el cuarto piso, si es posible – sugirió con educación.

La dueña carraspeó y observó que solo quedaba una libre en el último piso pero había otra en el tercero.

– Te ahorro un piso de cansancio – dijo señalando las escaleras y cogiendo la llave con el número cuarenta y dos.

No había ascensor y la escalera era tan estrecha que mi maleta tuvo que hacer unas maniobras dignas de un tráiler articulado para llegar a su destino. Me despedí de Gold, que seguía subiendo hacia la última planta. La habitación era austera, con una decoración con motivos escandinavos, un viejo cuadro de alguna batalla sobre la cama, con un colchón en apariencia nuevo y otra impresión a la entrada del pequeño baño con unos vikingos pescando. ¿Los vikingos pescaban?, pensé, ¿no se dedicaban a guerrear? El suelo no era del todo uniforme y los techos eran bajos. Tras unas cortinas desgastadas pero de buena calidad había una pequeña ventana que la dueña del hostel me mostró enérgica y orgullosa. – Se ve la catedral y la plaza del mercado – me indicó en una especie de inglés germánico. Sonreí y le dije muchas gracias en danés.

– El desayuno es de siete a nueve – me indicó.

Decidimos reservar solo una noche en el hostel con el propósito de abordar el “asunto” al día siguiente y una vez arreglado volver a Copenhague.

EL REFUGIO

Esa noche fue la primera que me sobresalté en Tilflugt. Serían las tres o cuatro de la mañana cuando unos ruidos procedentes de unas cañerías de algún baño anexo me despertaron. Había conciliado bien el sueño. La cama era cómoda y estaba cansado lo suficiente para conseguir dormir con tranquilidad. En pocos minutos mi mente se desplazó a un lugar recóndito. Estaba soñando y al despertar recordaba con claridad mi juego nocturno.

Estaba en una colina observando un pueblo parecido a Tilflugt con la diferencia de que no se encontraba en una península sino que flotaba sobre la mar. Iba y venía con las olas pero las casas se mantenían firmes. Solo la Catedral con su campanario se mecía al compás que marcaba la marea. Los habitantes silbaban y cantaban mientras hacían sus labores. El cartero sonreía a todo el mundo entregando paquetes y cartas. Los barrenderos apilaban hojas secas y cuando descansaban jugueteaban con los niños utilizando su escoba a modo de caballo. Las vendedoras de fruta del mercado vociferaban enseñando el género y dando a probar brillantes manzanas a los curiosos. Muchas de las personas que no estaban trabajando permanecían sentadas en los escondidos bancos de las callejuelas, leyendo, abstraídas, casi ausentes. Había hombres y mujeres, ancianos y niños, leyendo en todos y cada uno de los bancos del pueblo. Observé con atención y ninguno estaba desocupado. Sus caras, sus rasgos eran diferentes a los del resto de la población de Tilflugt. En su mayoría no eran nórdicos. Había lectores asiáticos, árabes, latinos, subsaharianos, mediterráneos, aunque también algún nórdico. Leían,

no hacían otra cosa. Los lugareños pasaban a su lado y mostraban una absoluta indiferencia, es más, se diría que no eran conscientes de que se encontraban allí, cada uno en su banco de madera, con su libro y la mente en otro lugar. Ese era el panorama que veía desde la colina cuando alguien gritó en una lengua ininteligible para mí ¿Podría ser danés?, aunque a mí me pareció latín. La frase se oyó en todos los rincones del pueblo, que seguía a la deriva gobernado por las mareas. Todos sus habitantes miraron hacia tierra, todos, menos los impasibles lectores. Allí estaba Gold, erigido como un ídolo victorioso de mil batallas, gigante, con una sombra que proyectada con enorme amplitud había cubierto en tinieblas a todo el pueblo. Volvió a repetir la frase, esta vez, con más energía si cabe. Todos los habitantes quedaron paralizados y sus rostros se volvieron opacos, duros, pétreos, mientras los lectores se levantaron lentamente y fueron entrando a la Catedral al ritmo del repicar de las campanas.

El sudor seco de mis manos me indicó que el sueño no había sido inofensivo. En un primer estadio las campanas seguían sonando en mi interior. No eran las de la Catedral real, sino que se trataba de las soñadas, era evidente. Respiré como si el aire fuese un bien escaso, con furia, hacia adentro y hacia afuera, hacia adentro y hacia afuera. Funcionó. Estaba preparado para pensar qué es lo que en realidad me había despertado. En ese instante fue cuando oí el ruido de las cañerías y como compañera de melodía un profundo y doloroso sollozo. Alguien estaba llorando, se percibía con claridad. Era un lamento claro, desnudo, producto de una melancolía hueca. A lo largo de mi vida había oído llorar en multitud de ocasiones y situaciones de lo más variopintas. Pérdidas de seres queridos, sin duda los llantos más trágicos y desgarrados, desengaños amorosos, lágrimas que el que las ve sabe pasajeras y el que las sufre siente que nunca dejarán de brotar, enfados, disgustos, riñas, nostalgias y muchas más circunstancias que provocan el brote automático de ese agua salina que nos consuela o nos destroza. Pero el llanto que percibía ahora, no sabía con exactitud si en la habitación contigua o en otra cercana del edificio, no podría identificarlo con ninguno de los lloros que había presenciado alguna otra vez. Era un llanto diferente. El rasgo diferencial es que creo que nunca he escuchado llorar en la intimidad a alguien, sin que supiese que estaba siendo vigilado. Era un sollozo verdadero y por eso era rasgado, profundo,

que provenía de una oscura cueva misteriosa. Sentí escalofríos. Me di cuenta de que estaba paralizado, como un zombi en mitad del diminuto cuarto de baño mirando en la oscuridad hacia el lavabo que era por donde con más nitidez se escuchaba el cadencioso e infinito sollozar. Oriné y me senté en la taza del inodoro con las manos apoyadas en la barbilla esperando que el llanto dejase de percibirse. Todavía durante algunos minutos, no sabría decir si fueron pocos o muchos, el tono del llanto se mantuvo hasta que con lentitud se fue apagando y finalmente desapareció. El ruido de las cañerías pareció anunciar el final del episodio. Aún me mantuve en la misma posición casi fetal que había decidido tomar durante un buen rato. Tenía la esperanza de que el llanto volviese, había creado en mí una especie de hipnotismo que por instinto me relajaba. La profunda tristeza que se desprendía desde el otro lado de las viejas tuberías se había transformado en una píldora analgésica que parecía venir de un mundo diferente. Mi estado de somnolencia unido al llanto cadencioso me había convertido en un sonámbulo orgulloso que estaba en plena armonía con las fuerzas de la noche. Desistí en mi espera. Estaba descalzo, me acababa de dar cuenta, y el frío me recorría todo el cuerpo. Me había invadido la irrisoria realidad. Era un tipo en calzoncillos sentado en la taza de un váter espionando una desgracia ajena. Volví a la cama pero ya no pude conciliar el sueño en toda la noche.

Esa mañana me encontré con Gold en el pequeño espacio habilitado en el hostel para desayunar. Eran tres mesitas en las que apenas cabían dos personas, cercanas a la puerta de atrás que daba a un callejón por donde el aroma del mar se colaba. Cuando bajé por las escaleras ya se oía su grave voz hablando en danés con la encargada. Me dijo que llevaba media hora desayunando e intuía, por lo que le quedaba todavía en su plato, que iba a seguir devorando durante otro largo rato. Comí en silencio observando con descaro, diversión y extrañeza. Veía a ese ser que me acompañaba comer sin pausa, como si su etapa de crecimiento no hubiese concluido. Mi leve comentario al respecto fue contrarrestado por él con una frase ingeniosa. Me contó que tenía un amigo al que solo había un alimento que le gustaba bastante, las alcachofas, y el resto le gustaba mucho.

— Ese amigo eres tú mismo, supongo — reí mientras masticaba una tostada con mantequilla.

—No, a mí las alcachofas también me gustan mucho —contestó serio arqueando las cejas con un gesto de ironía inteligente.

Siempre he admirado a la gente que come con amplitud. No por gula ni por alguna razón que tenga que ver con la necesidad, sino por algún motivo asociado a la naturalidad. El ser humano come, toda persona debe comer para sobrevivir. Si eres consciente de que necesitas comer y lo haces con angustia o ansiedad, resulta desagradable como espectáculo. Es imposible que bajo esas premisas se coma con elegancia y equilibrio. Sin embargo, Gold comía con naturalidad, de forma espontánea, como el caballo que padece en el campo, con la confianza de que nadie le esté mirando y con la destreza de haber realizado esa operación miles de veces. Da gusto ver alimentarse a personas que disfrutando de la comida no lo hacen extensible al resto de comensales, pero en su mirada y en sus movimientos queda reflejada esa especie de amplitud que le hacen imprescindible. Comer es importante, pero pocas personas son importantes cuando realizan este acto cotidiano. Era una de esas personas que dignificaban el arte de saber comer mucho y bien.

Gold ya se había informado a través de la encargada del hostel sobre cómo ir a las oficinas del periódico. Estaba a menos de dos kilómetros a pie, en el paseo marítimo. Decidimos ir caminando para cotejar in situ la diferencia de criterio que existía entre imaginar la ciudad desde una colina y casi a oscuras y acariciarla a plena luz del día. Tilflugt era una ciudad en apariencia antigua, con calles estrechas adoquinadas y con unos edificios de puertas pequeñas y grandes ventanales que parecían buscar con desesperación un susurro de luz. Las paredes de las casas eran de piedra antigua aunque algunos singulares edificios de madera se incrustaban entre varios de piedra dándole un toque anárquico a la composición de las callejuelas. Desde cualquier punto de la ciudad se veía la catedral, realizada con base en un gótico armonioso pero con evidencias de posteriores remodelaciones que afeaban el conjunto. Los cortos canales que aparecían por sorpresa al cruzar alguna calle daban a la ciudad un ornamento turístico que era evidente no había sabido potenciar. A la mayoría de los canales se les podía averiguar su muerte, o su nacimiento, en el mar que bordeaba a la ciudad. Lo más significativo de Tilflugt era su olor. El mar que abrazaba por entero a toda la ciudad la engullía en sus tripas, otorgando sal a sus entrañas. Nunca

había estado en un lugar donde el perfume de la mar dominase de manera tan contundente. En un principio se hacía muy agradable, incluso reconfortante. Con el paso de las horas, el viento que burlaba los callejones traía salitre en estado puro directo a las fosas nasales como un boxeador castiga a los rivales. La sensación era similar a encontrarse en un secadero de algas, no parecía natural que el mar dominase con tal virulencia las calles de Tilflugt. Se podría decir que Tilflugt era una chica bonita, que por exceso de timidez, no había sido invitada al baile de fin de curso. Aunque la timidez bien pudiera estar influida por la halitosis salina, reflexionaba sonriendo mientras trataba de recordar si a alguna de las ex novias que habían pasado por mi vida le pudo oler el aliento a sal marina.

Nos perdimos varias veces y para reorientarnos debíamos guiarnos por los canales y el mar. Al llegar al paseo marítimo el olor a mar remitió y el viento pareció huir en otra dirección. La sensación que me dio fue la de haber pasado una pantalla en un video juego. El mar estaba como un plato, manso, más parecido a un lago que a un verdadero mar. Estuve a punto de acercarme, como por un impulso infantil para comprobar la salinidad del agua, pero la idea me pareció tan excéntrica y descabellada que no lo hice por lo que pudiese pensar Gold.

—Aquí no huele tanto a mar, es curioso —dijo.

Inspiré, una, dos, hasta tres veces y no noté el salino olor que nos inundó en la caminata.

—Debe ser que el viento ha parado —justifiqué.

El mar era de un gris apagado o marengo homogéneo solo desequilibrado por las zonas que estaban cubiertas de nubes. No se veían embarcaciones ni puerto pesquero alguno. Supuse que se encontraría en algún otro punto de la península. Tras la oxidada barandilla había una pequeña franja de arena gris, de similar tonalidad que el agua del mar. Daba la sensación de que el agua había acabado sometiendo a la arena a su tiranía y llegó a maniar cualquier atisbo de libertad de tener una personalidad propia. Se podía bajar a la playa por una escalera que se habrían pasado en la barandilla con una separación de unas decenas de metros. La fotografía del paseo marítimo de Tilflugt carecía de olor, era un paisaje inmóvil, no había objetos,

era una naturaleza muerta pintada por un pintor sin vida. Esa fue la sensación que me dio la primera vez que lo vi. Así se lo dije y transmitiendo sinceridad con su tono de voz y con su expresión facial me dijo que justo en ese momento estaba pensando algo muy similar. Nos quedamos un rato más contemplando la inmovilidad absoluta centrando nuestra mirada en el horizonte hasta que Gold me sacó de mi estado hipnótico con una decisión acertada. Es un buen momento para fumarse un canuto, decidí.

Buscamos un banco para poder sentarnos y descansar de la larga caminata. Había varios, pero todos estaban ocupados. El sueño de esa misma noche me golpeó la razón. En varios de los bancos se encontraba gente leyendo, personas muy parecidas a las que había imaginado esa misma noche cuando dormía. Una chica de unos treinta años de rasgos asiáticos estaba recostada en uno de los bancos más cercanos. Era delgada, de apariencia frágil, de una fragilidad que le otorgaba un aire de hija soñada y sostenía un libro en sus piernas que miraba solo en ocasiones como para cerciorarse de que se sabía la lección. Otro banco estaba ocupado por un hombre de unos cuarenta años bien vestido, con el tipo de vestimenta que no deja pistas acerca de su vida pasada. Su tez era morena en apariencia hindú y leía un libro muy voluminoso que hacía cambiar su rictus por momentos. Era como un niño viendo sus dibujos animados preferidos interactuando en cada momento con la historia escondida en sus páginas. Otro banco, más alejado, estaba ocupado por una mujer que dormía o descansaba tumbada utilizando como almohada un libro de color verde oliva. Así estaban todos y cada uno de los bancos del paseo, ocupados por lectores, tal y como había visualizado en mi sueño — pesadilla de esa misma noche. Pensé que los efectos del cannabis me estaban alterando el orden de las cosas. Le dije que fuésemos directos a las oficinas del periódico. Quería huir, lo necesitaba. Gold apuntó con el brazo indicando el edificio del rotativo y aligeré el paso con la intención de que pudiese pensar un argumento para escapar de aquella situación. En cien o doscientos metros noté que iba detrás de mí dirigiéndome algunas palabras. No las entendí, ni siquiera oía. Aligeré la marcha y me comencé a tranquilizar. Pudiera ser que ayer cuando contemplamos el pueblo desde la colina viese algunos bancos con personas leyendo, se me quedara grabado en el subconsciente y lo trasladé a mi sueño de manera

radical y exagerada. Así funciona el cerebro cuando descansa en los misterios de la noche. Me paré a esperar a Gold.

— No me pasa nada, tranquilo, es solo ese hachís, que me supera — le dije con la cabeza baja y la mirada abstraída en mis zapatos desgastados mientras me concentraba en recuperar el estado de tranquilidad que necesitaba.

Tengo que comprarme unos zapatos nuevos, meditaba mientras subíamos las escaleras que nos dirigían a las oficinas del periódico que había originado este maldito “asunto”. Nos abrió un joven que dejaba entrever con sus torpes movimientos que era uno de los múltiples becarios que inundan las editoriales en la actualidad. Nos hizo esperar en una sala construida de manera artificial que tenía como paredes unos altos archivadores, que contenían carpetas de diversos tamaños y colores con el característico olor amargo de los documentos olvidados durante años de aislamiento. Preguntamos por el responsable de necrológicas. Al poco rato apareció una mujer que nos invitó a sentarnos al otro lado de su puesto de trabajo, una mesa gris en forma de ele con unas sillas de ruedas de diferentes alturas que nos hacían sentir un tanto ridículos. Yo me encontraba unos veinte centímetros por encima de Gold cuando él era más alto que yo.

— Soy Sophia Grass — se presentó en inglés alcanzándonos una tarjeta en la que aparecía su cargo: Responsable de comunicación.

Dimos por entendido que había oído nuestra breve conversación en inglés con el supuesto becario. Ambos nos presentamos y le expliqué que necesitábamos hablar con la persona que llevaba las necrológicas. Su inglés no era fluido y pareció no entender completamente mi requerimiento. Gold intermedió y se dirigió a ella en danés. El rictus de Sophia Grass cambió. Se relajó. Las personas sacamos las uñas, articulamos nuestras defensas cuando el medio en el que nos comunicamos nos hace frágiles, pero cuando el escenario vuelve a ser el hogar que siempre nos ha acompañado bajamos la guardia y nos ofrecemos al dulce elixir de la vulnerabilidad. Su conversación duró varios minutos y desconecté, a pesar de que se estaba tratando de mi “asunto”.

En esos instantes me fijé en Sophia Grass. Era una mujer de unos treinta y cinco años avejentada o de unos cuarenta y cinco rejuvenecida. Lo que estaba seguro es que no tenía cuarenta. Hay personas que se esmeran en disimular su edad o en dejarse llevar y no preocuparse en absoluto de su equilibrio entre imagen y edad. Sophia Grass era una de las personas que podía encontrarse en ambas dimensiones. Su rasgo más característico eran los labios, finos, casi inexistentes que hacían que cuando hablaba te fijases sin reparo en su boca, intentando averiguar cuál era el grosor exacto de los labios. Como contraposición a su singular contorno de la boca sobresalía una nariz angulada, con personalidad. La clásica nariz que una mujer que no se quiere a sí misma no dudaría en operarse. A Sophia Grass esa nariz le ofrecía una aureola de seguridad que dignificaba su existencia. Me agoté de observar a Sophia Grass. Gold y ella seguían hablando en un tono monocorde mientras Gold tomaba alguna nota. Revisé sin pudor el resto de la oficina. Había seis puestos de trabajo parecidos al de Sophia Grass, pero solo tres estaban ocupados. Dos pertenecían a mujeres jóvenes que trabajaban con portátiles. Una de ellas hablaba por un teléfono móvil con movimientos de brazos vehementes. La otra mesa, más cercana a nosotros, casi a mi espalda, lo ocupaba un hombre de unos cincuenta años con chaqueta raída que comía unas chokolatinas mientras atendía sin ningún disimulo su conversación. Le miré con fijeza y no pareció reparar en mí, o simplemente para él era un ser transparente que no le importaba. Sin duda alguna era el jefe de la redacción. Volví a retomar el interés en la indescifrable charla de Gold con Sophia Grass. Parecía que estaban dando los últimos coletazos atendiendo a sus sonrisas y gestos amistosos. En efecto, se dieron la mano y ella me la extendió saludándome en danés como dando por entendido que ya formaba parte de su familia editorial.

Salimos a la calle por una de las puertas que encaraban la ciudad como dejando olvidado e indefenso al paseo marítimo. El rotundo olor a sal nos volvió a inundar. Recuperar aquel fuerte aroma olvidado fue una sensación de alivio, como cuando se encuentran las llaves que se creían perdidas.

—¡Cuéntame Gold! ¿Qué te ha dicho la tal Sophia Grass? —interrogué a mi amigo (sí, a mi ¡amigo!) con la premura que da ser un necesitado de lo desconocido.

Antes de que Gold iniciase su historia, que era la historia de mi supuesta muerte, quise darle un cierto empaque a la resolución del “asunto”. Acababa de ver un bar al final de la callejuela en la que nos encontrábamos. Estaba situado encima de un canal, como suspendido en el aire, y se unía al puente que lo cruzaba con una pasarela de madera que daba cierta sensación de inestabilidad. Me pareció curiosa su estructura, una especie de embrión dentro de un embrión, es decir, una península dentro de una península. Cuando nos íbamos acercando observé que él estaba mirando con fijeza el mismo edificio. Ya se veían las cuatro viejas columnas de madera que soportaban su peso en el canal. A él le llamaba la atención otra cosa, el nombre de la taberna. “Gold Inn” era la firma del bar que llevaba escrita en la parte alta del tejado, realizado con maderas cortadas y pintadas con un tono que hace años podría haber simulado el color del oro.

— Mejor te lo cuento en mi bar, ¿te parece? — se anticipó a la sugerencia que yo estaba a punto de comunicarle. Lo dijo con un movimiento facial de sorpresa que hasta ahora no le había visto demostrar.

El bar estaba semivacío, gobernado tras una larga barra por un hombre viejo que sugería una vida plagada de fracasos pero que había encontrado en esa trinchera un coto de felicidad. Las mesas las servía una joven que bien pudiera ser la hija del viejo, con pinta de haber llegado de Londres en ese mismo momento, con varios piercing en nariz, labios y cejas y con un vestir andrógino desenfadado. La chica sonrió con complicidad, nos invitó a sentarnos y trajo con premura lo que le pedimos, una cerveza tostada en una jarra con motivos de la ciudad para mí y a Gold una botella de agua con gas.

— No bebo casi nunca, no me siento bien — confesó.

— Bien, ¿qué es lo que ha pasado? — reiteré apretando con nerviosismo el asa de la jarra y llevándomela a los labios para disimular la sequedad de mi boca.

— Sophia Grass es la encargada de varias secciones del diario y una de ellas es la necrológica. Pero solo desde hace tres meses, porque antes esa sección la llevaba el encargado de deportes, que además organizaba todo el tema de varios: pasatiempos, programaciones de televisión y el tiempo. Las esquelas estaban entre sus obligacio-

nes, pero tras una reestructuración recayó entre las tareas de Sophia Grass. Gestionar las necrológicas es sencillo, solo tiene que esperar a que las funerarias de la zona le indiquen los fallecimientos del día en la comarca, lo cual lo realizan a través de una aplicación informática compilada en una extranet o las de fuera de la comarca que se remiten directamente por correo electrónico con los datos del difunto y el cuerpo de la esquela: lo que se quiere escribir en ella y los datos bancarios para la facturación. En tu caso, la esquela se envió por correo electrónico, es decir, no partía de ninguna funeraria y se facturó sin problema alguno. Me ha enseñado el cobro de la factura y está en regla. La factura no ha querido enseñármela porque dice que se lo prohíbe la ley de protección de datos.

— ¡Pero, qué coño de protección de datos, si se trata de mi esquela; — dije mientras dejaba con fuerza la jarra de cerveza en la mesa.

— Me ha comentado que necesitarías un requerimiento notarial — me indicó.

— ¡No me jodas; y ¿para eso he venido hasta aquí? — repliqué alzando la voz, llamando la atención de los pocos clientes del bar.

— Espera, tranquilo — musitó con voz artificial de psicoterapeuta — He conseguido que al menos me diga el correo electrónico desde el que se enviaron los datos de tu esquela. Creo que con esto podemos averiguar de dónde vino el error o quién es el capullo que te ha hecho esta broma de mal gusto.

Me alcanzó un papel en el que Sophia Grass había escrito, por lo visto a espaldas de su vigilante jefe, el e-mail que germinó esta absurda pesadilla 2e6u6r6@gmail.com.

— Letras y números mezclados. Yo estudié letras puras por lo que esto me parece un verdadero galimatías — bromeé.

— No parece gran cosa, supongo que serán unas iniciales “eur” y la serie de números será algún código personal, número de teléfono o similar.

— “eur”. Hubiera sido más directo que la dirección fuera eugenio.urquijo.riesgo@gmail.com, por ejemplo, y nos ahorramos el misterio — comenté distendido mientras apuraba la tibia cerveza tostada recién escanciada por el viejo camarero.

Rió sugiriendo un ellen.ullman.rise@gmail.com, o similar, argumentando que no hay que descartar a las mujeres en este tipo de maquinaciones. Tomé otra cerveza, esta vez acompañado por Gold. Siempre sabía cómo ayudar con la invisibilidad que hace sentirse cómodo al auxiliado. Este último trago nos invitó a meditar con pausa los siguientes pasos para resolver el “asunto”. Debíamos dirigirnos a esa dirección de correo electrónico pidiendo explicaciones, pero de manera educada. Lo haríamos en inglés porque no sabíamos la nacionalidad del remitente. Si no obteníamos respuesta, el siguiente paso sería volver a ponernos en contacto con esa dirección utilizando otra cuenta de correo nuestra para, con la utilización de alguna argucia, tratar de lograr el nombre de la persona que había detrás de ese e-mail. Si todo este proceso no funcionaba solo quedaba solicitar el requerimiento notarial o hacer lo que probablemente sería más coherente, olvidarme del “asunto”, volver a casa con Colette y seguir con mi vida normal.

Cuando salimos del bar estaba anocheciendo. Ni siquiera habíamos comido, serían las seis o siete de la tarde. Llegamos al hostel para descansar unas horas. Todavía no había sacado casi nada de la maleta, que yacía como un mendigo en la esquina de la habitación. El móvil me hacía señales luminosas desde la mesilla separada, sin motivo alguno, a casi medio metro de la cama. Lo había dejado olvidado, otra de mis costumbres con el aparato de marras. Tenía un mensaje de Colette: “¿Qué tal todo?, me cuentas. kss”. La primera vez que me puso “kss” en un mensaje pensé que quería que lo leyese en silencio, pensé mientras le respondía: “Bien, a la noche te llamo, kss 4u” sabiendo que estando en la oficina no podría hablar con tranquilidad e imaginando su natural sonrisa y el brillo de sus ojos que la acompañarían cuando leyese el auto-flagelante “for you” de su pareja analfabeta digital.

Fui sacando perezosamente mis cosas de la sobredimensionada maleta que había cargado los últimos días. Necesitaba una ducha. Estar bajo el agua templada, casi caliente, es un acto de reconciliación con la naturaleza para las personas que vivimos en las ciudades, rodeados de asfalto y semejantes que nos quieren o nos incordian. Nos desnudamos, quedamos desposeídos de nuestras apariencias, de los escudos que nos protegen de lo desconocido y nos enfrentamos de manera placentera al elemento natural por excelencia, el agua. Es

un momento primitivo, necesario, purificador, por fuera, pero sobre todo, por dentro. Ducharse es un acto mucho más radical y cercano al origen de las cosas que darse un baño. Notar con fuerza el agua en la cara, mirar hacia arriba y ver como las gotas se aceleran para agredirnos con la fuerza justa, sentir el equilibrio de temperaturas entre la que desprende nuestro cuerpo y la que proviene de la fuente que hemos creado con solo un golpe de muñeca para abrir un grifo. Pensar en una buena ducha es un motivo más que suficiente para desear vivir un día más. Salí de la ducha como nuevo. Me encanta esta expresión porque creo que define con exactitud lo que se siente. Me envolví en un albornoz que estuve a punto de no meter en la maleta pero que en ese momento seguro lo habría echado de menos. Me tumbé en la cama comprobando una vez más la práctica elasticidad del cómodo colchón y decidí, con un acto de valentía, abrir el enorme libro de Roberto Bolaño. Más de mil doscientas páginas, comprobé. Tenía un par de horas para leer y creí que era un buen momento para digerir las primeras impresiones. No me gusta comenzar un libro cuando sé que en cualquier momento puede que me interrumpan y tenga que dejarlo. El inicio de los libros lo considero como algo sagrado que necesita su tiempo de pausa y tranquilidad que evite que un inconveniente cortocircuito pueda romper el futuro proceso de disfrute del mismo. Empecé a concentrarme en la lectura de "2666" y cuando mi imaginación ya empezaba a ser cómplice de las historias hice una pausa para orinar y mirar por la ventana. No tenía separador de hojas. Hice una mueca de desagrado, pues los considero parte de la estructura del libro. Utilicé la nota que Sophia Grass le había entregado a Gold. Cuando volví del baño y ya había comprobado que la catedral apenas era una penumbra y que la plaza estaba desierta, volví al resguardo de la lectura. Cogí el papel aspirante a guardián del libro y me quedé perplejo. 2e6u6r6@gmail.com. Los números se acababan de fusionar con el interior de mis pensamientos. Se acababa de producir una combinación del azar que no me hizo ninguna gracia. Acababa de empezar a leer un libro titulado "2666" y la dirección del correo electrónico tenía esa misma numeración acompañada de unas supuestas iniciales. Cerré el libro y como por impulso visualicé con ansiedad controlada la tapa del libro como deseando que el título se hubiese transformado en otro diferente. "2666", Roberto Bolaño.

Me levanté y fui como un autómatas hacia el baño. Me quité el albornoz mientras mi pesado y rígido cuerpo se dirigía de nuevo al plato de la ducha. Permanecí parado, confuso. Acabo de ducharme, pensé, mientras me volvía a colocar el albornoz para neutralizar el frío que sentía en toda mi anatomía. Decidí no pensar, pero no lo conseguí. En ocasiones la mente es un ser independiente que no se puede manejar ni controlar, es un vehículo con destino fijado que por mucho que intentes manipular nunca dará señales de complacencia. Necesitaba hablar con alguien para desbloquearme. Hay situaciones en las que mi independencia es inexistente y ésta era una de ellas, un imprevisto que me aborda como un violador a su víctima y que me deja maniatado, incapaz de ser yo mismo. Pudiera ser producto de la casualidad, pero la poca electricidad que poseía mi cerebro mandaba unos mensajes negativos, amenazantes, que me predisponían a lo peor. ¡Necesitaba hablar con alguien!, que un rescatador me sacase de mi cautiverio. Colette, pensaba en Colette, una y otra vez. ¿Dónde estás Colette, por qué no estás aquí? Necesitaba una madre que me acunase, era un niño indefenso perdido en un bosque maldito, o peor aún, un vagabundo ausente en medio de la nada.

Era evidente que estaba teniendo uno de mis esporádicos ataques de ansiedad. Ser consciente de ello era un indicador de que acababa de volver a recuperar parte de mi capacidad de razonamiento. Fui como una flecha hacia mi neceser y como un yonqui en plena fase de abstinencia busqué entre dentífricos, colonias, tiritas, condones (¿para qué diablos habría traído condones?) y aspirinas hasta encontrar la droga deseada. Tomé dos *Transilium 10* a la carrera y me tumbé en la cama a esperar cómo los demonios se disipaban en la niebla.

El timbre sonó. Una, dos, tres, hasta cuatro veces. Me había dormido. Abrí la puerta y allí estaba Gold, el de siempre, con su piel blanca y su negro interno agazapado. Todavía no era muy consciente de lo que había ocurrido. Coloqué las ideas con dificultad en su sitio adecuado. Me dio vergüenza reconocer que no sabía si había dormido dos o doce horas. Miré por la ventana y comprobé que era de noche. Me sentía como un presidiario al que le acaban de conceder la libertad, confuso, pero con esperanza. Me vestí con torpeza y salimos.

–Cenemos algo y luego podemos mandar el correo electrónico –sugirió.

No sabía si contarle lo acontecido o esperar a hablar con Colette. Decidí esperar. Al fin y al cabo “2666” fue un regalo de Colette.

Cenamos en un pequeño restaurante al otro lado del puente que se escondía detrás de la Catedral. Estuve tranquilo durante la cena, con una serenidad propia de la utilización de la química. Era evidente que Gold contenía su necesidad de preguntar acerca de mi artificial pose de letargo mental. Le sugerí ir a tomar algo con el objetivo de quitarme la careta y con la ayuda de una copa poder expresar mi neurosis. ¿Pero eran ficticias o provocadas? No lo sabía, y esa ignorancia era lo que me atormentaba. Fuimos directos al Gold Inn, no lo dudamos. Habíamos visto en la ciudad varios pubs con apariencia de ser más modernos pero los dos nos dirigimos a ese peculiar lugar como las procesiones se dirigen a las iglesias donde descansan sus santos.

Colette me llamó justo en el momento en el que íbamos a cruzar el puente que daba entrada a la isla que abrigaba al Gold Inn. Hablé con ella despacio, explicándole la visita a la editorial y cómo era la ciudad. No le conté nada acerca de las circunstancias extrañas de algunas de sus gentes o del paseo marítimo y tampoco me atreví a hablarle acerca de la coincidencia del número 2666 de la dirección de e-mail. Gold había entrado en el Gold Inn regalándome intimidad, por lo que la verdadera razón de ocultar estos episodios los achaqué a un singular sentido de pertenencia de estos fenómenos peculiares. No ocultaba esa información por vergüenza o apuro alguno. En realidad, se trataba de un arrebató de posesión inexplicable. En esos instantes pensaba que todo lo extraño o diferente que me podía pasar en Tilflugt me pertenecía en exclusiva porque estaba ligado a mi presunta muerte, que no dejaba de ser el éxtasis de la intimidad. Estaban ocurriendo cosas que incidían directamente en mí y era el momento de guardarla como un tesoro. Lo podría compartir con Gold, que estaba conmigo en Tilflugt pero Colette estaba fuera del campo visual de este “asunto”. Mientras meditaba sobre mi sentimiento de culpabilidad por ocultar a Colette lo que no debería esconder, Colette seguía hablando de un viaje de trabajo que debía acometer en un par de días, de una planta que se nos había

muerto (así mismo lo expresó, con esa rotundidad) y que la anestesia del dentista era la causa de que hablase como una borracha. Cuando acabó su alocución me dio una punzada con su habitual conocimiento sobre mí.

–¿Has tomado algún tranquilizante?

Así era Colette, pasaba en un mínimo espacio de tiempo, de lo más rutinario y trivial a la demostración de que me conocía con una profundidad espeluznante.

–Sí, un par de pastillas, por los nervios del viaje – mentí.

Colette siempre adivinaba cuándo había necesitado la ayuda química, no por mi estado físico, ni siquiera por el tono de voz o las pausas que realizaba, lo adivinaba por el contenido de las conversaciones. Los tranquilizantes hacían un efecto en mí que priorizaban lo banal, lo mecánico de las acciones diarias y cotidianas sobre las emocionales. Yo apenas lo apreciaba pero Colette parecía poseer un invisible dispositivo que lo detectaba con una infalibilidad absoluta. Debe de ser la función de estas medicinas, sedar parte de nuestras vidas evitando que el vaso no desborde, edulcorando las emociones fuertes pero desafiando a las penas y angustias. Todo no se puede tener...

Después de colgar entré al Gold Inn y la impresión de sitio desolado que recordaba de ese mismo mediodía se transformó en una fotografía en color de un trozo de felicidad. Había mucha animación, la luz era tenue como la de una calle de Roma en una noche de otoño, estaban casi todas las mesas ocupadas, había dos parejas, tres chicas y un chico, bailando en una de las esquinas del local, en la barra se agolpaban muchas personas bebiendo y pidiendo pintas de cerveza y algún ron caribeño, con la compañía entrañable de un vinilo de The Kinks de fondo, que dudaba si lo habría pinchado el viejo o su hija. Gold me hacía señas con la mano sentado en una de las mesas con ventana desde donde se intuía uno de los canales. Fue la primera vez que observé en él una sonrisa limpia, fronteriza con la verdad absoluta. Seguía siendo el mismo negro atrapado en una piel blanca, pero se acababa de exorcizar desenmascarando a la persona afable y de confianza que podía llevar dentro y que yo tanto dudaba que existiera. Esa sonrisa amplia adornada por su bella

dentadura de negro le había dejado desnudo. Me alegré, disfruté de ese momento quieto como se disfruta de los placeres pasajeros que sabes van a quedar grabados dentro de uno. Era consciente de que Gold, delatado por esa sonrisa, iba a ser a partir de entonces un punto de encuentro para mí y no una sucesión de interrogantes como hasta ese momento. En las circunstancias de turbia soledad en que me encontraba en Tilflugt era una gran noticia. Era lo que necesitaba, un aliado, un cómplice que me acompañase en la aventura de obviar lo conocido y disfrutar de lo desconocido. Pedimos unas pintas de cerveza tostada. Era una prueba más de que aquel era otro Gold. El difunto Gold no bebía y esa noche, el resucitado Gold, el nuevo Gold, el bello Gold, me acompañó disfrutando de varias pintas, mientras yo le introducía en el mundo de lo desconocido escribiendo en una servilleta un número, 2666, y el e-mail del tipo que anunció mi esquila. Nos miramos y empezamos a reír al darnos cuenta que se nos había olvidado por completo enviar el correo electrónico al tipo en cuestión.

—Mañana —dijo.

—Mañana —apenas articulé yo, mientras seguíamos con las mandíbulas desencajadas, ayudado por la mezcla de alcohol y hachís libanés, él, y por el cóctel de alcohol con tranquilizantes, en mi caso.

Esa noche los volvimos a ver. Entraron al Gold Inn más tarde que nosotros. Venían de uno en uno. Entraba uno de ellos, miraba al local con la misma mirada que uno tiene cuando entra en su propia casa, se sentaba en alguna mesa o en una butaca de la barra con una sonrisa íntima, pedía algo de beber y esperaba. Venía otro u otra y hacía una operación semejante. Al rato se ponían a charlar entre ellos, con pausa y armonía, se respetaban los turnos y disfrutaban de la escucha. Hablaba uno, los demás escuchaban y guardaban silencio, apenas se interrumpían. En ocasiones reían, creí ver a alguno llorar. No llegué a ver sus lágrimas pero sí observé cómo un hombre de mediana edad, canoso, agachaba la cabeza y una chica negra, de unos treinta años, sentada a su lado, le apretaba su mano con ternura y solidaridad. En el margen de una hora entraron todos al Gold Inn, individualmente, y acabaron en parejas, tríos o grupos repartidos por el local. Lo que más nos llamó la atención es que ninguno llevaba libro alguno. Esa misma mañana estaban sentados

en diferentes bancos de la misteriosa bahía con sus libros y con la caricia de la noche habían peregrinado todos al Gold Inn para hablar entre ellos en diferentes lenguas sobre temas que ni Gold ni yo llegamos a discernir.

Salimos de la taberna a las dos de la madrugada. Ninguno de los lectores diurnos había abandonado el local. Una vez atravesado el puente que separaba el pub de la isla, Gold volvió a su estado inicial. Su tono de voz se hizo más grave y su parquedad renació. Pensé que todo eran percepciones mías producto de sensaciones étlicas, pero cuando llegué a la habitación y reflexioné ayudado por una necesaria ducha me reafirmé que había dos Gold diferentes: el Gold precavido, seguro de sí mismo e impenetrable que conocía desde hacía unos días y el nuevo Gold que te tiende la mano con confianza dentro de su isla, el Gold Inn. En un principio pensé que era una transformación natural, que el compartir horas de convivencia había facilitado. Sin embargo, el hecho de haber desandado el camino, me había descolocado. No podía ser que el simple suceso de estar acompañado de un determinado decorado pudiera ocasionar un cambio tan evidente en una persona. Entrás, eres una persona, sales, eres otra. ¿Y si volviese a entrar, seguiría siendo el Gold de siempre, volvería a transformarse en la persona afable de hacía unas horas, habría una tercera personalidad? Tenía que volver con él al pub a comprobarlo. Tardé en dormirme intentando despejar esa incógnita.

Esa noche me volvió a despertar de súbito el agudo sonido de los sollozos filtrados a través de las viejas tuberías del hostel. El sollozo de la segunda noche en Tilflugt era más claro que el de la madrugada anterior. Se percibía un desgarrar que contenía un canto desesperado. Permanecí sentado en el suelo del baño envuelto en una manta, como un ser oculto avergonzado de presenciar un acto íntimo al que sabes que no estás invitado. Sentía una especie de estado de trance en el que el paso de los minutos carecía de significado porque el llanto desgarrado que parecía provenir de un más allá misterioso lo inundaba todo. Mi mente se quedaba bloqueada, insensible al dolor ajeno e inconsciente de la situación de la persona que me envolvía con su ritual nocturno. Me levanté del suelo del baño y decidí salir a explorar. Tenía que saber de dónde procedía aquel dolor. Esta necesidad no residía en saber por saber, o en tratar de ayudar a la persona que tan mal demostraba encontrarse; la verdadera razón

de mi acuciante curiosidad era poner cara al tenor o soprano de esa ópera melancólica. Toda cuestión importante que me sucede necesito visualizarla. En caso de no tener esa referencia visual que me haga distinguir y tener clasificada una situación determinada, la incertidumbre ronda en mi cabeza de manera obsesiva y no logro abstraerme del problema ajeno. Si oigo un grito cuando voy andando entre el gentío de una gran ciudad y no logro localizar a la persona que lo ha lanzado mi imaginación puede tenderme trampas que con el tiempo llevan a apropiarme de ese grito y a martirizarme en mis momentos de duda. Por eso deseaba saber quién era la persona que lloraba cerca de mi habitación. No pretendía solucionar nada pero sí conocer qué, quién o por qué, y así poner en barbecho mis elucubraciones. Era un acto de autosugestión, según mi opinión, o de puro egoísmo, como con más acierto lo denominaría Colette.

Con la manta envolviendo mi entumecido cuerpo salí de la habitación al angosto pasillo. Miré a ambos lados sin ver nada en absoluto. No había ventanas, era un pasillo ciego. Decidí no encender la luz y vagar como un fantasma por la oscuridad. El desconsolado lloro ya no se percibía. Volví a entrar en la habitación para comprobar si había cesado. En el baño seguía oyéndose con claridad. De nuevo en la campaña de exploración recorrí con lentitud y silencio absoluto el pasillo que apenas se adornaba con cuatro puertas que se intuían entre las tinieblas. Nada. En mi piso no se oía nada. Bajé una planta agarrado a la rugosa barandilla haciendo crujir alguno de los empinados escalones. Repetí la misma operación de espionaje en el segundo piso y todo estaba en calma, no se oía nada, excepto algún que otro ronquido. Subí de nuevo a mi piso y miré hacia arriba. Mi vista se había acostumbrado a las penumbras y me sentí tranquilo, con la misma sensación de disfrute de un buceador cuando logra alcanzar una profundidad considerable. Subí al piso superior al de mi habitación. Era el de Gold. No quería pensar en él cuando oía los gemidos, pero algo en mi interior reconocía esa tristeza en él. Esas sensaciones son las que tenía cuando mis pies hacían quejarse a los irregulares peldaños. Había una posibilidad entre cuatro. Cuatro habitaciones y una de ellas contenía un ser derrumbado, que por las noches, como los lobos de las sierras, aullaba sus penas y desgracias en su profunda soledad. Una probabilidad entre cuatro, me repetía. Al final todo queda resumido en cifras, hasta el dolor. Un veinticin-

co por ciento de posibilidades de que mi amigo Gold fuese la persona no agraciada en el sorteo, esa persona que ese mismo día se había transformado en un nuevo ser, abierto, despierto, amigable, entrañable. Todo resumido en un número, en una mísera cifra. El pasillo del último piso lo divisé con claridad y detalle. La causa no era que mi vista había renacido en la noche sino que una de las habitaciones estaba con la luz encendida y desprendía unos brotes de claridad por el espacio inferior de la puerta. Comprobé cómo la desgastada moqueta que hacía que mis pies descalzos resbalasen de vez en cuando era de un color indeterminado. No era la puerta de su habitación. Me alivié. Con seguridad la pena solemne que me había despertado esas dos últimas noches provenía de esa habitación que paradójicamente era la única iluminada de todo el hostel. Llorar a escondidas, en la oscuridad es un sufrimiento desconsolado, avergonzado, pero declarar tus lágrimas a plena luz es un acto de valentía que debía conllevar una pena mezcla de orgullo y aniquilación personal. Llorar cara a cara consigo mismo como me imaginaba que lo hacía esa persona que estaba a apenas cinco metros de mí pero a un mundo de distancia era una acción volcánica, un vuelo sin motor, algo grande, de personas grandes y hermosas que dan un vuelco a su interior y lo dibujan con trazo fino en su álbum personal. Me acerqué a la puerta dirigido por el halo de luz con el mismo respeto y timidez que nos acercamos en un velatorio al cadáver todavía caliente. Apoyé mi cabeza en la puerta. Sentí un inoportuno escalofrío que hizo que mis manos perdieran el control y la manta cayera al suelo. Me miré y estuve a punto de soltar una carcajada. Mi situación era de vodevil, cómica y ridícula. Allí estaba, en medio de un pasillo de un viejo hostel de un pueblo perdido de Dinamarca, a altas horas de la madrugada, semidesnudo y pegando la oreja en la puerta de un desconocido. Cogí la manta con la seguridad de que la puerta se abriría y no sabría articular palabra. Quería desaparecer, estaba ante una de esas situaciones en las que pretendes que lo cierto sea virtual, en las que el hablar se convierte en tartamudeo, la risa tonta hace su aparición y los pies se convierten en dos tenazas que se enganchan al suelo y no hacen su labor. Seguí ahí, como un pasmarote, con la manta, esperando a no se sabe qué a un metro escaso de la puerta que no se acababa de abrir. Volví a colocar mi cabeza sobre la puerta y no logré escuchar nada. Advertí alguna sombra

que denotaba que alguien se movía en el interior de la habitación, pero el silencio era absoluto. Pensé que la sesión de pena nocturna había cesado y que por tanto mi campaña de exploración debía concluir. Estaba a punto de desandar el camino cuando identifiqué el sollozo una vez más. Venía de una de las puertas más alejadas. Me acerqué a ellas y me quedé paralizado delante de la puerta que contenía el dolor. Con claridad estaba justo enfrente de la habitación en la que alguien se desgarraba sin poder contener sus lágrimas. Me agarré a la manta con fuerza sabiendo que era mi única compañera de viaje. Mi necesidad de curiosidad curativa acababa de descifrar el diagnóstico que no deseaba. Me encontraba frente a frente con la fuente del sufrimiento. Me encontraba frente a frente delante de su habitación. Contuve la respiración y me senté al lado de la puerta, con un hombro apoyado en el marco escuchando la amarga letanía que provenía del interior de la cueva de Gold. Cerré los ojos y el desgarrar que provenía de detrás de la barrera que nos separaba golpeaba mi cerebro una y otra vez, sin tregua, sin pausa, sin remisión. Por las tuberías el llanto de agravaba, se acababa haciendo artificial, pero a apenas unos metros de él se convertía en un sollozo puro donde la agonía tenía rostro, el rostro del dolor intenso y real. Permanecí allí, envuelto en la manta y hecho un ovillo en un sosegado letargo hasta que el llanto cesó. No supe si se acabó de repente. Desconocía el tiempo exacto o aproximado que duró porque creí dormir. Abrí los ojos y noté cómo las lágrimas habían traspasado el umbral de la puerta y se acomodaban en mis propios ojos. Tras el silencio, el que lloraba en silencio era yo. Me levanté y me fijé en que la habitación contigua a la de Gold seguía con la luz encendida. Al pasar al lado de esa puerta oí música, en un tono bajo pero nítido. Sonaba la voz de Lou Reed, "I'm Waiting for the Man" en una versión antigua. Pensé que parecía una petición de Gold para aplacar sus males. Me paré para escuchar el tema entero y creí discernir una leve voz que acompañaba la letra de la canción. El contrapunto a la masculina voz de Lou Reed lo hacía una chica, era evidente. La voz se entrecortaba y solo cantaba parte de los versos. Imaginé a esa chica tumbada en la cama con los ojos cerrados, oyendo como la música fluía y compartiendo con Lou Reed las estrofas de la canción. La voz era sugerente, grave para ser mujer, pero cálida y sensual. Podría decir que se trataba de una voz erótica. Me senté en-

frente de la puerta que desprendía luz y música con la espalda apoyada en la pared. Mi campo visual comprobaba que en menos de tres metros separados por una fina pared había dos mundos dispares. Un mundo a oscuras que vomitaba oscuridad, dolor y silencio y un mundo de luz que desprendía música, luz y femineidad. Mis lágrimas habían cesado y la pista del disco había cambiado. Me quedé mucho tiempo compartiendo el momento con aquella mujer. Ella entonaba las canciones, yo solo era su público, escondido, invisible, pero su público íntimo y privado. Me sentí cómplice de su vivencia mientras me percataba de que su dolor ya no hacía mella en mí. La voz de la desconocida mujer era cada vez más clara y cercana, cantaba por y para mí. Llegué a excitarme, incluso se me pasó por la cabeza la idea de masturbarme. Sonreí mientras comprobaba que tenía una erección. Cuando esto sucede, el terreno gana la partida a la imaginación, todo vuelve a su redil y aunque las cosas se pueden tocar, oler, saborear, la magia desaparece. Decidí que mi aventura nocturna había concluido y regresé a mi habitación. Fui directo al baño con la necesidad de seguir escuchando la música desde otra perspectiva. La música se podía oír pero la voz de la chica no se percibía. Me masturbé con vehemencia, con la necesidad de un adolescente, como si mi pene no me perteneciera. Cuando eyaculé comprobé que ya no se oía a través de las cañerías ruido alguno, ni llantos, ni música celestial, nada, en el baño solo había silencio y un individuo a oscuras apenas tapado con una manta que había estado vagando como un vulgar voyeur, irrumpiendo en intimidades ajenas durante horas por los pasillos del hostel.

Esa noche no conseguí volver a dormir. Mi mente se fue en busca de Colette, y fui incapaz de apagar el interruptor que me facilitara el descanso. No la había llamado, había ocultado cierta información relativa al "asunto" y me acababa de masturbar con la ayuda de una desconocida misteriosa. No me sentía culpable ni creía haber realizado ningún acto inmoral. No soy de esas personas que se martirizan con debates internos de culpas y pecados, pero no entendía cuál era la causa de mi comportamiento. Había dejado a Colette fuera de esta situación a propósito, era claro que pensaba que este "asunto" me pertenecía por completo a mí y que todo lo que sucedía era por entero de mi propiedad. Yo imponía las reglas, quién estaba invita-

do al juego y quién no. Gold formaba parte de la partida, incluso la desconocida mujer que me acababa de cantar al oído para calmar mi desdicha por su sufrimiento era una más, todo lo que rodeaba a Tilflugt, sus gentes, The Gold Inn, los lectores silenciosos, también formaban parte de mi fiesta, pero a Colette la había apartado, abandonado en un rincón sin motivo alguno. Era lo que me desvelaba. Lo normal sería compartir mis extrañas vivencias en Tilflugt con Colette pero pensaba que ella era un elemento exógeno. Hasta ahora mi pareja siempre había participado en mi vida como un personaje protagonista donde monopolizaba los planos importantes, no debido a una imposición, sino a la necesidad de que ella echase una palada de cemento en mis inseguridades. Así funcionaba nuestra relación y creo que nos amoldábamos de manera adecuada. Una pareja compenetrada, así se suele catalogar a una pareja como la nuestra. Ahora, al llegar a Tilflugt, las cosas parecían haber cambiado como los vientos en alta mar. Este lugar era un espacio privado, casi invulnerable, al que no se accedía por la puerta trasera. ¿Por qué pensaba de esa manera? La sensación de poseer un espacio de libertad me permitía respirar con amplitud, pero consideraba que era una traición a Colette. Me consolé pensando que todo se podía deber a la presión que me llevaba realizando durante los últimos meses para tener un hijo. El inmaduro que muchos (o todos) los hombres llevamos dentro acababa de salir a pasear una vez más y se había buscado un último reducto de independencia. Esa podía ser la justificación, sin duda. Este corolario puso fin al desasosiego que me invadía, producto de los reproches por la expulsión de Colette de esta pequeña etapa de mi vida y de no haber podido descansar en toda la noche.

La ventana que daba a la plaza de la Catedral dejaba entrar los primeros rayos de luz. Me levanté y comprobé que las calles estaban desiertas. Se intuía una mañana fría que iba a preceder a un día claro y agradable. Tenía hambre y comí unas galletas saladas que había comprado en una gasolinera. Una, otra y otra más. Me lavé los dientes y tomé una aspirina. En diez minutos estaba nuevo, de haber sido un púgil noqueado había pasado a ser un tipo con ganas de afrontar el día, arreglar las cosas y volver a casa junto a Colette. Pensé en llamarla pero era demasiado pronto.

En la mesilla, “2666” estaba esperando. Acaricié su dura tapa. Decidí dar otro sabroso bocado al voluminoso libro, el libro de los cinco libros, abstrayéndome de la coincidencia con el número incluido en el e-mail del tipo que inició el maldito “asunto”. Ciento diez páginas después llamaron a mi puerta. Era Gold; el mismo que hacía unas horas se debía retorcer desesperado en su habitación me invitaba distendido a bajar a desayunar con él.

Me convencí de que el día que tenía por delante debía ser considerado como burocrático. Eran unas horas que las iba a destinar a aclarar lo sucedido días atrás y a no pensar en las extrañas circunstancias que envolvían al lugar donde había ido a parar. Arreglar la situación sin pensar en nada más, hacer de fontanero y olvidar mis ínfulas de arquitecto. Practicidad, ese era el secreto para esquivar los problemas y pellizcar los momentos de paz. Algo tan fácil y a la vez tan complicado...

Mandamos el correo electrónico a la dirección que nos habían indicado en la editorial. Decíamos algo así “Estimado amigo/a: Por error usted mandó a la editorial del periódico de Tilflugt la noticia del deceso de una persona con fecha siete de marzo de este año. Le agradecería que me explicase cuál ha sido el motivo de tal equivocación lo antes posible. No queremos emprender acciones legales, simplemente pretendemos aclarar el malentendido. Un saludo”

Hicimos tres bocetos de mensaje, los tres demasiado explicativos y suplicantes. Al final pensamos que debíamos ser concisos y directos, con un toque de educación y una píldora de amenaza coercitiva. Quedamos satisfechos y pensamos que podía dar resultado aunque se nos pasó por la imaginación la imagen de un tipo misterioso abriendo su e-mail y mandando directamente a la papelería de reciclaje nuestro correo con una sonrisa maliciosa.

Fuimos a comer a un pequeño restaurante de comida italiana. Gold quiso ir al Gold Inn pero yo me negué pensando que ir a ese lugar contradecía mi juramento matinal de tener un día lo más funcional posible. A media tarde encontramos un café donde nos pudimos conectar a Internet. Gold abrió su correo, desde donde mandamos el mensaje y allí estaba, en negrita, la respuesta que estábamos esperando. Un doble clic fugaz que en estas situaciones se hace interminable iluminó la pantalla con una respuesta irónica o amenazante.

“Disfruta de la otra vida en El Refugio”. Eso es lo que contestó, sin firma, sin saludo, sin despedida. Solo un consejo o una orden “Disfruta de la otra vida en El Refugio”. Leyó en alto la frase, mientras yo apenas la conseguía repetir entre labios. La respuesta había sido escrita hacía pocos minutos. Comentó que podía estar conectado y escribió un par de e-mails pidiendo explicaciones, preguntándole si me conocía, si todo era una broma y cosas por el estilo. Después de diez minutos de espera volvió a aparecer en pantalla otro mensaje. “Disfruta de la otra vida en El Refugio”.

Un chalado, un cabrón demente se ha cruzado en mi vida, eso es todo. Fue la única frase que dirigí a Gold en todo el tiempo que estuvimos abducidos por la pantalla. Con la cantidad de desequilibrados que andan sueltos por el mundo lo extraño es que en toda nuestra vida no haya alguno que nos toque en suerte. A mí me había sido asignado uno virtual, en realidad era un afortunado. Hay gente a la que la providencia le ha castigado con psicópatas agresivos que disparan a quemarropa en un colegio, violan o torturan sin pestañear, queman casas o coches a desconocidos o secuestran niños. En mi caso el demente, a priori, parecía inofensivo, cuyo único objetivo era generar desconcierto. Lo había conseguido, eso era cierto, pero si eso era todo tenía la obligación de considerar a mi psicópata de cabecera como un sucedáneo de lo que me podía haber pasado.

Salimos del café y Gold me propuso volver a la editorial a recabar más información. La sola idea de volver a aquel paseo marítimo donde el mar estaba en una calma artificial y el viento había sido aspirado por el Dios de los Vientos dimitidos me podía desviar de mi día burocrático. Acudir a un lugar donde parecía que el tiempo se había detenido no era una buena solución. Decliné su sugerencia y fuimos paseando en dirección contraria al paseo marítimo. Él estaba en silencio, como era su costumbre, esperando agazapado a que fuese yo el que dirigiese la orquesta de la conversación.

—¿A que se referirá cuando dice lo de “El Refugio”? —Lé pregunté cuando en realidad era una interrogación que me hacía a mí mismo.

No esperaba que Gold me aclarase nada y sin embargo su contestación me dejó helado, inmóvil, me hizo pensar que estaba siendo vigilado, me sentí desnudo, como si mi cuerpo permaneciese adherido a otro ser que me poseyese.

— Tilflugt, en danés, significa El Refugio — me aclaró.

Ese ser misterioso, mi demente de atención personal, sabía que me encontraba en esta ciudad. Más aún, podría decir que me había llevado hasta aquí para desearme que disfrutase de la otra vida, una vida que en su perturbada mente debía ser fantasmagórica, me había enviado a un lugar habitado por muertos, donde la vida estaba prohibida, o al menos la vida tal y como la entendemos, y donde él se sentía cómodo porque me sugería, deseaba u ordenaba que disfrutase en ese lugar. Este era su prisma, sin duda. El contexto no me alteraba, pero la sensación de ser elegido por alguien desconocido como cobaya para sus paranoias, inofensivas o no, me convertía en una especie de marioneta indefensa expuesta en un frágil escape-rate. Era una situación que me sobrepasaba, me dejaba como una bandera esperando a que el viento rolase y la ondease a su antojo.

Necesitaba llamar a Colette, hablar con ella, respirar con ella, alimentarme de su cordura, necesitaba salir de ese lugar aunque solo fuese por unos momentos con la ayuda de una conversación. Estaba sentado en un banco con Gold a mi lado mientras mis pensamientos se dirigían en todas direcciones. No era consciente de haberme sentado. Solo recordaba que iba caminando y me quedé inmobilizado cuando Gold me sorprendió al revelarme que estaba en una ciudad que se llamaba “El Refugio”. En la mano tenía el móvil y estaba paralizado mirando la pequeña pantalla como un reptil mira a un insecto a punto de ser devorado.

—¿No ibas a llamar a Colette? —Por fin Gold me salvó de mi ensimismamiento.

Hablé con Colette durante largo rato. Seguía de viaje de trabajo y le descubrí a borbotones los secretos de esta ciudad y las averiguaciones que habíamos hecho. Cuando acabé la conversación me sentía liberado, comprendido. Ella solo escuchaba, pero el simple hecho de escuchar tal y como lo hacía Colette era un acto soberano, grande, digno de los mejores gabinetes de psicología. Ella intercalaba los “sí”, “bueno”, “no te preocupes”, “vaya”, en los momentos más adecuados y con el tono perfecto. No sabía si era un modelo aprendido de actuación o algo innato en ella. A mí me daba igual, lo que sabía es que confesarme con ella era una lavativa de los tormentos que me había salvado del caos en múltiples ocasiones.

Cuando colgué Gold se encontraba paseando a unos escasos doscientos metros, hablando por el móvil, supuse que con Jürgen. Levantó la mano hacia el banco donde me encontraba como señalando que enseguida volvía.

Estaba decidido, esa misma noche nos marchábamos. Intentó convencerme para quedarnos un día más y tratar de averiguar de quién provenía el mensaje. El rato que había estado hablando con Colette me devolvió al mundo real y comprendí que la página de este libro que acababa de empezar a vivir se debía terminar.

Unas horas más tarde, mientras bajaba la pesada maleta a la recepción del hostel era un hombre nuevo, aliviado como un mulo al que le quitan la excesiva carga. Gold tardó en bajar. Su olor de perfume transgresor se apreció antes que su presencia física. Se acababa de duchar y con los poros de su afeitada cabeza todavía humedecidos parecía un adolescente preparado para pasar una noche loca y triunfadora. Nos sonreímos como si acabáramos de conocernos en una fiesta. Ver otro nuevo Gold activó el mecanismo para transformar mi estado de ánimo. Pasé del miedo a la fatalidad, al entusiasmo, en un chasquido de dedos. Hay ocasiones especiales en las que así se suceden los acontecimientos, como por encantamiento. Nos miramos con complicidad y entendimos que debíamos cerrar esa noche en el Gold Inn. Hacia allí nos dirigimos después de fumar, mientras paseábamos entre los canales, un canuto de hachís libanés. Cuando entramos el ambiente del local era muy similar al de la noche anterior. Solo la música había variado por completo. Los desinhibidos The Kinks ya no estaban entre nosotros y habían sido sustituidos por New Order, o quizás eran sus predecesores Joy Division, no logré descifrarlo porque el volumen estaba bastante bajo y las conversaciones evaporaban el sonido de fondo. Nos sentamos en la misma mesa que el día anterior y bebimos un par de pintas tostadas mientras volvía a presenciar la transformación de Gold en un ser abierto y cercano. Entonces comprendí por qué Jürgen estaba rendido a sus pies. Jürgen no veía al Gold opaco, siniestro y dominador, solo quería ser el público de los actos de comedia romántica y no quería saber nada de su personalidad cítrica. Entendí que puede ser fácil conformarse con un postre tan sabroso aunque la comida haya sido pesada. Gold reía, hablaba, entretenía, divertía. Varias chicas del local, y creí descubrir también a algún chico, no le

quitaban los ojos de encima. Deseaban estar en mi lugar, era obvio. Él y solo él era el protagonista del pub, sin alzar la voz, sin gesticular, era el punto molecular alrededor del que gravitaba todo desde que entró al Gold Inn. Me divertía la situación, yo era el punto de unión entre el público y el actor principal, tenía el poder de manejar el proceso de seducción. Si hubiese querido le habría hecho salir al puente comprobando las caras de decepción de sus admiradoras y admiradores y al cabo de unos minutos volver a presentarlo a sus fans volviendo a degustar el brillo de sus ojos y sonrisas de agradecimiento. Era un experimento que podía hacer, tan solo bastaba con sugerirle ir a fumar un canuto en el exterior.

Mientras dilucidaba si debía realizar esa pequeña travesura la vi. Estaba en una mesa retirada, sola, un tanto ausente, ajena a los juegos íntimos y pensamientos eróticos del local que gravitaban en torno a mi mesa focalizados en Gold. Apenas intuía su nuca y su delgado y estilizado cuello. Se rascaba el hombro, no por necesidad, sino como una especie de tic que parecía tranquilizarla. Lo hacía con una corta cadencia, con el dedo índice cruzando su brazo derecho hacia el hombro izquierdo. Bajaba la cabeza alargando su cuello como una jirafa bebiendo en un río. Estaba leyendo, era indudable. En tres o cuatro minutos volvía a una posición rectilínea y comenzaba a tocarse con delicadeza su hombro. El pelo corto podría ser el de un chico pero el cuello delataba su femineidad absoluta. Solo en ocasiones giraba su egipcia cabeza hacia la ventana y era el momento en que su perfil se asomaba a mis ojos deseosos de saber. Deseosos de saber quién era, cómo era, qué le gustaba, qué detestaba, cuántos años tendría, si tenía miedo a la oscuridad, cuál era su color favorito o si le gustaban todos por igual, si tenía hermanos, si era golosa, qué fruta era su preferida, si adoraba madrugar o lo aborrecía. Gold seguía hablando y yo estaba ausente contemplando a aquella chica, esperando que se le escapase otro esbozo de su perfil en el que intuía una frente amplia, unos ojos ni pequeños ni grandes pero elocuentes, que, en conjunto con su nariz respingona adornada con unas gafas pasadas de moda y sus labios de adolescente la titulaban como una estudiante desenfadada. El local lleno era en ese momento un lugar desolado en el que sobresalía un monolito de cuello altivo y rostro desconocido. Gold bebía de mi cerveza mientras se dirigía a mí sin ser yo consciente de que evidenciaba mi estado ausente.

—Voy a mear —Creo que le dije.

Me dirigí al lavabo como de puntillas, en un estado de culpabilidad indisoluble al cruzar al lado de la chica. Miré hacia la izquierda dejando su intimidad a la derecha. Sentía que no quería observarla porque podría quedar atrapado como un insecto en su tela de araña. Me dirigí al baño y me lavé la cara con agua fría. Ahora podía pensar, acababa de cruzar una turbulencia y ya podía desabrocharme el cinturón de seguridad. La observaría con atención, podría ser fea, con gesto antipático o desagradable. Y si era bella o deslumbrante, ¿qué más daba? Al salir pude contemplarla. Era delgada, con un aspecto despreocupado pero calculado, tenía el buen gusto de disimular la coquetería, su rostro era natural, maquillado en un suspiro matinal. No tenía una belleza universal, era indudable, pero sí una belleza especial, frágil, auténtica. Su parte posterior que había visitado hacía unos minutos, nuca y cuello, predecían aquel rostro, era tal y como lo había pensado. Levantó la cabeza en uno de sus descansos de lectura con una sonrisa destinada a su interior y aproveché a mirarla con descaro y sin reparo alguno. Forcé el alargamiento de mi mirada para chocarme frontalmente con la suya. El tiempo parecía ser ilimitado, estaba introducido en una burbuja gigante que todo lo paralizaba, su sonrisa dejaba entrever sus bien alineados dientes, con total seguridad corregidos por un aparato bucal adolescente. Pudo transcurrir una vida entera cuando nuestras miradas convergieron en un punto. Su sonrisa no giró ni un solo grado mientras traté de imitar su feliz esbozo sin saber si conseguía mi propósito. Creo que me hizo un gesto con sus cejas y volvió a bajar la cabeza para retomar la lectura. Allí estaba yo, en medio del Gold Inn, paralizado, como quien espera al autobús con la vista perdida en algún punto de la carretera. Volví a la mesa donde estaba Gold cuando empezaron a entrar en el local los lectores multirraciales diurnos. Saqué otra ronda de pintas y cuando volví rebobiné los últimos días en El Refugio. Creo que estas fueron mis palabras mientras sonaba "Hurricane Carter" de Bob Dylan.

—Lectores de todo el mundo que leen a solas en una bahía donde el viento no existe y el mar está inmóvil y un mensaje me dice que disfrute en este lugar donde hace unos días se anunció mi fallecimiento. Gold, creo que debo quedarme algún día más y descubrir qué es lo que pasa en El Refugio.

Esa es la frase que hice visible pero la que oculté entre mis labios tenía, si cabe, más valor para mí. "Una taberna con tu nombre que parece que te muta en un ser supremo apenas cruzado el umbral y hace que desaparezca el Gold hosco por el día y sufridor por las noches que gime y solloza como un bebé hambriento".

—No pienso dejarte solo, de ninguna de las maneras. Mañana le llamo a Jürgen y le informo de que nuestras vacaciones se prolongan —me intentó aliviar mientras hizo el gesto de brindar con la jarra de cerveza.

Pasaría unos días más en El Refugio, era indudable. Hacía menos de dos horas que había depositado las maletas en la recepción del hospital convencido de que dejar atrás este lugar y olvidar lo sucedido era la decisión más cabal y menos dañina para mi salud mental y, sin embargo, unas pintas después todo lo meditado estaba en el cubo de la basura y estaba dispuesto a arriesgar parte de mi vida futura, de mi felicidad posible, de mi estabilidad emocional, por el impulso de una desconocida marea que me arrastraba sin remisión. Pero esa fuerza invisible no era tal, estaba sentada dos mesas más allá y sabía que la súbita aparición de esa mujer era la férrea gravedad que me iba a atrapar en ese lugar. No sabía el desenlace, tampoco lo quería discernir, solo pensaba en dejarme llevar por ese torbellino que me impedía volver a casa. La idea de quedarme allí me hacía sentir como el condenado del corredor de la muerte que sabiendo que su destino es fatal e inapelable las últimas horas son suyas y él va a ser el protagonista absoluto alrededor del cual todo se mueve. Tenía miedo de ese lugar, de lo que podía suceder, de Gold y sus dos caras y de mí, sobre todo tenía miedo de mí. Era lo que meditaba mientras estaba concentrado en los ligeros movimientos de una de las vértebras superiores del cuello de la chica que me envolvía.

—¿Quieres que la invitemos a una ronda?— me preguntó rescatándome de mi ensimismamiento.

—No es para tanto —le contesté a la vez que creí sonrojarme.

Sonrí, mientras me decía que iba al baño. Al cabo de unos minutos volvió acompañado de la chica. Observé cierto desencanto en la mirada de otras chicas del local. La presa, Gold, parecía haber sido atrapada. La frase, "otra vez será", se leía en sus resignadas

expresiones. Después de presentarnos (Nica dijo que se llamaba), salimos afuera los tres a fumar un canuto del mágico polen rojo. En la oscuridad, con la solitaria referencia luminosa de la lumbre del cigarrillo y el brillo de sus ojos, observé con reverencia el contorno de Nica, la diosa del Gold Inn. Su voz era dócil con un tono ligeramente ronco, huyendo de la estridencia de los agudos. Tenía una voz sensual, sin llegar a la categoría de sexual. Su risa era nasal cuando la broma era banal y despierta y prolongada en las ocasiones de diversión sincera o con la ayuda del costo libanés. Una risa de las que apetece acompañar. Cuando la lumbre se apagó nos quedamos quietos, disfrutando del olor a mar que procedía del canal intentando visualizar las estrellas o transformar a la luna nueva en un astro visible, pero la oscuridad lo envolvía todo. Los ojos de Nica eran lo único que iluminaba la escena. Gold, con sus ojos de blanco atrapado en un cuerpo de negro era una ilusión óptica, apenas una sombra. Mis pequeños ojos todavía más cerrados por los efectos del hachís me habían hecho desaparecer en la noche, pero los de Nica relucían como un faro en la niebla, eran el punto donde la noche brutal parecía calmarse y tomar conciencia de que el día acabaría llegando. Seguíamos hablando con fluidez, de temas triviales, mientras su mirada dirigía la orquesta de nuestras palabras. Sus ojos no miraban, estaban allí para ser observados, como una hermosa obra de arte en una pinacoteca. Expresaban, dirigían, brotaban, acariciaban, cantaban, alborotaban, distraían, enamoraban.

Volvimos a entrar al Gold Inn. Estaban todas las mesas ocupadas.

—No nos va a quedar más opción que bailar —dijo Gold, a la vez que los tres reíamos compartiendo la misma frontera de entusiasmo.

Talking Heads, The Specials, Toots & The Maytals, Meat Loaf, Queen y algunos grupos más sonaron uno tras otro mientras Gold, Nica y yo nos movíamos divertidos al encuentro de los diferentes ritmos y cadencias musicales. Gold compaginaba la mirada sorprendida a mis acompasados movimientos (“no bailas nada mal”, ha sido el piropero con el que más veces Colette me ha obsequiado) con las sonrisas a nuestra nueva amiga, Nica. Los que nos acompañaban bailando nos miraban con gestos de complicidad sabiendo que nuestro ímpetu era un impulso de vitalidad para ellos. El resto de la gente del local bebía o charlaba con distensión pero muchas y alguno tras-

lucían con sus miradas que no se rendían a la posibilidad de abordar a Gold en cualquier momento. Yo solo miraba a un punto, el punto luminoso ocupado por Nica y sus movimientos, en ocasiones acelerados y en otros sutiles y plácidos. Nica bailaba con los ojos cerrados, solo los entreabría entre canción y canción para dar el visto bueno a que sonase la siguiente. En ese momento sonreía, nos hacía burla sacando la lengua, o nos lanzaba un beso de aire juguetón. Yo le devolvía el beso virtual de manera torpe y nerviosa y Gold se atrevía a juntar su cuerpo con el de Nica y bailar el siguiente tema con compás erótico-festivo. En alguno de los momentos Gold y Nica me dirigían hacia ellos para participar del baile provocador, caliente y desenfadado. Solo éramos tres borrachos que se divertían a altas horas de la madrugada en un bar, disfrutando de la música, pero uno de ellos tenía el pulso acelerado, la garganta agrietada y el alma gris. Ese era yo cuando me acercaba a los pantalones vaqueros desgastados de Nica y me agarraba como un esclavo a sus estrechas y huesudas caderas mientras movía mi cabeza en busca de los lóbulos de sus pequeñas orejas. El juego era divertido para Gold, para Nica, para los animadores del bar que nos seguían e imitaban, pero no era mi juego. Los demás acabarían complacidos cuando la pantalla indicase “game over” pero yo terminaría desenfocado, confundido. Ese era el problema de todo aquello. Bailamos todas y cada una de la fila interminable de canciones poderosas, Gold más eufórico, Nica en trance profundo, la mayor parte de la gente que abarrotaba el Gold Inn animada y estimulada por nuestra actuación, y yo más y más atrapado entre las algas del extenso océano que en aquel momento significaba esa mujer para mí.

Salimos del Gold Inn cuando ya estaba a punto de cerrar. Nica nos dijo que se alojaba en nuestro hostel y que solo llevaba una noche en la ciudad. No nos preguntamos mucho más. El hecho de pasear por las calles empedradas oyendo nuestros pasos confundidos con los pequeños golpes de mar en los canales nos devolvió a un mundo de inamovible tranquilidad. Así lo entendimos y el silencio fue nuestro compañero hasta llegar al hostel. Tuvimos que despertar a la encargada para anular la cancelación de las habitaciones. Mientras la mujer buscaba sus gafas para anotar la nueva reserva Nica nos dijo que ella iba subiendo porque estaba muerta de cansancio.

—¿Cuál es tu habitación? —preguntó Gold mientras le guiñaba un ojo y reía con complicidad.

—Cuatro tres, la llave está debajo del felpudo —continuó Nica la broma mientras movía las caderas y el culo dirigiéndose a las empinadas escaleras.

—Haré un butrón si no la encuentro. Eres mi vecina —dijo él mandándole un beso con el dedo índice posado en sus labios.

—Buenas noches, mañana nos vemos, muchachos, y descansar que lo tenéis merecido —se despidió ella.

Cuarenta y tres, la habitación era la contigua a la de Gold, justo la puerta donde esa misma noche había sido abducido por una voz femenina que tarareaba "I'm Waiting for the Man" mientras a su lado Gold lloraba como solo lloran las personas con el interior desgarrado. La mujer desconocida con la que tuve pensamientos eróticos ahora tenía una cara, un cuerpo y una personalidad objetiva. Lo curioso es que después de desvelarse el secreto de su anonimato el componente erótico era similar al imaginado, además a él se había adherido una carga emotiva que me imantaba a ella y a ese lugar de un modo indivisible. Tiflugt era el sitio donde debía estar, no sabía si era algo predestinado o casual, pero ahora existía una fuerza que me impedía desconectar de todo lo que podía acontecer. Nica era esa fuerza, tenía la llave de no se sabe qué puerta, pero era el antídoto que acababa de elegir para no hundirme en el abatimiento. Debía jugar todo al blanco o todo al negro, nada de esforzarme en calcular probabilidades de éxito o fracaso.

Esa noche sufrí, no lloré como casi seguro estaría haciendo Gold, ni canté en la media luz tal y como Nica acompañaría el sollozo de su vecino de habitación, tan solo sufrí. Sufrí como lo hacen los amantes no correspondidos, sufrí como lo hacen los hombres que traicionan, sufrí como las marionetas que ya no se usan, sufrí como los locos que saben que están cuerdos, sufrí, sufrí, sufrí. Cerré los ojos rendido al desvelo comprendiendo que el deshielo del glaciar que había estado formando durante tantos años estaba cerca, tan solo un piso encima de mí. Nica lo podía todo, no sabía ni estaba preparado para luchar contra esa corriente brutal y sufría desconsolado en mi soledad de aquel lejano y frío hostal. Y sufría porque Colette ya no existía. Así

de drásticas y dogmáticas eran mis conclusiones. Yo era una persona en la que las mujeres de mi vida tenían que entrar de una en una, organizadas, sin estorbarse mutuamente. Entra una, está el tiempo que tenga que estar, el que ella o yo queramos, y solo cuando esta ha salido puede entrar otra. En este caso no había sido así con exactitud pero se podía aproximar. Colette era pasado, tan pasado como mi primera comunión o mi primera experiencia sexual. Era matemática pura, por más que intentase razonar atendiendo a prismas diferentes siempre llegaba a la misma conclusión: Colette ya no existía. Esta idea me atormentaba, llegué a odiar la química que nos atrapa a los seres humanos, que nos produce reacciones cerebrales tan absurdas como la que me acababa de suceder. Odio amar, creo que dije en voz alta. Por fin salí del bucle diabólico donde me había enterrado gracias a esa voz que salió de mí, creo que en un tono muy, muy alto, casi gritando y que me hizo sentirme ridículo recordándome al pitufo gruñón y su ingeniosa frase "odio odiar". Odio amar, volví a repetir en voz alta, ya más controlada. Me levanté y cogí la caja de tranquilizantes pero me decidí por una ducha intensa de agua fría. Acababa de despotricar contra la química propia y no consideraba apropiado recurrir a la externa en esos momentos. La ducha me reparó. No se oía nada a través de las tuberías comunicantes de vidas ajenas. Nica volvió a mí de manera intensa, sus labios, sus muslos delgados y tersos, sus pequeños pechos con pezones generosos, su voz cálida, su cuello... Eyaculé en la profundidad de la excitación con la mente detenida. Volví a la cama y comprobé que ya no necesitaba los tranquilizantes. Tomé en mis manos 2666 y seguí leyendo esperando que la noche siguiese su camino y me alcanzase un sueño reparador.

El día posterior intenté bloquear mi mente, dejarla en stand by y pisar cada minuto obviando que las horas siguientes eran una quimera. No quería ver a Nica y necesitaba tocarla, no deseaba estar con Gold y su compañía me aliviaba. Estaba aletargado. Todo el día fue una espera en donde el punto de no retorno debía ser el Gold Inn. Así lo presagiaba y así ocurrió. Comimos los tres, paseamos los tres, hablamos los tres, reímos los tres, todo ello como formando parte de un gran engranaje que nos amenizaba la espera para encontrarnos de nuevo los tres en la noche liberadora del Gold Inn. Nica y Gold parecían excitados, nerviosos, como si las horas se alargasen en ex-

ceso. Se asemejaban a dos enamorados que intentaban demostrar su estado de irrealidad al mundo entero. Se agarraban de la mano, se daban palmaditas, en ocasiones se metían las manos cruzadas en los bolsillos traseros de sus pantalones mientras decían fugaces frases al oído que acababan con un estallido de risa de Nica adornada con algún, “serás guarro” o similar. Nica también me regalaba a mí gestos similares, pero mis reacciones no eran tan espontáneas como las de Gold y aunque trataba de disimular mi incomodidad, Nica, con acierto, se limitó a darme la mano esporádicamente.

La noche llegó, la artificial espera terminó y nos dirigimos al Gold Inn animados por impulsos primarios que inundaban nuestro destino. Esa noche, como mandaba el ritual, antes de entrar fumamos hachís libanés. Lo hicimos en silencio, con mucha calma. Las caladas de Gold eran profundas, serenas. Pasaba el canuto a Nica con un movimiento de mano cadencioso. Nica recogía el testigo con mirada de gratitud y deslizaba el cigarrillo por la comisura de sus labios tratando de imitar el gesto de Gold. Su siguiente parada eran mis dedos, que alcanzaron el canuto acompañado de un breve contacto con Nica que vino junto a lo que en ese momento me pareció una leve caricia. El papel estaba algo húmedo y me excité pensando que compartir saliva con Nica era lo más sensual que podía hacer en ese momento. Entramos en el local unificados mientras sonaba The Velvet Underground. Una vez más se cruzaba en mi camino. Miré a Nica recordando la noche en que la espí escuchando este grupo y mientras ella cerraba con sutileza los ojos observé que se le escapaba una tenue sonrisa. El local estaba menos animado que el día anterior. Bebimos unas pintas tostadas mientras no dejaba de sonar el grupo de Lou Reed.

Esa noche Gold y Nica me contaron sus vidas, los claros y las sombras. Era para lo que llevábamos todo el día preparándonos. Ellos como dos cañones a punto de ser disparados y yo como receptor del impacto que necesitaban para descargar sus desgarradas historias.

Nica narró su historia mientras él estaba compartiendo hachís en el puente del canal con dos chicas que parecían no alcanzar la mayoría de edad y Gold me abordó aprovechando que Nica bailaba sin descanso al compás enérgico de Creedance Clearwater Revival con un tipo que nos había invitado a una ronda de pintas. Ambos parecían

pensar que yo era el perfecto párroco al que confesar en privado sus intimidades. Ambos eran las dos caras de la misma moneda, necesitaban estar juntas, pero no podían ir de frente, como si se temieran. Las personas, partiendo de su individualidad pueden generar dependencias e incompatibilidades con otros semejantes, que en ocasiones recaen en el mismo sujeto. Nica y Gold, Gold y Nica, parecía ser un claro ejemplo de esta extraña paradoja. Se necesitaban tocar, compartir el minuto a minuto, pero no confiaban el uno en el otro, como si sus secretos pasados fuesen a explotar en caso de fusionarlos. Yo era, por tanto, el punto de fuga necesario para que sus emociones se descargasen sin peligro de erupción volcánica. Ambos me contaron sus historias por separado, furtivos y temerosos de ser escuchados por su alter ego. Nica se dirigió a mí susurrándome al oído su historia, como se recita una plegaria con una ayuda invisible que parecía dictarle su discurso. Cuando llegaba a algún punto de emoción, paraba haciendo el gesto de secarse las lágrimas que yo no percibía, pero que sus gestos faciales delataban. No le estreché la mano que me tendió por miedo a equivocarme.

Gold optó por un relato atropellado en el que disparaba sus palabras esperando que mi escudo fuese capaz de aminorar sus duros golpes. No había visto hasta entonces a un Gold tan nervioso e inseguro.

En mí depositaron sus historias y desde ese mismo momento me convertí en un fedatario poderoso de sus irremediables destinos convergentes. Gold y Nica eran dos personas que se necesitaban pero también se temían, solamente una etérea línea separaba ambas situaciones. A mí me utilizaban como instrumento que dibujara esa necesaria frontera. Lo que no sabían era que sus terribles historias acababan de confluír en un pantano sin escape alguno y a mí me habían dado la llave que no abría ninguna compuerta. Tenía miedo, terror, pánico. Nica y Gold, Gold y Nica eran las dos caras de una misma moneda que yo podía lanzar al aire o fundirla para hacerla irreconocible. No entendía por qué razón todo tenía que explotar cuando la calma parecía perfectamente dosificada.

Una vez descargadas sus vidas en mi regazo ya nada volvería a ser como antes.

Nica fue la primera que se lanzó a los brazos de mi confianza. En esos minutos en los que Nica me contó su vida con la necesidad con la que los volcanes descargan su interna furia tuve la sensación de que la chica que tenía delante de mis ojos, nerviosa, bella, más bella que nunca, era mía por unos instantes. Atendía con idéntico interés a sus ademanes y a sus palabras, al cambio continuo del brillo de sus ojos como a la relevancia de su historia. Era Nica en estado puro, una Nica destilada, separada de su ornamenta, desnuda y cautiva, siendo yo el benévolo carcelero que debía alimentarla. Ese era el papel que parecía haberme asignado mientras unía frase tras frase y me confesaba su pasado como solo los necesitados de calor ajeno saben hacerlo.

NICA

Sebastian era un granjero de Kansas. Viudo. Con su difunta mujer, Fortune, tuvo una hija, Nica. Sebastian llevaba una vida neutra, típica americana. Con su perenne sonrisa sin complejo alguno paseaba su moderna camioneta por las calles de la ciudad y su joven nueva novia había sido bien acogida por la comunidad rural de la comarca, mientras su hija de apenas tres años iniciaba su crecimiento en armonía con el medio y sus apacibles gentes. Todo encajaba con la fórmula exacta que demostraba cómo se debía vivir en ese lugar, tal y como sucede en cualquier sitio del mundo allá donde te instales porque siempre existe un protocolo invisible de actuación que facilita la adaptación social.

Toda esta calma y aparente equilibrio explotó y saltó por los aires cuando un año y tres meses después de que el granjero Sebastian enviudase tuvo una desagradable noticia que supuso que su fraudulento castillo se derrumbase. Su mujer, Fortune, aquella que en apariencia le dejó el alma vacía y la vida trastocada, apareció, no como un fantasma, sino más tangible y real que nunca, diciendo:

—He vuelto, Sebastian, he vuelto de la montaña.

El granjero Sebastian y su mujer, Fortune, eran una pareja extraña en el lugar donde vivían, aunque podría ser más acertado decir que su mujer era la extraterrestre de la comarca. Fortune era, por aquel entonces, una joven que no disfrutaba realizando visitas a las casas de los vecinos, no se relacionaba con las mujeres de otros granjeros, no acudía a la iglesia y era incapaz de cocinar una tarta de arándanos.

nos para que los niños se agolpasen en la terraza de su casa. Estas características eran las que equivalían a ser un fenómeno extraño en el medio rural de Kansas. Además, su manera de vestir, más propia de una mujer de ciudad que de una mujer rural era una prueba más de que había ido a parar al lugar equivocado. El cuidado y crianza de su hija se convirtió en su refugio aunque también tenía otra válvula de escape, la pasión por la montaña, que compartía con su marido Sebastian.

Sebastian y Fortune se conocieron en una expedición al Karakorum, cordillera que tiene varios ocho miles, entre ellos el famoso K2 situada en la frontera entre China y Pakistán. El objetivo era escalar su primer ocho mil, el Grasherbum I (GI). Ambos llevaban escalando desde su adolescencia, Sebastian debido a su origen canadiense donde pasó toda su infancia en un pueblo acorralado por las Montañas Rocosas y Fortune gracias a que sus padres eran unos enamorados de la práctica del esquí y pudo disfrutar muchas primaveras de las altas cordilleras de Suiza y varios veranos estadounidenses en Bariloche, Argentina. Ambos se federaron en clubes de alpinismo, Sebastian por verdadera vocación y Fortune para sustituir su decepción por no poder volver a esquiar debido a una grave lesión de rodilla. El fuego de los nuevos retos alpinistas les poseyó en pocos años y el número ocho mil se empezó a quedar grabado en su día a día como una poderosa obsesión. Ese número mágico para los alpinistas y elegido por ellos para marcar la tenue diferencia entre el placer y la obligación fue el que les unió.

Pasaron más de un mes de convivencia en el austero campo base del Grasherbum I, en un abril frío y ventoso, acompañados por otras dos expediciones de polacos y españoles y de serpas serviciales. Observaban la montaña hermosa (traducción exacta en balti de su nombre) en la tediosa espera suplicando que llegase la ventana de buen tiempo. Sebastian entabló amistad con el compañero de expedición de Fortune, que meses más tarde reconoció entre risas que podría decirse que era su novio. Fortune llegó a intimar con la compañera de aventura de Sebastian, pero nunca llegó a confirmar si era por entonces su pareja. Ese trueque de acercamientos, tan antiguo como los secretos del arte de la seducción fue solo una transición hacia el verdadero sentido de tales movimientos, la candente atracción que existía entre Sebastian y Fortune. El mes de aclimatación a

la altura, la unión y compenetración que existió entre ellos realizando las cordadas, los apuntalamientos, el estudio de las condiciones climatológicas, eran arduos ejercicios dirigidos a conseguir los dos objetivos que se habían planteado Sebastian y Fortune, el primero, ascender a la cumbre del Grasherbum I y el segundo, no menos importante, regresar de la cumbre para poder disfrutar el uno del otro en la intimidad. Este propósito, no incluido en el plan inicial de las expediciones fue la causa que hizo fracasar el proyecto inicial. No hollaron la cumbre del Grasherbum I. Tras casi dos meses de expedición y de haber alcanzado los siete mil doscientos cincuenta metros el buen tiempo que estaban esperando no acababa de llegar, los permisos para residir en el país estaban a punto de caducar y las finanzas no daban para más. Los reproches de la expedición no tardaron en llegar y recayeron sobre Sebastian y Fortune. Era obvio que su embrionaria relación había retrasado el proyecto. En el montañismo de alto riesgo medir los tiempos lo es todo y los sentimientos son un obstáculo y en ocasiones un freno que pone en peligro todo y a todos. El cerebro debe estar tan frío como el hielo que pisan, esa es la máxima de los alpinistas. Así lo reconocieron Sebastian y Fortune asumiendo su culpa.

Días más tarde, en Islamabad descubrieron su condición de fogosos enamorados. Retrasaron una semana más su retorno a los Estados Unidos y mezclaron el calor de la ciudad con su deseo irrefrenable. Por fin se habían encontrado, era lo único que necesitaban conocer uno del otro, les era suficiente, se sorprendían a cada minuto, al unir sus cuerpos, incluso al separarlos, un centímetro, o dos, o varios metros, o al estar en habitaciones diferentes, disfrutaban compartiendo el sudor del otro en el hotel que en ese momento se había transformado en una dulce guarida de lobos ansiosos por poseerse. La sorpresa les obnubilaba, les mantenía en estado de gracia, beatificados mientras el resto del mundo era algo superfluo, un michelín del que querían desprenderse a toda costa. Fue solo una semana, una eternidad que se transformó en un suspiro de sensaciones nuevas. Cuando regresaron a Estados Unidos, Fortune ya sabía que había encontrado al hombre del que no quería separarse ni un minuto más.

Fortune decidió olvidar su vida cosmopolita. Todo quedó al margen, sus desayunos con amigos en cafeterías concurridas, las visi-

tas a galerías de arte para disfrutar de nuevas obras de descarados artistas, las locas fiestas nocturnas en casas de conocidos de conocidos, las prisas, los ruidos, las luces, todo, todo quedó al margen, sustituido por la calma y quietud del amarillo campo de Kansas. La realidad era que Sebastian lo ocupaba todo y cuando Fortune se enamoró de él, su visión individual de las preferencias y necesidades de crecimiento personal quedaron oscurecidas por la omnipresencia de su amado Sebastian. Todo pasó a ser secundario, incluso desechable, nada tenía la mitad de importancia que compartir cualquier situación con Sebastian. Fortune estaba enferma, enamorada. Su vida en Kansas era el dibujo que la mano de su marido esbozaba en un lienzo en blanco.

Su enamoramiento duró tres cosechas, pero ya era tarde para dar marcha atrás. Tenía una hija que le ató a aquel lugar. Su castillo se había derrumbado y se refugió en la resignación de abnegada madre para vivir una vida de aparente plenitud. Los únicos momentos en los que sus estados depresivos se desvanecían eran con las promesas de Sebastian para retomar sus escapadas a la montaña. Cuando recuperaron su afición por el alpinismo Fortune ya sabía que él tenía una aventura con una joven lugareña. Sus periodos de escalada a las montañas se convirtieron en una vaga esperanza para Fortune de que Sebastian recapacitara y recobrase la fe en su caduco matrimonio. Se sorprendía a sí misma al verse mutada en una mujer reaccionaria y conservadora, ella que siempre había sido una mujer independiente y que con orgullo juvenil se definía como una feminista vocacional. Cuando estaba en la tienda de campaña con él a su lado dándose la espalda cómo solo los montañeros saben hacerlo, se preguntaba cómo había llegado hasta allí y juraba en silencio que si no cambiaba nada cuando llegasen a casa pondría fin a aquella farsa. Cuando volvía y abrazaba a su hija siempre se daba un plazo para tomar la decisión definitiva, que se dilataba por costumbre más de lo necesario y finalmente quedaba en el olvido.

Unos meses más tarde, recién entrado el otoño, Sebastian sorprendió a su mujer con una propuesta para salvarlo todo, ir a escalar el Grasherbum I al Karakorum. Aquella gran montaña que en su día les unió y que por puro amor no llegaron lograr alcanzar podía ser la tabla de salvación de un matrimonio que se deshacía. Desde que hizo esa proposición Fortune mutó los prejuicios con su marido; pu-

diera ser que Sebastian estuviera sufriendo tanto como ella y que el mutuo alejamiento estuviera horadando su carácter y su capacidad de ser feliz, era posible que quisiera a toda costa volver a iniciar una vida en común y no sabía cómo re— andar el camino correcto e incluso sus escauceos extraconyugales no fuesen más que una forma de llamar su atención. Estas inquietudes hicieron que Fortune aceptase el reto como una nueva oportunidad de recuperar lo que ya daba por caducado, su matrimonio.

Durante el año entrante estuvieron planificando el viaje y estudiando la ruta más conveniente para atacar la cumbre. El proyecto hacía volar la imaginación de Fortune al recuerdo de lo vivido unos años antes en las nieves de la gran montaña. Fue un inicio de año repleto de esperanza y buenas sensaciones, todo lo que percibía a su alrededor le parecía nuevo, diferente; el paisaje, las gentes de la comarca, las conversaciones intrascendentes en los cafés y con los vecinos, el lento pasar de las horas, los olores, todo tenía algo de positivo que hacía unos meses no notaba y ahora se había transformado en delicadas caricias. No volvía a estar enamorada, pero sí retomaba nuevas ilusiones por encontrar un atajo intermedio que le ofreciera estabilidad y esperanza. Era suficiente.

En mayo viajaron hasta Islamabad, capital de Pakistán, punto de acercamiento a la cordillera del Karakorum. Fue un viaje interminable, haciendo escalas en Nueva York y en Frankfurt. En los años que había estado casada era la primera vez que sentía su compañía como una especie de omnipresencia que todo lo abarcaba. Horas y horas juntos en los diferentes vuelos, compartiendo breves cabezadas, almuerzos obligados, conversaciones intrascendentes y lecturas incómodas, habían hecho más por su matrimonio que varios años de vacío en la granja de Kansas. Además, Sebastian estaba animado, mucho más que de costumbre. En general tenía el carácter propio de los granjeros de la comarca, jovial y abierto en sociedad, rudo, seco e introvertido en la intimidad. Durante el viaje la dureza se había evaporado, los gestos de hastío o desaprobación eran muecas del pasado, las contestaciones monosílabas se alargaban con naturalidad, todo parecía propio de una comedia romántica con final feliz. Los preparativos en la capital de Pakistán y el viaje al Karakorum le transformaron en el alpinista profesional que Fortune conoció por primera vez. Las siguientes dos semanas ambos dedicaron el tiem-

po completo a asegurar que la expedición estuviese bien gestionada y que todas las eventualidades fuesen cubiertas.

El granjero distante y ausente volvió en el campo base del Grasherbum I. Una vez instalados, esperando el buen tiempo previsto para los próximos días, dejó aparcado su buen humor del viaje y la concienzuda concentración de los preparativos. Su rostro delataba una tensión que nunca antes Fortune había percibido en su marido. No se encontraba en la estrecha tienda de campaña con su marido de Kansas, la mirada del granjero era una auténtica desconocida, una mirada con hambre, en la que se le diagnosticaba una obsesión por conseguir un reto, un reto más allá de alcanzar la cima de la gran montaña que les imantaba con su poderoso cuerpo de hielo. Llegó a pensar que Sebastian podía haber enloquecido debido al mal de altura pero no se atrevió a sugerirlo porque comprobó que realizaba las labores de planificación de la escalada con total dedicación y sentido común. Se refugió en la montaña, sabiendo que cuando volviese todo se habría acabado. La decisión la tomó a seis mil doscientos metros, una vez instalado el campo dos. Rodeada de nieve y de soledad, porque aunque él estuviese a su lado se encontraba profundamente sola, todo lo vio claro, ya no quería compartir su vida con ese hombre, solo era su compañero de cordada, un tipo con el que compartía una aventura de supervivencia pero que ya nada le iba a aportar en su vida. Posó su mirada con gran fijeza en los ojos ausentes de su marido. Su cara demacrada, quemada por el sol, agrietada, con los labios de payaso repletos de cacao, hizo pensar a Fortune que ése no era el Sebastian que había conocido y se armó de valor para vaciar su cargador en aquel momento de esplendor. Se lo dijo. Todo se había acabado, todo. Era el fin, la cuerda se había roto definitivamente y no había forma de volver a anudarla. Él sacó su cantimplora y bebió largo rato, cogió una barrita energética de uno de sus múltiples bolsillos del anorak y la comió como un anciano que no tiene diente alguno, sin masticar. Sus ojos seguían en otro lugar (¿en Kansas acaso, junto a su amante?). Fortune repitió lo dicho anteriormente, con palabras menos duras, menos directas, pero seguras y diáfanas.

— Al menos haremos cumbre — fue la única contestación que articuló compartiendo la sentencia con una especie de sonrisa confusa que realzaron las hondas arrugas de su cara.

— Haremos cumbre — dijo Fortune, en parte sorprendida por la fría reacción de Sebastian y a la vez conmovida por haber subestimado la capacidad de asumir la condición de perdedor de su marido.

Durante los siguientes días en el campo base la situación entre ambos se estabilizó. Una vez puestas las cartas encima de la mesa recobraron su individualidad compartiendo el tiempo con gente de otras expediciones. El ánimo de Fortune mejoró e incluso una noche hicieron el amor en la tienda de campaña recordando lo que hace años fue un acto de bienvenida y ahora iba a significar una sombra de despedida. Pensó que podía ser una aceptable manera de cerrar el círculo de aquella fallida relación.

Los días claros llegaron. Se preveían cuatro días sin nieve alguna y con un viento que no iba a llegar a los treinta kilómetros por hora. Era una buena oportunidad de hacer cumbre, de subir al ocho mil que les unió pero que no lograron alcanzar porque el enamoramiento les atrapó de tal manera que les inutilizó para conseguir reto alguno que no fuese juntar sus cuerpos y sus futuros. Ahora la situación era la opuesta, la relación había muerto, con el cadáver aún fresco, por lo que no había nada que les impidiese concentrarse en el objetivo, subir, por fin, a la gran y bella montaña que imantó sus vidas. Fortune contempló la ascensión como un viaje iniciático hacia la libertad, hacia su propia libertad. Esa es la verdadera ecuación de todo alpinista: Escalo, me elevo sobre el mundo porque desde allí, donde el aire es casi irrespirable, el frío inabordable y la vida no existe; desde allí, me encuentro a mí mismo porque soy lo único vivo que irrumpe en ese paraje. Sabía que con esa ascensión iba a cumplir todos los sueños que los amantes de la montaña agolpan en sus mentes cuando realizan viajes imaginarios.

Mientras escalaba estaba concentrada, inspirada, en estado de felicidad.

Hicieron noche en el campo tres a casi siete mil metros. La respiración era difícil, entrecortada y aunque tenían ambos leves dolores de cabeza, su situación era buena. A las cuatro de la mañana, aún de noche, decidieron emprender la marcha para atacar la cumbre. Se disponía a coger la botella de oxígeno que habían depositado en la tienda del campo tres cuando vio que Sebastian la dejaba en su sitio junto con los alimentos.

—Sebastian, la botella, se te olvida —dijo.

—Esta montaña no se merece que haya gente arriba respirando cualquier cosa que no sea su propio aire —sentenció él a la vez que miraba hacia la cumbre aún oscurecida.

Sebastian comenzó la ascensión y Fortune, mientras comía unas barritas energéticas decidió compartir ese último momento con él de forma integral. Se quitó las botellas y las colocó cuidadosamente junto a las de su marido, como se dejan yacer a dos enamorados recién fallecidos. Se perdió lentamente en la oscuridad conducida por la senda de profundas pisadas que él dejaba en la nieve camino de la cumbre, abrigada por una leve niebla que se intuía en el inminente amanecer. No articularon palabra en toda la ascensión. Pronto el cansancio se convirtió en agotamiento y el agotamiento en extenuación al alcanzar los ocho mil metros. Fortune pensaba en Sebastian como si fuera el ser más solitario de la tierra, estaba con la única compañía de ella, la cual acababa de abandonarle. La mirada del granjero era cada vez más oscura. Parecía que en su interior no existía nada, solo un vacío enloquecido que daba realmente pavor. Era otro hombre, quizás el verdadero que siempre había estado a la sombra del primitivo, pendenciero, mentiroso y vividor que simuló ser durante los años de relación fallida con Fortune. Este nuevo Sebastian infundía respeto, un respeto parecido al de los padres que cuando eres niño sabes que están a punto de imponerte un castigo, pero no atisbas a imaginar el alcance y crueldad del mismo. Fortune solo lo supo cuando alcanzaron la cumbre. El sol ya amenazaba con la despedida y las fuerzas de ella eran mínimas. El hombre parecía encontrar las suyas en una rabia interior ahora no disimulada. Ella estaba rendida a su suerte, era un cordero degollado en manos de su implacable carnicero.

—Adiós Fortune, buen descenso —fueron las únicas palabras que Sebastian articuló en la cumbre después de más de diez horas de ascensión.

Fortune no pudo gritar, suplicar o maldecir. Solo se fijó una vez más en la expresión de los ojos del granjero. Eran dos agujas afiladas por las bajas temperaturas y, sobre todo, por la venganza, esa venganza que llevaba como única compañera. Empezó a comprender. Las fuerzas extra que Sebastian parecía tener venían alimentadas

por un espíritu vengativo superior al razonable. Su marido la iba a dejar morir en aquella montaña, esa era su gran motivación, que había estado relamiendo a cada paso que le llevaba a la cumbre. Una muerte con tortura, era el suvenir de despedida, una muerte que iba a ser lenta y segura, sin salida alguna. Pensó que le había subestimado y en esos momentos solo pudo sentir respeto hacia él, el mismo respeto que nos pueden dar los seres malvados que pueblan nuestra imaginación. Respeto por su crueldad, respeto por su falta de compasión hacia todo lo que no sea uno mismo, respeto por su falta de educación con la muerte, a la cual tuteaba sin precaución alguna, respeto por ser la otra cara de la moneda que tantas veces queremos tener pero tanto nos cuesta mostrar.

Sebastian desapareció de la cumbre como un fantasma y Fortune entonces lloró. Lloró porque tenía un mundo a sus pies que no volvería a ver, lloró porque el que estaba presenciando sería el último ocaso de su corta existencia, lloró porque una muerte solitaria no es lo que había imaginado y lloró porque en ese mundo de ahí abajo había una hija de dos años llamada Nica que sabría que su madre no fue lo suficientemente fuerte para bajar de una maldita montaña y volver a abrazarla.

Fortune salvó la vida gracias a su debilidad. En ocasiones nuestras penurias son las que nos ofrecen posibilidades. La falta de claridad mental hizo que perdiera la ruta de bajada en medio de la noche. Consiguió descender unos trescientos metros jugándose la vida a la ruleta rusa en cada grieta, en cada desnivel, desfalleciendo y apagándose como una linterna sin batería. Sin embargo, tras uno de sus múltiples descansos y cuando los primeros síntomas de congelación ya le habían aparecido con claridad en varios dedos de los pies, encontró una pequeña tienda de campaña semienterrada por un alud de nieve. Decidió concentrar sus fuerzas en rebuscar entre la nieve lo que al final encontró y salvó su vida. Tras más de cuarenta interminables minutos y desfallecida por un esfuerzo que en una altura normal un niño de cuatro años habría desarrollado con naturalidad apareció una botella de oxígeno en buen estado. Se tumbó en la congelada nieve como un cadáver preparado para recibir descargas eléctricas que milagrosamente le devuelvan a la vida. Cada bocanada de oxígeno la alejaba de las profundidades oscuras, cada breve y delicada respiración era un masaje cerebral que la elevaba por enci-

ma de los muertos. Estaba en otra dimensión, aquella que separa el fin de la línea continua, donde las cuevas inaccesibles se convierten en parajes turísticos de cómodo disfrute. Fortune regresaba de la muerte, volvía a la vida. Volvía a tener presente y futuro, no era la misma de hacía unos minutos cuando todo su yo era pasado.

Consiguió bajar al campo base. Lo hizo de noche y durmió en una tienda de una expedición japonesa. Mintió acerca de su identidad y nacionalidad, no quería que Sebastian supiese que había resucitado. Unos días más tarde se enteró de la versión de Sebastian acerca de su desaparición. Declaró que Fortune había sido arrollada por un alud y que tras varias horas de búsqueda no pudo hacer nada más porque la noche se echaba encima.

Fortune perdió por congelación tres falanges del pie derecho y pudo curar por completo las del pie izquierdo. Pero sus heridas, sus verdaderas heridas no eran las corporales. Encauzó su vida en la India donde dedicó sus esfuerzos a la cooperación y a la aventura. Tras varios meses perdida en ese país, casi continente, conoció que lo recorría en bicicleta. Con él decidió compartir proyecto e intimidad. Cada pedalada junto a su compañero era una búsqueda hacia el interior y la providencia la llevó al lugar donde creyó encontrar su ansiado destino, el Nepal. Allí abrazó el Budismo y buceó en la religión del yo. Era lo que buscaba, el remanso donde dejar descansar los agudos dolores. Lo supo nada más hablar con los monjes budistas que le explicaron con breves palabras y largos silencios que es lo que ellos habían descubierto de sí mismos y del mundo que les rodeaba.

La resurrección milagrosa de la que Fortune había sido dotada requería una fase de meditación e introspección antes de reabrir otros tiempos vitales. Un largo año y dos largos meses estuvo Fortune dedicada a la meditación, la respiración, el ayuno y el descubrimiento de su nuevo núcleo vital. El compañero italiano, más ávido de aventura que de Budismo se despidió de Fortune cinco meses después de llegar al Nepal.

Una mañana otoñal se levantó y desvió su camino habitual hacia la cabaña compartida donde realizaba ejercicios de meditación. A medio trayecto se detuvo en un cruce de senderos donde se podía ir a uno de los templos donde solían aconsejar los monjes Budistas.

Avanzó hacia el templo con la claridad del día a su espalda y el bosque abrigándola en su caminar. Cuando la recibió el monje Budista no sabía qué es lo que le iba a decir, solo tenía la intuición de que era algo importante, que podía volver a hacer girar la noria de su futuro. El monje no dijo nada, solo esperaba con la vista concentrada en la austera alfombra que les amortiguaba del frío suelo, y Fortune tampoco fue capaz de encontrar lo que necesitaba confesar. Tras un indefinido tiempo, el justo para que las dos almas conectaran, rompió a llorar, desconsolada, como solo lo hacen los niños abandonados, acunándose con los brazos cruzados por delante de sus pechos. Las lágrimas brotaban densas. El monje ofreció su mano con sutileza, sin invasión alguna al espacio de dolor que ocupaba Fortune, la asió con gratitud y continuó su duelo, ahora acompañada. Cuando la cascada de emoción atemperó, relató sus desdichas al monje, su fracaso matrimonial, el desapego que sentía en Kansas viviendo entre granjeros tan ajenos a su mundo, el milagro de salvar su vida tras ser abandonada cruelmente por su marido en la cumbre del Grasherbum I, el dolor y sentimiento de culpa inmensa que sentía por haber abandonado a su hija Nica, dejando su educación y mundo afectivo en manos de un ser tan abyecto como Sebastian.

Varias semanas más tarde Fortune estaba de nuevo cara a cara con Sebastian, un año y tres meses después de haberle visto desaparecer como un fantasma de la cumbre del GI.

—He vuelto, Sebastian, he vuelto de la montaña.

Fortune llegó a un acuerdo con Sebastian. Ella se quedaría con la custodia de su hija Nica, de apenas tres años, y él pagaría una asignación hasta que ésta fuese mayor de edad. El miedo de Sebastian traspasaba el ámbito penal, le aterraba todavía más ser juzgado socialmente en la comunidad. No puso impedimento alguno y lo único que impuso fue que Fortune cambiase la residencia a otro estado y él sería el que se trasladase a ver a su hija.

De la noche a la mañana pasaron a ser un matrimonio divorciado ejemplar, bien avenido. Era normal conocer a múltiples matrimonios que se llevaban bien en su vida de pareja y cuando su estado civil se transformaba en divorciados las lanzas se afilaban en disposición de ataque inminente. Su caso era justo el opuesto, un matrimonio basura, con un final en el que el marido quiso matar a la

mujer, aunque fuese de manera pasiva y el corolario era que varios años después la vida de separados se convirtió en un ejemplo de orden y coherencia.

Un año más tarde Fortune ya había conocido al verdadero amor de su vida, Ben, un capitán de barco, que trágicamente acabó sus días en un naufragio del ferry que gobernaba en la Bahía de Fundy, Canadá, cuando su hijastra, Nica, empezaba a ser consciente, con sus siete años, de que su padre, su verdadero padre, era ese marino que la arropaba con sutil cariño por las noches y no el rudo granjero que con precisión militar la visitaba una vez cada dos meses.

Ésta fue la historia que Nica me contó en el Gold Inn, solo interrumpida por un par de profundos y apresurados tragos a la pinta de cerveza tibia que tenía asida con sus afiladas manos. Cuando terminó, ninguno de los dos articuló palabra en un par de intensos minutos. La única comunicación que existió entre nosotros en aquel mudo momento fue compartir la canción que sonaba en el local, una de Bob Dylan que hablaba de un hombre desterrado por sí mismo porque creía que no era acreedor de compartir la misma tierra que su gente y familia debido a la impureza de su alma. Cuando los acordes y voz de Dylan cesaron consideré que la fase de respeto a la triste historia que Nica me había revelado había tocado a su fin y sin pensarlo cogí su fría mano acariciándola con delicadeza, como mi madre lo hacía cuando yo estaba enfermo en mi infancia e imaginando cómo el monje budista lo hizo con Fortune, su madre.

—¿Estás bien, Nica? — Estas tres burocráticas palabras acompañadas de una dulce mirada fueron las únicas que le dirigí.

No me respondió, me regaló una breve pero natural media sonrisa, levantó su cuerpo por entre las cervezas y alcanzó con rapidez mis labios para darme un beso agradecido y fugaz. Volvió a la misma seriedad con la que me narró los duros episodios de su madre y contestó:

—Gracias por escuchar, estoy bien, hacía tiempo que no me encontraba tan bien.

Nica volvió la cabeza. Encontró su mirada con la de Gold, que en esos momentos entraba en el pub. Ese gesto rompió el hechizo durante unos instantes. Más tarde me convencí de que la repentina e

inoportuna entrada de Gold fue la que impidió que devolviese el beso a Nica, aunque en mi interior sabía que mi enfermiza inseguridad y el miedo a enfrentarme cara a cara con el fracaso me habría inmovilizado como alcanzado por un spray paralizante.

El beso me hizo daño. Podía ser un beso de agradecimiento, tal y como ella expresó, de los que se dan dos amigas tras una conversación de alivio y complicidades, pero esos besos no se suelen dar en los labios. El beso de Nica, quizás, era un acto espontáneo de necesidad de afecto tras contarme la pronta desaparición de un padre, que, no siendo el natural, ella consideró su verdadero padre. El beso también podía suponer una notificación de que yo era especial para ella y aprovechó el espacio de intimidad para declararlo. Me hizo daño aquel beso porque la incertidumbre del origen fue mayor que la consecuencia del mismo, por lo que mi decisión fue obviarlo, ese beso no existió y lo único que debía hacer era esperar a que se repitiera, y entonces, solo en ese momento, recordaría que existió un primero. Así de gilipollas era, ese tipo de acción rebuscada y cobarde era habitual en mi personalidad, huidiza de los problemas, con el escudo siempre preparado y el arma de ataque en la cabaña. Así de simple, o complicado, llegaba a ser todo por no hacer frente al sufrimiento que pueden llegar a causarnos los desengaños y las pérdidas parciales, y así de enclenque me dibujaba ante los retos y posibilidades de volcar mis ansias de vivir en proyectos arriesgados. Era un funcionario de las emociones, una piedra en un mar de arena, un lagarto que no era capaz de cruzar por la zona sombreada a pesar de que nunca va a conocer más mundo.

Corrijo ahora mi reflexión de entonces. El beso de Nica no me hizo daño, yo, y solo yo era el que me hacía daño y me destruía negando los besos ajenos, sean turbios, venenosos, claros, placenteros, sedientos, sexuales, apetitosos, acelerados, distraídos, calurosos, pueriles, vacíos o pactados. Negaba todos los besos y todas las formas que tenemos de arriesgar en la vida, eso era lo que me hacía daño y me podía destruir. Quizás era la obsesión por la cura de esa enfermedad y la necesidad de acabar con una maldición perseguida durante muchos años lo que me había llevado hasta El Refugio con la excusa de aclarar mi presunta muerte.

Gold se sentó a mi lado. En las últimas ocasiones siempre lo había hecho al lado de Nica. Era una prueba más de la omnipresencia de Gold, todo lo dominaba desde su rincón de sabiduría inconfesa. Cogió la mano de Nica tal y como lo había realizado yo hacía unos minutos y preguntó mirándome directo a los ojos:

— ¿Todo bien? — y sonrió.

Esperé que la sonrisa se convirtiese en maliciosa o nos trasladase al mundo de la ironía, pero todo lo contrario, su rostro solo desprendía cariño y comprensión. Pensé que había oído nuestra conversación o que nos había visto besarnos, pero era totalmente imposible debido a que nuestra mesa estaba alejada tanto de los ventanales como de la entrada. Pense en aquel instante que Nica le había contado a Gold su historia y Gold intuyera que en aquellos minutos Nica me había disparado su relato. Unas horas más tarde, cuando Gold y yo nos fumábamos un canuto de su elixir rojo comprendí que no era posible que Gold conociese la historia de Nica.

Cuando, calada tras calada al grasiento cigarrillo, Gold iba desgranando su duro episodio de infancia comprendí que ninguno de los dos podía ser consciente de la existencia del otro. En el crucial instante en el que dos vidas se entrecruzan con virulencia es difícil que, si vuelven a unirse, lo hagan de manera plácida. Lo normal es que una u otra vida, o las dos, exploten, o se fagociten. Las vidas son como los caminos rurales, una vez que se asfaltan es difícil que vuelvan a oler a melancolía.

EDEN

Gold se encontró a sí mismo cuando ya no pudo seguir siendo el niño obediente adherido a la única persona que conoció de verdad, su madre. La transformación sucedió cuando su madre murió en un naufragio de un ferry en la bahía de Fundy, en Canadá.

Gold era un niño llamado Edén nacido en una modesta familia de la costa oeste de Canadá. El cariño y comprensión de su madre no suplía la ausencia perenne de un padre que les abandonó cuando el pequeño empezaba a caminar. El carácter de Eden era el de un chico abatido que contemplaba cómo su entorno le aplastaba. La escuela era un trabajo forzado donde tenía que evitar las burlas de los demás niños y las miradas furtivas de los profesores. La calle era un lugar donde se sentía vulnerable a los elementos que en ella habitaban y su casa se le aparecía como un templo solitario donde los pensamientos se tornaban en pesadillas siempre que su madre estaba fuera trabajando. Era un niño, como diríamos hoy, “carne de psicólogo” y su madre era la barandilla de la escalera que nunca lograba ascender. Su mirada frente a los otros niños era la de un extraño que no se sentía de su especie. Pensaba que él era un adulto enmascarado en un cuerpo pequeño y que de ahí venía su malestar, aunque sus compañeros de clase se burlaban de él diciendo que era un negro al que le habían dado una mano de pintura blanca nada más nacer. Un negro-blanco, un adulto-niño eran solo parte de sus indefiniciones. Se llegó a plantear si en realidad era un niño o una niña. Los otros chicos de la clase le llamaban nenaza porque no se unía a ellos en sus juegos deportivos y las niñas le ninguneaban

como si fuera un objeto más del mobiliario de la clase. Eden no jugaba con chicas, no le gustaba hacer las mismas cosas que a ellas, pero tampoco lo mismo que a los chicos. Era solitario y como buen Robinson se dedicaba a gestionar el tiempo y solucionar con total autonomía los problemas graves o triviales. Gold no recordaba haber jugado en toda su infancia. Los niños juegan, las niñas juegan, pero él no jugó, nunca. Llegó a pensar que pertenecía a una especie de ser viviente diferente, de una raza nueva, de una edad inventada y de un sexo por descubrir. En esa especulación vivía, con el único refugio del cariño de su madre.

Eden y su madre fueron un fin de semana a hacer una excursión a una de las islas de la bahía cuando todo cambió. Eden dejó de ser Eden, es decir, nadie, y emergió Gold de forma espontánea, ¿o acaso por necesidad?, nunca lo sabría. De la tragedia obtuvo el rédito de la tranquilidad y plenitud personal, el premio de poder estar conforme con lo que le había tocado vivir y de mirar al futuro como una experiencia digna de explorar. Su madre murió en el naufragio de aquel barco que nadie diría que se hubiera podido ir a pique. Un hombre llamado Ben, capitán del ferry siniestrado, le dio lo que nunca hubiera imaginado que nadie fuese capaz de legar, su cuerpo. Este acto que en aquel momento no logró descifrar en su integridad le hizo creer en el ser humano y movilizó la necesidad interna de crear una nueva persona donde antes solo existía un espejismo.

Sufrió varios meses por su madre, a la que ya no volvería a acariciar el pelo como hacía todas las noches antes de irse a dormir; por Ben, aquel mago al que debía algo más que la vida, y tenía lástima por su tía, hermana de su madre que desde entonces se había hecho cargo de su custodia sabiendo ambos que no estaba preparada para esa responsabilidad. Era una pena obligada que se transformaría en una gran zancada de buenos augurios en cuanto los posos quedasen atrapados en el fondo de la memoria.

Todo ocurrió una tarde de domingo, mientras veía en la televisión una jornada de los Juegos Olímpicos de Montreal. Era uno de los primeros días de los Juegos en los que la natación era el deporte estrella. Eden estaba adormilado en el sofá viendo como desfilaban por el trampolín varios saltadores, que parecían fotocopiados, sumamente delgados, pequeños y muy flexibles. De pronto apareció

alguien diferente, erguido como una escultura griega, altivo, con el pelo ondulado y más largo de lo habitual en un deportista de piscina. Se colocó en el trampolín como si estuviese posando para la cámara. No había duda alguna, era un gran saltador aunque diese media vuelta y no llegase a impulsarse. Era un imán, el extraño caso de los deportistas de los que no te puedes desprender hasta que acaban su ejercicio, un elegido. En la parte inferior de la pantalla se veía una bandera americana y su nombre, Luganis, Greg. Greg Luganis era el profeta que Eden estaba esperando reposadamente, porque sabía que en algún momento iba a aparecer. Lo hizo esa tarde de domingo en el sofá de la casa de su tía y a partir de ese instante comprendió que la carta se había dado la vuelta y el dorso de la misma había pasado a la historia.

Su vida corrió paralela a la de Greg Luganis. Sus cuatro oros olímpicos le animaron a hacer un guiño de gloria individual y Eden se rebautizó como Gold. La homosexualidad implícita de todos y cada uno de los saltos de Greg Luganis le afirmó en su condición sexual. El valiente reconocimiento público de la homosexualidad de Greg Luganis ayudó a Gold a realizar una salida ordenada del armario. En las Olimpiadas de Seúl, Greg Luganis, en uno de los saltos golpeó con su cabeza en el trampolín y cayó desde una altura de más de seis metros, desplomado, a la piscina, tiñendo de púrpura el agua de la piscina. La tragedia estuvo presente durante varios minutos. Greg Luganis se recuperó, y con una venda artesanal en la cabeza que amenazaba su gran belleza completó la serie de saltos con una perfección y elegancia insuperable. Ganó otro oro olímpico. Era la proeza, la hazaña que todo mito necesita para inundar aún más la pasión de sus seguidores. Cuando, años después, reconoció que era portador del virus del sida, la imagen de la piscina ensangrentada se convirtió en la fotografía del miedo obscuro y malintencionado que intentó borrar la estrella que dejó impresa en los emotivos recuerdos de sus seguidores. No lo consiguieron. Greg Luganis era la belleza, Greg Luganis era la elegancia, Greg Luganis era la templanza, Greg Luganis era la libre homosexualidad, Greg Luganis era la vitalidad, Greg Luganis era el triunfo, Greg Luganis era la pasión de existir.

Ese fue el camino que Eden no conocía y que Gold, aconsejado por el modelo idílico de Greg Luganis, emprendió cuando el mundo parecía haberle dado el golpe final.

Gold comprendió desde el mismo momento de la muerte de su madre que disponía de una oportunidad para ser él mismo y empezar a visitar una nueva vida. Solo necesitaba encontrar a su modelo y la aparición de Greg Luganis en su recién estrenada existencia allanó su paso a la autenticidad. Gold, con Greg Luganis siempre en su maleta, comprendió su homosexualidad como una oportunidad para reclamar ante sí mismo una peculiaridad que transmitía orgullo y asimiló que la aparente falta de sociabilidad era un acto de individualidad del que no debía renunciar, porque formaba parte de su modo de ser. Quedarse solo, desamparado, sin el abrigo de nadie ni nada en el mundo, fue la mano que en la depresión final, le salvó de tocar el oscuro fondo marino.

Ben le salvó físicamente, alimentó su cuerpo. La muerte de su madre condujo a Gold ante la balanza de la decisión y Greg Luganis hizo el resto, lo más difícil, acariciar, aconsejar y dar descanso a una nueva persona para aportarle confianza al afrontar los encuentros con el futuro.

EN LA OSCURIDAD

El canuto se había apagado hacía ya varios minutos. Lo lanzó Gold a las aguas ensombrecidas por el puente justo en el momento de acabar su relato. Me miró como un examinador lo hace con el alumno asombrado por la pregunta. Mi aspecto debía reflejar la imagen de un cervatillo disecado. Iba a decir algo, seguramente estúpido e inoportuno cuando salió Nica a nuestro encuentro.

– Vámonos a la playa a bañarnos, lo necesito – dijo entre traviesa y acelerada.

En el paseo hacia la playa mis pensamientos se entrecruzaban conformando un aglomerado espeso que no me dejaba caminar en línea recta. Gold y Nica reían justificando mi torpe caminar por el exceso de alcohol o los efectos del cannabis. Mi mente circulaba por una carretera atestada de tráfico, recopilaba información, se me agolpaba y otra vez volvía a convertirse en una masa deforme e indescifrable. La noche era de una calidez mediterránea aunque con una ausencia de viento extraña en la zona del puerto, tal y como sucedió hacía dos días.

– Yo no me voy a desnudar entera, me voy a dejar el piercing del ombligo – gritó Nica como si estuviéramos a gran distancia realzando la comicidad del comentario jocoso.

En un instante, nuestros cuerpos estaban equilibrados, sin ropa alguna y nos quedamos unos instantes observándonos.

— Enséñame tu espalda — me dijo Gold mientras escarbaba con los pies en la arena.

— Es bonita, entre atlética y estilizada — comentó Nica.

Pasamos varios minutos como entomólogos concienzudos analizando nuestros cuerpos. Nica y yo confirmamos que el cuerpo de Gold estaba alineado con su rostro, todo él era un molde de tipo negro con piel clara. Incluso su pene tenía un tamaño superior al habitual, que los manuales de sexología de bar nocturno atribuyen a la raza negra. Nica era flaca en exceso con unos pechos ligeramente caídos. Sus piernas eran equilibradas con unos muslos sensuales que daban poder a unas nalgas de maniquí. Las caderas eran hueudas y elevadas y el vientre plano con un ombligo que sobresalía con atrevimiento adornado por el casi inapreciable piercing. En la oscuridad de la playa podría aseverar en aquel momento de confusión que era más bella vestida que desnuda. Gold, sin embargo, era de una belleza extrema, todo en él era equilibrado, preciso, elevado a un plano de hermosura que la naturaleza raras veces nos regala. El embrujo del momento se rompió cuando él se dirigió a la carrera hacia el agua imperturbable. Nica me dio una palmada en la espalda.

— ¡Vamos! — exclamó mientras corría tras Gold.

El agua estaba fría, justo lo que necesitaba. Mientras oía los chapoteos de mis amigos me tumbé en la calmada superficie del agua mirando las difusas estrellas de la noche. Mi cuerpo estaba allí, flotando con levedad en las aguas apenas saladas de aquel peculiar mar, pero mi mente seguía obtusa, atrapada en un cepo repleto de acontecimientos que no lograba procesar. Me sumergí al encuentro de una solución al bloqueo cerebral. Creo que grité antes de sumergirme. Cerré los ojos con fuerza, de eso sí estoy seguro, y cogí aire tras respirar profundamente tres veces. Una brazada impulsada con el fuerte aleteo de los pies me ayudó a ganar profundidad. Otra brazada, otra, otra, otra y otra más. Bajaba, bajaba, bajaba, el frío ganaba intensidad, mi cuerpo, estaba abrazado por una intensa y gélida temperatura. Mis oídos notaban la presión. Apretándome la nariz soplé internamente y recuperaron la paz. Todavía no había abierto los ojos. Empecé a sentir presión en los pulmones. Seguí bajando, a un ritmo menor, con suavidad y armonía. Mi cuerpo ya era parte del entorno, de las aguas de aquel mar dormido, del cielo, de la hierba

de los prados, de las nieves de las altas montañas, estaba flotando en las alturas, sin gravedad, con un solo miedo, que aquel momento se acabase. Estaba en armonía con todo pero buscaba la amistad de mi mente. Abrí los ojos. Nunca había visto tan de cerca la oscuridad absoluta. Era mi primer encuentro con la nada.

Creo que perdí la noción del tiempo mientras mi mente volaba libre y recopilaba los acontecimientos vividos en los últimos días: Todo empezó con la esquila anunciando mi muerte que provocó el viaje a Tilflugt para intentar averiguar de dónde procedía el equívoco. Gold, la pareja de Jürgen, el amigo cómplice de confidencias de Colette, era mi acompañante; había recibido un misterioso e-mail de un desconocido con la cifra 2666 coincidente con el título del libro de Bolaño que Colette me había regalado en mi reciente cumpleaños y en el que nos sugería disfrutar de nuestra visita al último refugio; el extraño paraje del puerto y la playa con la ausencia de viento y la mar en calma total contrastaba con la húmeda y ventosa parte interior de la península; los visitantes multirraciales leyendo por el día en soledad en la zona del puerto y compartiendo charlas nocturnas en el Gold Inn; la aparición envolvente de Nica que había propiciado la desaparición y el olvido de mi pareja Colette; los sollozos desgarrados nocturnos de Gold; y como colofón, las trágicas historias entrecruzadas de Nica y Gold.

Gold, un niño temeroso que es salvado en un naufragio gracias al sacrificio de un hombre de una pieza, Ben, padrastro de Nica. Gold y Nica, sin ellos conocerlo estaban unidos por algo más que la amistad, se encontraban anudados por la carne. Gold debía la vida al legado de Ben. ¿Le habría contado Gold su historia a Nica o ella su vida a él? No lo creía. Era imposible que conociendo el poderoso azar que les había unido ninguno de los dos hubiese necesitado un respiro para meditar el alcance de su compañía. Se podría decir que estaban anudados por un acto religioso trascendente, sacramental.

“Carne de mi carne. El cuerpo de Cristo” repetía introspectivamente en las profundidades marinas.

Ben era la hostia que salvó a Eden de un final inevitable, adherido a los brazos de su madre. Las corrientes marinas le podían haber llevado al lugar en el que yo me encontraba en estos momentos, así de frágil y caprichoso es el mundo. Pero Ben le dio la oportunidad

a Eden de crecer, disfrutar, sufrir, dudar, de soñar y finalmente de transformarse en alguien nuevo, Gold. Se trataba de un testamento destinado a Nica que solo Ben supo por qué se apresuró a confiarlo a un niño desconocido. Ese testamento físico es lo que unía a ambos como un cordón umbilical invisible que en caso de presentarse ante ellos podría conllevar cualquier tipo de acto inimaginable por parte de cualquiera de los dos, y yo era el notario al que se le había encomendado la labor de salvaguardar el punto de convulso encuentro entre Gold y Nica. ¿Debería contarles sus historias? ¿Se aliviarían o consolarían mutuamente, apagaría el lamento nocturno de Gold, ayudaría a Nica a convencerla, aún más, de que Ben era un verdadero padre o acaso les alejaría para siempre presos de terror uno del otro como atacados por una anciana maldición?

Volví a sentir frío. ¿Será el frío del fin, del fin de todo? ¿Ese era el frío que tanto tememos? ¿O acaso era un falso frío que nos intentaba engañar para que luego nos quememos y dejemos de disfrutar? Estaba envuelto de claridad aunque la oscuridad estaba ahí, como una poderosa madre protectora. No tenía temor alguno, no en ese momento de diáfana confianza.

Una vez más cerré los ojos y me decidí a volver a sentir, a sentir miedo, o emociones ambiguas, o falsos equilibrios de trapecionista acobardado. No tenía fuerza alguna, era evidente. Empecé a notar la presión, primero en la zona abdominal (¿había tragado agua?), después una especie de calor plomizo en los pulmones precedido de un dolor intenso en los oídos. Subía lentamente hacia las estrellas, lo notaba porque los diferentes tipos de frío iban mutando. El frío afilado seguía al fugaz que, a su vez, anunciaba al intenso. No quería abrir los ojos; si no lograba alcanzar la superficie prefería guardar ese momento para mí, no compartirlo con un pequeño pez que se cruzara en el momento final. Me parecía grotesco. Llegó el instante del sí o del no. Tenía que respirar, necesitaba el aire o el agua para terminar. Aspiré con una necesidad brutal inquietado por el desafío. Así lo sentía, no como algo terrorífico ni catastrófico sino como una actitud desafiante del destino. Triunfó el no. El sí habría desencadenado una bocanada de ese mar entre dulce y salado que me habría devuelto al fondo marino con la desidia con que los mares tratan a los objetos extraños. El no supuso que parte de mi cuerpo llegase a tiempo a la superficie. El aire generoso penetró en mis pulmones maltratados.

Abrí los ojos, por fin, y las estrellas seguían ahí, más nítidas que hacía unos minutos. Volví a dejar mi cuerpo reposado en el agua amiga mientras tosía compulsivamente. Era poco más que un alga adormecida por la quietud de las aguas. Respiraba, vomitaba, expectoraba, y de nuevo recogía todo el aire que mis escasas fuerzas me permitían.

Gold y Nica se acercaron nadando con la voz entrecortada.

— ¿Pero qué coño has estado haciendo? Nos has asustado. Hemos estado gritando como posesos — me regañaban al unísono.

— He ido a echar un vistazo a un pecio — contesté mientras ambos maldecían y me lanzaban improperios, ignorando por la oscuridad mi lamentable estado físico.

Mientras ellos volvían a la arena decidí que la etapa de dejarme llevar en El Refugio debía llegar a su fin. Tenía que encontrar respuestas y para ello necesitaba estar más centrado.

Empecé por el principio.

— Colette, ¿qué será de Colette? — reflexioné en alto mientras observaba la luna nueva.

Llevaba más de cuarenta horas sin hablar con ella. Ni siquiera me había preocupado de comprobar si tenía llamadas perdidas tuyas en el móvil. Necesitaba volver a ella, a su referencia de claridad y reposo, dejar que sus consejos restablecieran mi cordura.

Me iba recuperando. Nadé unos minutos para desentumecerme y fui al encuentro de Gold y Nica, ya vestidos. Caminando en silencio volvimos al Gold Inn.

Mi mente empezó a verificar que estaba obligado a volver al mundo terrenal de donde quizás nunca debía haber escapado. El Gold Inn podía ser el principio de mi nuevo acceso a la puerta de la normalización. Averiguar quién era toda esa extraña procesión de gentes que se reunía en el pub todas las noches en grupos, bebiendo alrededor de las mesas y que de madrugada se retiraban en orden marcial a la bahía en búsqueda de la soledad de sus lecturas, era un buen principio para comprobar que el sitio donde se encontraba mi cuerpo y mi mente era tangible. Esa sencilla labor tenía que derribar la muralla que me impedía avanzar en la resolución de mis propias incógnitas.

HISTORIAS DEL GOLD INN

Cogí a Gold y Nica de la mano y les dirigí a una de las mesas redondas donde se agolpaban varios de los lectores diurnos.

—Vamos a enterarnos qué es lo que hacen aquí —creo que les dije a ambos, mientras con un gesto al viejo camarero le indicaba que sacase otra ronda.

Solo había una silla libre. La mesa estaba ocupada por cinco personas. Un joven de unos treinta años indio, o pakistaní, con una camisa de seda, bebiendo café y mirando con fijeza y atención a la mujer que estaba hablando, una joven negra, en apariencia americana, con trenzas afro y un gracioso piercing en el grueso labio inferior. Otra chica de rasgos orientales, más joven aún que la americana, bebía un combinado siguiendo el ritmo de la música con un leve movimiento de sus zapatillas deportivas. Vestía con apariencia despreocupada, pero era indudable que tenía clase y era de buena familia. Una mujer de unos cuarenta años, con el pelo rizado fuerte y cobrizo, estaba a su lado atendiendo la interlocución con una hermosa sonrisa. El quinto de la mesa era un hombre de unos cincuenta años con el pelo rasurado que destacaba por su envergadura y sostenía con una mano una pinta de cerveza rubia mientras con la otra acariciaba con suavidad uno de sus tirantes al compás del relato de la chica negra.

Allí estábamos, Nica, Gold y yo, como tres voyeur aficionados, a menos de medio metro de aquella mesa donde no se sabía qué es lo que pasaba o si en realidad pasaba algo. A mis amigos les entró la risa y se dieron la vuelta por pudor. Yo seguía mirando, en espera de no sabía qué señal para dar el paso definitivo o retirarme. La mujer del pelo rojizo, sin dejar de sonreír, me miró con fijeza e hizo un gesto con la palma de la mano invitándome a que tuviera paciencia y permaneciera allí. Fue lo que entendí o lo que quise entender, no lo sabía a ciencia cierta. La chica negra a la que casi no se le oía desde donde me encontraba acabó de hablar y los cuatro acompañantes aplaudieron y alguno le dio un beso. Parecía que la chica estaba emocionada y sonreía con timidez.

—¿Quieres sentarte? —me invitó el grandullón mientras la chica oriental me acercaba la silla que tenía a su lado.

—Gracias, pero no sé si debo —tuve un ataque de educación que contradecía mi indiscreción demostrada en los últimos minutos— Además, estoy con dos amigos, y no sé...

—Os hacemos sitio, no os preocupéis —dijo la mujer pelirroja mientras se levantaba para acercar dos sillas de la mesa contigua.

Nos íbamos a presentar cuando nos sorprendió que casi al unísono nos dijeran que los nombres no importaban; la única norma, era contar la historia y escuchar. Nos sentamos con curiosidad mientras sonaba Nina Simone. La chica negra se levantó en dirección al baño y respetaron su ausencia con un silencio natural, nada molesto. Cuando volvió, el gran hombre de los tirantes se remangó uno de los puños de su camisa, bebió un buen trago de la pinta de cerveza que estaba tomando y rompió la quietud del grupo.

“A lo largo de los años he tenido que soportar absurdas discusiones ajenas, entre orgullosos *progresistas* añorando viejas revoluciones populares y académicos *conservadores* escondiendo sus ansias de recibir en sus brazos a sustitutos de sus héroes con bigotillos sospechosos legados por sus educaciones victorianas. Esas charlas nocturnas enmascaradas con alcohol son, en apariencia, espontáneas. Mi capacidad de observador agazapado tras el matorral identifica el procedimiento implacable que domina estas situaciones. Todo suele empezar con un comentario jocosos de una de las personas de la reunión, generalmente el más borracho: Un chiste, una anécdota, una noticia curiosa, cualquier motivo es suficiente. El resto del protocolo se sucede sin interrupción. A ese pequeño relato le sigue otro, y otro, con diferentes acentos, con distintos tipos de viento, hasta que se encuentra el punto exacto de confrontación entre los dos bandos implacables. Se aceleran los intercambios de golpes estériles porque mover un centímetro una posición bien calibrada durante tantos años necesitaría de un periodo de tortura duradero para abjurar de la posición.

El equilibrio nunca existe, porque el grupo *conservador* suele ser más numeroso aunque menos bullicioso. Los *progresistas* se hacen ver enseguida, pero van perdiendo fuerza cuando las copas se van consumiendo, a la vez que en ocasiones pierden la compostura llevando la discusión a ámbitos personales. El *conservador* mantiene

el equilibrio, parece que está más acostumbrado a beber, incluso a solas. El *progresista* llega a pensar que el combate es desigual porque falta un canuto que relaje el formato del debate. No está jugando en su estadio. Es algo habitual en el *progresista*, siempre cree que el campo ajeno está lleno de minas. El conservador espera agazapado, hasta que llega la frase que todo lo enfanga y que lleva a la discusión habitual, donde si se pusiese una grabadora valdría para cualquier otro final de cena. La frase que anima a que toda la mesa participe en la absurda conversación siempre la entona un *conservador*, por lo general el más alejado de la luz que alumbra la mesa porque la bebida le ha hecho efecto por fin y parece buscar un retiro tranquilizador: *Si tan comunistas sois, no entiendo cómo podéis conducir un BMW, llevar a vuestros hijos a un colegio privado y vestir de marca.*

Incendio. Otro más. Déjà vu. La misma frase de siempre se ha vuelto a repetir. A partir de aquí todo deriva en punzadas personales donde nadie es capaz de calibrar sus argumentaciones en la cuestión de fondo. Todo se enturbia, la lucha de clases está servida, la clase ovina arenga a la clase bovina, la cual responde con rebuznos y picoteos al aire. Yo, mientras tanto, me suelo apurar mi cuarta copa de ron con dos hielos, como siempre, aunque dudo si la siguiente será de ron dominicano, que toman los *conservadores* cubanos, preferido por los *progresistas*.

Hace unas semanas fui invitado a una cena cuyo final de fiesta sabía cuál iba a ser porque conocía a los invitados. Buen ambiente de partida, como siempre, abundante alcohol y de calidad, para no variar, y un viaje de conversaciones revirado para, por fin a medianoche, derivar en la estúpida discusión mil veces sufrida por mis insumisos oídos. Me agazapé para esperar a oír la frase lapidaria. En esta ocasión me sorprendió que no la emitiera el tipo más borracho de la reunión, ni el animal más mimético de la selva. Fue la mujer que estaba justo enfrente de mí.

En la cena permaneció callada aunque sonreía educadamente a todo al que la miraba. Era atractiva, aunque intentaba convencerme a mí mismo que no era mi tipo. Había en ella algo que me daba respeto, como si no dispusiese de libertad para observarla con precisión. Vestida de forma casual, menos maquillada que el resto de mujeres

de la mesa, sobresalía por ese algo diferente que tienen las mujeres independientes y seguras de sí mismas. En una pausa dijo, mirándome fijamente a los ojos.

Si tan comunista eres, no entiendo cómo puedes conducir un coche de alta gama, llevar a tus hijos a un colegio privado y vestir de marca.

Se dirigía a mí. A mí, que exactamente igual que ella casi no había abierto la boca en toda la cena. Me quedé helado. Estaba muy acostumbrado a oír lanzar el ataque pero nunca me había dado por aludido. Por fin había alguien que me había descubierto y exigido que me levante para jurar ante el juez que diría la verdad y solo la verdad. Una mujer inteligente ante mí, con su mirada clavada en la mía, a la espera de acontecimientos.

La diferencia de su frase era abismal comparada con el ataque final de otras ocasiones. Era muy distinta al clásico *si tan comunista sois, no entiendo cómo podéis conducir un BMW, llevar a vuestros hijos a un colegio privado y vestir de marca.*

La mujer que estaba justo enfrente de mí no utilizó el plural como hacían los habituales encargados de abrir el periodo festivo. Tampoco lanzó su provocación al aire para que se contaminase quien quisiera. Esa atractiva y segura mujer dijo: *Si tan comunista ERES, no entiendo cómo puedes conducir un coche de gama alta, llevar a tus hijos a un colegio privado y vestir de marca.* Parpadeé de forma nerviosa mientras observaba que el silencio dominaba el espacio. Muchas miradas se centraban en mí, sobre todo las de los *progresistas*. Los *conservadores* mantenían una educada distancia, pero sabía que todos sus sentidos estaban obsesionados por calibrar mi reacción. Era mi turno, un turno que esperaba no me llegase nunca y que esa desconocida mujer que tenía enfrente había provocado su acecho.

Los *progresistas* aguardaban con fruición una respuesta inteligente por mi parte, que acallase la voz del enemigo después de tantos y tantos encuentros a campo abierto. Los *conservadores* deseaban que mi voz temblara, mis mejillas se colorearan y que mi única respuesta fuese el abatimiento y el reconocimiento de la derrota. Querían

ver izada la bandera blanca y que enterrase en el sótano para siempre la maldita bandera roja con la hoz y el martillo.

Estuve a punto de decir lo que había preparado para una ocasión así. Pensaba que nunca iba a llegar el funesto momento de tener que retozar en el lodo, pero allí estaba, como un hipopótamo semienterrado en el barro intentando dilucidar qué es lo que debía hacer.

Lo fácil era convertirme en un participante más de aquellos grupos de debate de postre y copa. Pensé en soltar la perorata que llevaba en la recámara por si llegaba este momento:

Se puede ser comunista sin ser idiota perdido. Un comunista puede defender sus ideales y apoyar un régimen determinado sin tener que ser el buen samaritano. Si un comunista observa que el sistema en el que le toca vivir no es justo no debe individualmente comportarse como un comunista que vive en un sistema de reparto igualitario. El comunista solo debe ser fiel al sistema cuando la colectividad acepta el sistema. El comunismo es una idea de convivencia en sociedad, no una mera actitud individual. Para entendernos, un comunista puede tranquilamente ser un hijo de puta y comportarse como tal en su vida privada que por eso no le van a quitar el carnet. Lo importante es que en la comunidad cumpla con las normas impuestas por las mayorías.

Y luego podría seguir la argumentación entre demagógica y maniquea, pero muy eficiente para atacar los flancos débiles del enemigo de la siguiente manera:

A los que os debería dar vergüenza alardear de tener dinero y vivir bien es a los capitalistas. La mayoría sois cristianos y os recuerdo que Jesucristo dijo que era más difícil que un rico entrase en el reino de los cielos que un camello por el ojo de una aguja. Vosotros los católicos sois los que deberíais llevar el código ético al máximo exponente antes de catalogar a los comunistas de contradictorios. Yo me imagino un infierno lleno de campos de golf, prostitutas de lujo y cocaína con vuestros líderes admirados, burócratas, banqueros y políticos, dándoos la bienvenida como buenos anfitriones. Sin embargo, percibo a muchos comunistas aburridos en un cielo en el que nunca habían creído mirando hacia abajo con envidia maldiciendo lo gilipollas que fueron cuando estuvieron vivos.

No lo hice. No argumenté ni entré en la espiral diabólica. Me dio una pereza extrema y me habría sentido estúpido, completamente absurdo. No era mi papel, ni quería que lo fuese. Me habría lanzado al lugar donde más cómodo se podía estar, pero en un momento de lucidez me negué a tomar ese atajo.

Todo lo que alcancé a susurrar fue: *No tengo carnet de conducir, no tengo hijos y visto de marca, pero marcas malas y baratas. Por eso debería ser comunista, y aunque no estoy seguro del todo, yo diría que no lo soy.*

La sagaz y atractiva mujer que tenía enfrente sonrió relajada como dándome su aprobación.

Desde esa noche salimos juntos y la semana pasada me mudé a su apartamento. Creo que la respuesta fue la acertada”.

El grandullón sudaba, pero solo por la frente. La chica a su lado le ofreció un kleenex mientras le daba una palmada en la espalda diciendo “claro que fue acertada”. El resto de la mesa aplaudimos con pudor y cómplice sinceridad porque el grandullón, una vez acabado su relato parecía más pequeño que antes de iniciarlo. Comprendimos que necesitaba el calor que solo los humanos podemos darnos a los humanos. Empecé a comprender el experimento que esas personas estaban realizando. ¿Podía ser algo parecido a las terapias de grupo de los psicólogos pero en versión libre y con alcohol de mediador? Si era eso, creí que se trataba de una gran idea. Un gran paso para la humanidad y un paso atrás para los psicólogos, pensé divertido mientras esperaba a que otro de la mesa tomara el relevo y nos contase otra historia.

—¿Habéis pensado en lo que significan las drogas si tenemos en cuenta diferentes puntos de vista que siempre se solapan? —la pregunta salida de la boca sonriente de la mujer pelirroja tenía una carga retórica, por lo que todos nos pusimos cómodos en la silla para comprobar qué es lo que nos iba a contar.

Lo que os voy a contar no es una teoría mía, lo leí hace unas semanas en una revista en la sala de espera de un nutricionista amigo mío. El artículo titulado *Drogas gordas, drogas flacas* lo firmaba una mujer con un extraño apellido monosilábico (Pril o Cril) que se presentaba

como *Nutricionista alternativa*. El artículo decía algo así —dijo mientras desdoblaba un papel sacado de un bolso multicolor.

“El uso de las drogas es digno de un ensayo sociológico exhaustivo. Hay multitud de drogas y casi todas mal utilizadas o utilizadas por quien no debe. Me explico...”

La cocaína. La cocaína es un buen ejemplo. La cocaína es una sustancia utilizada por flacos que en un primer estadio convierte a los adictos en seres todavía más flacos debido al exceso de energía descargada pero que con el tiempo les transforma en gordos porque descargan su ansiedad en los indefensos frigoríficos. La cocaína debería ser consumida por gordos que quieren ser flacos y se niegan a desgastar sus extensas reservas de grasas en los odiados gimnasios. Como veis es la clásica droga cuya venta debería ser prescrita solo a una cierta parte de la población, gordos, pero gordos-gordos, a los que el sofá les absorbe sin ningún tipo de compasión y sin embargo va destinada en su mayoría a chavales guindillas que se acaban convirtiendo en espigas y que con el paso del tiempo engordan como simulando querer ser clientes perfectos para dicha droga. La cocaína es una malvada tergiversadora.

Las anfetaminas, otro tanto. Es una droga consumida por gente sin dinero suficiente para consumir cocaína, con el mismo efecto que tomar tres cafés solos en el mismo bar donde se compra la sustancia. Eso sí, la dosis del speed sale más barata que los cafés. Sin embargo, los consumidores, frustrados por no poder consumir cuando les plazca la ansiada cocaína (por eso son flacos), se conforman con el sucedáneo de marras y les genera una sensación de frustración mayor debido a que el consumo de anfetaminas les hace recordar que son unos pringados porque no tienen la tela suficiente para gastárselo en una droga decente. Los consumidores de speed se suelen quedar flacos, es decir, es una droga para gordos, consumida por flacos que siempre serán flacos. Esta droga no es mentirosa, como la cocaína es una mentira en sí misma.

El LSD. Esta droga nació para los aficionados a ver películas de culto en sesiones nocturnas. Sin embargo, hoy lo consume cualquier trasnochado cuya mayor ambición el fin de semana es ver los *Goonies* con un trozo de pizza en la mano y poder echar un buen polvo con su pareja o con el rollo de esa noche. El LSD es un cincuentón con

peluquín que se cree todavía en plenitud y que trasmite una mezcla de patetismo y drama. Diría que el LSD es una droga para viejos, consumida por jóvenes que se sienten viejos. Con esta visión se podría catalogar como una droga casi democrática. Para apoyar esta visión también hay que decir que no hace distinción entre gordos y flacos, el LSD es adaptable a todos los pesos.

La heroína. La heroína es una droga acertada. Es una droga para soñadores flacos o gordos que aspiran a desaparecer en el espacio. La heroína, contra lo que se cree, no es una droga exclusiva para flacos, es una droga para gente que el cuerpo les estorba y solo se ocupan de lo que pasa en su interior. Eso les hace sufrir y deciden que la heroína se convierta en su única compañera de viaje. Es una droga de jóvenes, viejos, hombres, mujeres, gordos, flacos, ricos, pobres, todos con una causa común, viajar sin moverse del sitio, descansando, reposando los recuerdos y acariciando las angustias. La heroína es la droga de las drogas, la más cercana a la muerte y la más cercana a la vida plena, un juego, una locura monocromática, una metamorfosis. "Heroin", The Velvet Underground, pocas veces una droga ha inspirado de manera tan prodigiosa a un grupo para otorgarnos seis minutos de música que dibujan una vida al límite.

El alcohol, la droga social. Debería ramificarse, como se hace con las drogas. Por una parte tenemos el alcohol duro y por otra el blando. El duro se consume entre los ricos y entre los pobres, aguardientes con más o menos calidad pero de efectos similares. Unos lo utilizan para separarse como por encanto de sus necesidades e inconfesables pecados y otros para olvidarse de su mala suerte o de los actos que les han empujado a sus desdibujadas situaciones. El alcohol duro es para flacos con espíritu de flacos y vida de flacos. Es una droga que ejecuta bien su cometido. El alcohol blando es otra cosa. Es una droga de entrenamiento, que puede durar toda una vida o servir para hacerte un profesional en toda regla. Es la droga más confusa que existe, es eficiente, se ajusta a su cometido pero cambian sus reglas según se va consumiendo. Confunde y coarta, hace trampas. Yo creo que debería ser una droga en exclusividad para gordos felices o flacos aspirantes a ser gordos felices.

El cannabis. Aquí no puedo ser objetiva porque es mi droga, la que llevo utilizando desde que soy una adolescente y de la que me sien-

to cautiva aunque no aspiro a encontrar la llave de la celda. Es una sustancia para flacos, lo tengo muy claro, consumida por flacos que aspiramos a ser gordos, pero que nunca lo conseguiremos, aunque en el proceso frustrado, el cannabis nos ofrezca una parcela del cerebro que nos obligue a sonreír ante tal imposibilidad. Es una droga agradecida. Además es una droga para estúpidos que en ocasiones pueden parecer inteligentes o para inteligentes que a menudo simulan ser estúpidos.

Existen otras drogas, miles de ellas, por supuesto, sobre las que no tengo información suficiente porque no he tenido el placer o la desgracia de disfrutar o sufrir sus efectos. El crack, los estimulantes de la libido, el pegamento, las setas alucinógenas y otra multitud que se me escapan y solo los químicos que dentro de unos años salgan de la facultad y no consigan un trabajo digno serán capaces de inventar. Todas están o estarán diseñadas para gordos o flacos, ricos o pobres, jóvenes o viejos, vividores o soñadores, y ninguna o casi ninguna llegará a su destinatario correcto. Siempre existirá una mano invisible que en el último momento arrastrará la sustancia hacia el sitio equivocado produciendo desastres individuales y colectivos irreparables. Todo se solucionaría si junto a tu partida de nacimiento te colocasen un anexo en el que te asegurasen cuál va a ser la droga que debe acompañarte en tus buenos y malos momentos, o en su defecto, cuando uno se graduase en los estudios, te indicasen el itinerario de drogas perfectas según tu condición. Sin embargo, dan carpetazo y nos dejan indefensos ante el lóbrego mercado cuando más dudas tenemos y vamos probando drogas hasta que nuestro cerebro ingrato se queda confuso y elige la droga equivocada. Así hasta que este cerebro ingrato que nos acompaña, ya avejentado por los consumos, cree encontrar la droga perfecta y nos quedamos alienados y auto justificados con la única compañía de la droga mentirosa sin saber siquiera si somos gordos o flacos".

Aplausos, risas, más aplausos y más risas, mientras bebíamos y brindábamos dando por hecho que ya pertenecíamos a ese grupo de historias compartidas.

—El cannabis libanés acrecienta todas esas incongruencias —dijo Gold enseñando la pequeña bola roja entre sus espigados dedos.

Salimos todos a compartir el costo libanés saboreando el rumor del agua bajo el puente y compartiendo el aire fresco precursor de la madrugada. Charlamos con la misma confianza que tienen las familias que se respetan. Las risas entrecortadas se mezclaban con los suspiros de tranquilidad. Todo estaba en su sitio, en sintonía con la siguiente frase que cualquiera de nosotros iba a deslizar en el grupo. Todas las palabras iban a ser bien recibidas, tanto por los cinco desconocidos como por los tres agregados. No éramos ocho personas, en ese momento formábamos una masa con moléculas conectadas entre sí de tal manera que observado desde el interior era imposible distinguir entre sexos, razas, formas de vestir o tonos de voz. Esta visión no era consecuencia del cannabis (yo no lo probé), se trataba de una paz que solo podía existir en los recuerdos agradables de la niñez y que en ese momento era tangible, estaba ahí, enfrente de mí para ser disfrutada. Cógeme, acaríciame, acércate, eran los susurros que me envolvían y que por primera vez en mucho tiempo me habían aproximado a una porción de forma de vida que no sabía que pudiera alcanzarse. Ese grupo de desconocidos sin nombre, enlazados a Gold y Nica, me aportaba algo que en mi trámite diario era difícil de encontrar. No se trataba de espiritualidad, tampoco de paz interior. Lo sabía porque en mi época de aficionado al yoga lo intenté por otros medios. Lo que había encontrado era esa parte de mí que sin apenas esfuerzo se despegaba de todo lo material y atendía con confianza a lo verdaderamente trascendental, la quietud. Eso es lo que había encontrado, no cabía duda, la quietud. Se trataba de una quietud distinta a otras sensaciones parecidas que había saboreado a lo largo de los años, esa quietud no tenía remordimientos, ese era el hecho diferencial que me hacía sentir no solo próximo a la felicidad, sino empapado en ella. Una quietud que no salpicaba al que estaba al lado, una quietud que era compartida sin dar explicaciones, una quietud completa, sin careta, sin excusas, conforme consigo misma. Acababa de encontrar un refugio, quizás el último antes de echar una ojeada a lo que podía haber tras la puerta definitiva. Empecé a comprender qué significaba mi presunta muerte, era el acercamiento a este estado de quietud. Entonces sonreí abiertamente. Creo que no lo había hecho desde que llegué a este lugar. Y hablé, hablé por los codos con Nica y la chica joven asiática que estaba a mi lado. Bromeé con todos aquellos salvadores sin nombre

que me acababan de llevar de la mano al inicio del camino de la quietud. Volvimos a entrar al Gold Inn y nos sentamos en la mesa para continuar con no se sabía qué otras historias. Ya quedaba poca gente en el pub, un par de parejas, un grupo de amigas y otro grupo multirracial, parecido al nuestro, que estaba concentrado alrededor de otra mesa, riendo y aplaudiendo de vez en cuando. Parecía por sus gestos que jugaban a alguna especie de acertijos. La mujer del pelo rojizo se fijó en mi atención al otro grupo y con su continua sonrisa me dijo:

—Mañana —y se retiró el pelo de los ojos volviendo a atender al grupo de nuestra mesa.

Pedimos otra ronda y el indio, guiñando un ojo a la chica asiática, retó a la joven.

—¿Quién se atreve?

La chica se soltó la coleta con el mentón pegado a su cuello, como queriendo esconder su protagonismo inminente. Pude apreciar que en la parte posterior de su cuello tenía un pequeño tatuaje con forma de escarabajo rodeado de algunas letras japonesas o chinas.

—No me atrevo, pero soy la única que falta y no me queda otra —dijo levantando la cabeza de manera divertida y llenando sus pulmones de aire con la convicción de otorgar fuerza a su relato.

La música estaba ausente, o al menos esa fue mi percepción, cuando la joven atractiva asiática comenzó a contarnos esta historia.

“Seguro que alguno de vosotros ha oído hablar de la mística que contiene la canción “American Pie”. Parece ser que tras la aparente intrascendencia de la letra se puede intuir una auténtica misa funeral por la muerte de la música. Recordaréis parte del estribillo que dice “the day the music died”. Esa pregunta me la he hecho muchas veces en los últimos tiempos. Me paso muchos domingos rebuscando en las radios y entre mis discos y resulta que siempre vuelvo a los mismos grupos, a los temas que conozco y a canciones que de tanto oír las forman parte de mi obligada familia. ¿Estoy desfasada, soy una momia musical? Seguro que la respuesta tiene que ser afirmativa pero no es una excusa para descartar que la música lleve podrida, en descomposición, mucho tiempo. Llevaba pensando varios

años que la música andaría vagando con el tipo de la guadaña como en alguna película de Woody Allen, cuando un amigo me contó un episodio demoledor, bárbaro, obsceno y casi delictivo, pero a la vez esperanzador y profético, impulsor de un soplo de aire fresco que me devolvió la esperanza de que no todo está perdido en el mundo de la música.

Hace dos años, en febrero, en un festival de rock al aire libre en Melbourne tocaban varios grupos. Mi amigo iba a ver al cabeza de cartel pero decidió dar una oportunidad al grupo telonero que iba a tocar apenas una hora y decidió verlo entero para coger un buen sitio que le permitiera poder ver en primeras filas al grupo principal. Atendía al nombre de *The Wrong Decision*. El grupo le era totalmente desconocido, lo cual le causó curiosidad. Mi amigo es un tipo que controla mucho de nuevos grupos, sobre todo en el ámbito del rock y le extrañó que un grupo nada conocido fuese telonero en un festival de bastante prestigio. Esperaba que no fuese una *wrong decision* estar una hora viendo al grupo sorpresa de la noche.

The Wrong Decision tomaron el escenario con puntualidad, como suele ser norma en los festivales de verano. Hacían un rock progresivo donde cada tema podría haberse convertido en dos o tres canciones individuales. Tenían calidad, era indudable. Eran un grupo clásico, con bajo, batería y guitarra, que a su vez era la voz principal. El bajo y el batería hacían los coros. Su imagen era singular. El tipo de la batería, completamente calvo, lucía unos tirantes purpurina. El bajo, tatuado con motivos florales flotaba en el escenario con un ritmo ameno y pegadizo. El guitarra y voz parecía sacado de otro grupo. En un primer momento a mi amigo le pareció una mujer, una misteriosa reencarnación de Janis Joplin con el vestuario hippie intercambiado por una moda más actualizada. Pero el espíritu Joplin lo llevaba impreso. Se vio desde el tema inicial. Ese cantante y guitarra llevaba dentro el gen de los elegidos. No necesitaba público, solo requería los riffs afinados de guitarra, para permitir que la sangre brotase como un torrente hacia su garganta, hacia sus brazos, hacia sus caderas, hacia sus poros. El tipo era pura música. Mi amigo me dijo: *Tía, me metí, me metí hasta las trancas en ese mini concierto como no me había pasado en mucho tiempo. Pero desde el principio, como si fuera un flechazo absoluto. Y yo iba limpio, ¿eh?, solo un par de cervezas y nada de química.* Mi amigo se dejó llevar por la *decisión equivocada*.

No se fijó si el resto de público tenía esa misma actitud, aunque intuyó que algo especial estaba ocurriendo porque no se respiraba tanto humo de cigarrillos y canutos como en otros conciertos y no se escuchaban conversaciones de espectadores distraídos.

La hora se pasó volando y el cantante por fin habló por primera vez. —Somos *The Wrong Decision*— dijo— y vamos a acabar con el tema "*Born to music*" que se la dedico a mi hija, que está a punto de nacer. El tema comenzó recordando al pop psicodélico de The Doors, aunque sin la vital ayuda de los teclados y derivó en un rock americano sureño según avanzaba. El cantante iba elevando su voz, aliviado por los coros de sus compañeros, y empezó a repetir la plegaria hasta que entró en un estado de éxtasis que inundó de energía el escenario y de emoción al público. La plegaria se repetía "*Nothing is over because my baby is born to music*". Una y otra vez, una y otra vez.

La canción se prolongaba y el lema seguía avanzando con diferentes matices musicales y con la voz más rota. "*Nothing is over because my baby is born to music*". Había cierto revuelo porque parecía que no estaba en la agenda que *The Wrong Decision* se alargase tanto. Dos agentes de seguridad subieron al escenario a hablar con el manager del grupo, que a su vez parecía dirigirse al batería. El batería y bajo se encogían de hombros dirigiendo sus miradas al obnubilado cantante, que cada vez parecía más convencido de que su mensaje debía ser repetido una y otra vez. La gente del festival se agolpó en torno al escenario. Nadie daba palmas, pero cuando la seguridad anunció por megafonía que *The Wrong Decision* debía terminar se produjo una repentina metamorfosis y todo el mundo empezó a corear al unísono "*Nothing is over because my baby is born to music*". Los músicos dejaron de tocar y el público cantando a capela fue el que continuó con el lema. Diez, quince interminables minutos, emocionantes, extraños, un pasaje iniciático, de otro tiempo o de un tiempo futuro, nadie lo sabía ni quería saberlo. Se produjo lo que pocas veces pasa en los grupos unidos de forma espontánea, una completa comunión de esperanzas utópicas. El cantante de *The Wrong Decision* estaba sentado en el suelo cantando en voz baja con los ojos semi — abiertos, mirando hacia el público. Parecía estar esperando y, como más tarde se sabría, era lo que estaba haciendo.

El desenlace de todo aquello fue un sobresalto, una inesperada revolución para algunos de los que estaban allí, entre ellos mi amigo. Se sabía que algo iba a suceder, pero nunca habrían imaginado que toda la verdad estaba inscrita en el lema que una y otra vez, estaban repitiendo al unísono: *"Nothing is over because my baby is born to music"*. El cantante de *The Wrong Decision* se levantó con lentitud y un esbozo de sonrisa, haciendo un gesto con la mano animando a que todos siguieran entonando el lema. *"Nothing is over because my baby is born to music"*. Así lo hicieron. Tres, cinco, siete minutos más, quién sabe. Desde detrás del escenario volvieron a retomar las notas iniciales de la canción con la guitarra. Salió el batería y el bajo, la ovación fue atronadora. La canción se aceleró llegando hasta el estribillo y salió el cantante entonando de nuevo el lema *"Nothing is over because my baby is born to music"*. Llevaba algo en sus brazos elevados, parecía un muñeco. Lo mostraba al público repitiendo el lema. *"Nothing is over because my baby is born to music"*, una y otra vez, una y otra vez. Mi amigo, que estaba en las primeras filas lo vio claramente. Era un bebé neonato, con su cordón umbilical todavía sin cortar. La seguridad no tardó en intervenir y se llevó al cantante en volandas. Pocos pudieron corroborar que no era un muñeco, sino que se trataba de un auténtico bebé. Mi amigo fue uno de ellos.

Este episodio quedó olvidado como una más de las leyendas urbanas entre los aficionados a los festivales de rock, pero a mi amigo le sirvió para volver a creer en la posibilidad de que aunque la música esté por ahí acompañando al tipo de la guadaña, al menos de vez en cuando se escapa como una adolescente por la ventana que da al árbol del jardín para correr alguna divertida aventura.

En cuanto a *The Wrong Decision* parece ser que quedó como un grupo de culto que terminó su carrera en aquel momento debido a que el cantante fue encarcelado por posesión de drogas. Mi amigo me contó que en realidad le metieron en prisión por haber persuadido a su pareja, menor de edad, a parir en el backstage en unas condiciones de seguridad e higiene pésimas. El bebé nacido para la música fue dado en custodia a las autoridades australianas. No me digáis que no es una gran paradoja que el niño profeta, salvador de la música (*"Born to music"*), esté en manos gubernamentales.

La música seguía ausente en el local pero muy presente en nuestras reflexiones. La chica negra hizo un chasquido con los dedos para rescatarnos de nuestros remotos escondrijos.

El grandullon se levantó y sin llegar a romper el embrujo comentó que ese relato se merecía otra ronda y agregó de manera acertada:

—Y voy a decirle a la chica de la barra que ponga algún tema que esté a punto de nacer.

En un instante, The Velvet Underground fecundaba el local con el inconfundible sonido de vinilo bien editado. Mientras, Nica hablaba distendida con el indio y la pelirroja y yo escuchaba la conversación amena y relajada del grandullón con tirantes, con la chica negra y la asiática. Todo parecía estar en su sitio. Gold no. Gold estaba escondido tras una muesca de tristeza profunda esperando agazapado su momento para intentar revertir la situación. Creo que Nica se dio cuenta pero trató de que la escena se recondujese sola. Empezó a sonar *"Pale Blue Eyes"*, ese parecía ser el momento elegido por Gold para traspasar la línea decisiva y ocupar un escaño en el congreso de los sin nombre.

Mientras Lou Reed nos recordaba *"Sometimes I feel so happy, sometimes I feel so sad..."* Gold dijo al grupo en una voz casi inaudible algo como *"necesito contar una historia"* o quizás pudo haber dicho *"necesito que escuchéis una historia"*. La diferencia parecía invisible pero en aquel momento me incomodó no haber sido capaz de procesar la exacta necesidad de Gold. Sabía que su situación era límite. Me estremecí recordando los sollozos nocturnos, desgarrados ahora acompasados por la bella y triste canción que estaba sonando. El momento era especial, era un tiempo de sufrimiento compartido que no sabía si Gold iba a ser capaz de digerir.

La canción nos sedaba y Gold parecía no ver más allá del vaso al que dirigía la mirada.

—Cuenta amigo, estamos ansiosos por escuchar la historia —comentó el indio con un tono cadencioso a la vez que posaba su mano derecha en el antebrazo de mi amigo.

—En realidad no es un relato, simplemente me gustaría compartir con vosotros una serie de ideas propias acerca de temas tan vacuos

como la niñez, el sexo y la muerte —Gold nos regaló una sonrisa irónica que agradecemos con miradas de serena espera.

—Con un par, tío, hálbanos de naderías —incidió la mujer de pelo cobrizo en el mismo tono jocosos, mientras el resto del grupo estallamos en sonoras, pero forzadas, risotadas.

“Pale Blue Eyes” estaba agonizando y Gold esperó en silencio a que finalmente nos abandonara.

“¿No pensáis que todo lo complicado de este mundo se puede resolver a partir de una sencilla extensión de los tres vértices que sostienen el Universo: La niñez, el sexo y la muerte?”

Gold hizo una pausa sin dejar de tener su mirada clavada en la mesa. Se le oyó respirar profundamente antes de descargar su teoría.

“La niñez es un estado que hace recordar todo cuanto vivimos en un párrafo ya leído, es como una cicatriz que permanece unida al recuerdo de lo que la produjo. La niñez es un acto estúpido que nos graba la voz y luego nos es imposible discernir de dónde proceden esos ecos que juraríamos son ajenos y nos sorprenden por la espalda como un guiñol burlesco. Esa atrevida niñez nos propone duelos internos que permanecen atrapados en un tarro de cristal cerrado al vacío que tememos destapar y que por cobardía, pasividad y pura supervivencia, esperamos toda la vida a que explote en cualquier momento, sabiendo que la detonación nos va a sorprender desprevenidos, alelados, mirando hacia adelante o con suerte hacia los lados y reprochando al azar que el golpe brutal en la nuca lo tenían bien merecido los otros, nunca nosotros, porque los otros son parte de una abstracción sin cara, sin personalidad, sin nombre, que hemos ido creando como colchón salvador a lo largo de muchos años. No somos ajenos a que la niñez nos está esperando a la vuelta de la esquina, a punto de ponernos una zancadilla, no solo para que nos caigamos, sino para una vez en el suelo reírse de nuestra torpeza y a ser posible encadenarnos al asfalto para que no nos volvamos a erguir jamás. Esa niñez que jamás nos reprochará nada porque sabe que es nuestra dueña y señora, (los amos no recriminan a los esclavos, simplemente los ejecutan si no cumplen su cometido), es

nuestra penumbra que domina el pasado, el presente y oposita para controlar el futuro.

El sexo es la sagrada escritura de la mente, una ventana pintada con colores estridentes que impide apreciar si existe armonía en la decoración interior. El sexo nos lleva de la mano a todas partes, nos acompaña aunque queramos estar solos, es el típico pesado que se sienta al lado de nosotros cuando estamos leyendo en el tren y nos interrumpe continuamente comentando las noticias del diario deportivo que sostiene en sus manos. El sexo nos mantiene despiertos, es la cafeína, la nicotina y la cocaína gratuita y legal que nos ha sido asignada para tener los ojos bien abiertos en la batalla por coger una buena posición de salida. El sexo ha desestabilizado países siendo el germen que hizo estallar múltiples guerras. El sexo es la llave que da paso, sin necesidad de saber el número de la combinación secreta, a la nueva vida y a la nueva muerte. El sexo es de aspecto débil cuando lo tienes cara a cara arrinconado, porque está manoseado, sobado, aniquilado de tanto ser utilizado para todas las excusas posibles, para todos los fracasos imaginables y todas las noches soñadas. El sexo es el intestino delgado del sistema digestivo, la tela de una araña con formas imposibles y a la vez es el mecanismo más simple de activar que se conozca.

La muerte es la base del tridente que todo lo sostiene. Es el soporte del soporte. Debajo, en el subsuelo, incluso más profundo que los intrigantes infiernos, por ahí debe estar paseando la muerte. Cuando giramos hacia una idea que nos puede arañar la razón, ahí está la muerte, altiva, gitana ella, entonando melodías armoniosas que nos calman, porque sabemos que no hay otra opción que parar y esperar a que se aparte con galantería y nos deje avanzar. La muerte tiene la suerte de verlo todo desde ahí abajo, tan abajo que nuestras sombras y todo lo que ellas conllevan le dan pistas sobre cómo debe actuar. Nosotros conocemos su protocolo a seguir pero nunca controlamos los momentos, por eso intentamos convencer a nuestras sombras para que aligeren su carga y pasen desapercibidas ante su guardián. La muerte tiene un estilo clásico, elegante, ligeramente afeminado, que nos seduce y a la vez nos aleja porque sabemos que nunca alcanzaremos su *glamour* y que no somos dignos de comparir con ella mesa y mantel.

La muerte es la incógnita de la ecuación que comparte con la niñez y el sexo. Esta ecuación será la que se estudie en los colegios avanzados en el próximo milenio para mentes superdotadas. Un día se analizará, se entenderá y una muchacha de Nueva Delhi o de Helsinki (será del sexo femenino, eso es seguro) dará con el significado de la ecuación, se expandirá a través de las redes sociales, se estudiará en todo el mundo como una nueva teoría, pero cuando llegue la hora de la verdad, la de actuar, la de corregir errores, la de cambiar el modelo intelectual, la de cambiar los procesos que nos mueven en la vida, se organizarán grupos reaccionarios que promulgarán que vivir como hasta ahora, con los mismos valores y miedos, era lo correcto y que la felicidad residía en mantener las incertidumbres y nos dirán, o dirán a los que vivan en ese futuro incierto, que saber los porqués nos inunda de una sabiduría que nos hace previsibles, aburridos, improductivos y enemigos de las ancestrales leyes naturales. Y ese movimiento crecerá y crecerá enfrentado al núcleo de creyentes en la nueva verdad, en la verdad definitiva. Con toda posibilidad esa será la gran guerra del milenio, que no será armamentística, o sí, quién sabe, pero destruirá los hilos que unen familias, amigos, pueblos, ideas, conocimientos, culturas, lo convertirá todo en un sucio barro que nada ni nadie podrá impedir que todo lo trague.

El Apocalipsis, eso es lo que llegará cuando la mágica y cruel fórmula de niñez, sexo y muerte sea desvelada.

Pensar, pensar en todo cuanto hacemos. Todo está enmarañado, atrapado en ese laberinto dorado. No me refiero solo a las decisiones más importantes que tomamos en la vida, que por supuesto también obedecen a la esta Santísima Trinidad, sino a las cosas más triviales y cotidianas que realizamos. Ahí radica el misterio y la importancia de la gran fórmula.

Siete de la mañana, suena el despertador. La hora de levantarse. Primera reacción: apagarlo y acurrucarnos aún más negando el día que queda por delante. Freud diría que nos convertimos en feto, yo también lo creo. Niñez. Si eres un tío, casi seguro que estás empalmado y si eres una tía todavía te puede estar repiqueteando el tenue recuerdo de algún sueño erótico. Sexo. Cinco minutos de zozobra y nuestro cerebro enciende un extraño interruptor que nos impulsa

hacia las obligaciones, es un botón que nos aleja del abotargamiento, de la dejadez, de la horizontalidad, de la oscuridad, de la respiración cadenciosa, nos aleja, sin dejar huella ninguna de una muerte equivocada.

Una de la tarde, almorzamos. Nuestra elección va encaminada según el sendero que nuestros padres (en general nuestras madres) nos han bordado a fuego desde que casi no teníamos un razonamiento avanzado. No quiero tomate porque me lo obligaban a comer a todas horas gracias a sus prodigiosas vitaminas que iban a acabar con ese eterno catarro mal curado. Me apetece un buen filete porque donde la tía Dorothy veía comer a mis primos unos escalopes que me hacían salivar como nunca lo había hecho. No quiero postre porque aún retumba en mi recuerdo que mi madre siempre me repetía que estaba muy rollizo y que con ese cuerpo nunca aprobaría gimnasia. Veo la carta y contemplo las viejas y nostálgicas fotografías de mi niñez. Huelo los platos de los comensales que me acompañan y gravito muchos años atrás donde los pantalones cortos eran una compañía obligada. Cuando atrapo un escurridizo tallarín es como si el tiempo pasado estuviera entre mis garras para acabar con él y respirar con mis propios pulmones, sin encargos, sin huellas, sin temores de haberme equivocado.

En la mesa de al lado hay dos mujeres, ninguna de ellas atractiva. No se las ve de cuerpo entero, tan solo el escote, la cara, el pelo y las manos ocupadas con el manejo de los cubiertos. Nada llamativo. Al instante ojeo el resto de las mesas observando que son pocas las mujeres del local. Sexo. Es lo que ha desprendido esa búsqueda sin recompensa, un acto reflejo, nada importante, casi trivial y mecánico. Una de las mujeres de al lado, a la que sigo vigilando no sé muy bien por qué razón realiza el mismo acto que yo. Deja los cubiertos alineados en el mantel sin haber terminado el plato, tal y como no mandan los protocolos de un comensal bien educado, y otea el horizonte comprobando que casi todo el local está lleno de hombres. Su mirada queda fijada en un espejo que refleja el bello perfil de uno de mis acompañantes. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis segundos fugaces para ella e interminables para mí, son el paréntesis sexual que necesitaba la comensal para recargar las pilas y seguir comien-

do el pescado de piscifactoría seco que está deglutiendo con ligeros síntomas de agotamiento.

Y seguimos comiendo, hasta sin hambre, porque nos han educado para comer, a todas horas, en todos los lugares, con todas las personas imaginables y todo lo que sea posible digerir. Nos han adiestrado para deglutir, porque estamos en el mundo civilizado y eso es lo que nos diferencia de los países subdesarrollados, nosotros tenemos ese privilegio y no vamos a desaprovecharlo. Comer por encima de nuestras posibilidades es nuestro gran objetivo, aunque lo adornemos de *bajas calorías, cero, sin grasas saturadas*, o no saturadas, que realmente no tengo ni idea de lo que son, *bajo en colesterol* y títulos nobiliarios del estilo. En realidad comemos obsesivamente porque lo que queremos es sobrevivir, tenemos un miedo tan atroz a la muerte que nos auto-medicamos pensando que el exceso de medicación nos salvará del fracaso total y nos haremos inmortales. Cada cucharada, cada bocado, es una quimera que nos impulsa hacia la vida eterna cuando a la mayoría nos empuja al precipicio. Lo sabemos pero es difícil eliminar de un plumazo esa dura costra que nos ha educado para la supervivencia animal durante miles y miles de años.

Siete de la tarde, nos vamos al cine. Un cine es uno de esos locales sombríos donde pasan películas en grandes pantallas blancas, y cuando digo grandes no me refiero a veinte pulgadas, sino a mucho más grandes. Hago esta acotación porque a muchos se nos está olvidando lo que es un cine, entre ellos a mí, que desde que tuve a mi segundo perro, que es tan esclavo como parir criaturas, en dos años solo he ido a ver una de dibujos animados que no logro recordar cómo se titulaba porque la eligieron mis sobrinos por un videojuego al que están enganchados. A lo que iba, siete de la tarde, entramos en la sala y esperamos que nos acompañe una luz de linterna guiándonos hasta la fila que tiene alguna butaca libre. No hay nada de eso. Se ve con perfección y el local está medio vacío, pudiendo estirar las piernas hasta el infinito e incluso dejar un vaso de *tamaño sidra* colocado en un agujero en el apoyabrazos de la butaca. Con inmediatez pensamos, decepcionados, en nuestra niñez. Todo ha cambiado, el cine solo preserva de lo que recordábamos que era un cine, el nombre. Es un envoltorio diferente. Sabíamos por lo que

vemos a diario en la televisión que el contenido (la película) es otra cosa, hemos pasado del cocido de lentejas a la pizza cuatro quesos en un par de décadas, pero siempre nos quedaba la impresión de que el maquillaje seguía siendo similar. Todo se desmorona y somos conscientes de ello porque el cine de la niñez es solo una rémora de nuestro pez favorito. Y comparamos, y añoramos, y cerramos los ojos para recrearnos en nuestra pasada ilusión y hasta a veces lloramos por lo bueno que creemos que fue aquello y por lo que hemos perdido por el camino.

Empieza la película y nuestros pensamientos son salpicados por sexo explícito, implícito, bello, adornado, escondido, arrinconado, varonil, feminizado, caliente, áspero, sutil, edulcorado, natural, perverso, simple, verdadero. Y todo el sexo que se nos muestra con sus múltiples caras o caretas no es nada comparado con el que circula por nuestros circuitos cerebrales en cada fotograma. El visionado de una película facilita que nuestro estado mental sea más pasivo de lo habitual y provoca que los pensamientos más primitivos y voraces ocupen más espacio. Nuestra mente es una poderosa vagina o una gran polla que solo desaparece en parte cuando leemos *The End* en la pantalla.

Es también en ese momento cuando sentimos la muerte rozándonos, silbándonos una melodía al oído que cuando la película ha sido de nuestro agrado suele coincidir con la banda sonora de la misma. Por eso reverenciamos y necesitamos finales bellos, dulces, que nos quiten el amargor de la fábula acabada y salgamos de ese sitio renegrido, privado, donde venden felicidad, hacia la calle donde volvemos a ser lo que éramos hacía apenas dos horas. Ese gran sopapo es difícil de digerir y solicitamos a los guionistas que nos amainen la tormenta con finales felices. El fin de una película que nos ha envuelto mata el mundo irreal que ha creado y la mentira de un final optimista apacigua las lágrimas del sepelio.

Por la noche, a cualquier hora, tomando copas. En esas condiciones, el gran triángulo de diferentes lados y ángulos oscuros es cuando más visible aparece. En las quebradizas noches de copas, la niñez, el sexo y la muerte son uno y por momentos se equilibran de tal manera que entre ellos se diluyen y se asfixian entre sí. Los borrachos

y los niños inspiran verdad y la noche es una pócima que convierte al bebedor en un ser cercano al feto, con la impaciencia de un bebé y con la espontaneidad de un escolar. Cuando la noche avanza y compartimos licores y copas con los amigos, damos un paso atrás en el tiempo para borrar los amargos presentes y adentrarnos en un futuro fugaz que tiene su pilar en el pasado felizmente vivido. Repetimos pautas y trucos ya entrenados en otros tiempos, copiamos los exámenes que aprobábamos con nota y recordamos el sabor de las golosinas que nos hicieron disfrutar cuando la ingravidez de la falta de obligaciones nos cobijaba. Este viaje etílico iniciático lo realizamos porque buscamos el sexo con fiereza, como si el tiempo se nos fuese a terminar de un plumazo y un poderoso mago nos hubiese concedido un solo deseo que cumplir con el plazo castigador del amanecer. Buscamos con ansiedad nuestra mejor opción, otro ser, otra persona que comparta la misma desesperación por ser poseída, desarmada y devorada por la mutua atracción. Las horas nos han sido regaladas cada noche de copas y la muerte de la felicidad está al lado de la esquina. Hay que respirar rápido porque el aire no llega para todos, es una guerra por conquistar pedazos de noche que van quedando olvidadas en cada pub que va cerrando. No importa cuántas personas conoces, no importa cuántas bobadas se han dicho, no importa qué manos se hayan estrechado, solo importa que la noche no termine con una muerte sin premio. La niñez es el modelo que reproducimos todas las noches que salimos de fiesta, la muerte es la excusa que nos impulsa a luchar de cualquier forma en la selva nocturna con singulares estrategias para conseguir el gran premio, el placer del disfrute de un sexo pleno, que muy a nuestro pesar raramente encontramos.

Niñez, sexo, muerte, niñez, sexo, muerte, niñez, sexo, muerte, si lo repetís cien veces seguidas acabaréis oyendo vuestro nombre en lugar de esas tres poderosas palabras. Creedme”.

Esa noche no se contaron más relatos, ni más historias, ni se reflexionó en alto una vez más. Era suficiente. Nos despedimos con abrazos sinceros prometiendo volver al día siguiente. Para mí aquella noche había sido un bote salvavidas que había aparecido de la nada en la más terrible de las tormentas. Era obvio que Nica había disfrutado, estaba más habladora que nunca y compartir experiencias le había

abierto un nuevo horizonte. Gold, sin embargo, nos preocupaba. Su rictus, según caminábamos hacia el hostel, seguía ausente, reflejaba su aguda melancolía en los húmedos adoquines de las callejuelas que doblábamos mecánicamente. Se le veía agotado, y era evidente que la causa no era la falta de sueño. Estaba cansado, como un viejo enfermo que no cree deberle nada a la vida para aferrarse a ella.

Era evidente que la reflexión de Gold acerca de la importancia de la niñez, de la muerte y del sexo en nuestros laberintos vitales, en él se multiplicaba exponencialmente y conformaba un triunvirato que le maltrataba de continuo. Su niñez fue dividida en dos mitades por la crueldad de la muerte de su valiente madre. El tránsito de la vida de un niño del cobijo de su todo, su madre, hacia un sucedáneo como fue vivir con familiares, y todo ello envenenado con el compañero indeseable del suceso del canibalismo, debía ser demasiado duro de digerir para cualquier persona. Además Gold tuvo que añadir a esa ensalada pasada y de mal aspecto un reconocimiento de una opción sexual diferente. Sexo, muerte y niñez era la Santísima Trinidad de Gold que llevaba tatuada en todos sus poros y era lógico que su estado anímico y psicológico tuviera esos vaivenes.

Yo intentaba justificar el estado vacío de Gold con el fin de desdramatizar la situación. Nica me miraba sin saber cómo actuar. Al llegar a la recepción me preguntó qué podíamos hacer y yo, una vez más, tomé la decisión errónea.

— Ya se le pasará, seguro que mañana está mejor — le susurré al oído simulando que le daba un beso en la mejilla para que Gold no sospechara que hablábamos de él.

LA AUSENCIA

La noche culminó con un sueño provocador. Cuando la paz de la anestesia cerebral parecía haberme poseído, el sueño comenzó a ser parte de la realidad. A la mañana siguiente su fuerza seguía vigente y lo recordaba como si me hubiese golpeado con dureza. Me desperté de súbito, sin la sensación de agotamiento habitual. Abrí los ojos deseando ver la luz pero todo seguía en una profunda oscuridad. La única claridad que mi mente percibía era el nítido recuerdo del sueño de madrugada.

En el sueño me encontraba acurrucado en el baño de la habitación del hostel esperando que por las tuberías se filtrase el llanto desolador de Gold. La espera se hacía infinita y mi calma empezaba a caducar. Con el paso de los minutos me dormía en las frías baldosas y soñaba que me encontraba en ese mismo lugar. Se trataba de un sueño dentro de otro sueño. En este segundo letargo empezaba a percibir ruidos a través de las cañerías, pero no se trataba de ningún llanto, era una sinfonía poliédrica de sonidos que me generaban curiosidad porque según iban avanzando y subiendo su volumen acababan turbándome. Lo primero que oí con claridad fue el graznido de un ave, un cuervo o pájaro similar, tres veces, seguido del ruido de un motor que bien podría ser el de una pequeña embarcación. La sucesión de sonidos se empezó a disparar, un trueno prolongado, una máquina empaquetadora de hierba, unos disparos de escopeta de caza, el chasquido de la rotura de una rama, viento golpeando el toldo de un jardín, el silbido amenazante de una serpiente, las calderas de una fábrica siderúrgica, el invisible aleteo de un colibrí.

Era una sucesión interminable de sonidos que escuchaba con atención y que casi sin quererlo adivinaba su procedencia con una facilidad pasmosa. Se podría decir que lo visualizaba. Seguía oyendo ruidos intentando comprender su secuencia, pero me torturaba no poder descifrarla. Desperté de súbito del segundo sueño y seguía en el baño recordando con claridad los sonidos oníricos. Entonces me di cuenta de su significado. Ninguno de los sonidos soñados era emitido por un ser humano. ¿Qué es lo que quería decir todo aquello? ¿Acaso me estaba deshumanizando? En ese momento es cuando los sonidos amenazantes me sorprendieron indefenso. Pri-

mero, gritos de miedo pidiendo clemencia, luego respiraciones y ronquidos propios de un individuo aquejado de apnea del sueño, seguidos de suspiros de alivio y de jadeos propios de un coito primitivo. Estos sonidos eran humanos, era evidente, pero lejos de calmarme y humanizarme me hacían recordar al animal que llevaba dentro. Los ruidos emitidos aumentaban su volumen y se hacían más vertiginosos. Habían comenzado a deslizarse por una cuesta abajo interminable y la velocidad que alcanzaban era imparable. Los sonidos se entremezclaban de tal forma y a tal ritmo que era imposible discernir uno de otro. Mi cabeza estaba a punto de estallar y mi cuerpo se comenzaba a electrizar de tal manera que, como activado por un mando a distancia salvador, comenzó a correr hacia la calle en búsqueda del único sonido que podía volverme a convertir en humano, el silencio. Ese deseado silencio era el único sonido que me podía salvar de semejante tortura. Pisé la calle y al notar el frío del agua que barnizaba los adoquines en la planta de los pies, los amenazadores ruidos desaparecieron. Me observé en el espejo del suelo mojado y pude intuir el reflejo de un cuerpo desnudo. Era, sin duda, el cuerpo de un ser humano, el mío. Me sentí aliviado. Comencé a caminar sin rumbo por Tilflugt. En una callejuela vi a varias niñas con el rictus serio y en silencio total indicándome con el dedo índice el camino que debía seguir. Ninguna sonrió al verme desnudo. En otras calles, en una acera había niños indicándome un sentido y en la de enfrente algunos adultos me señalaban el contrario. Me dejé guiar por la inocencia infantil y tras varios giros llegué al borde de la playa donde me esperaban una niña y un niño con una sonrisa indulgente. Me cogieron cada uno de una mano acompañándome hasta el mar. Seguía sin oír ningún sonido, ni siquiera el del suave jugueteo del agua con la arena. Sonreí y me introduje en el mar mientras devolvía una sonrisa de agradecimiento a los niños que me seguían observando con los ojos entrecerrados por la complicidad. Nadé con suavidad, notando como el agua me acariciaba en cada brazada. Cuando comencé a cansarme comprobé que no percibía la línea separadora entre la arena y el mar. Era el momento. Me sumergí varios metros y esperé en la absoluta oscuridad. No sabía qué podía encontrar, pero estaba seguro de qué es lo que debía hacer, esperar. Pasaron los minutos y no percibía cambio alguno. No necesitaba respirar, parecía en-

contrarme en otra dimensión. ¿Era humano, estaba muerto? Daba igual, lo importante era que el silencio parecía real. En ese momento de dudas e interrogantes fue cuando volví a escuchar un sonido, conocido y doloroso, el llanto desgarrado de Gold.

Me levanté de la cama. Era tarde. Acostumbrado a que Gold me despertase estos últimos días, no me preocupaba en programar el despertador de mi móvil. Disfruté unos largos minutos de la sensación de haber podido descansar por completo. Ayudaba a que mi musculatura empezara a estar en su verdadero sitio con estimamientos. Una ducha podía dispersar la confusión de mi mente. Mientras me jabonaba el cuerpo con suavidad recordaba con detalle el complejo sueño de hacía unas horas, a la vez que trataba de quitar importancia a lo vivido en los últimos días. Si me había enamorado, ¿era en realidad un problema o una dicha?, si estaba en un lugar que mi razonamiento no lograba descifrar, ¿qué más daba? Si las historias de Gold y Nica eran parte del mismo puzle, ¿era acaso mi problema?

El nuevo prisma que había descubierto la noche anterior en el Gold Inn me había impulsado a decidir que lo importante era que estaba viviendo un periodo diferente, quizás convergente con algún tipo de cambio y debía aprovecharlo y, sobre todo, disfrutar de él.

Bajé a tomar algo para desayunar y Gold no estaba. Pensé que al ser demasiado tarde ya habría terminado de comer y se había ido a dar un paseo matinal por la ciudad o que había vuelto a subir a su habitación. Pregunté a la encargada del hostel por Gold y para mi sorpresa me dijo que muy temprano había pagado su habitación y se había marchado en un taxi que le estaba esperando en la misma puerta. No había dejado ninguna nota para mí. Supuse que algo muy urgente le obligó a tomar esa decisión. Llamé a su móvil y lo tenía apagado o fuera de cobertura y luego hablé con Jürgen para saber qué es lo que le había hecho abandonar el hostel como si fuera un moroso acosado por sus acreedores. Jürgen no sabía nada. Me comentó que había intentado contactar con Gold varias veces esa misma mañana y que su móvil estaba apagado. Yo no comprendía nada y lo más inusual es que Jürgen no parecía preocupado, afrontaba la situación como si fuese un hecho común o habitual. Así se lo hice ver y Jürgen me tranquilizó con una inquietante confesión.

No era la primera vez que Gold desaparecía, desde que vivía con Jürgen la situación se había repetido en tres ocasiones y ésta era la cuarta. El episodio era recurrente, después de pasar varias malas noches (Jürgen omitió los sollozos y lamentos nocturnos de Gold), a Gold se lo tragaba la tierra, no daba señales de vida durante dos o tres semanas y tras pasar ese voluntario destierro volvía más jovial y entrañable que antes de su partida, sin dar ninguna explicación. La primera vez que ocurrió Jürgen se quedó desorientado. Llamó a los pocos amigos de Gold que había conocido, intentó localizar sin éxito a algún familiar, incluso en un periodo de desesperación acudió a la policía sin saber qué contar con exactitud. Podía haberle abandonado, era la explicación más coherente posible, pero no discernía si por autocomplacencia o por conocimiento de las múltiples oscuras aristas de la personalidad de Gold. Estaba convencido que otras eran las causas. Ese desconocimiento le atormentaba. Había visto una y mil veces programas televisivos, películas y documentales que narraban el sufrimiento extra que padecen los allegados a personas desaparecidas, pero nunca llegó a imaginar que el desasosiego y la tortura interna fuese tan potente. Una muerte cercana es dura, puede llegar a ser desgarradora, pero la desaparición genera un dolor injertado con sentimientos de culpa, incomprensión, falsas esperanzas, ansiedad e inquietud que puede llegar a superar con creces el agujonazo de la muerte de un ser querido. La primera ausencia de Gold fue de tan solo dos semanas ,catorce días y seis horas para ser más exactos. Gold apareció con su pequeña maleta, mirando al suelo, como un perro recién apaleado.

—No me hagas preguntas —fue lo único que susurró al oído a Jürgen mientras se abrazaban con la fuerza y desesperación de los que se nutren los miedos.

Jürgen cumplió su promesa, no pidió explicaciones, ni la primera vez, ni la segunda, ni la tercera. Su relación amorosa seguía siendo estable, quizás más auténtica desde que Jürgen tenía un campo de potestad que antes no poseía. Esa capacidad de perdonar sin contraprestación alguna le posicionaba ante Gold es un escalón algo superior al que ocupaba antes, siempre inferior al de Gold, pero más cercano a él. Esa sensación de poder transitorio hacía que Jürgen asumiera con resignación las inexplicables ausencias de Gold.

Pero en ese momento no había escapado de Jürgen, sino que lo había hecho de mí, aunque según tal y como había descrito Jürgen los sucesos anteriores, la verdadera explicación parecía ser que Gold trataba de escapar una y otra vez de sí mismo.

MARTIN

La evaporación de Gold me devolvió a la zona neutra de mi vida. Fue como si el médico hubiese dejado de administrarme sedantes y mi mente bajase cuatro peldaños para chocarse con la realidad. Colette era una de esas realidades que yo había olvidado y que hacía apenas tres días ocupaban el centro de mis necesidades e inquietudes. ¿Qué pensaba en aquellos momentos de Colette? ¿Seguía siendo mi pareja real o se había transformado en un contrato de convivencia no pasional? El día anterior había llegado a la conclusión de que formaba parte del pasado pero los últimos acontecimientos, irrelevantes en su forma e importantes en la base, podían haberme hecho cambiar de idea. Nica estaba ahí, o más bien, aquí, pero Colette existía, el pasado no era pretérito, sino muy reciente y no era justo que el tacto siempre cercano y el olor intransferible de Colette fuese enterrado como un perro abandonado.

Tenía que hablar con Colette, saber qué era de ella, oír sus reproches, sus dudas, contarle todo, o casi todo, porque no creía que hablar sobre Nica supusiese una ventaja para ninguno de los dos. Mi obligación moral era limpiar la colada sin llegar a centrifugar. Ese era mi punto de vista, egoísta, parcial, un enfoque miope, pero era una sugerencia más válida que seguir con los ojos cerrados dejando que las horas y los días decidiesen por mí.

Pensaba qué curioso era que Colette solo me hubiese llamado tres veces en los dos últimos días. ¿Qué pensaba de mí? Pudiera ser que estuviese informada por medio de Jürgen, de nuestras andanzas en Tilflugt o que fuese consciente de que en esa etapa de mi vida necesitase una cierta dosis de libertad, o espacio para verificar mi momento. Empecé a sostener este último argumento como el más posible y me generó una gran desazón ¿Colette me conocía, no solo hasta el punto de aceptarme tal y como era, sino hasta un límite en el que sabía que podía jugarse su felicidad al blanco o al negro y aguantar estoicamente el envite? Si eso era cierto, solo existían dos salidas del complicado laberinto que imaginaba en su mente, y ninguna buena del todo. Una era que en realidad no le importaba tanto como pensaba y la otra, aún más descorazonadora, era que quizás estaba enamorada de mí tanto como el primer día. Este último supuesto era mucho más dañino que el desapego por una poderosa

razón: Yo le había fallado. En un chasquido de dedos, Colette había pasado de ser la dueña de las llaves que abren todas las puertas a ser una desconocida olvidada. No me lo podía perdonar, era algo que ni el más inhumano de los seres podría hacer al peor de sus enemigos. No era justo que pudiese amarme hasta ese extremo, era una gran venganza que podría merecer, pero que no era capaz de soportar.

Mis defensas decidieron pasar otra página y descubrir cuál era el verdadero estado emocional de Colette, mi pareja (lo repetí con pausa marcando con detenimiento cada sílaba “mi pa-re-ja”). Busqué refugio en uno de los restaurantes perdidos entre las callejuelas de la ciudad porque no deseaba encontrarme con Nica. Respiré con violencia dos o tres veces, bebí un breve sorbo del café americano que acababa de ser servido por una camarera que cojeaba ligeramente del pie izquierdo y marqué su número.

Era la de siempre. Su tono de voz en la conversación fue familiar, como de costumbre, más de amiga que de pareja, con un cierto aroma a frialdad pero adaptable para una convivencia duradera. Eso fue lo primero que me sorprendió. Cuando marcaba con torpeza los números en mi anticuado móvil lo que más temía era toparme con un tono de voz distinto al habitual, que me hiciese pensar que los cimientos se habían demolido y que ya no quedaba nada por salvar. Sin embargo, su voz era la de siempre, la que utilizaba cuando me sugería que acabase en el baño o en las ocasiones que compartíamos sofá viendo alguna insulsa película de sobremesa. Era su voz, no su “otra” voz, que en muy contadas ocasiones aparecía cuando la tormenta era inminente y yo estaba sin paraguas y descalzo en medio de una carretera abandonada.

Gracias a que ella llevó las riendas de la conversación, el encuentro, o el reencuentro (así percibía yo la situación) fluyó con naturalidad. Primero me dejó la puerta abierta para que hablase de mi situación, de las cosas que había averiguado, incidiendo en cotejar mi estado de ánimo. El mundo al revés, pensaba. Yo, que andaba descolocado los últimos días, concentrado únicamente en el centro mismo de mi ombligo y en todo lo que ello conllevaba, no estaba siendo objeto de ningún reproche por la persona abandonada, por la mujer que tenía toda la potestad y el derecho de echarme en cara lo que quisiera, es más, se interesaba con verdadero interés por mis dudas y percances.

Le conté lo sucedido sin poder ignorar la presencia de Nica. En un primer momento tuve la tentación de borrar a Nica del paisaje de Tilflugt, pero Colette no se merecía esa patraña, aunque tampoco pretendía herirla con mis dudas sentimentales sobrevenidas por su cercanía. Lo que hice fue edulcorar el tema hablando de una amiga mutua que nos acompañaba al desaparecido Gold y a mí a todos lados, sin incidir en dudas internas y deseos sexuales desesperados. Escuchó el relato con atención, en completo silencio, tal y como lo necesitaba en aquellos momentos de larga confesión. Cuando acabé de expulsar todo el sentimiento encerrado en aquellos últimos días, Colette rompió el silencio que siguió al cese de mi narración con una pregunta que me subyugó:

– ¿Necesitas mi compañía en Tilflugt?

¿La necesitaba? ¿Me dirigía en soledad a algún lado en este lugar? ¿Nica y Gold eran una compañía tangible o eran parte del paisaje de la ciudad? Tras esa pregunta todo me parecía subjetivo, como irreal, era el quid de la cuestión ¿Necesitaba en este lugar, en esta situación, ir de la mano de la persona que me había protegido durante los últimos años, o era capaz por mí solo de encontrar una explicación a algo inexplicable?

– No lo sé, Colette, no lo sé – respondí con la voz apagada.

– Quizás deberías atender al consejo del misterioso e-mail en el que según me has contado te decían algo así como “disfruta de El Refugio” – era la frase que necesitaba para desdramatizar la situación, y en estas situaciones Colette siempre sabía la cantidad exacta de ginebra que debía verter en el Martini de su invitado.

– ¿Qué tal tú, Colette, qué tal te va, qué has estado haciendo estos días? – dije recuperando, por fin, el mínimo de empatía que cualquier persona debiera tener registrado en su ADN.

Ese simple, ¿qué tal tú?, me postró ante el escaparate real. Desde que mi esquela apareció en el periódico danés no existía nada en el mundo que recibiese una atención real por mi parte. Me había transformado en una vulva aislada de cualquier fenómeno exterior que intercediese en mi burbuja. Hasta hace un segundo no podía observar el paisaje, todo daba al patio interior de mi zozobra. ¿Qué tal TÚ?, esa era la clave, el tú, ¡ya bastaba del yo, yo y otra vez yo,

debía regresar al tú, al vosotros, al verbo que se dirigiese a lo ajeno y olvidar la idea de que lo propio es el todo. Los últimos días en Tilflugt me estaban convirtiendo en un detective privado de mi alma y ese era un oficio que me convertía directamente en un ser infeliz y lleno de miedos. Ese sencillo, ¿Qué tal tú, Colette?, me devolvió, por fin, al mundo de lo liviano y tangible, del que había salido sin avisar pero al que debía volver por simple salud mental.

Nada más marcharme, Colette, tal y como le pedí hacía tres días, llamó a la redacción de la revista con la que colaboro y les contó una mentira piadosa evadiéndome de la responsabilidad de cumplir con mi obligación laboral semanal. Una boda en el extranjero de una amiga íntima fue la excusa que les largó. Se lo pedí a Colette porque mentir siempre se me había dado mal. Los días habían sido rutinarios para ella, trabajo, sus clases de G.A.P. en el gimnasio (glúteos, abdominales y piernas), un café con una de sus perennes amigas para contarse los últimos acontecimientos y ya en casa, donde según ella se escondían los peligros, bucear en el último libro que estaba leyendo, “Trilogía de Nueva York” de Paul Auster, y seguir alguna serie televisiva de moda para no perderse en las conversaciones con sus compañeros de trabajo en la máquina de café de la oficina. Eso es lo que había estado haciendo, justo lo que me había imaginado, pero también añadió una frase que sacudió el rumbo de la narración de sus rutinas.

— También he estado en el médico — Un silencio de sala de espera de hospital envolvió a esas seis rotundas palabras.

En esos eternos segundos multitud de temores gravitaron dentro de mi cerebro como proyectiles envenenados. La mejor opción era que estuviese embarazada, pero lo descarté enseguida porque el tono de “también he estado en el médico” no habría sido tan frío y cortante. Un pequeño resfriado o algo sin importancia no podía ser porque, conociendo a Colette, ni siquiera lo habría mencionado, y no creía que se tratase de algo muy serio porque su estado anímico parecía bueno. Dejé a mi pesado cerebro descansar y esperé a que me contase qué es lo que sucedía.

Hacía dos días se levantó de madrugada y después de ducharse notó una extraña sensación en uno de sus ojos, no era un picor propio de cuando se introduce sin avisar el maldito gel o champú, sino

una especie de pérdida de visibilidad repentina. No tenía dolor alguno pero uno de sus ojos, el izquierdo, parecía haberse quedado vago, inerte. Veía con dificultad por su ojo izquierdo. Se lo tapó con la mano y comprobó que el otro ojo, el derecho, funcionaba correctamente. La visión con el ojo izquierdo era nublada, no era capaz de leer la letra de la marca de la crema hidratante, que bien podría estar escrita en un tamaño “arial 25”, tampoco los grandes números del reloj de pared del baño principal. Colette no se puso nerviosa, hacía poco más de media hora que se acababa de levantar y pensó que todavía estaba en un proceso de sopor general. Volvió a la cama, apagó la luz de la mesilla de noche, cerró los ojos y programó la alarma del despertador para que la devolviese a la realidad en treinta minutos. Soñó con Audrey Hepburn en “Sola en la oscuridad” acurrucada detrás de la puerta del frigorífico, que iluminaba la escena, esperando a que alguien llegase a rescatarla. La puerta de la nevera se cerró y sonó el despertador. Colette estaba despierta, ahora sí, estaba segura, permaneció con los ojos cerrados unos instantes, con miedo a descifrar si existía un problema real. Encendió la luz de la mesita y procedió a cotejar lo vivido o soñado hacía media hora. El ojo bueno era el derecho. Lo abrió lentamente y pudo observar las sombras del techo proyectando los dibujos barrocos de la lamparita de la mesilla de noche. El izquierdo, vamos allá, se dijo con firmeza pero con el pulso acelerado. Lo abrió, una, dos, tres veces, se lo frotó con fuerza, pero las sombras vistas con el otro ojo estaban difuminadas. Era evidente que tenía un problema de visión. Fue al baño, se lo inspeccionó y en apariencia estaba normal, ni más cerrado ni más abierto que el otro ojo, tampoco estaba rojo o hinchado, no había mancha alguna, pero veía con mucha dificultad. No era un problema de enfoque, no se mareaba, era algo muy simple, no lograba ver casi nada. Ella, que siempre había presumido de una agudeza visual inusual, se había quedado casi tuerta en un abrir y cerrar de ojos. Esta expresión le hizo sonreír y repitió mientras se observaba inerte delante del espejo “tuerta en un abrir y cerrar de ojos”. Fue directa al retrete y vomitó aire y bilis como acto reflejo para poder volver a pensar con frialdad y escapar de las garras del pánico. Respiraba profundamente agarrada a la taza del váter mientras decidía qué es lo que debía hacer. Estaba paralizada, física y mentalmente. No sabía el tiempo que permaneció tumbada así en el baño, con los ojos

abiertos, deliberando acerca de cuál de sus ojos era el verdadero. Sonó el teléfono móvil. Llamaban de la empresa. Dijo que se encontraba mal, con fiebre, pero que no se preocupasen que al día siguiente estaría en la oficina. Esa era Colette, la trabajadora ideal, incluso en un momento como aquel, en el que estaba desorientada, tenía el control de anteponer sus obligaciones a sus necesidades vitales. La llamada la ayudó a bajar a tierra firme. Tomó un café muy caliente a pequeños sorbos y un par de tranquilizantes de mi propiedad. En ese ligero énfasis en la frase “de tu propiedad” intuí que Colette hacía el único esbozo irónico de todo el relato.

Cogió cita en el médico y el pronóstico no era nada claro. Se podía deber a una infección de los senos cercanos al globo ocular, a un problema del nervio óptico, o a otras causas que, en principio, eran improbables pero no se podían descartar totalmente. El eufemismo y la palabra tumor siempre asoman desde los bolsillos de las blancas batas de los médicos. En este caso, la mirada ausente y oblicua del médico que atendió a Colette, unida a la frase “otras causas improbables, pero que no se podían descartar” era un sinónimo en idioma médico del campechano “¡ojo! que podría ser un tumor”.

El médico le recetó un antibiótico para las vías respiratorias superiores y le entregó un volante urgente para una cita con el oftalmólogo. Esa misma tarde, el oftalmólogo le hizo una serie de pruebas y no observó ninguna anomalía en el ojo izquierdo de Colette por lo que le dio cita para realizar una resonancia magnética.

Salió de la consulta con el estómago abrasado por el terror, la piel erosionada por el miedo y las manos caídas como solo los soldados que se rinden pueden tenerlas. Se derrumbó, no pudo llegar ni a la calle. Allí mismo, en medio de las escaleras del hospital rompió a llorar como no recordaba haber llorado en su vida. Se sintió sola y desamparada. La soledad de esa escalera de hospital recogió sus lágrimas desconsoladas, propias de una mujer frágil y temerosa de perder lo que tanto tiempo le había costado labrarse. Pensó en sí misma, pero también en mí, en su familia, en lo que le quedaba por vivir y disfrutar, y siguió lamiendo su desdicha atrapada en esa escalera fatal.

Cuando casi había cesado el llanto, una mano se le posó con suavidad en su hombro izquierdo.

—¿Se encuentra usted bien? —era una veterana enfermera o celadora del hospital, con la bata arrugada y la mirada limpia, que se apiadaba de Colette.

Colette la miró detenidamente, con un poso de timidez, y todavía sentada en uno de los escalones comprobó cómo su ojo izquierdo había recobrado la visión por completo. La vista recuperada tras un llanto olvidado, eso es lo que le había sucedido, una suerte asignada a cualquier Virgen milagrosa de algún pueblo perdido en medio de la nada.

Nunca llegaré a descubrir los secretos de convivir con una persona que pisa fuerte el suelo que domina, y Colette, aunque gasta un treinta y seis de pie y usa zapatos de tacón, es y será una domadora del futuro, con piel correosa y gesto altivo. Así la imagino, como una india comanche que acaba de ver cómo acaban de arrasarse su poblado y a los suyos pero levanta el mentón porque todo debe seguir fluyendo, pero no logro asimilar cómo esa valentía llevase tanto tiempo cerca de mí y no fuese capaz de absorber ni siquiera unos miligramos. Sin embargo, acababa de visualizar a Colette en esa triste escalera de hospital derrumbada por una probabilidad de caer en la fatalidad, algo que no estaba adherido a su carnet emocional.

La ansiedad de Colette por seguir contando no amainaba, parecía que el tiempo fuese limitado y si no se apresuraba en unir sus palabras con premura nunca más podría disparar todo lo que llevaba escondido debajo de su chaleco protector. Esa misma tarde fue al gimnasio a relajarse. No disponía de energía suficiente para realizar una de sus clases de ejercicio concentrado por lo que decidió entrar a la sauna. Estaba segura que los vapores penetrantes le ayudarían a pasar la pesada página de los últimos acontecimientos. Entró en la sauna de vapor con su toalla anudada debajo de las axilas y comenzó a respirar con suavidad el cálido y penetrante vaho que envolvía todos los rincones de la pequeña cabina de madera. Se tumbó en uno de los escalones con los ojos cerrados esperando que el sudor recorriese todo su cuerpo. Contaba mentalmente los segundos como una forma de apuesta individual en la que estaba segura de que antes de que llegase a la centena su cuerpo estaría bañado por completo por el líquido acuoso y salado expelido por sus poros. En realidad lo que estaba haciendo era no pensar en nada, porque dejar

la mente en blanco es imposible, a lo máximo que se puede llegar es a pensar en las funciones triviales, pero vitales, que nuestro cuerpo está ejecutando. No pensar en nada es concentrarse en respirar, en la temperatura de nuestro cuerpo o cosas por el estilo. Es lo que hacía Colette cuando su pensar en nada se vio interrumpido por el sonido cercano de una profunda respiración. Abrió los ojos y entre el vaho observó que en una esquina de la misma había un hombre, sentado, apoyado de costado en uno de los bancos cercanos al cuenco de agua de la sauna. Se saludaron con una leve sonrisa y un suspiro recíproco referente al calor extremo que empezaba a recorrer el pequeño cubículo. Era un hombre de unos cuarenta años al que no recordaba haber visto nunca en el gimnasio. Tenía un traje de baño estampado y una toalla por el cuello que no utilizaba para nada pero le daba un cierto aire de profesional de las saunas exóticas.

— ¿Más vapor? — sugirió el desconocido mientras asía el cazo para realizar la operación.

— No sé, me estoy agobiando un poco — respondió Colette.

— Mal posicionada.

— ¿Perdón?

— Estás mal posicionada. Si te tumbas aguantas mucho menos que si estás sentada.

Colette pasó de estar mal posicionada a encontrarse descolocada. No sabía si era una broma de aquel desconocido o debía hacerle caso. Decidió probar, se incorporó y pronto comprobó que la respiración era más fluida.

— Tienes razón, ya veo que controlas bien esto de las saunas.

— El estrés es lo que tiene, hay que buscar alternativas para que la gente que te rodea sea capaz de aguantarte aunque solo sea unas horas.

— Es cierto, aunque hay otras fórmulas más rápidas para combatir el estrés.

— Las he probado todas — dijo el desconocido — medicación, yoga, deporte, pero me quedo con la sauna porque es la única que se puede realizar en taparrabos y además conoces gente interesante.

Mientras ambos reían, Colette le alargó la mano sudorosa presentándose y el desconocido pasó a tener nombre, Martin. En ese momento se fijó con detenimiento en su rostro. En un principio le pareció que tendría unos cuarenta años pero visto más de cerca apostaría a que era más joven, treinta y cinco a lo sumo. Tenía unas facciones duras con una mandíbula agresiva y unos pómulos ligeramente hundidos. El pelo, de un negro brillante parecía fuerte pero estaba adornado de unas entradas que le daban un aire paternal. La media barba le otorgaba un aspecto descuidado pero se intuía que era parte de una estrategia de despiste hacia el sexo opuesto. Cuando estaba descubriendo que se encontraba ante un hombre atractivo, paró su mirada en los ojos de Martin. Sus rasgos eran peculiares, no por su morfología, sino por su asimetría. Eran unos ojos diferentes que parecían pertenecer a rostros distintos. El ojo derecho era de color verde, ligeramente rasgado y con una pequeña caída de párpado propia de los seductores vocacionales. El ojo izquierdo era otra cosa, el color era de un verde misterioso, sin brillo, con una forma poco ortodoxa y nada natural que no ofrecía el brillo y encanto que su otro ojo le daba a la otra mitad de su cara.

Colette estaba encerrada en una sauna con un seductor y atractivo hombre, hacía unos minutos desconocido, y ahora con nombre, Martin, y tenían algo sorprendente en común; Colette había perdido parcialmente la visión del ojo izquierdo esa misma mañana y era evidente que Martin era tuerto de ese mismo ojo.

El sudor de Colette se convirtió con rapidez en una película fría sobre la totalidad de su piel. Recorrió los extractos de su vida en los que podía haber tenido contacto directo con alguien que dispusiera de un solo ojo operativo. Aparte del viejo vendedor de la lotería de debajo de su casa al que cada fin de año le solía obsequiar con el clásico y convencional "Feliz Navidad", y al gato de la vecina del quinto derecha, solo recordaba haber hablado, cuando apenas era una chiquilla, con un tuerto, el bedel de su colegio de monjas, al que con malicia las niñas le habían colocado el sobrenombre de "el mecano". "El mecano" era un señor de unos cincuenta años con una prótesis en el brazo, otra en el pie, ambos del lado diestro y un artesanal ojo de cristal en su cuenca, también del lado derecho. En el colegio corría el rumor de que le había golpeado un tranvía en la cara cuando era un chaval y andaba despistado por la calle mirando las piernas de

las chicas. El resultado de aquel accidente era que había perdido un ojo. Años más tarde, como su campo visual solo abarcaba la parte izquierda de su situación, calculó mal en la parada de un autobús y para hacerlo parar estiró el brazo derecho en exceso y se lo seccionó. Su desgracia culminaba, y esto parecía totalmente probado en los mentideros del colegio, un treinta y uno de diciembre cuando fue a hacer explotar una traca de petardos cuando ya tenía treinta años, y entre su media visión, la inutilidad de su brazo derecho y las copas que tenía en el cuerpo, las cuerdas que iban conectadas a la mecha y a los petardos se le envolvieron en el pie diestro y estuvo explotando durante cuatro minutos mientras sus compañeros de juega miraban pasmados y aturcidos cómo iba perdiendo todo lo que le quedaba sano en su lado derecho. “*El mecano*” era la única persona tuerta con la que Colette había cruzado alguna conversación en toda su vida. Nunca tuvo el valor de preguntarle si eran ciertas aquellas historias que merodeaban por el colegio acerca de su trágico infortunio, pero a Colette siempre le maravilló su perenne buen humor confirmado por la sutil sonrisa con que obsequiaba cada saludo de las niñas o de las profesoras cuando iba camino de realizar cualquier labor en las aulas o pasillos.

Solo una vez, una sola vez, una tarde de otoño, Colette se atrevió a preguntarle algo importante.

— ¿Está usted casado? — esa cuestión es la que le venía martilleando su cerebro cada vez que le veía.

En realidad la interrogación era un claro eufemismo. Lo que quería cuestionarle y nunca se atrevió a preguntar era si en este mundo podría existir una mujer que llegase a enamorarse de un tullido como aquel bedel.

“*El mecano*” sonrió abiertamente y movió con su fuerte mano izquierda la melena de Colette. Colette miraba con fijeza al ojo vago porque pretendía no transmitir su verdadera curiosidad.

— Claro, hija, claro — contestó y se fue silbando una antigua melodía mientras acarreaaba con la mano natural y la prótesis de la otra una vieja escalera de madera.

A Colette se le quedó grabada por muchos años aquella contundente contestación y le sirvió para hacer que su carácter se endureciese y relativizase muchos de sus problemas.

Ese positivo, pero único encuentro con un tuerto era en lo que estaba meditando cuando Martin le dio una leve palmada en los hombros.

— Si no salimos ya, nos vamos a evaporar.

Martin y Colette tomaron un par de refrescos en un bar cercano, una simple Coca-Cola ella, y una tónica con limón exprimido con mucho hielo y en vaso ancho él.

— Tiene que ser así — decía Martin, con gracia — estoy harto de pedir cafés extraños para otras personas, con leche fría, con espuma, con una nube de leche caliente, sin azúcar pero con sacarina, con hielo pero descafeinado de cafetera, ... así que llegué a la conclusión de que a mis sencillas tónicas las tenía que “cafeinizar”. Encontré mi extravagancia un día que pensé cómo sería un gin— tonic sin ginebra. Aquí lo tienes, prueba.

Hablaron del gimnasio, de sus aficiones y de sus trabajos en un tono ameno y distendido, pero Colette necesitaba depositar en aquella mesa de café la cuestión personal que no le dejaba de rondar por la cabeza. No sabía cómo abordarlo sin agredir al recién conocido. Mientras dudaba cuál era el momento o la forma de abordar el tema, Martin, de forma involuntaria, ayudó a facilitarle el proceso. Se excusó para ir al baño. En ese momento a Colette le vino de nuevo a la mente la contundente respuesta de “el mecano” (claro, hija, claro) y se dio cuenta de que había que afrontarlo con naturalidad.

Cuando Martin regresó Colette le relató el problema que había tenido ese mismo día perdiendo la visión de madrugada y recuperándola por la tarde y también le trasladó la sorpresa de encontrarse con alguien como él al que le faltaba un ojo cuando en toda su vida no había entablado conversación alguna con otras personas en la misma situación. Lo dijo de seguido, sin temor, sin pudor y con una sensación de alivio salvador. No esperaba una respuesta reveladora del hombre, solo necesitaba descargar la incógnita que le hacía compañía y que compartía parte del hecho casual.

—¿Quieres saber cómo perdí el ojo izquierdo? —fue lo único que dijo a la vez que pedía otra tónica de las suyas.

— Adelante — contestó Colette dispuesta a escuchar su relato con un halo de esperanza ficticia que le ayudase a resolver una inquietud alimentada con el transcurso del día.

“Una sola vez en mi vida he estado locamente enamorado de una mujer, Shara. Hace cinco años y tres meses estaba embarcado en uno de esos viajes que todos los enamorados suelen realizar alguna vez, un lujoso *paquete completo* por Egipto. Ya sabes, así te lo venden las agencias de viaje. A pesar de que Shara y yo preferíamos los viajes libres y sin ataduras, en el caso de Egipto, un destino ansiado por ambos, no encontramos otra manera de viajar que organizados y en grupo. En un principio a los dos nos dio cierto reparo por falta de experiencia en este tipo de viajes pero al poco rato de salir de la agencia nos empezamos a animar imaginando otras parejas tan inhibidas y nerviosas como nosotros. Acabamos aceptando con sonrojo pero con un alborozo que solo los chiquillos y los enamorados pueden compartir. Estuvimos dos semanas explorando lo que todos los turistas tienen obligado ver, las Pirámides de Giza, el gran bazar de El Cairo (Khan al – Khalili), el Museo de El Cairo, los templos de Luxor y Karnak, las tumbas del Valle de los Reyes y de las Reinas, todo ello adornado con el típico crucero por el Nilo con las hermosas salidas en los atardeceres en falucas gobernadas por bellísimos nubios.

Shara y yo descubrimos que viajar en sociedad (así lo denominábamos en privado) no era algo tan dañino como habíamos previsto. Nos molestaba e irritaba la sensación de que nos trataran como si fuésemos incapaces de realizar cualquier gestión por nuestra cuenta. Cuando los guías, o cualquier responsable de la “expedición” repetía cinco veces la misma obviedad como si entre cualquiera del grupo existiese algún individuo con la capacidad intelectual debilitada, los primeros días nos generaba una especie de impotencia que rompía la ilusión del disfrute. Pero Shara y yo pronto cambiamos el chip. Lo que un día nos parecía irritante, al siguiente lo pintábamos de humor absurdo, la explicación reiterada de un lunes por la mañana se transformaba en una charla incomprensible el martes que a ambos nos dejaba indiferente y nos otorgaba tiempo para dedicar-

nos a lo importante, nuestra mutua pasión amorosa. Los días eran una progresión de mejores sensaciones. El férreo envoltorio del viaje no dejó que la mercancía perdiese el encanto y disfrutamos viajando por el Nilo, pasando calor en las ancestrales tumbas con sus cámaras dibujadas con misteriosos jeroglíficos y caminando agarrados de la mano entre las enormes columnas del templo de Karnak.

Éramos felices. Estábamos rodeados de gente ilusionada, parejas recién casadas, matrimonios celebrando aniversarios de largas uniones y jóvenes parejas como nosotros que habían destinado sus pocos ahorros en cumplir uno de sus sueños compartidos. Aquel viaje de plástico se estaba convirtiendo en una estatua de madera original.

Los últimos cuatro días del viaje estaban destinados a descansar a orillas del Mar Rojo, en un complejo turístico de Sharm el – Sheikh, en la Península del Sinaí. Cuando nuestra fogosidad sexual nocturna nos lo permitía, el tema de conversación preferido de ambos era el buceo. Shara y yo nos conocimos buceando en una barrera de coral en Filipinas. Los dos íbamos por libre, yo con un grupo de amigos y ella con su entonces pareja, que no buceaba porque debía tener tapones de cera en los oídos y no soportaba la presión. Según Shara eran solo excusas para no reconocer que tenía fobia a sumergirse porque en otros viajes siempre había tenido vértigos, gastroenteritis o rinitis el día anterior a la sesión de buceo. La primera vez que la vi nos saludamos debajo del agua rodeados de múltiples peces de colores que eran testigos de nuestro flechazo. Es raro que te sientas atraído por una persona embutida en un traje de neopreno donde las formas diferenciadoras de los sexos se esconden, los pechos se comprimen, las caderas no destacan como al natural y la cara no deja de ser una caricatura de uno mismo conformada por una gran gafa y un tubo. Sin embargo, allí estaba Shara sonriendo bajo el agua, en plena comunión con las hermosas formas con las que el vivo coral decora los fondos marinos y saludándome con su mano derecha. Esa mañana en el barco de vuelta a la costa yo ya había decidido que iba a conquistar a Shara y ella ya estaba convencida de que el enfermo imaginario de su novio tenía un claro sustituto.

El viaje al Sinaí nos devolvió al momento en el que nos conocimos. Hacíamos el amor sin descanso como si el mundo se fuera a acabar en un parpadeo. Nos reclinamos en las instalaciones del lujoso hotel

y en su playa privada con una barrera de coral a apenas cien metros de la arena. Esa zona del Mar Rojo es famosa entre los buceadores por la extensa visibilidad que poseen sus aguas. Shara y yo estábamos maravillados comprobando que la agudeza visual apenas disminuía debajo del agua en su comparativa con la visión fuera de ella. Se veía con total claridad un pez de diez centímetros a cincuenta metros de distancia. Deslizarse por esas aguas con un simple tubo y unas gafas y sin necesidad de ningún traje de neopreno debido a las altas temperaturas era el hábitat perfecto para que dos enamorados conservasen su pasión. No hicimos ningún tipo de excursión y el contacto con otros miembros del grupo desapareció por completo. No queríamos saber nada de disfrutar de una puesta de sol en una duna del desierto tomando té con supuestos beduinos, ni de aprender a hacer esquí acuático para no alterar a los multicolores peces que tanto nos hacían disfrutar.

El cuarto y último día decidimos realizar una sesión de buceo en profundidad, con botella. Ambos teníamos el carnet de buceo pero solo habíamos practicado tres o cuatro veces en aguas del Caribe, Filipinas y del Mediterráneo sin que hubiésemos disfrutado lo que imaginábamos. Lo que más nos motivaba del buceo no era la sensación de ingravidez que se puede paladear en las profundidades (se dice que es lo más parecido a volar que se puede realizar) sino el contacto cara a cara con peces de colores nunca vistos en la superficie terrestre, de imposible descripción, y con corales de formas ambiguas y abstractas propias de la mejor galería de arte contemporáneo. Sin embargo, la inmensa claridad de las aguas del Mar Rojo nos convenció de que era una gran oportunidad de capturar una experiencia diferente a lo vivido en anteriores ocasiones. Salimos el viernes a las seis de la mañana en una lancha. Íbamos cinco turistas, el instructor y el capitán en dirección a una pequeña isla que se encontraba a cuatro millas de la costa. El instructor nos comentó que íbamos a descender a treinta metros de profundidad donde la visibilidad podía alcanzar los veinte metros y con suerte podríamos ver grandes ejemplares, como rayas o barracudas, además de admirar un paisaje repleto de pequeñas cavidades y múltiples coloridos recovecos. Nos acompañaba una joven pareja de alemanes recién casados que habían buceado en casi todos los mares del mundo y un hombre maduro y silencioso con un rostro moreno y envejecido por

el sol que parecía mimetizado con el entorno luminoso. Después de recitar en un inglés correcto el protocolo de actuación y las normas de seguridad y de comprobar que los equipos funcionaban correctamente, el instructor dijo:

—Son las ocho y trece, tenemos cuarenta minutos, a las ocho y cuarenta y tres empezamos a subir como os he indicado y a las ocho y cincuenta y tres estamos de vuelta en el barco.

Nos sumergimos siguiendo la silueta de la pareja de alemanes y del viejo lobo de mar, que a su vez, eran guiados por el instructor. Shara y yo decidimos rezagarnos unos metros para poseer un campo de visión más libre. Nos observábamos recordando el instante acuático donde nuestras miradas se encontraron por vez primera. La pasión amorosa volvió a brotar a veinte o treinta metros de profundidad. Incluso percibí cómo tenía un principio de erección, no completa, pero sí un germen de excitación en mis genitales. Llegué a pensar que aquello iba contra la física y las leyes naturales y que cuando se lo contase a Shara se iba a retorcer de la risa con su gesto habitual de lagrimeo acompañado de movimientos desacompañados de su bien formada mandíbula. Estuvimos volando por las profundidades luminosas del Mar Rojo veinte o treinta minutos sin llegar a ver las rayas o barracudas prometidas pero avergonzados ante la belleza suprema de las esculturas coralinas. Un gesto del instructor nos indicó que nos quedaban menos de diez minutos de buceo. Fue en ese momento, observando la apertura de manos del instructor cuando me empecé a sentir mal. Todo empezó con un ligero mareo, que precedió a una arcada que no llegó a convertirse en vómito. La vista se me comenzó a nublar y la respiración traspasó el límite de la normalidad. No alcanzaba a discernir entre la bocanada profunda y la convulsión de mi diafragma, mi mente empezó a circular en un espacio diferente al real y mi cuerpo adquirió un automatismo lejano al autocontrol. Empecé a alejarme del grupo sin motivo aparente, necesitaba escapar de esa situación, no hacia la superficie, sino hacia otras aguas que me hiciesen sentir seguro. Sin duda, tenía el mal de las alturas submarinas, es decir, la locura de las profundidades. Eso lo supe más adelante. Descendí sin ser consciente de lo que estaba haciendo, la tenue visibilidad era cada vez más poderosa y las convulsiones del cuerpo empezaron a desaparecer. Estaba solo, con una única misión, hacer que se evaporasen todas las molestias de mi

cuerpo y de mi mente. Perdí la noción del tiempo pero estaba seguro de que todo estaba bajo control. Esperaba una señal externa que me indicase el siguiente paso a realizar pero no encontraba respuesta alguna. Entonces fue cuando sentí la explosión. En principio fue como si algo externo cercano a mí hubiese golpeado con estruendo, algo parecido a una brutal colisión entre dos metales. Era un ruido poderoso que me seguía retumbando en los oídos como recordándome que esa explosión era dedicada a mí. Me intenté limpiar las gafas por fuera de los cristales, pero había algo enfrente que no me dejaba ver con claridad, era una especie de masa viscosa que no me permitía apreciar nada del entorno. La oscuridad se había convertido en un sucio líquido que impregnaba mis gafas de buceo. Esa circunstancia, en principio ajena a mí me hizo recobrar la claridad mental. Estaba alejado del grupo, a más metros de profundidad de los indicados y con poco oxígeno en la botella, no sabía si el suficiente para realizar una descompresión correcta. Además, apenas veía y notaba una extraña sensación en los ojos. De eso se trataba, sin duda alguna, tenía algún problema en uno de los ojos. Subí unos metros buscando el abrazo de la claridad y me encontré con la tragedia. Un ojo, el izquierdo, me había estallado. Estaba estampado contra la parte interna del cristal de la gafa de buceo. Ver con total detalle, debajo del agua, diseccionado un ojo propio es una situación tan grotesca que el pavor inicial se convirtió en curiosidad científica. Fui capaz de asimilar que la presión de los mares me había vencido, pero solo en parte, porque seguía vivo y con las facultades mentales completas. La capacidad de asimilación instantánea de la tragedia fue un absoluto misterio para mí mismo.

La depresión llegó meses más tarde, cuando una vez instalada la prótesis comencé a llevar una vida normal. Aunque en apariencia llegué a asimilar mi minusvalía, la realidad era muy distinta. La vida íntima conmigo llegó a convertirse en una complicada sucesión de altibajos emocionales erosionando de tal manera mi relación con Shara que acabó destruyéndola.

El verdadero problema era que yo había dejado de quererme y de respetarme. Estaba dividido en dos mitades y llegué a odiar mi mitad izquierda, pensaba que no me pertenecía, ni a mí, ni a nadie, quizás solo a los demonios que interiormente me habitaban como inquietos mal pagadores. Odiaba la mitad izquierda de todas las

cosas porque me recordaban mi infortunio; la obsesión llegó a tal extremo que dejé de conducir porque el asiento del conductor estaba situado en el lado izquierdo, me cambié el reloj a la mano derecha, el bolsillo izquierdo del pantalón o de la chaqueta siempre lo llevaba vacío, todo lo depositaba en los bolsillos derechos, solo me dejaba besar en la mejilla derecha, todo en mi vida pasó a ser una convulsión obsesiva colgada del hilo de mi mutilación.

Me torturaba una idea. Sabía que el lado derecho del cerebro gobernaba los movimientos de la parte izquierda del cuerpo y viceversa, por lo que, así como en todo el cuerpo ignoraba mi zona izquierda, en el interior de mi cabeza adivinaba un pequeño demonio que habitaba en el lóbulo derecho y que era el director de orquesta que había maquinado mi desgracia. Ése era mi estado, el de un paranoico con una actitud obsesiva derivada de la asunción de un maniqueísmo absurdo: Izquierdo malo, derecho bueno, pero jefe cerebral derecho malo y jefe cerebral izquierdo bueno. No lograba salir de ese círculo vicioso que me impedía llevar una vida normal, ni en común, ni en soledad. Aunque la tortura la llevaba en soledad mis extravagancias no pasaban desapercibidas para mis entornos más próximos. Mi carácter se nubló, así, de esa manera tan gráfica lo describió Shara en una sala de espera del médico que me iba a realizar una revisión. Era exactamente lo que me sucedía. Mi visión se me había nublado parcialmente pero mi personalidad era la que se había convertido en una oscura y siniestra caverna repleta de gases venenosos que convertían la convivencia conmigo en un suplicio desquiciante.

Shara aguantó demasiado y una tarde de domingo recogió sus cosas, con lentitud y entre sollozos verdaderos, y nuestras vidas se alejaron para siempre.

La íntima reflexión, múltiples sesiones con varios psiquiatras y medicaciones varias han hecho posible transformar lo que hace unos años suponía una muerte en vida, en un ahora diferente en el que contemplo el problema como una simple adversidad.

Colette observaba cómo Martin consumía el último trago de su tónica "on the rocks" mientras desviaba su mirada hacia el suelo, sabiendo que encontrarse cara a cara con él hubiese supuesto un

duelo amistoso de miradas que la habría delatado como voyeur del ojo maldito de su compañero de tertulia.

—¿Y qué tal se llevan ahora tus dos mitades? —se envalentonó Colette tratando de edulcorar el tenso silencio.

—Se han reconciliado, pero se llevan muy mal con el centro —Martin sonrió con malicia, mientras Colette reía a carcajadas.

—No pienses mal, lo que no aguantan es a ésta —añadió Martin señalándose la nariz— No para de moquear por culpa de las rinitis alérgicas.

Colette y Martin se intercambiaron los teléfonos y quedaron en llamarse para compartir algún otro momento en el gimnasio. Así me lo dijo, sin ningún tono de consulta, sino de simple información, sabiendo, como en realidad así era, que me parecía una gran idea que conociera gente nueva que le pudiese ayudar a salir de nuestra monotonía habitual.

Nos despedimos, le aconsejé que fuese por precaución una vez más al oftalmólogo y cuando Colette cortó la comunicación, tras una larga pausa dije en voz baja:

—Colette, te llamaré todos los días.

Y casi susurrando, añadí:

—Te quiero.

Acababa de tener una conversación liberadora con Colette. Mi mente había salido de El Refugio por unos instantes y el mar plano recobró su pulso formando olas de aire fresco. Lo necesitaba. En esos momentos tenía la certeza de que lo importante era Colette, el destino era Colette, la meta estaba donde Colette dejase sus maletas, Colette era la prioridad, el centro de la nada y el cuerpo del todo, me debía a Colette, a evitar ese sufrimiento que ocultaba con descaro, a contagiarme de su energía, a acompañarla en sus brucas emociones y en sus turbios desafíos. Colette era la noche en la que debía descargar mis desenfrenos por una simple y pueril razón: Ella me posibilitaba seguir caminando.

Pedí otro café bien cargado y volví al hostel para encontrarme con Nica, deseando verla como otra nueva Nica, una mujer menos

carnal. Estaba seguro de que era posible disfrutar de su compañía desinhibida por una poderosa justificación: Colette acababa de volver a entrar en mi vida, como un huracán, y había borrado de un plumazo el fantasma en que mi mente confusa la había transformado en los últimos días.

STING

Me encontré con la nueva Nica desayunando solitaria en una de las mesitas de la cafetería del hostel.

– Buenos días – dijo somnolienta – ¿Dónde está Gold, no ha bajado todavía?

Le conté su desaparición repentina con las palabras tranquilizadoras de Jürgen. No pareció sorprenderse. Su reacción me hizo sentir que Gold y Nica habían compartido más confidencias de las que imaginaba.

Nica y yo pasamos el día en El Refugio hablándonos como hasta ese momento no nos habíamos atrevido. La ausencia de Gold, el nexo de unión de todo lo que nos estaba sucediendo, borró de golpe ese muro infranqueable que parecía existir entre ambos. Nos dirigimos a la pequeña playa para poder sentir la fina arena bajo nuestros pies descalzos. Hablamos de nosotros. Nos contamos en qué trabajábamos. Nica era arquitecta y estaba haciendo prácticas en un pequeño despacho en Copenhague pero como no veía mucho futuro en ese puesto estaba preparando una tesis doctoral que era lo que le había llevado a Tilflugt, en búsqueda de tranquilidad.

– Lo cual es imposible por vuestra culpa – frunció el ceño entre divertida y juguetona.

Hablamos de nuestros deportes favoritos, de los libros que más nos han hecho viajar, de las películas que nos provocaron mejores sueños, de la música que más nos ponía y de cosas por el estilo que sirven de bandeja para que la comida no nos abrase las manos. La playa estaba desierta y ese abismo que nos separaba, a pesar de nuestra proximidad corporal y de las confesiones tradicionales, no menguaba. Estábamos tumbados, hablando y hablando sin parar, interrumpiéndonos sin decoro, pero la distancia seguía presente como si un inspector de hacienda estuviera tumbado entre nosotros. Sin embargo, de súbito, la barrera comenzó a abrirse con la ayuda de un pasaje cómico.

Cuando Nica era una niña tuvo una gran decepción, que como a todos los niños le cerró la puerta de su infancia para que le golpease la adolescencia. El gran chasco no fue comprobar que Santa Claus eran

los padres, sino enterarse de que las sirenas eran seres de leyenda que solo existían en los cuentos, películas o en la imaginación. Nica lo contaba con la mirada perdida en el horizonte del mar como esperando que una sirena apareciese repentinamente ante nuestros ojos y poder recobrar parte de su niñez para transformarla en una feliz gota del pasado. Solo se me ocurrió decirle que quizás sí existieran las sirenas, pero que se escondían de los demás peces porque se avergonzaban de la mitad superior de su cuerpo, de esa malvada especie que las atrapaban impunemente en sus redes aniquiladoras y que depositaban sus deshechos con descaro en sus cloacas, esos mares que tanto dicen amar. Nica sonreía mientras me decía:

— Está bien ser un soñador.

— No soy un soñador, estoy seguro que existen de verdad, lo he leído en una edición del National Geographic dedicado en exclusiva a las sirenas.

Ver reír a Nica era un regalo para los sentidos. Los ojos se le cerraban casi por completo y derramaba una o dos lágrimas que se secaba con la manga de la camisa, el cuello se le estilizaba aún más y la nuez se le avistaba entre los tendones marcados, mientras la boca entreabierta dejaba emerger una juguetona lengua que acababa levemente mordida entre sus dientes. El golpe de risa siempre acababa con una mano apoyada en su cadera con una mirada suplicando que no siguiera porque estaba superada por la felicidad.

Nos sentamos mirando al horizonte, tratando de adivinar su principio y su final. Avistamos un barco de gran dimensión que a nuestras miradas parecía como un punto diminuto, un petrolero, decía mi amiga, un gasero contradecía yo, con el único propósito de jugar, un metanero puntualizaba ella. Sí, sí exacto, es un metanero, pero además lleva droga. Cocaína líquida, para ser exactos. No, no, es éxtasis gaseoso. Pues desde aquí huele a pegamento...

Las carcajadas continuaban sin descanso cuando el lejano barco las interrumpió con un toque potente de sirena que se oyó con claridad desde la orilla de la playa donde permanecíamos sentados. Nos miramos y casi al unísono estallamos con el mismo pensamiento: ¡Las sirenas existen!

Nos revolcamos jugando en la arena como dos chiquillos cómplices apartados del mundo real. Corrimos por la playa uno detrás del otro, nos mojamos salpicando con nuestros pies el agua del borde del mar, compartimos momentos de una niñez olvidada. Por fin, cansados de retozar por la arena nos volvimos a sentar respirando con dificultad, todavía con la risa entrecortada, y nos abrazamos, con fuerza, con la neutral necesidad con la que se abrazan los seres que necesitan conocerse para despegarse de sí mismos y liberarse por completo. El abrazo duró lo que tiene que durar la unión física de dos seres, una eternidad, y mientras nuestros cuerpos se entretejían, las mentes reposaban, porque sabían que Nica y yo estábamos unidos por ese algo mágico que nace de la verdadera amistad.

— Nos hemos equivocado — dijo — El barco no es ni un petrolero, ni un gasero, ni un metanero, ni un contrabandista.

— ¿Qué es entonces? — pregunté, agradeciendo la ruptura del silencio.

— Está claro, es un avistador de sirenas.

Nica acababa de recobrar su inocencia perdida. Solo había que observar su nueva mirada para comprobar que era una renacida mujer, desinhibida, armoniosa y enérgica. Estos últimos días quizás lo parecía pero se intuía un esfuerzo por alcanzar ese estado de ánimo. Ahora, sentada junto a mí en la arena, estaba una Nica con un aura de felicidad que hasta entonces no había observado. La naturalidad vital estaba bajo su dominio, sin artificios, sin pudor, se encontraba en un estado de claridad, como si un viaje iniciático le hubiese trasladado a un lugar que siempre había estado buscando pero que la maleza no le permitía alcanzar. Verla, junto a mí, repleta de dicha, era el regalo que necesitaba para terminar de escapar de mis miedos y dudas.

Me acarició la mejilla, con sabia ternura y fue en ese momento cuando comenzó a desvelar una íntima confesión:

— Puede que pienses que soy desdichada por lo que te voy a contar, pero yo, que soy la que más peso tengo en ese tipo de opiniones sobre mí misma, no lo creo. — De esta manera tan inteligente y elegante adelantó la introducción de la confidencia.

Nos sentamos en la arena, Nica asida a sus rodillas mirando al mar en calma de Tilflugt y yo apoyado en mis antebrazos disfrutando de la vista de la parte posterior de su estilizado cuello. Tras una pausa y con el respeto de mi silencio, se tumbó dejando su cuerpo en una situación inerte cerrando los ojos con fuerza como si el sol oculto por las nubes amenazantes de lluvia le impidiese despegar los párpados. Por solidaridad adopté la misma posición corporal y cubrí mis ojos con las manos en búsqueda de una oscuridad compartida que le facilitase escupir el veneno o el azúcar de la manera que ella escogiera. Fueron varios minutos de silencio reparador, parecíamos dos enfermos a punto de ser operados en el quirófano mientras el cirujano y sus ayudantes preparaban el protocolo anterior a la anestesia.

—No siento atracción sexual alguna por los hombres —fue la siguiente frase lapidaria que salió de sus labios.

Yo seguía con los ojos tapados estando seguro de que Nica permanecía a oscuras. Era mucho mejor así, más primitivo e imparcial, jugábamos en un campo de minas sin árbitro pero con la sensación de que las normas iban a ser respetadas por ambos contendientes, los cuales no conformaban más que una pareja de cigotos más cercanos el uno del otro cada segundo que pasaba.

—Tampoco soy lesbiana. —A partir de esta segunda negación se disparó y sus palabras comenzaron a rodar sin descanso, una tras otra, como si llevaran encerradas miles de años en una olvidada prisión. Salían de su boca pero también brotaban de sus ojos oscurecidos y de su cuerpo aletargado.

Mis manos seguían pegadas a mis ojos abiertos para evitar observar aquel espectáculo tan íntimo, no debía acudir al *show* que me estaba ofreciendo, mi deber era ser un mero depositario de sus frases, de sus verbos, de sus exclamaciones, de sus afirmaciones y negaciones, de sus interrogantes, de sus pausas, de sus suspiros, de sus risas, de todo aquello que saliese de su cálido interior.

“Cuando tuve mi primera regla, con trece años, ya tenía un gran interés por descubrir lo que el sexo iba a significar en mi vida. Las conversaciones de mis amigas circulaban en torno a la relación con los chicos del colegio, tema que a mí no me interesaba en absoluto, porque el ángulo desde el que yo observaba la sexualidad era el

de experimentar el placer por sí mismo, sin necesidad de ser compartido. Me sentía extraña entre las chicas de mi edad, era la típica niña, o chica, o casi mujer, que en apariencia estaba siempre callada porque tenía el cartel de tímida y acomplejada por culpa de un físico extremadamente delgado. La respuesta a ese silencio era que el pensamiento abstracto de mis amigas acerca de lo que debía ser el sexo yo lo bajaba a ras de tierra, cosa que me podía etiquetar ante las demás chicas como una guarra libidinosa. Me masturbaba todas las noches con la naturalidad que se reza un padrenuestro antes de acostarse. Gozaba, eran mis momentos secretos en los que me relajaba y me disponía a exprimir lo que quedaba de mi juventud, como si el mundo se fuese a detener y no hubiese amanecer posible.

Todas las chicas que conocí se habían masturbado en alguna ocasión, incluso varias se regalaban entre sí consoladores (los de estimulación de clítoris eran muy socorridos), pero yo parecía pertenecer a una especie diferente al resto de las chicas. Está comúnmente admitido que el fin de la masturbación no es el acto en sí mismo, sino que funciona como un sucedáneo o complemento de las relaciones sexuales con personas deseadas. Para mí era todo lo contrario, la masturbación era un método de relacionarme conmigo misma, un acto reflexivo de aceptación de mi cuerpo en el que admitía mis torpezas, pero también mis aciertos. Todas mis amigas cuando se *tocaban* confesaban pensar en un encuentro con alguno de los chicos más *sexys* de la clase o con algún actor o cantante de moda. En mi caso era todo lo contrario, si en esos momentos de lujuria mi mente imaginaba a cualquier chico o chica estando en contacto conmigo, mi libido desaparecía en ese mismo instante. Necesitaba pensar en mi cuerpo, única y exclusivamente en mi cuerpo, concentrarme en los movimientos de mis dedos pulgar e índice apretando mis senos y resbalando por mis pezones con la ayuda del toque justo de saliva. Tenía que trasladar mi mente al contacto con mi vagina, siempre partiendo de la pelvis para ir bajando a encontrarme con el clítoris estimulado con el simple roce de los dedos índice y corazón. Y todo debía desencadenar en centrarme en tener varios orgasmos consecutivos intercambiando pasiones entre vagina y clítoris, clítoris y vagina. Siempre lo conseguía, era un acto mecánico, pero a la vez mágico por la perfección alcanzada.

Era el secreto mejor cobijado de mi pubertad. Me sentía libre y completa, no necesitaba probar las experiencias que otras chicas idolatraban. En lo único que debía centrarme era en mantener el secreto con la única ayuda de una llave gigante que custodiase mi límite de capacidad de autocontrol.

Una noche de verano, en un campamento organizado por el instituto, todo se derrumbó con la complicidad del calor de una tienda de campaña y el empujón de un exceso de alcohol. Todas mis amigas empezaron a contar las experiencias sexuales más excitantes o absurdas que habían tenido con otros chicos del colegio. En esas situaciones había adquirido la habilidad de parecer ante el resto una especie de organismo transparente que no tenía nada que aportar. En esa ocasión los focos se iluminaron y convergieron en mí sin piedad alguna, todas las chicas me miraban escupiéndome su inquietud por averiguar cuál era mi secreto. El alcohol hace que salga todo de una, lo bueno y lo malo, lo cruel, siniestro, íntimo, todo florece y como una selva imparable arrasa con todo aquel que ose cerrarse a su inquisición. Todas mis amigas reían y me impulsaban hacia el precipicio que llevaba esquivando muchos años.

— Cuenta Nica, seguro que te has tirado a más de uno.

Ese era el resumen del contenido básico del interrogatorio múltiple. Mi primera opción para salir del apuro la llevaba preparada, se podría decir que ensayada desde hacía mucho tiempo. La solución era muy simple, lo único que debía hacer era mentir. Inventar un relato amoroso, un escaqueo sexual con algún tipo vulgar del instituto, dar cuatro o cinco detalles del tipo “la tenía pequeña”, “su aliento apestaba a chicle de regaliz”, o similar y habría salido del apuro sin problema alguno. Sin embargo, me encontraba misteriosamente desinhibida, pudiera ser por el exceso de cervezas que había bebido, o porque tenía una necesidad oxidada de enfrentarme cara a cara conmigo misma presentándome en sociedad sin ningún tipo de ropaje. Cerrando los ojos para obviar todas las miradas adolescentes que estaban clavadas en mí, de mi boca salieron las palabras que tanto tiempo habían permanecido ocultas.

— Nunca he estado con un tío.

Risas, preguntas irónicas y sinceras, palmadas de consuelo, gestos de incredulidad y palabras de ánimo se sucedieron ante mi confesión. Sin darles demasiada información añadida les quedó claro que yo no era lesbiana y que era virgen por voluntad propia. Quedé reducida a una oyente más de las diferentes explicaciones que se plantearon para justificar que yo renunciase al sexo compartido. No necesitaban mi aprobación o negación acerca de ninguna de sus opiniones. Se dividieron en dos bandos, aquellas que aseguraban que tenía un problema y las más piadosas que me excusaban con la rotunda frase: Nica hace bien, todos los tíos son unos cerdos.

Desde aquella noche en el campamento quedé marcada con dos banderas difíciles de quemar. Una era la de la mojegata que se creía más especial que el resto, lo cual me presentaba como una prepotente y, por lo tanto, estúpida integral. Ante otras chicas yo era la pobre Nica que tenía aversión al sexo por alguna inseguridad propia que no lograba dominar. No sabía cuál de las dos actitudes me hacía más daño. En un principio me acerqué a las chicas que parecían protegerme, pero me sentía como una enferma en fase terminal a la que la sobreprotección de su entorno le invita a abandonarlo todo. Poco a poco me fui alejando de la buena voluntad de aquellas chicas y de las burlas de la otra facción y me refugié en mí misma.

Semanas más tarde encontré una mano amiga en un chico del instituto. Tenía que ser otro perteneciente a la raza de los diferentes, como yo, no cabía otra posibilidad. Todos le llamaban Sting, como al cantante de The Police, no solo por su parecido físico, sino porque su indumentaria recordaba en ocasiones a los policías de las carreteras americanas del Medio Oeste. Gafas acristaladas, pantalones de cuero y chaquetas con estrellas tipo sheriff eran muy habituales en su peculiar vestuario. Pero la principal particularidad por la que parecía un policía solitario de carretera secundaria era porque siempre estaba paseándose solo por los pasillos del instituto o se tumbaba en el parque cercano al colegio acompañado de algún libro que separaba el cielo de sus singulares gafas. Sting, además, tenía una particularidad por la que era diferente al resto de chicos del colegio, era gay.

— No homosexual — me indicó él — soy, simplemente, gay.

Así lo decía, con pausas, como si para acabar cada palabra de la frase se le agotase la reserva de oxígeno de los pulmones, lo que otorgaba a su comentario la categoría de sentencia evidente. Sting sostenía que homosexuales hay muchos, pero la mayoría, sobre todo a esas edades, o no lo querían admitir de momento, aplazando su condición hasta otros instantes menos convulsos en sus vidas, o no tenían la valentía de confesarlo. Gay, decía, son los homosexuales que se han admitido a sí mismos, tal cual, y además no lo ocultan.

— Yo ya pasé el calvario de la homosexualidad y ahora soy un simple gay — proclamaba con su particular orgullo cargado de ironía.

Nos hicimos inseparables, paseamos por las zonas menos concurridas del colegio, intentando parecer simples siluetas sin vida. Esa era la forma en la que nos refugiábamos de la crueldad juvenil que nos rodeaba. Nos daba resultado, nos reíamos de todo y de todos, cualquier contratiempo nos hacía sonreír y los problemas mayores estaban aparcados a años luz de distancia. Mi etapa de conjunción con Sting es la parte de mi juventud que recuerdo como lo más parecido a la ausencia de infelicidad. No podría decir que fueran unos meses alegres, emotivos o felices, pero sí catalogarlo como un tiempo de no presencia de los demonios que me invadían, lo cual era todo un paso adelante.

Cuando el mar bravo se convirtió en un calmado lago, los problemas volvieron a crecer. La culpa no fue de Sting, tampoco creo que fuese mía, simplemente es inherente al ser humano cuando está con la guardia baja, porque cuando pensamos que todo está transcurriendo en el orden establecido cometemos los más graves errores.

Una tarde de domingo fuimos a practicar a una pista de patinaje sobre hielo. Sting era un aficionado con bastante pericia e intentó darme unas nociones básicas para mantenerme en pie con dignidad. Me divertía, era innegable, pero veía a mi amigo un tanto atado a mi rol de patosa, por lo que le imploré que llevase su propio ritmo y yo ya me las apañaría. En la tercera o cuarta caída un chico me ayudó a levantarme.

— Las piernas, demasiado cerradas — fue lo primero que salió de los labios de Brand.

— Es la primera vez — dije como si me excusara por mi torpeza.

Ambos nos reímos al darnos cuenta de la breve conversación con doble sentido que acabábamos de tener. Una vez incorporada comprobé que Brand era el arquetipo de adolescente repleto de todos los accesorios que se les presume: Acné pronunciado, piernas largas como salidas directamente de la pelvis, una media barba formada de pelusilla rubia, cejas pobladas, un pelo abundante y rizado de color rojizo, unos ojos oscuros brillantes y la etiqueta de timidez presente en su rostro.

Es guapo, pensé.

El hecho de que durante mi corta vida hubiese rechazado la práctica del sexo nunca me había coartado para fijarme en la belleza de los chicos, pero esta vez sentí que mi punto de vista hacia el atractivo de aquel chico había cambiado. Algún mecanismo ajeno a mí hasta ese momento se acababa de activar. Ese simple soplo de aire fresco en forma de *es guapo* no me había atrapado jamás hasta entonces ¿Era aquello una premonición de que algo estaba cambiando? Y en caso de que fuese así, ¿era un paso adelante o una señal de peligro inminente? El balneario de mis meses junto a Sting me había relajado, era una evidencia, y quizás es lo que necesitaba para dar un giro a mi negación de la sexualidad compartida.

— Brand — se presentó rompiendo mi silencio mientras alargaba la mano para evitar que volviera a caerme.

— Nica, me llamo Nica — contesté mientras dejaba que su mano no se soltase para empezar a patinar juntos.

Brand fue mi primer novio. Era un año menor que yo y pensé que era una gran ventaja donde cobijar mi aprehensión al sexo. No le conté nada acerca de mis miedos y problemas porque llegué a pensar que era un crío que no entendería nada y podría afectarle en su autoestima y orgullo. Él me dijo que no era virgen pero que esperaba lo que fuese necesario. Como todo adolescente había aprendido lo que tenía que decir en esas ocasiones, pero la realidad era que su mirada se transformaba cuando él y yo nos besábamos o nos acariciábamos. Si algún día tenía que dar el salto al vacío decidí que era el hombre que necesitaba, precisamente por todo lo contrario, porque ese chico todavía no podía aparecer en el catálogo oficial de *Hombres-Hombres*.

Sting era el único confidente de mi gran secreto.

— Adelante, no tengas miedo, pueden pasar dos cosas, que te defraude como nos pasa a la mayoría la primera vez o que te encante y no pares hasta que te hartes — fueron sus palabras para exponer en la galería del *no pasa nada*.

El resto, la verdad, me la dijo con su mirada y con su abrazo posterior. Lloré y creo que Sting también. Tendré grabado por siempre ese momento, sentados en el banco del parque más escondido del colegio, en secreta confesión, decidiendo en comandita cómo plegarme a lo que debía ser y no a lo que quería ser, y lo que más dolía, sabiendo ambos que éramos prisioneros de lo preestablecido.

Todo lo que me sucedió los años siguientes pertenece al recuerdo de una Nica desconocida, desconcertada, que seguía el curso de los acontecimientos que me iban abordando como si yo no fuese la destinataria de las desdichas. Me entregué al sexo de manera compulsiva, buscando algo o a alguien que me demostrase que estaba equivocada y pensando que lo único que necesitaba era buscar en las entrañas del bosque la seta que no estuviera envenenada. Tuve novios, aventuras de una noche o de fines de semana, uno tras otro, entregándome a ellos con la esperanza de que la aberración al acto carnal se diluyese como las nubes desaparecen con los vientos malditos. Llegué a probar las relaciones con alguna chica, pero nada cambiaba, el envase no lograba hacer olvidar el olor a podrido del contenido.

Durante años acudí a psicólogos (una mujer madura, un hombre con sonrisa paternal y una joven recién salida de la facultad), a psiquiatras (un suizo judío que insistió en psicoanalizarme sin lograrlo, una doctora amiga íntima de la química y un experto en hipnosis), me involucré en terapias grupales e individuales y me apoyaba en múltiples medicamentos convirtiendo a los ansiolíticos y antidepressivos en la maleta que me acompañaba en todos mis actos cotidianos. El diagnóstico de todos ellos tenía un nexo en común, el recuerdo perturbador de mi malvado y maldito padre biológico era el tabique infranqueable que me inmovilizaba ante la idea de tener contactos íntimos con cualquier hombre. En cuanto a las mujeres, la explicación que me ofrecían era más pueril, simplemente, no me atraía el sexo femenino. Todas las terapias iban dirigidas a destruir

ese muro en forma de negro recuerdo paternal. Los años pasaron como los papeles de una agenda imaginaria, con la sensación de que esa vida atormentada y repleta de complejos no me perteneciera y fuese una Nica anónima, en continua búsqueda de mi verdadera personalidad. En los espejos en los que me miraba no reconocía a la Nica independiente que a su manera manejó la adolescencia con relativa felicidad. Me estaba convirtiendo en un experimento farmacológico y de elasticidad mental dirigido a encontrar otra Nica y llegó el momento de decir basta. Tomé el camino fácil, el de las personas vacías, acabé en un hospital inconsciente después de haber ingerido varias docenas de cápsulas de todo tipo, tamaño y color. No quería acabar conmigo, solo pretendía escupir toda la confusión que entre unos y otros, incluida yo misma, había ido acumulando. Cuando desperté entendí. El fondo marino era nebuloso, demasiado turbio para alguien con esperanzas tan simples como las mías, debía elegir mi senda con la ayuda de mi intuición, sin pretender copiar lo que el resto consideraba imprescindible. Pensaba, todavía aturdida por las luces asépticas del hospital, que la renuncia era la elección adecuada.

— ¿Qué dice señorita? — creo que me preguntó un médico o enfermero que intuía ver entre mis párpados semiabiertos.

Debía estar pensando en voz alta sin ser consciente de ello.

— Renuncia — repetía.

Entró mi madre a la habitación mientras el médico o enfermero intentaba que ella descifrara mi palabra repetida sin solución de continuidad.

— Renuncia, renuncia, renuncia,...

La renuncia, esa fue la decisión que me salvó de un destino fatal, de la autodestrucción, del suicidio. Renunciar al sexo compartido, refugiándome en la masturbación, olvidarme de que el resto de los humanos eran objeto de deseo y centrar mis placeres sexuales en mí misma, sin complejos, sin dudas, con la misma naturalidad con la que un vegetariano opta por no comer productos animales. Me convencí de que yo era una vegana del sexo y como tal no debía dar explicaciones a nadie, ni intentar cambiar el rumbo de mi elección. Ésa era la situación con la que debía convivir y no había vuelta atrás,

había elegido libremente la renuncia y la renuncia me enseñó a mirar al futuro con un prisma de libertad.

Hacía ya un buen rato que había retirado las manos de mis ojos y observaba cómo los labios de Nica iban dibujando el íntimo relato. No hizo apenas pausas, como si su historia de complejos y superación saliese sola de su boca, sin esfuerzo mental alguno. No eran sus palabras las que se oían en aquella pequeña playa, eran parte de la misma Nica fraccionada que se fusionaban con los mínimos granos de arena que a ambos nos envolvían. Estaba entera, no lloraba, se la veía completa, no había suspiros ni miradas en búsqueda de comprensión y aceptación. Tan solo prestaba atención al mar con la barbilla erguida y una ligera sonrisa que demostraba que la renuncia, en efecto, la había convertido en un ser libre. En esos momentos mi admiración por ella se multiplicó. Sin alcanzar a entender del todo su capacidad de aceptación de su individualidad, percibía en Nica algo intangible que no había logrado intuir en nadie más hasta ese momento, era dueña de sí misma, era la vida envuelta en vida o la muerte pisada por la muerte, no sabría discernirlo, pero lo verdaderamente importante era que conformaba un ente indivisible. Nica pertenecía a la rara especie de la gente íntegra.

—¿Sabes lo que decía Woody Allen de la masturbación?

Me miró de reojo con un ademán de agradecimiento por romper el silencio de aquella forma.

—No recuerdo bien, creo que era en “Manhattan” o en “Hanna y sus hermanas”, o en cualquier otra... —alargué voluntariamente la contestación para disfrutar de su agradecida mirada dandome pequeños codazos para acelerar mi respuesta.

—Cuenta de una vez, ¡pesado! ¿qué es lo que decía Woody Allen? —me preguntaba mientras nos retirábamos la arena pegada en la planta de los pies y yo me hacía el olvidadizo.

—Que lo que más le gusta de la masturbación son... los cariñitos de después.

Las carcajadas de Nica brotaban con impulsos armónicos mientras agarraba mi mano para ayudarme a levantar.

—Y, por cierto, yo también soy un gran admirador y practicante disciplinado del onanismo —añadí mientras ella seguía riendo sin complejos.

—Vamos al Gold Inn para celebrarlo, invito yo.

—¿Celebrar el qué? —pregunté con ingenuidad.

—¡Qué va a ser, tonto! Celebrar que ahora somos más amigos que hace diez minutos y nos queremos más que hace diez minutos. ¡Es un auténtico acontecimiento!

Nos cogimos de la mano mientras salíamos de la playa a la carrera. Según caminábamos hacia el pub recordaba la teoría de la Santísima Trinidad, niñez, sexo y muerte, narrada por Gold la noche anterior ante la mesa de los sin nombre y comprobaba cómo la ecuación se cumplía con paralela exactitud en la vida de Nica. Nica y Gold tenían una niñez marcadas por la trágica muerte de sus seres más queridos, la madre de Gold y el padrastro de Nica. La importancia del sexo les dejó una mochila pesada de transportar, a Gold por su condición de homosexual y a Nica por la negación tajante de compartir su sexualidad. Desde que les vi juntos comprendí que se trataba de dos almas gemelas y los hechos que iba descubriendo me estaban desvelando que mis predicciones se cumplían. Gold y Nica, Nica y Gold eran la esencia del mismo elixir, dos personas fusionadas en fragmentos de la misma materia.

Como por arte de magia pudo leer mi pensamiento.

—¿Dónde diablos se habrá metido Gold? —me cuestionó corroborando la reflexión en la que estaba enfrascado.

—Vete a saber... quizás haya vuelto al armario de donde salió—. Tal y como había entrenado una y mil veces en mis conversaciones con Colette, la ironía y el humor sarcástico me ayudaron a evadir mis quebradizos pensamientos sobre el duro pasado de mis dos amigos.

Nica volvió a reír desinhibida mientras me daba una delicada palmada en el cuello reprochando la pequeña maldad que acababa de salir de mi boca.

LOS SIN NOMBRE

Nica entró con decisión al Gold Inn sintiéndose una mujer diferente, satisfecha por haber vaciado todos sus recuerdos amargos en la extensa confesión de la playa. Yo la seguí hasta la mesa del fondo con la esperanza de que esa noche todo se arreglaría. No sabía por qué efímera intuición todas las incógnitas podrían solucionarse con la ayuda de los sin nombre. Había algo incomprendible en ellos, en su actitud, en sus movimientos, en sus gestos, en sus sonrisas y en sí mismos que me indicaban que “mi muerte” tenía una explicación, o como mínimo un motivo aparente. Era consciente de que esa impresión no atendía a razonamiento alguno pero Nica y yo no éramos por aquel entonces dos personas preparadas para objetivar la realidad o la fantasía, tan solo éramos capaces de ver venir lo que aconteciese como los pájaros sienten el viento que les gobierna.

La supuesta hija del dueño del local preparaba con desparpajo las mesas donde se solían sentar todas las noches los sin nombre. Juntaba mesas, las arrastraba de un sitio a otro y colocaba sillas a su alrededor repasando con el dedo índice el número de sitios que iban a ser ocupados. Nica y yo nos miramos y creo que fuimos apresados por el mismo pensamiento. Sonreímos al unísono, pero lo mismo que la idea apareció de forma espontánea, fue rechazada al instante. Preguntar a la hija del dueño del local acerca de los sin nombre no nos pareció ético. Decirle, muchacha sírvenos otra pinta, por favor, y luego indagar acerca de los sin nombre con preguntas como ¿por qué vienen?, ¿cada cuánto vienen?, ¿cuántos grupos son?, ¿cuánto tiempo llevan en la ciudad?, ¿de qué se conocen?, serían cuestiones que la chica podría contestarnos. Sin duda era un atajo cómodo, una forma segura de obtener información acerca de esa gente, pero se trataba de una traición no solo a ellos, sino a nosotros mismos. Acortar los tiempos para conocer no nos iba a ofrecer ninguna satisfacción, muy al contrario, nos dirigía a un lugar en el que no nos sentiríamos a gusto. El camino hacia la verdad solo podría escribirse a través de involucrarnos, debíamos convertirnos en un sin nombre al menos durante esa noche para tratar de comprender y una vez transformados en uno de ellos, algo me sugería que el misterio de mi muerte quedaría resuelto.

Esa noche no había música en el local y la poca gente que estaba tomando algo fue desapareciendo hasta que en un momento dado comprobamos que los únicos clientes del pub éramos Nica y yo. El viejo camarero nos invitó a otras dos pintas, con gesto serio como si fuese su obligación por valorar nuestra fidelidad. Cuando se retiraba con su bandeja vacía volvió su cabeza y con un leve gesto de cordialidad dijo:

– Ahora vienen, están al llegar.

Al escuchar la firme sentencia del viejo, Nica y yo nos sentimos transparentes. Los humanos pensamos que nuestro interior está acurrucado, escondido en una profunda sombra, cuando la realidad es bien distinta. Si hay algo que nos obsesiona, solo hace falta tener enfrente a una persona experimentada y observadora, como sin duda era el caso del dueño del Gold Inn, para que todo lo que tengamos grabado lo exhibamos como las sábanas de los colgaderos en los barrios marginales.

El silencio se hizo más pronunciado y decidimos respetarlo. Nos mirábamos y con la sencillez con que se mastica un chicle concluimos que la espera debía ser así, pasiva y contemplativa. Los acontecimientos vendrían por sí solos y dejarnos llevar por ellos era la única opción. Los minutos se agolpaban en el reloj con motivos marineros que parecía escondido en un rincón de la pared de madera más recóndita del local. Pensé que estaba allí situado a propósito para que los habitantes del Gold Inn no se vieran acuciados por el devenir de las horas, pero también deduje que era un objeto sentimental para el dueño del local unido con total seguridad a un pasado de duro trabajo en la mar. Centrarme en el viejo reloj olvidando el motivo de la espera me ayudó a preparar mi estado anímico para lo que pudiera suceder. Si no ocurría nada no debía decepcionarme y si lo que aconteciera iba a cambiar mi vida la mejor opción era estar desnudo ante las eventualidades, y qué mejor manera de estar preparado que centrarme en la importancia que un antiguo reloj puede tener en una vida ajena. Nica, mientras tanto, depositaba su mirada neutra en el posavasos de su cerveza y jugueteaba con él haciéndole pequeñas muescas con las uñas de sus dedos pulgares. Yo contemplaba un objeto lejano, casi invisible en el pub y ella optaba por lo más cercano. Era un punto de conexión entre ambos y un mundo

entero de separación. A los dos nos unía la necesidad de abrigarnos con un manto protector tangible, ajeno a nosotros, pero Nica elegía un posavasos, lo próximo, lo conocido, algo accesible y cercano que le otorgase la posibilidad de acompañarla en ese momento de incertidumbre y yo optaba por todo lo contrario, un reloj escondido, algo incierto, a oscuras, un acertijo que no me pertenecía. Así de iguales y diferentes somos los seres humanos, todos necesitamos que nos arropen pero las manos que lo hacen nunca son las mismas.

Mi mirada se intercalaba, sin previo aviso, entre el reloj escondido y las manos de Nica manejando el posavasos, cuando la puerta del Gold Inn se abrió desde afuera. Llegaban los sin nombre, también en silencio, como si conocieran que hoy era un día especial y el ruido no formase parte de la escena prefabricada. Se fueron acomodando, dejando sus chaquetas y complementos en las sillas. Daba la sensación de que todos tenían un sitio específico asignado y que lo conocían. Reconocí a la mayoría del grupo. Eran diecisiete personas y a todos, menos a dos, una joven de aspecto intelectual y un hombre de unos cuarenta años que cojeaba ligeramente de su pierna derecha, los había visto en el local las noches anteriores. Se sentaron en tres mesas, dos ocupadas por sendos grupos de seis personas y una de cinco en la que se colocaron. Allí estaban la chica negra americana del piercing en el labio, la madura pelirroja de amplia y fraternal sonrisa, el hombre joven indio o pakistaní con una camisa de seda del mismo corte pero de un color más oscuro, el voluminoso hombre rapado con sus tirantes como detalle más visible y la benjamín del grupo, la chica de rasgos orientales que destacaba por su vestir desenfadado. Ocuparon su sitio en la mesa de cinco asientos y acercaron tres sillas a su mesa que dejaron completamente vacías. Era una mesa de ocho en la que tres huéspedes no habían llegado. Nica y yo nos miramos y comprendimos. Su invitación era una evidencia, pero realizada de tal manera que dejaba a nuestra libre elección tomarla o rechazarla. La noche anterior se contaron en esa mesa relatos propios o ajenos que partían de las sensaciones o sentimientos de cada uno y pensé que esa era la razón por la que su sugerencia fue tan sutil. Comprendimos que la tercera silla estaba destinada a Gold, cuya ausencia no conocían.

– Vamos allá, ¿a qué estamos esperando? – Nica me agarró del brazo y me dirigió con firmeza al grupo.

—¿Y vuestro amigo? —preguntó con interés la mujer del pelo cobrizo.

—Se lo ha tragado la tierra —dije con torpeza.

Sus miradas se congelaron, recordando el duro relato que Gold había depositado en esa mesa hacía menos de veinticuatro horas. Mi cruda y estéril sinceridad solo contribuyó a que el encuentro estuviese a punto de diluirse en cianuro. Nica, ágil y coherente, remedió la fría acogida con una salida inteligente.

—Pero no os preocupéis, la tierra siempre vuelve a escupirle.

Los cinco rieron aliviados porque el frío encuentro se había tornado tibio. Nos invitaron a tomar asiento y charlamos unos minutos acerca de qué tal nos había ido el día y entremeses por el estilo. Parecía que el tiempo no importaba para ellos, había silencios, charlas entrecruzadas entre todos, o por parejas y tríos, más silencios, risas que acompañaban a los comentarios frívolos, vacíos o trascendentes, y sonrisas, muchas sonrisas regaladas entre todos. Yo escuchaba, apenas participaba porque estaba agazapado, esperando que algo sucediera, no sabía qué, quizás algún relato esencial que me abriera los ojos y comprendiera por qué estaba en Tilflugt, El Refugio. Nica estaba más participativa y llegó un momento en el que la vi como una más del grupo. La miraba y veía en ella otra sin nombre. Lo había logrado, ese era el estado de paz y de armonía que yo deseaba pero no lograba alcanzar. Imaginaba que Nica empezaba a comprender debido a que su tranquilidad delataba un brote de conocimiento del porqué. Para mí seguía siendo una incógnita, necesitaba una prueba, algo que me golpease en pleno mentón y me hiciera despertar.

—¿Qué tal alguna historia interesante? —el hombre de los tirantes miró al grupo con complicidad.

—Creo que ayer ya hubo bastantes ¿Y por qué no pequeños cuentos o algo de poesía cínica? —la chica más joven intervino con suavidad.

—¿Y el juego de los libros? —la mujer pelirroja intervino al comprobar que las anteriores alternativas no habían despertado excesivo entusiasmo.

Esta última sugerencia fue recibida con vítores por los cinco sin nombre que nos explicaron en qué consistía.

—Es sencillo, —dijo el joven indio o pakistaní al observar nuestra cara de sorpresa— cada uno de nosotros tiene preparado por escrito o memorizado un breve texto de algún libro que está entre sus predilectos, lo leemos en voz alta en la mesa y los demás deben intentar descubrir quién es el autor y cuál es el título.

—¿Quién empieza? —intervino la mujer del pelo rojo recordando su papel de improvisada pero omnipresente moderadora.

La chica negra americana sacó un sobre de su bolso y de él extrajo un papel doblado que desplegó con lentitud, sonriendo a los presentes.

—Vamos a ver... —dijo, como coqueteando con su arrugado papel— tengo anotados varios párrafos de unos cuantos libros magníficos y creo que voy a empezar por éste que os va a sorprender y os costará averiguar.

—¡Vamos allá! —exclamó el gran hombre de los tirantes mientras acababa su cerveza y hacía un gesto a la joven camarera para que trajese otra ronda.

—Ahí va —la chica negra americana leyó el texto con energía e ironía propia del mensaje que transmitía el pequeño relato.

Allí fue donde me descubrieron y arrinconaron entre dos escuadrones decididos a identificarme. En seguida se habló de lanzarme al agua. Cuando me llevaron por el conducto más rápido ante el director de la Cuarentena, no me llegaba la camisa al cuerpo y, aunque la constante adversidad me había enseñado el desparpajo, me sentía aún demasiado embebido por la fiebre como para arriesgarme a una improvisación brillante.

No, me puse a divagar y sin convicción.

Más valía perder el conocimiento. Eso fue lo que me ocurrió. En su despacho, donde más tarde lo recobré, unas damas vestidas de colores claros habían sustituido a los hombres a mi alrededor y me sometieron a un interrogatorio vago y benévolo con el que me habría contentado de muy buena gana. Pero ninguna indulgencia dura en este mundo y el día siguiente mismo los hombres se pusieron a hablarme de nuevo de la cárcel.

Aproveché, por mi parte, para hablarles de pulgas, así, como quien no quiere la cosa... Que si sabía atraparlas... Contarlas... Que si era mi especialidad, y también agrupar esos parásitos en auténticas estadísticas. Veía per-

fectamente que mis actitudes les interesaban, les hacían poner mala cara a mis guardianes. Me escuchaban. Pero de eso a creermelo iba un trecho largo. Por fin, apareció el comandante del puesto en persona. Se llamaba "Surgeon General", lo que no estaría mal de nombre para un pez. Se mostró grosero, pero más decidido que los otros. "¿Cómo dices, muchacho? – me dijo – ¿Que sabes contar las pulgas? ¡Vaya, vaya!..." Se creía que me iba a confundir con un vacile así. Pero le devolví la pelota recitándole el pequeño alegato que había preparado. "¡Yo creo en el censo de las pulgas; Es un factor de civilización, porque el censo es la base de un material de estadística de los más preciosos... Un país progresista debe conocer el número de sus pulgas, clasificadas por sexos, grupos de edad, años y estaciones..."

El grupo estuvo en silencio mientras leía el relato, no hubo ninguna interrupción aunque en la cara de la mayoría se observaban muescas de diversión, sorpresa e hilaridad contenida. Cuando acabó la última frase y la chica negra americana volvió a plegar el papel e introducirlo en el sobre sonaron varias carcajadas y se aplaudió la elección.

– Jodidamente astuto y difícil – dijo el calvo hombretón acariciando sus tirantes.

Ese fue el pistoletazo de salida y se empezaron a agolpar las ideas.

– Lo de Surgeon parece que es francés, así que es posible que el autor también lo sea.

– Y me parece que ha utilizado la palabra "damas" por lo que no creo que sea un autor contemporáneo, parece más de principios de siglo.

– Lo que más me llama la atención del texto es el lenguaje desenfadado.

– ¡Qué coño desenfadado; Si es de principios de siglo es subversivo.

– Parece que el protagonista, suponiendo que es el del relato, se ríe de todo y de todos, eso es obvio.

A todas estas aseveraciones la chica negra americana asentía con un gesto divertido pero en silencio absoluto comprobando cómo sus compañeros intentaban saltar desde el detalle al contenido real.

– Creo que incluso va más allá con la sentencia de las pulgas. Diría que el personaje del libro es un nihilista absoluto.

– Punky diría yo.

Todos estallamos en una gran carcajada que resonó en el local como un trueno de felicidad. Varios sin nombre de las otras mesas se volvieron hacia la nuestra con la complicidad que sugería el saberse compañeros de lo desconocido.

– Creo que lo tengo – dijo la joven oriental – un nihilista francés de principio de siglo que utiliza un lenguaje transgresor podría ser...

– ¡Céline; – dijeron al unísono la chica oriental y el joven indio o pakistaní.

– ¡Viaje al fin de la noche; – apuntaron varios en la mesa.

La chica negra americana aplaudió la resolución y todos comenzaron a entrecruzar sus conversaciones recordando dónde y cuándo leyeron el libro, haciendo comentarios acerca de la posible implicación del autor con la ocupación nazi, cómo murió, qué otros libros escribió y temas por el estilo.

Una vez calmada la mesa la chica negra americana esbozó el origen de su elección.

– Hace seis meses estaba realizando un estudio sobre el arte moderno de la primera parte del siglo veinte y comprobé que casi todo lo que iba encontrando estaba centrado en la pintura, arquitectura y música, todo muy sobado y manido en cientos de ensayos. Una noche cenando con un amigo le solté el rollo de mis problemas con el maldito trabajo al que no lograba dar cuerpo y me dijo que leyera "Viaje al fin de la noche". No le hice mucho caso porque el chico que me dio el consejo no es un lector habitual y sus gustos difieren mucho de los míos, pero unos días más tarde buscando unos cuentos de Cervantes en la biblioteca municipal, allí estaba Céline, a su lado, esperándome con su libro. Pensé en la ironía que significaba que el presunto moderno Céline estuviese justo al lado del que dio el pistoletazo de salida a la literatura actual. Cogí el libro y aún de pie en la estantería leí una reseña en el dorso del libro que me hizo soltar una incómoda carcajada, la cual me costó la desaprobación de los silenciosos lectores y de la encargada de la biblioteca: "Si Céline

creyese lo que ha escrito, se suicidaría". Pocas veces he leído críticas tan halagadoras como esa; si yo escribiera un libro me encantaría que se tuviera esa tremenda percepción de mí. Me cautivó y pensé que quizás estaba ante lo que buscaba. Viajé al fin de la noche durante un día entero y Céline me llevó por todas las vísceras de su cuerpo, sin piedad, con rotundidad y sin el más mínimo pudor. Como bien habéis dicho, aunque suene cómico creo que este libro es el precursor del movimiento punk. No es un libro post-moderno, es algo más, es divertido, transgresor, lleno de humor negro, yo diría que es el primer libro pre-moderno que se ha escrito.

Reímos con la vehemente explicación de la chica negra americana y aplaudimos la exposición de su elección.

Se hizo una pausa, unos para ir al baño y otros para fumar un cigarrillo en el puente. Yo aproveché para despejarme en el lavabo mojando mi nuca y mejillas. Salí del baño y el local seguía sin música, con los sin nombre como únicos clientes. Comprobé cómo en las otras mesas se estaban contando relatos, o historias, porque solo hablaba uno de los presentes y el resto atendía en silencio y con evidente interés. Conté como impulsado por un automatismo invisible el número de hombres y de mujeres que había., además de Nica a la que ya la consideraba una de ellos. Allí estaba, en medio del local, haciendo estos ridículos cálculos esperando que la mesa se volviera a formar con la esperanza de que algo se activase en ella que me pusiera en el camino de encontrar la solución a mi "asunto". Me acerqué a la barra y pedí una pinta de cerveza tostada. La bebí con fruición mientras observaba el paisaje del local deteniendo mi mirada en diagnosticar cómo las partículas de polvo en suspensión se desplazaban desde el techo hasta el suelo acompañadas por la tenue luz artificial. En ese estado de obnubilación hubo algo que me llamó la atención, no ya por su presencia, sino por su ausencia. En ninguna de las tres mesas ocupadas había móvil alguno y no conseguí recordar un solo momento en el que cualquiera de los sin nombre hubiese interrumpido por un instante a nadie con el maldito aparatito. Comprobar que se podían inventar islas remotas donde los variopintos sonajeros de melodías absurdas estuviesen desterrados sin la necesidad de que te digan "hagan el favor de apagar sus móviles" me pareció un motivo más para creer que los sin nombre eran una familia en la que tenía que hacer un esfuerzo por ingresar.

Noté con rubor cómo mi móvil estaba en uno de los bolsillos delanteros de mi viejo y entrañable pantalón vaquero y suspiré porque en ese instante no sonase. Imaginé a todos los sin nombre girando sus cabezas en señal de reproche hacia mí mientras me hacía cada vez más diminuto hasta desaparecer aspirado por la luz de la pantalla del móvil. Mi teléfono, como de costumbre, estaba sin batería y sonreí cotejando que las adicciones tecnológicas nunca podrían ser un cepo que me impidiese formar parte de los sin nombre.

En nuestra mesa ya estaban todos sentados dispuestos a continuar con el juego de los libros y me dirigí con paso ambiguo hacia el sitio vacío reservado para mí con la esperanza de descubrir las sombras que ocultaban los secretos del origen de mi "asunto".

La mujer del pelo cobrizo y gran sonrisa extrajo de su bolso una especie de pequeña agenda que manejó con destreza hasta que se detuvo a contemplar con detenimiento el texto que desde mi sitio adivinaba.

—Mi turno —dijo desplegando aún más su sonrisa, edificando con sus bien formados dientes y sus lineales labios un canto a la sensualidad.

—¡Sorpréndenos! —animó el chico indio o pakistaní remangándose con sumo cuidado la camisa de seda.

Un silencio prolongado, similar al de la espera de la lectura del párrafo del libro anterior leído por la joven negra americana, respetó el turno de la mujer del pelo rojo. Todos mirábamos con fijeza la elegante boca de la mujer esperando que su sonrisa se transformase en relato, y éste, en emoción.

Durante un largo rato Nadia caminó por la habitación, oyendo llorar a su abuela, luego tomó el telegrama y lo leyó. Se comunicaba que ayer por la mañana, en Saratov, había fallecido, por causa de la tisis, Alejandro Timofeich o simplemente Sasha.

La abuela y Nina Ivánovna fueron a la iglesia para encargarse de un funeral, mientras que Nadia anduvo durante un tiempo por las habitaciones, pensando. Tenía clara conciencia de que su vida estaba revolucionada; como lo quería Sasha; que ella se sentía allí extraña, sola e inútil, que también a ella todo allí le resultaba inútil; el pasado había sido arrancado de ella y desapa-

reció como si se hubiese incendiado y el viento desparramara las cenizas. Entró en la habitación de Sasha y se detuvo.

«¡Adiós, querido Sasha!» – pensó, y en su imaginación surgió una nueva vida, ancha y luminosa; esta vida de contornos no muy nítidos aún y llena de misterios, la atraía y la fascinaba.

Subió a su cuarto para preparar las maletas y a la mañana siguiente se despidió de los suyos y, animosa y alegre, abandonó la ciudad para siempre.

– ¡Un clásico ruso; ¡No esperaba menos de tí; – el grandullón de los tirantes se pasaba la mano sobre la perfecta cabeza rapada dirigiendo un guiño divertido a la lectora del pelo rojo.

– ¡Es precioso; – halagó la joven oriental de corte moderno.

Otro breve silencio precedió a las incógnitas que sugería el relato.

– Es un clásico ruso, es obvio.

– Descartaría a Dovstoyesky porque no creo que sea su estilo literario y a Tolstoi porque estoy enganchado por entero a él, me he leído todo lo que escribió y no me suena una Nadia abandonando una ciudad. Como me equivoque abandono yo también la ciudad, ¡lo juro!

Todos rieron al unísono.

– Podría ser algo de Turgenyev, por cierto, del que dicen que fue el padre del nihilismo, que no del *punkismo*.

Las carcajadas volvieron a resonar esta vez con más violencia y descaro.

– Yo me inclino más por Chejov, me parece que el texto es muy cercano con el personaje, eso que dice de *“una nueva vida, ancha y luminosa; esta vida de contornos no muy nítidos aún y llena de misterios, la atraía y la fascinaba”* creo que es muy de relato de Chejov.

La mujer de pelo rojo llevaba con la sonrisa escondida unos minutos mientras sus compañeros divagaban acerca de la procedencia del texto, pero cuando oyó el nombre de Chejov volvió a aparecer y los aplausos brotaron con entusiasmo.

– ¡O sea, que se trata de Chejov; – vitorearon.

– Ahora solo nos queda saber cuál de los cientos de relatos del gran Chejov es el que contiene a Nadia y a Sasha.

Estuvieron hablando de Chejov, interrumpiéndose, desaprobando algún comentario, llevándose la contraria, compartiendo opiniones, celebrando coincidencias, y todo con un punto en común, con una base firme allí instalada y firmada por todos: La tolerancia a todo cuanto se opinaba, el respeto a todo lo que se decía, la consideración por aquel que callaba o no participaba. El respeto invadía el ambiente como una burbuja de jabón envolviendo la mesa de los sin nombre. El Gold Inn era un templo de sagrado respeto donde todo el que cruzaba el umbral se convertía en un sin nombre que tenía esa virtud como jurisprudencia voluntaria grabada a fuego en su actitud. No hubo ningún momento de tensión a pesar de las divergentes opiniones, porque ningún comentario derivaba en herida, ninguna mirada era oblicua y los finales de las diatribas eran ordenados y sigilosos.

Nica participó activamente y yo me mantuve en silencio. Había leído a Chejov pero pensaba que no era mi momento porque no podía aportar nada que no se supiera o no se hubiera dicho. Después de más de media hora de charla no había un acuerdo sobre qué relato era el que contenía el breve texto de Nadia y Sasha. Se habló de “El beso”, “La esposa”, “Relato de la señora N.N.”, “Señoras”...

La sonrisa de la mujer del pelo rojo iba y venía según las argumentaciones se acercaban o alejaban hasta que en un momento decidió acabar con su juego y dijo:

– “La novia”. Es un texto de “La novia”.

Aplaudieron la resolución y aguardaron a que justificase su elección.

– Chejov me fascina, ésa es la principal razón de que lo haya elegido, pero seguro que queréis saber por qué.

Asentimos todos como hipnotizados por los movimientos cadenciosos de sus labios.

– Los clásicos rusos son unos precursores y si nos fijamos en sus diferentes autores toda la literatura actual de calidad está influenciada por ellos. Sin embargo, en Chejov hay algo que me atrae por encima del resto. Cuando veo unos Juegos Olímpicos me gustan

todo tipo de deportes pero tengo que reconocer que los cien metros lisos irradian una tensión y emoción que otras pocas disciplinas pueden lograr. Es lo que me sucede con Chejov. Es un humanista, como buen médico del siglo pasado que fue, priorizó la velocidad a la larga distancia e hizo de las distancias cortas un arte, una disciplina completa, compleja y global. Chejov en apenas dos páginas, sin apoyarse en una línea argumental, podía decir más de la vida que muchos autores en treinta años de escritura. Eso es lo que me cautiva de este hombre.

Hizo una breve pausa para beber un sorbo del café con hielo que estaba tomando y aclaró su voz levemente quebrada por la emoción. Hizo una pausa, respetada por todos con un silencio natural, antes de proseguir.

— Podría haber elegido algún relato más emocionante o representativo de su obra como “El beso”, “El reino de las mujeres” o “Casa con desván” pero me he decantado por “La novia” porque tiene un mensaje que nos abre un inesperado horizonte hacia la salvación, nada propio de él y curiosamente es el último relato que escribió. Me conmueve que un hombre como él, a punto de morir, demostrase su lúcida humanidad dejándonos como legado un cuento de esperanza.

Las lágrimas se derramaron descendiendo por sus pecosas mejillas para desembocar, como no podía ser de otra forma, en su inmensa boca; la misma que hacía unos minutos desprendía vitalidad y sensualidad, en ese momento se había transformado en un bosque de emociones. La chica negra americana y el hombre de los tirantes la abrazaron mientras le ofrecían unos pañuelos de papel y decidieron que era el momento de hacer otra pausa.

Salí al puente con Nica a sentir el frescor de la noche. Estuvimos contemplando el agua mansa bajo el reflejo de la luz de las farolas oxidadas por la compañía del mar.

— Estás muy callado — soltó sin mirarme a la cara sabiendo que el cruce de miradas me habría hecho sentir incómodo.

— No sé, Nica, busco algo que no sé si voy a poder encontrar. Igual estoy equivocado y esta gente no tiene nada que ver con el “asunto” que me ha hecho venir hasta aquí.

— No tienes nada que perder, olvídate de todo, participa y veremos qué pasa. Eso es en lo único que te tienes que centrar — el consejo cabal me ayudó a relativizar la importancia de la situación y como consecuencia a relajarme.

— Eres una gran terapeuta, Nica — dije apoyado todavía en la barandilla del viejo puente.

— Y gratis — bromeó con desparpajo.

“Nica, mi terapeuta sin nombre”, pensaba mientras nos dirigíamos de vuelta a la mesa.

El hombre enorme de los tirantes llamativos nos retó con humor fino a descubrir su texto. Nos avanzó que era un libro con una ausencia y que lo iba a leer en español porque si estuviese traducido en otro idioma cambiaría mucho el contenido. Añadió con ironía que no estaba dispuesto a dar más pistas porque nos lo pondría en bandeja.

— Atentos, muy atentos a cada palabra, lo voy a leer muy despacio para comprobar vuestra perspicacia — dijo con su personal voz grave antes de proceder a la lectura.

Queriéndole ofrecer muchos tours del mundo, compré un bimotor supersónico.

Unos doce meses después de que un juez nos hiciese cónyuges, el cuerpo de Judith dio signo de convertirnos pronto en progenitores. Pues bien, en pleno vuelo sobre el continente negro, y por un error repentino en el suministro de combustible, tuvimos que descender sin perder un momento. Con mucho esfuerzo puse, o mejor dicho, posé el bimotor en un pico pequeñísimo, como un mosquero. Nos vimos en un rincón perdido e inhóspito, como si fuese Selene pero en medio del desierto del Chech. En el choque se rompió el tren del bimotor.

Los víveres disponibles hubiesen sido suficientes ese mes, pero el pozo próximo de donde se surten los bereberes intrépidos que se mueven por doquier siguiendo diferentes rumbos, lo tuvimos muy lejos (hubiese sido preciso tres noches de penoso recorrido).

Nos quedamos todos confundidos y con la expresión de sorpresa en nuestros rostros. Nos miramos esperando que alguien dijera algo

que iniciase las conjeturas pero no hubo forma de hacer saltar la mecha.

—¿Seguro que no lo has escrito tú? —dijo la joven oriental de aire moderno precediendo a las risas de toda la mesa.

El hombretón se acarició la calva con gesto de actor sobreactuado y dijo simulando estar malhumorado.

—Ya veo que no os habéis entrenado lo suficiente para rendir con criterio en este partido. Está bien, seré generoso y os ayudaré a resolverlo.

Nos dio un papel a cada uno con el texto y nos dijo que buscásemos con detenimiento algo que faltaba. Leímos y releímos el párrafo, en silencio o compartiendo impresiones con la persona de al lado y las conjeturas iban siendo destruidas individual o colectivamente. Parecía que el entuerto no iba a ser descubierto a pesar de los ánimos que nos imprimía el grandullón de los tirantes. Cuando el esfuerzo de todos y cada uno de nosotros se apagaba Nica gritó como impulsada por un resorte.

—¡La “a”, la “a”, es la “a”!

Volvimos todos a coger el papel que habíamos abandonado y comprobamos que, en efecto, ninguna palabra del texto contenía la letra “a”.

—¡Bravo! ¡Bravo! ¡Bravo! —aplaudió el gran hombre dando una decidida palmada en la espalda de Nica.

—Pero ahora os queda averiguar quién lo ha podido escribir.

Se conjeturó que solo fuese el párrafo leído el que tuviese la particularidad de la ausencia de la “a”. Si ese era el caso yo me aventuré a sugerir que podría ser Umberto Eco. Era mi primera intervención y fue bien recibida, siendo patente que todos acababan de comprobar con alborozo como mi telón se acababa de levantar. Era el primer paso para ser un sin nombre. Se especuló con otros autores pero la chica negra americana recordó que había un libro— experimento de Perec en el que le sonaba que lo había escrito por completo sin utilizar la letra “e”, pero no recordaba el título.

Hasta ahí llegó el análisis y comprobamos cómo la calva del gran hombre de los tirantes brillaba más que nunca como si desprendiera una luz de gozo por nuestra deducción.

—¡Brillante! Pensé que os ibais a bloquear por completo y veo que sois más perspicaces de lo que pensaba. ¡Estoy orgulloso! —dijo llamando al camarero para invitarnos a otra ronda.

—Os la merecéis— añadió con la misma pose que adquieren los pocos agradecidos capataces que quedan por el mundo.

—Os preguntaré por qué es la “a” la que falta y no la “e”, como en el libro de Perec y aunque parezca increíble es por la traducción al español. Yo no sé francés y por suerte cuando era un niño viví varios años en México con mis abuelos, lo cual me permitió tener un nivel aceptable de español. Un amigo me recomendó el libro de Perec “La vida, instrucciones de uso” y me cautivó. Leí algo acerca de su obra y me pareció un tipo tan original y transgresor que llegué al libro en cuestión del que acabo de leer esas líneas. El tipo se embarcó en un experimento que consistía en escribir un libro con línea argumental sin utilizar la letra “e” en ningún momento. No hay que ignorar que la letra “e” es la más común en la lengua gala. Parece increíble, una auténtica chaladura, pero Perec lo consiguió. Y ¡jojo!, el libro tiene más de trescientas páginas.

Nos quedamos sorprendidos y con la necesidad de tener ese extraño libro en nuestras manos para cotejar la habilidad de ese tipo para realizar semejante disparate.

—La paradoja es que Perec es un apellido que contiene solo la letra “e” y conociendo un poco su obra y sus proyectos considero que ese libro, (“La disparition” en francés, por supuesto el título sin “e”), es una especie de broma consigo mismo, como una forma satírica de hacerse desaparecer a sí mismo y convertirse en una persona sin nombre.

Era la primera vez que oía de los labios de otro sin nombre articular ese concepto. Generó una especie de euforia que me reafirmó en el camino que estaba recorriendo. Pensé que ellos mismos sabían que su fuerza estaba en no poseer una identidad visible en ese lugar y soñé con que ese poder me atrapase y ayudase a volver a casa limpio de dudas y miedos.

—Pero mi desconocimiento del francés —continuaba el grandullón con vehemencia— me impulsó a averiguar si existía alguna traducción, lo cual me parecía del todo imposible. Cuál fue mi sorpresa al enterarme de que existía una en español, pero con la diferencia de que se hizo la misma aniquilando a la letra “a”, la más repetida en castellano. Me imaginé la locura que debió ser el proyecto de la traducción, del que por cierto hay un apartado en el libro que explica el numeroso personal de traductores que colaboran y las dificultades enormes que tuvieron y me motivó para leer el libro con admiración por Perec y por la labor de traducción, dos locuras maravillosas. En español el libro se tituló “El secuestro” y ahora ando buscando si el libro está traducido al inglés para ver cómo se las han apañado.

El relato del hombre de los tirantes me llevó por unos momentos al lugar donde Gold se escondía de todo lo que podía herirle. Era indiscutible que Gold era un ser sin “a” ni “e”, que había desaparecido, o se había auto-secuestrado para dejar que el sufrimiento se evaporara. Pensé que todo discurría en aquella mesa con un aire premonitorio inoculado en mis venas. Notaba que todo lo invadía, era imparable y me empujaba sin remisión al mundo de los sin nombre.

Se leyeron otros pequeños párrafos de libros, cuentos y relatos, la chica negra americana narró una descripción melancólica de Marte incluida en “Crónicas marcianas” de Bradbury, el joven indio o pakistaní nos golpeó con un duro pasaje del padre de “Los hermanos Karamazov” de Dostoyevsky, la mujer de la melena cobriza y la sonrisa interminable hizo que bailásemos con los manatíes leyendo un bello pasaje de “El amor en los tiempos del cólera” de García-Márquez, el hombre enorme de poderosa cabeza rapada recitó de memoria el inicio de “El gran Gatsby”, la joven asiática de aspecto vanguardista nos deleitó con un relato conmovedor de “Moby Dyck”. También se leyó, no recuerdo quién, un texto lleno de aforismos perteneciente a “El libro del desasosiego” de Pessoa e incluso Nica se atrevió a recitar un desgarrado poema de Rimbaud. Yo permanecí pasivo, sin aportar lectura alguna pero participando con interés en las resoluciones de las adivinanzas a la espera de una señal que no acababa de encontrar. Al final de la velada, cuando las cervezas eran excesivas y la noche se alargaba sucedió algo que me colocó hielo en la nuca y me activó el método de alerta indicándome

que por fin estaba sucediendo algo inesperado que me podía poner en el camino adecuado para escapar de Tilflugt con los deberes hechos y la paz interior como bandera de retirada por compañera. Fue la mujer de pelo rojo y sonrisa eterna la que leyó el texto que me volteó cuando la madrugada se iba interponiendo en el fin del anochecer.

La literatura no es inocente, eso lo sé yo desde que tenía quince años. Y recuerdo que lo pensé entonces, pero no recuerdo si lo dije o no lo dije. Y si lo dije, en qué contexto lo dije. Y entonces el paseo (pero aquí he de precisar que ya no íbamos cinco personas sino solo tres, el mexicano, el chileno y yo, los otros dos mexicanos se habían esfumado a las puertas del Purgatorio) se convirtió en una especie de paseo por los extramuros del Infierno.

Era un párrafo que conocía y sabía a qué libro pertenecía. Cerré los ojos mientras el resto del grupo elucubraba acerca de su posible procedencia. Volví al tiempo en el que ese libro entró en mi vida, justo cuando Colette y yo empezamos nuestra relación. Me estaba enamorando a la vez que todas las noches leía treinta o cuarenta páginas de “Los detectives salvajes”. La dureza de los relatos y las historias del libro de Bolaño las asociaba con la potencia que implicaba iniciar una relación amorosa. Tal es así que la historia de ese libro (sería más apropiado decir las muchas historias incluidas en “Los detectives salvajes”) las hice propias y me siguen acompañando allá donde vaya. Aún hoy en día, de vez en cuando no puedo evitar ponerme los zapatos de Arturo Belano y Ulises Lima en plena búsqueda de las huellas de Cesárea Tinajero, la escritora olvidada en el México post revolucionario.

Abrí los ojos convencido de que la lectura de ese texto era la señal definitiva. Todavía no sabía cómo gestionar la situación y adónde me llevaría, pero de momento era obvio que me estaba abriendo las puertas a participar con el resto como si fuese uno más de los sin nombre. Era un paso de gigante.

—“Los detectives salvajes”, Roberto Bolaño —dije con timidez.

Toda la mesa celebró mi resolución con entusiasmo. Estuvimos hablando bastante tiempo de la obra de Bolaño, de su forma de escribir compulsiva, como si en cada página se le fuese a extinguir la posibilidad de escribir la siguiente. Nica confesó su admiración por

sus relatos y cuentos, hubo también críticas a la excesiva carga argumental de sus obras, pero había unanimidad en que la emoción y la crudeza imprimía un carácter a sus libros propia de los escritores que dirigen su pluma con el alma y las entrañas. Hubo disparidad de criterios acerca de su última obra, 2666. Algunos pensaban que debía haberse publicado como cinco libros independientes, tal como quiso el autor, y otros defendían el acierto de compilarlos en un único ejemplar.

La madrugada dominó por completo Tilflugt, la claridad se colaba por los ventanales del Gold Inn dotando al lugar de sombras oblicuas que le daban un aire tenebroso, como de panteón entreabierto. Los sin nombre comenzaron a levantarse en dirección a la puerta, saludándose, dándose algún abrazo y pagando al viejo barman sus cuentas de las múltiples consumiciones tomadas. Alguien comentó en voz alta, como de asamblea estudiantil, que tenía un regalo para todos.

—Tomad asiento y disfrutad —dijo una mujer de aspecto juvenil y unos sugerentes ojos furtivos que bien podían surgir de un innato atractivo o del exceso de alcohol.

La mujer prosiguió, hablando en un inglés germanizado, invitando a todos a sentarse enfrente de la pantalla de video que parecía olvidada entre dos cuadros de colores vivos y formas abstractas monocordes.

—Como habéis comprobado hemos estado toda la noche sin música alguna que nos acompañe. Ha sido culpa mía. —La mujer alemana hacía una pausa larga entre cada frase como si el cansancio nocturno la hubiera vencido y el tiempo fuese un desconocido sin importancia alguna.

—Le he pedido expresamente a nuestro querido anfitrión que mantuviese el Gold Inn en silencio porque quería que disfrutaseis este momento como algo único y entrañable.

La mujer pidió al dueño del local que apagase todas las luces y ella misma cerró las cortinas para impedir que la luz del día, cada vez más diáfana, entrase. Hubo un momento de oscuridad casi absoluta en el que era difícil percibir con claridad quién era la persona que teníamos al lado. El video se conectó y la única luz del Gold

Inn irrumpía desde su pantalla. Solo dos colores brotaban de él, el blanco y el negro, mutando en múltiples tonalidades de grises que nos impregnaron de súbito. La música empezó a sonar con claridad, con el candor y la crudeza que cualquier canción de Brel puede transmitir. Eran videos de Jacques Brel, uno tras otro, todos de actuaciones en directo, tanto para televisión o teatros, e incluso algunas grabaciones en pequeñas salas y cafés inundadas de humo donde cantaba en sus comienzos en su Bélgica natal. Yo había escuchado muchos discos de Brel (no podía ser de otra forma viviendo con una francesa), pero nunca había visto grabaciones de sus actuaciones. Brel me gustaba como cantante y como poeta pero no imaginaba la profundidad, personalidad, potencia y emoción que podía lograr en la interpretación de una canción. Comprobé que varios de los sin nombre lloraron con el primer plano interminable de “Ne me quitte pas” mientras Brel nos mostraba sus grandes dientes y el labio tembloroso, con el sudor empapándole la frente y las mejillas, mientras suplicaba que no le dejasen porque sería capaz de llegar a ser “la sombra de tu sombra, la sombra de tu perro”. ¡Qué gran paradoja, ¡qué gran actor; o ¡qué gran genial hijo de puta; pensé que era Brel recordando cómo esta canción la escribió cuando fue él el que abandonó a su pareja. Componer esta cruda canción desde el balcón de la culpabilidad y no desde la soledad nacida del abandono solo está en manos de verdaderos artistas que saben incrustarse en la piel de lo ajeno.

Los videos seguían emergiendo de la pantalla. Me quedé descolocado cuando vi cómo Brel no solo hablaba de las putas, eructos y suciedad en la canción “Dans le Port d’Amsterdam”, sino que era capaz de transportarnos a todos los sin nombre (ya me sentía como uno de ellos, o al menos, un embrión con posibilidades) de un puñetazo a vivir tres minutos con los marineros en ese mundo eclipsado. Fueron apareciendo en procesión “La Quête”, “La chanson de vieux amants”, “Les bourgeois”, “Vesoul”, “Mathilde”, la cínica “Le moribond” y varias más. Apenas cuarenta minutos sin descanso emocional, un tiempo fugaz que en la gran boca de Brel, acompañada de su cuerpo desgarrado, se hizo eterno, porque el sueño verdadero solo lo regalan los elegidos y Brel, sin duda, era uno de ellos. Cuando el video se apagó, algo había cambiado en mí y creo que en todos nosotros. Pensé en lo misterioso que es subirse a un escenario y con-

tar algo de tal manera que cuando acabas, los que están ahí debajo, viendo cómo escupes palabras adheridas por la música, nunca volverán a ser los de antes, podrán ser mejores o peores, pero lo que es seguro es que si escuchas a Brel, algo se mueve en tu interior, y además, si lo ves y lo masticas, te golpea sin parar hasta transformarte. Es lo que a mí me había sucedido, acababa de salir de mi capullo, y aunque aún no era una mariposa, sí, al menos, creí que Brel me había dado el impulso definitivo para convertirme en uno de ellos, un sin nombre.

2666

Nica y yo volvimos del Gold Inn con la poderosa presencia de Brel reflejada en los húmedos adoquines de las vacías callejuelas. Poco antes nos habíamos despedido de los sin nombre con la naturalidad con que se comparte un saludo familiar. Nadie dijo un “hasta mañana”, como sí sucedió la noche anterior, pero las miradas devueltas tenían ese algo de compañerismo que no recordaba haber visto en nuestro primer encuentro.

Nica estaba agotada, caminaba como un boxeador noqueado con los brazos caídos y el brillo jovial de sus ojos parecía oscurecido por la pesadez de sus párpados. Nos dimos un abrazo en la recepción del hostel y en silencio subió las escaleras hacia su habitación. Yo me senté en el viejo sofá perdido en una esquina del vestíbulo del hostel para descansar un instante antes de aclarar mis ideas. Estaba cansado, pero solo físicamente. La cabeza estaba encendida, confundida, en plena ebullición. Llegué a pensar que si eso es lo que les sucedía a los sin nombre me daría de baja en ese mismo instante. Me sorprendió un corto pero intenso ataque de risa. Si la encargada del hostel viera a un tipo sentado de madrugada en ese incómodo y ridículo sofá riéndose a solas soplaría o bufaría rogando para que llegara de una maldita vez su edad de jubilación.

Me acerqué al baño para mojarme la cara y parar el impulso continuo y desordenado de mi cerebro. No entendía lo que me pasaba, en un principio mi sensación era en apariencia similar a la que sentía en mis frecuentes ataques de ansiedad, pero había algo más que lo diferenciaba con claridad. Con la ansiedad los pensamientos se agolpaban hasta que en un momento dado todo se colapsaba y solo una respiración profunda, lenta y acompasada me dejaba seguir viviendo, como una rata o un reptil enjaulado, pero al fin y al cabo, seguir viviendo. La sensación que me tenía atrapado en ese momento no era la de estar taponado, sino la de sentir brotar en mi cerebro múltiples ideas, sensaciones y sentimientos que me invadían pero que no me impedían seguir caminando ni realizando nuevos actos. No era un estado nocivo pero sí desconocido para mí. Sin duda todo estaba conectado con lo sucedido esa noche, con la necesidad de comprender qué es lo que me había hecho llegar hasta El Refugio, lo que había detrás de todo ello, qué se escondía a solo unos pasos de

mí y no llegaba a comprender y qué trascendencia tenía en mi vida haber ingresado en la comunidad de los sin nombre.

No tener nombre significaba pertenecer a un grupo de extraños que me hacían ver que los caparzones protectores de mi vida no lo eran todo. No tener nombre implicaba reírse de lo intrascendente y matizar lo fundamental, borrar la muerte de un plumazo y maquillar la vida a mi antojo. No tener nombre me daba un nombre, el que yo quisiera elegir en cada momento para pasar los malos tragos o disfrutar a borbotones. No tener nombre era una salida de emergencia de la nada y un atajo hacia lo desconocido, donde reside la vida merecida de ser vivida.

Me mojé la cara, la nuca y las muñecas con idéntico ritual que realizan los bañistas antes de zambullirse en la piscina. Me miré al espejo y el reflejo devolvía la cara de un tipo cansado, con el pelo enmarañado pero con los ojos abiertos dispuestos a no ceder ante la necesidad de dormir. Cerré el grifo del agua fría y abrí el de la caliente. Mis manos se dejaron acariciar por la tibieza del agua comprobando cómo la temperatura iba subiendo y sentía un dulce placer que me invadía todas las partes del cuerpo. Pero todo instante de plenitud se acaba rompiendo en un abrir y cerrar de ojos. El agua tibia se tornó en caliente, y unos segundos más allá, en abrasadora. Era lo que necesitaba, un pellizco externo que me hiciera estallar la cabeza y la dejase en barbecho, libre del desenfreno en que se encontraba. La quemazón en la yema de los dedos me hizo soltar un pequeño gemido que me devolvió a un estado mental próximo a la coherencia. Cerré el grifo y comprobé cómo el baño de la recepción del hostel estaba envuelto en vaho y en el espejo tan solo se intuía una imagen perdida que podría ser la mía o la de cualquier sin nombre de este mundo. Seguí mirando a la espera de ver quién aparecía en ese espejo pintado de agua evaporada. Dirigí mi dedo índice con suavidad hacia el cristal que tenía delante de mis narices y lo deslicé sin pensar más allá de lo que el momento requería. Un dos, un seis, otro, seis y otro más. Eso fue lo que el dedo índice de mi mano derecha dibujó en el cristal humedecido que estaba frente a mí.

Esperé a que los números desaparecieran y mi rostro volviese a dominar el espejo. A pesar de que el dos fue el primero en ser escrito desapareció el último. Los tres seises se diluyeron al unísono. Subí

las empinadas escaleras con celeridad. Entré en mi habitación y el libro estaba en mi maleta abierta, olvidado junto a una camisa usada y unos pantalones que siempre llevo de viaje y nunca utilizo. Llevaba dos días sin leer nada, había olvidado 2666 y quizás en él estaba la respuesta. Cogí el grueso libro y lo abrí por el lugar donde lo dejé. Ya era de día por completo, abrí las cortinas y recosté mi cuerpo de tal manera que la luz natural impactara directamente sobre las hojas del libro de Bolaño. Estaba leyendo “La parte de los crímenes”, iba por la página cuatrocientos sesenta y cinco. Sabía lo que buscaba en la lectura: ¡Respuestas! Pero aun ignorando cómo encontrarlas, intuía que en ese libro aparecerían. Relajé mi cuerpo tumbado en la cama y me dispuse a leer sin parar hasta que entre la oscuridad de mis incógnitas apareciese un claro.

A las cinco de la mañana, al volver a casa, el judicial Juan de Dios Martínez encontró un mensaje de la directora del manicomio en el contestador. La persona que usted busca, decía la directora, padece sacro fobia...

Leí sin descanso durante cuatro horas seguidas inmerso en el submundo devastador de espeluznantes descripciones de cadáveres de jóvenes mexicanas e investigaciones policiales inertes. No estaba cansado, mi mente dejó de buscar respuestas y tan solo se dejaba llevar por la crudeza de Bolaño. Pasé la página seiscientos sesenta y seis, es una costumbre que tengo, siempre leo el número de la página como si fuese una parte más del texto, una manía absurda que con el tiempo he desistido de intentar evitar y asimilar como un gesto incorregible.

Seguía leyendo.

La casa donde se encontraron los cadáveres era propiedad de una anciana que no se enteraba de nada, una vieja dama de la alta sociedad santateresiana que vivía de los alquileres de sus propiedades, entre las que se contaban las de las casas vecinas...

Al pasar a la página seiscientos sesenta y siete mi vista se paralizó como activada por un automatismo. Después de cuatro horas de lectura ininterrumpidas (en ese momento fue cuando vi que en el reloj las manecillas marcaban las once y cuarto) algo en el texto me obligaba a detenerme. El contenido no tenía nada que ver con la pausa, se trataba de una anotación que se encontraba escrita con

bolígrafo de color azul en la parte inferior de la página seiscientos sesenta y seis. Leí la frase que estaba escrita en letras minúsculas y todo empezó a cobrar sentido.

“Disfruta de la otra vida en El Refugio”

Era la misma contestación que recibí del correo electrónico desde el que se envió la noticia de mi defunción a la redacción del periódico local de Tilflugt, El Refugio. Cerré el libro, me dirigí al gran ventanal desde donde la Catedral estaba más bella que nunca con el sol iluminando sus complicados recovecos. Abrí la ventana, respiré el aire marino de Tilflugt sabiendo que iba a ser la última mañana que lo iba a hacer y dilaté por un momento el intento de descifrar por qué Colette me había hecho esto.

Seguí abriendo los pulmones a la fresca mañana dejando que el sol golpease directamente en mis ojos cerrados. El yo atormentado, confundido, disparatado y acobardado de los últimos días (¿quizás meses o años?) me estaba abandonando y lo dejaba volar en la dirección que se le antojase. Lo que estaba en ese ventanal con la sola caricia del sol amigo era mi materia prima, esa que llevaba olvidada tanto tiempo. Abrí los ojos y observé cómo la plaza estaba llena de vida, los cafés con sus terrazas adornadas con flores, sus camareros impolutos, los tenderetes repletos de frutas y verduras de temporada, los columpios atestados de niños que reían, abuelos charlando sentados en bancos de piedra y gente entrando y saliendo de los establecimientos saludando o regalándose los buenos días con gestos amables.

El sueño me invadió, cerré el ventanal, corrí las grandes cortinas y me dejé atrapar por el cansancio. Cuatro horas después abrí los ojos lentamente, en un despertar suave y delicado me dirigí a la ducha y dejé que el agua fría me devolviese la tensión requerida para superar con nota el último día en Tilflugt. Me vestí, hice la maleta y cogí el voluminoso libro de Bolaño. Lo abrí por la página seiscientos sesenta y seis y volví a leer la anotación con la letra inconfundible de Colette.

“Disfruta de la otra vida en El Refugio”

Era el momento de pensar qué hacer, cómo catalogar lo que Colette había hecho, pero pensé que lo mejor sería hablar con ella e intentar

comprender el por qué. Llamé a su móvil pero no estaba operativa. Miré el reloj y comprendí que era la una en punto y estaría en alguna de las interminables y estériles reuniones organizadas por su gerente.

Bajé a tomar un café a la plaza, pero cuando pasé por la recepción la encargada del hostel me dijo que una señorita me había dejado una nota. Recuperado con un café y unas tostadas con mantequilla y mermelada abrí el sobre que sin duda me había dejado Nica.

Siento haberme marchado sin despedirme, me han dicho que estabas acostado y no quería molestarte. Es un tema urgente de trabajo que me reclama. Deseo que tu “asunto” se solucione y quería decirte que ha sido un inmenso placer compartir con un verdadero sin nombre estos días en Tilflugt. Ya te llamaré esta semana para charlar.

Un beso de tu amiga,

Nicole

P.D.: En cuanto sepas algo de Gold no dudes en llamarme.

Me quedé paralizado.

Nica no había firmado como Nica, sino como Nicole. Nicole, el nombre real de su diminutivo Nica. Nicole era un nombre que para otra persona cualquiera no significaría nada, pero vital para mí porque era el de la mujer con la que había decidido compartir mi vida, Colette. Pensé en Nica cuando la vi por vez primera y recordé que sentí algo parecido a cuando conocí a Colette en la parada de autobús donde se empapaba con la lluvia torrencial mientras yo sostenía aquel paraguas ridículo que nos unió.

Elucubré que Nica y Colette, Colette y Nica, eran parte de la misma esencia y que Nicole significaba aquello que las unía a ambas y que a la vez me mantenía imantado a las dos. Dejé de sentirme culpable de manera absurda al intentar razonar que el deseo de la una era el que tenía por la otra porque las dos formaban parte del mismo campo visual. Nicole lo englobaba todo y era la parte indivisible de ambas. Nica, Colette y yo conformábamos un triángulo amoroso de película de cine negro, pero Nica, Colette y Nicole solo eran un triángulo de mensajes ocultos que nunca llegaría a descifrar, ni necesitaría conocer, porque en su interior yo no cabría.

Cogí una servilleta de papel y empecé a dibujar triángulos equiláteros cuyos vértices imaginaban puntos de encuentro que se conectaban trazando líneas con los otros vértices.

Nica, Nicole, Colette, un triángulo, niñez, sexo, muerte, otro, y seguían eclosionando triángulos en la servilleta dando significado a todo lo que en los últimos cinco días había girado a mi alrededor. Nica, Gold y yo, otro triángulo, los sin nombre, Tilflugt y 2666, uno más, Eden, Gold y el bello Greg Luginis, otro, y por último, Colette, “el asunto” y yo se plantaba en medio de la servilleta como punto vigía del resto de figuras que gravitaban en torno a él. Todo lo que había ocurrido desde que hice la maleta para venir a este apartado lugar no se había desarrollado en círculos tal y como había creído los últimos días, era algo mucho más sencillo y fácil de asimilar, los hechos se iban agolpando de tres en tres, formando figuras geométricas triangulares que todo lo abarcaban. Seguí pintando triángulos en varias servilletas hasta que mi abstracción me devolvió a la realidad y decidí volver a intentar ponerme en contacto con Colette para que esas figuras geométricas se tradujesen a un lenguaje cercano y comprensible.

Marqué el número de móvil de Colette. Un tono, nervios, desorientación, dos tonos, vértigo ante el impulso de orientar mi conversación con Colette al reproche sin darle tiempo a la previa explicación, tres tonos, enfado conmigo mismo por no haber sido capaz de intuir que todo partía de ella, cuatro tonos, olvido de todos los prejuicios anteriores y concentración en el maldito sonido para dejar que la cosa saliese como tenía que salir, cinco tonos...

–Hola, ¿qué tal te va?

La voz de Colette irrumpió como un torrente perdido entre la proximidad de la verdad y la cercanía a la fuente de la mentira. Llegaba el momento de descubrir las cartas sabiendo que lo que iba a escuchar me podía doler o ayudar a sacar el cuello del fango, pero al escuchar con atención el tono de voz cálido y decidido de Colette preferí esperar a que su rostro acompañase la explicación. Colette, (o quizás Nicole, o ambas), y no solo su voz me ayudarían a entender por completo, a poder asimilar que mi estancia en Tilflugt era la solución a no sabía qué enigma, pero al fin y al cabo, la solución.

Hablamos primero de su estado de salud. No había tenido ningún problema visual y estaba tranquila. Me contó que se había encontrado con Martin, el tipo tuerto que conoció en la sauna del gimnasio, y le recomendó su oculista, al cual acudió la tarde anterior y le tranquilizó después de realizarle una exploración exhaustiva. Luego charlamos de otros temas sin importancia y cuando la vacuidad se había agotado le dije:

–Colette, esta misma tarde dejo Tilflugt, estoy preparado para volver.

Escuché al otro lado del teléfono un suspiro descargado desde muy adentro.

–¿Necesitas que te lo cuente ahora? –Entonó la pregunta con la renuncia a su autoridad natural habitual.

–En casa, Colette, es mejor en casa, creo que lo entenderé mejor –contesté con la convicción de que el transcurso de un día o dos sería muy bueno para calmar la situación.

El doce de marzo, cinco días después de cumplir treinta y cinco años y recibir la noticia de mi muerte, dejé Tilflugt, El Refugio, y volví a casa para reencontrarme con Colette.

CRUCE DE MENSAJES

Relación de los correos electrónicos que Colette y Jürgen se enviaron la mañana del uno de marzo, seis días antes del día de mi treinta y cinco cumpleaños.

De: Jürgen
Enviado el: 01 de marzo, jueves 8:22
Para: Colette
Asunto: Gold

Hola Colette; ¿Qué tal va la mañanita? ¿Ya te está mareando el jefe?

De: Colette
Enviado el: 01 de marzo, jueves 8:23
Para: Jürgen
Asunto: Gold

Jürgen; Todavía estoy leyendo las noticias, no creas que soy tan productiva. Veo que en el asunto has puesto Gold. ¿Pasa algo?

De: Jürgen
Enviado el: 01 de marzo, jueves 8:23
Para: Colette
Asunto: Gold

Siempre tan perspicaz... Sí que pasa, sí que pasa...

De: Colette
Enviado el: 01 de marzo, jueves 8:24
Para: Jürgen
Asunto: Gold

Cuenta, que el jefe no husmea.

De: Jürgen
Enviado el: 01 de marzo, jueves 8:24
Para: Colette
Asunto: Gold

Lo de siempre, pero elevado a la enésima potencia.

De: Colette

Enviado el: 01 de marzo, jueves 8:25

Para: Jürgen

Asunto: Gold

¿Otra vez ausente?

De: Jürgen

Enviado el: 01 de marzo, jueves 8:26

Para: Colette

Asunto: Gold

En esta ocasión percibo que está más perdido que otras veces y temo que pueda hacer alguna locura. Veo en su actitud, en el tono de voz e incluso en su mirada algo que en otras ocasiones no intuía. Necesita ayuda pero ya sabes que es difícil entrar en su territorio. No sé qué hacer, Colette...

De: Colette

Enviado el: 01 de marzo, jueves 8:28

Para: Jürgen

Asunto: Gold

Tranquilo Jürgen, me imagino lo que estás pasando porque algo parecido me sucede a mí.

De: Jürgen

Enviado el: 01 de marzo, jueves 8:28

Para: Colette

Asunto: Gold

¿¿¿¿¿???????

De: Colette

Enviado el: 01 de marzo, jueves 8:30

Para: Jürgen

Asunto: Gold

No estoy muy segura pero creo que mi querida costillita está en una situación similar a la de la tuya. Lo veo últimamente como desubicado. Él no me dice nada, ya sabes que es muy introvertido, pero creo que por la cabeza le rondan mil fantasmas.

De: Jürgen

Enviado el: 01 de marzo, jueves 8:32

Para: Colette

Asunto: Gold

¿No le estarás metiendo mucha presión con lo del niño?

De: Colette

Enviado el: 01 de marzo, jueves 8:34

Para: Jürgen

Asunto: Gold

Puede ser, a veces me lo planteo, pero creo que es un problema que supera este tema. Es como si no lograra encontrar su sitio en este mundo, algo parecido a lo de Gold, pero en otra dimensión.

De: Jürgen

Enviado el: 01 de marzo, jueves 8:35

Para: Colette

Asunto: Gold

Te entiendo, y no te entiendo, o mejor dicho, les entiendo y no les entiendo.

De: Colette

Enviado el: 01 de marzo, jueves 8:35

Para: Jürgen

Asunto: Gold

¡¡¡Exacto!!!

De: Jürgen

Enviado el: 01 de marzo, jueves 8:36

Para: Colette

Asunto: Gold

Colette, tenemos que ponernos el mono de trabajo para actuar.

De: Colette

Enviado el: 01 de marzo, jueves 8:37

Para: Jürgen

Asunto: Gold

¿Los salvamos o los tiramos a la basura?

De: Jürgen
 Enviado el: 01 de marzo, jueves 8:37
 Para: Colette
 Asunto: Gold
 Jaja, ¡admiro tu sentido del humor;

De: Colette
 Enviado el: 01 de marzo, jueves 8:38
 Para: Jürgen
 Asunto: Gold
 La verdad, Jürgen, no sé qué hacer, estoy bastante superada por la situación.

De: Jürgen
 Enviado el: 01 de marzo, jueves 8:39
 Para: Colette
 Asunto: Gold
 Tengo una idea algo descabellada pero que puede dar resultado. Puede ser una moneda al aire pero creo que es mejor eso que quedarnos cruzados de brazos mientras estos petardos depresivos de parejas que tenemos nos arrastran con ellos al acantilado.

De: Colette
 Enviado el: 01 de marzo, jueves 8:40
 Para: Jürgen
 Asunto: Gold
 Cuenta, Jürgen, cuenta...

De: Jürgen
 Enviado el: 01 de marzo, jueves 8:40
 Para: Colette
 Asunto: Gold
 Es un poco largo y ahora tengo trabajo, cuando tenga un hueco seguimos, ¿ok?

De: Colette
 Enviado el: 01 de marzo, jueves 8:41
 Para: Jürgen
 Asunto: Gold
 Ok, ok. Besos y ánimo Jürgen.

De: Jürgen
 Enviado el: 01 de marzo, jueves 8:41
 Para: Colette
 Asunto: Gold
 Besos, ¡hasta luego!

De: Jürgen
 Enviado el: 01 de marzo, jueves 10:03
 Para: Colette
 Asunto: Gold
 ¿¿¿Colette???

De: Colette
 Enviado el: 01 de marzo, jueves 10:03
 Para: Jürgen
 Asunto: Gold
 Espera un poco, ahora estoy contigo...

De: Colette
 Enviado el: 01 de marzo, jueves 10:07
 Para: Jürgen
 Asunto: Gold
 Ya estoy aquí, cuéntame tu idea, estoy ansiosa por escucharla.

De: Jürgen
 Enviado el: 01 de marzo, jueves 10:07
 Para: Colette
 Asunto: Gold
 Es un tema un poco extraño, pensarás que se me ha ido la cabeza.

De: Colette

Enviado el: 01 de marzo, jueves 10:08

Para: Jürgen

Asunto: Gold

¡¡¡Arranca Jürgen!!! Me tienes intrigada.

De: Jürgen

Enviado el: 01 de marzo, jueves 10:12

Para: Colette

Asunto: Gold

Hace unas semanas tomando un café con un buen amigo empezamos a hablar sobre el mal uso que se está dando a las nuevas tecnologías y el desaprovechamiento de las mismas. Ya sabes mi opinión un tanto antigua y escéptica que tengo al respecto. Mi amigo no tenía la misma visión y empezó a poner ejemplos de casos prácticos en los que las redes sociales están mejorando a la sociedad. La verdad es que argumentos tenía para parar un tren, pero yo seguía en mi trinchera, inamovible, con la terquedad propia de un buen alemán de pura cepa. Yo apenas rebatía y seguía escuchando las bonanzas del uso de la tecnología 2.0 cuando me contó el proyecto de El Refugio. ¿Te suena?

De: Colette

Enviado el: 01 de marzo, jueves 10:15

Para: Jürgen

Asunto: Gold

¿El Refugio? Ni idea...

De: Jürgen

Enviado el: 01 de marzo, jueves 10:18

Para: Colette

Asunto: Gold

Hay una serie de personas de todo el mundo que se comunican a través de una cuenta de twitter cuya finalidad es crear un grupo pequeño, selectivo donde todos los que ingresen estén convencidos de que el proyecto "El Refugio" les motiva y les convence. El proyecto "El Refugio" es algo así como la creación de un club donde la literatura y toda la fantasía que la envuelve sirvan de nexo de unión a los miembros. La idea es que una vez al año, durante todo el mes de

marzo, los que conozcan el proyecto "El Refugio" se puedan reunir en una pequeña ciudad costera de Dinamarca llamada Tilflugt (que significa Refugio en danés) para leer y compartir historias y vivencias literarias entre los asistentes. Solo existe una norma para todos los que acudan: No importa el pasado de nadie, de dónde vienes, cómo te llamas, dónde trabajas, si tienes familia o no, es algo que queda en el lugar de origen de cada uno, lo importante es que los días de marzo que se compartan en El Refugio se dediquen a encontrarse uno mismo a través de la imaginación que está inyectada en el corazón de la literatura.

De: Colette

Enviado el: 01 de marzo, jueves 10:22

Para: Jürgen

Asunto: Gold

Comprendo. ¿Estás pensando en proponerle a Gold ir allí?

De: Jürgen

Enviado el: 01 de marzo, jueves 10:23

Para: Colette

Asunto: Gold

Sé que sabiéndolo no iría y si lo hiciera no funcionaría porque lo tomaría como otra terapia más de las múltiples que ha intentado.

De: Colette

Enviado el: 01 de marzo, jueves 10:24

Para: Jürgen

Asunto: Gold

¿Y cómo lo vas a enfocar?

De: Jürgen

Enviado el: 01 de marzo, jueves 10:25

Para: Colette

Asunto: Gold

Estoy maquinando una maldad que incluye también a tu costilla.

De: Colette
 Enviado el: 01 de marzo, jueves 10:25
 Para: Jürgen
 Asunto: Gold
 ???????

De: Jürgen
 Enviado el: 01 de marzo, jueves 10:26
 Para: Colette
 Asunto: Gold

Déjame darle forma y te lo cuento después de almorzar, sobre la una. Seguimos luego.

De: Colette
 Enviado el: 01 de marzo, jueves 10:26
 Para: Jürgen
 Asunto: Gold

Vale, vale, pero a la una en punto, que me tienes muy intrigada. Un beso.

Relación de los correos electrónicos que Colette y Jürgen se enviaron el mediodía del uno de marzo, seis días antes del día de mi treinta y cinco cumpleaños.

De: Jürgen
 Enviado el: 01 de marzo, jueves 13:06
 Para: Colette
 Asunto: Gold
 Colette, ¿puedes?

De: Colette
 Enviado el: 01 de marzo, jueves 13:07
 Para: Jürgen
 Asunto: Gold

Estabas a punto de contarme el plan maquiavélico que no me ha dejado ni comer a gusto.

De: Jürgen
 Enviado el: 01 de marzo, jueves 13:07
 Para: Colette
 Asunto: Gold

Pensarás que estoy un poco mal de la cabeza cuando te lo cuente.

De: Colette
 Enviado el: 01 de marzo, jueves 13:07
 Para: Jürgen
 Asunto: Gold

Lo pienso antes de que me lo cuentes, así que no te preocupes.

De: Jürgen
 Enviado el: 01 de marzo, jueves 13:10
 Para: Colette
 Asunto: Gold

Gracias Colette, esa es la actitud que necesito. Bien, te cuento. Lo que pretendo es que nuestras costillas dañadas o a punto de romperse vayan a El Refugio sin que sean conscientes de lo que sucede en ese lugar, para que surja algo que les impulse en sus vidas, no sabemos si hacia arriba o hacia abajo, pero el objetivo es que se agiten de alguna manera para ver si de una maldita vez escapan de la tela de araña en la que están atrapados. Es un riesgo que creo debemos asumir. Y la forma que se me ha ocurrido para llevarlos hasta allí es donde está el punto macabro. El día siete es el cumpleaños de tu costilla y creo que es el día en el que se le puede anunciar que ha llegado su final.

De: Colette
 Enviado el: 01 de marzo, jueves 13:13
 Para: Jürgen
 Asunto: Gold

¿Su final?

De: Jürgen

Enviado el: 01 de marzo, jueves 13:15

Para: Colette

Asunto: Gold

Su muerte. Puedo mandar un correo electrónico al periódico local de Tilflugt para que pongan su esquila e inventarme una excusa para decirle que ese diario llegó a mis manos. Lo siguiente sería que por él mismo decida venir a investigar por qué ha sucedido (tarde o temprano lo hará) y yo me encargo de que Gold le acompañe.

De: Colette

Enviado el: 01 de marzo, jueves 13:18

Para: Jürgen

Asunto: Gold

¡Joder! ¡Anunciar su muerte! Desde luego puede ser la única forma de recordarle de una vez por todas que está vivo.

De: Jürgen

Enviado el: 01 de marzo, jueves 13:19

Para: Colette

Asunto: Gold

En principio se me había ocurrido la idea con Gold pero al contarme que tu pareja también está bastante desquiciada creo que es mejor con tu costilla porque con la mía igual el shock es demasiado fuerte y no sé cómo lo llevaría en solitario. ¿Te parece un disparate?

De: Colette

Enviado el: 01 de marzo, jueves 13:21

Para: Jürgen

Asunto: Gold

Déjame pensarlo, Jürgen, es una decisión que la debo meditar. Esta noche cuando la costilla esté en la cama (dando vueltas sin dormir como de costumbre) te respondo, ¿ok?

De: Jürgen

Enviado el: 01 de marzo, jueves 13:22

Para: Colette

Asunto: Gold

Vale, piénsalo bien y tranquila porque seguro que lo que decidas será lo correcto.

De: Colette

Enviado el: 01 de marzo, jueves 13:22

Para: Jürgen

Asunto: Gold

Eres un cielo Jürgen, te quiero.

De: Jürgen

Enviado el: 01 de marzo, jueves 13:22

Para: Colette

Asunto: Gold

Te quiero.

Relación de los correos electrónicos que Colette y Jürgen se enviaron la noche del uno de marzo, seis días antes del día de mi treinta y cinco cumpleaños.

De: Colette

Enviado el: 01 de marzo, jueves 22:23

Para: Jürgen

Asunto: Gold

Jürgen, ¿estás despierto y conectado?

De: Jürgen

Enviado el: 01 de marzo, jueves 22:23

Para: Colette

Asunto: Gold

Aquí estoy, esperando tus señales de humo.

De: Colette

Enviado el: 01 de marzo, jueves 22:24

Para: Jürgen

Asunto: Gold

Creo que puede funcionar. Así que adelante.

De: Jürgen

Enviado el: 01 de marzo, jueves 22:25

Para: Colette

Asunto: Gold

¡Esa es mi Colette, valiente y aguerrida!

De: Colette

Enviado el: 01 de marzo, jueves 22:26

Para: Jürgen

Asunto: Gold

¿Qué es lo que tengo que hacer?

De: Jürgen

Enviado el: 01 de marzo, jueves 22:27

Para: Colette

Asunto: Gold

Déjalo en mis manos. Ya he creado una cuenta de e-mail (2e6u6r6@gmail.com) desde la que voy a enviar al periódico de Tilflugt los datos de la defunción de tu costilla. Como verás en la dirección del correo está incluido el título del libro que me dijiste que le ibas a regalar por su cumpleaños, 2666. En una página de mitad del libro escribe una nota que ponga "Disfruta de la otra vida en El Refugio". Eso es todo.

De: Colette

Enviado el: 01 de marzo, jueves 22:29

Para: Jürgen

Asunto: Gold

¿Qué significa eur, euro, Europa?

De: Jürgen

Enviado el: 01 de marzo, jueves 22:30

Para: Colette

Asunto: Gold

El último refugio. Creo que es así como debemos verlo, la última oportunidad de que estos dos tipos que tanto trabajo nos dan se encuentren de una vez por todas a sí mismos y donde todo aparenta ser gris, se engañen, como hacemos el resto de los mortales, e imaginen colores vivos.

De: Colette

Enviado el: 01 de marzo, jueves 22:30

Para: Jürgen

Asunto: Gold

¿Funcionará, Jürgen, funcionará?

De: Jürgen

Enviado el: 01 de marzo, jueves 22:31

Para: Colette

Asunto: Gold

Mi abuelo solía decir que la Segunda Guerra Mundial le dejó solo una lección aprendida: Los disparates son solo una premonición de la cordura que está por llegar.

De: Colette

Enviado el: 01 de marzo, jueves 22:32

Para: Jürgen

Asunto: Gold

Esperemos que tu abuelo estuviese en lo cierto. Buenas noches, Jürgen

De: Jürgen

Enviado el: 01 de marzo, jueves 22:33

Para: Colette

Asunto: Gold

Mi abuelo era un sabio, duerme tranquila. Buenas noches, mi dulce Colette...

UNA NUEVA MAR

Un año más tarde de la falsa noticia de mi muerte, ese “asunto” que con el paso del tiempo perdió su seudónimo, volví a Tilflugt.

Mi vida dio un chasquido desde mi primera visita, no sabía si hacia el lugar donde Jürgen y Colette lo habían planeado, pero lo cierto es que algo cambió en mí y sacudió las circunstancias que quedaban atrapadas en la tela de araña imaginaria que me envolvía. El año posterior a la noticia de mi muerte lo recuerdo como el de la transformación. El calendario chino asigna con acierto un animal como medida temporal, diría que el mío fue el año de la mariposa. Por fin la larva que me llevaba atrapando desde que tenía uso de razón y no me dejaba respirar el aire que necesitaba para sobrevivir, dejó de existir, y me permitió ser yo mismo, con un vuelo torpe pero adornado por una regocijante sensación de libertad.

Ese verano Colette estuvo más atractiva que nunca y al llegar el otoño ambos supimos la causa de la sublimación de su físico: Las hormonas de la gestación estaban haciendo su trabajo. Colette embarazada, era una gran noticia para ella y un miedo olvidado para mí. Tengo que reconocer que me asusté, pero la angustia esperada en otro tiempo pasado no apareció por ningún lado. La sonrisa de Colette superaba todas mis incertidumbres y asumí mi paternidad como lo que era, una responsabilidad gobernada por la esperanza de que algo nuevo iba a multiplicar nuestra complicidad. La niña, Nicole, nació el dos de marzo (marzo, marzo, marzo, no podía ser de otra forma) y cinco días después, el día de mi cumpleaños, Colette me hizo un regalo inesperado. El libro habitual, en esta ocasión una biografía (elegantemente ilustrada con fotografías de todas sus épocas) de Jacques Brel, venía acompañado por una nota de Colette que era lo que contenía el verdadero regalo de cumpleaños:

“Por suerte este libro no llega a las satánicas 666 páginas por lo que no me queda más remedio que ser tradicional y escribirte mi deseo como el resto de los mortales, en la primera página: Disfruta de la otra vida en El Refugio, el último refugio”.

La miré con una mezcla de extrañeza y necesidad de desenrollar el ovillo. Enarqué las cejas obsequiándola con una sonrisa acusadora.

—Dentro de una semana hay dos amigos que te esperan en Tilflugt —explicó dirigiéndome una mirada a medio camino entre la satisfacción y el desahogo por finiquitar el secreto guardado.

Durante ese año volví a contactar telefónicamente con Nica y con Gold. Nica seguía con su vida, mixtura de soledad deseada y sociabilidad necesaria. Gold volvió de su misterioso refugio con un manual etéreo de nuevas intenciones. Jürgen lo veía muy recuperado, atento a las cosas más tangibles del día a día. Había encontrado un trabajo estable y su relación con el hachís parecía controlada. En todo ese año no volvió a desaparecer y su aparente normalidad le otorgaba más números en la ruleta para no volver a caer en una de sus repetitivas depresiones. Sin embargo Jürgen, con su habitual componente práctico y su enfermiza capacidad de previsión, sabía que Gold seguía con la guillotina encima de la cabeza y que el tratamiento debía ser de por vida. Tilflugt le había aliviado y una vez conocido el remedio que allanó su montaña de angustias creyó que debería incidir en él. Se puso en contacto con Nica para que intercediera y convenciese a Gold para pasar otra semana de terapia en Tilflugt. Jürgen se lo comentó a Colette y a pesar de que acababa de tener a nuestra niña pensó que era una gran idea y un combustible necesario para prolongar la armonía conseguida en nuestra convivencia.

Una semana después, el cálido nueve de marzo, Gold, Nica y yo estábamos tumbados en los bancos del paseo marítimo de Tilflugt leyendo, acompañados por otros sin nombre. Gold leía una novela, con una antigua y delicada encuadernación, que no alcanzaba a descifrar el título, Nica sostenía un libro de Faulkner y yo disfrutaba de la biografía de Jacques Brel que Colette me había regalado. El sol llevaba acompañándonos durante todo el día pero unas nubes amenazadoras se acercaban. Todavía no llovía. Nica se levantó haciéndonos un gesto con la mano indicando el estado del cielo. Gold y yo la seguimos, pero antes nos detuvimos los tres a contemplar la mar que hacía un año asemejaba un lago. No era la misma mar. La ausencia de olor salino de un año atrás había quedado en el olvido, esa mar acababa de adquirir su pureza, se estaba embraveciendo y el aroma a algas y salinidad lo impregnaba todo. Los tres nos miramos dándonos cuenta de que estábamos, por fin, disfrutando de una mar verdadera, no un sucedáneo, un espejo vacío, que era tal

y cómo se nos había presentado un año antes. Bajamos a la arena, la tocamos, la estrujamos entre nuestras manos y notamos como su calidez nos recorría todo el cuerpo. El viento azotaba, la calma del tiempo pasado no era más que una pesadilla, metimos los pies en el agua. Cada comprobación de que la normalidad acababa de dominar al sueño ambiguo nos alivió aunque nos acompañó durante el proceso una sensación de nostalgia por los sufrimientos perdidos. Pensé que todo está escrito en la condición humana, la necesidad de entender y la necesidad de dejar de comprender son el anverso y el reverso de la misma hoja para que todo encaje y podamos seguir adelante.

Gold, Nica y yo comenzamos a caminar entre las callejuelas de Tilflugt, sintiendo en nuestras entrañas el descaro del salitre verdadero. Caminábamos en silencio cuando la fina lluvia comenzó a acompañarnos. Sabíamos hacia dónde nos dirigíamos porque éramos tres sin nombre y los que no teníamos nombre conocíamos que el único lugar donde al caer la noche podíamos encontrar un último refugio era el hábitat de los encuentros esperados y las historias desconocidas, el sitio donde todo se comparte y nada se cuenta, el jardín de los sueños inventados, el lugar para recordar los libros que brotaron de la desesperación y la senda de versos inacabados. Nica, Gold y yo entramos, un año después de haberlo hecho por primera vez, al Gold Inn.

PALE BLUE EYES

Colette y yo llevamos despiertos varias horas. Hemos desayunado y vuelto a la cama, por turnos, como si un capataz nos hubiese obligado a realizar los relevos de una manera ordenada. Nicole hoy ha dormido en nuestra cama porque los truenos de madrugada la han despertado varias veces y han acabado produciendo su desvelo total. En realidad la tormenta ha sido la excusa para que ambos cedieramos ante el evidente chantaje de nuestra pequeña tirana. Aquí sigue a mi lado rozando con los pequeños dedos de sus pies mi cadera y depositando su mano en uno de los senos de Colette. Está dormida, por fin, después de la noche de fiesta. Colette y yo nos observamos sabiendo que si la niña no fuese un polizón instalado en nuestra cama este momento de sábado por la mañana sería un paréntesis espléndido para hacer el amor. Nos sonreímos porque los dos conocemos nuestra intención frustrada.

Otra tormenta acaba de empezar a descargar su fiereza en la calle y Colette me complace abriendo la ventana y dejando unas breves rendijas en la persiana para que el sonido del bravo granizo alborote la habitación.

—Se va a despertar —digo.

—No importa, ya es hora, ha dormido más de lo que parece.

—Es tu regalo de cumpleaños —Colette se incorpora por encima de la niña y me planta un beso en los labios.

Mi cumpleaños, mi treinta y siete cumpleaños. Hacía dos años que recibí la noticia de mi muerte y ahora estoy tumbado en mi cama contemplando como la vida regurgita a mi alrededor, ¡qué gran paradoja! Colette se levanta a poner música. Le digo que Brel no estaría mal pero cuando vuelve escucho como arranca "Pale Blue Eyes" con la voz sugerente de Lou Reed.

*Sometimes I feel so happy
 Sometimes I feel so sad
 Sometimes I feel so happy
 But mostly you just make me mad
 Baby, you just make me mad*

*Linger on your pale blue eyes
Linger on your pale blue eyes*

Miro a los ojos a Colette y encuentro lo que busco, una cálida comprensión donde hace dos años solo encontraba compasión. Su mirada no ha cambiado, lo que ha mutado es el prisma de la mía. Mis pálidos ojos tristes, como quiere Lou Reed que se traduzca el título de su canción, son los que siempre me han obligado a ver las cosas desde el prisma de la negritud. Ahora, aunque sigan siendo los mismos ojos, con idéntica mirada, soy consciente de que es mi única mirada y con ella tengo que luchar cada día. Vuelvo mis “Pale Blue Eyes” hacia Nicole y allí sigue tumbada, pero ahora despierta con su mirada encontrando la mía.

*Thought of you as my mountain top
Thought of you as my peak
A thought of you as everything
I've had, but couldn't keep
I've had, but couldn't keep
Linger on your pale blue eyes
Linger on your pale blue eyes*

*Skip a life completely
Stuff it in a cup
They said, Money is like us in time
It lies, but can't stand up
Down for you is up*

*Linger on your pale blue eyes
Linger on your pale blue eyes*

*It was good what we did yesterday
And I'd do it once again
The fact that you are married
Only proves you're my best friend
But it's truly, truly a sin*

*Linger on your pale blue eyes
Linger on your pale blue eyes*

*If I could make the world as pure
And strange as what I see
I'd put you in a mirror
I'd put in front of me
I'd put in front of me*

La niña sonrío dirigiendo alguna palabra suelta como impulsada por la triste y bella melodía de The Velvet Underground mientras muestra con entusiasmo el espectáculo de sus ojos al público entregado, Colette y yo.

– Tiene tus ojos – dice Colette cuando la canción se va apagando.

– Sus ojos no son pálidos y tristes. Son azules y claros, Lou Reed se equivocó – corrijo a Colette devolviéndole el beso que me había entregado.

*Linger on your pale blue eyes
Linger on your pale blue eyes*

La tormenta empieza a amainar con el ritmo decreciente melodioso de “Pale blue eyes”. Noto el calor próximo y protector de Colette y la fina piel de mi hija acariciando mi pecho recordándome después de mucho tiempo que la felicidad es una estrella escondida que se puede alcanzar y en ocasiones sentir su tacto fugaz, pero poderoso.

Ahora, cierro mis ojos tristes y pálidos y me veo con claridad, diáfano y sereno, de pie, rodeado por una sombra múltiple evocadora de todo mi pasado y anunciando mi futuro que me incita a meditar. Pienso en ese lecho que todo lo contiene, asumiendo con plenitud que ser un sin nombre es a todo lo que puedo aspirar y paladeo ese estatus que me ha proporcionado la estabilidad que tanto me ha costado.

Sin embargo, las sombras me incitan a elucubrar que quizás haya llegado el momento de rescindir mi contrato con los sin nombre y

volver a la senda de los vivos: Porque los vivos, me dicen las sombras, siempre están seguros de que se sienten alejados del atajo que deriva en el final de todo y se encuentran tan despiertos como cuando lloraron por primera vez en el regazo materno. Y me reiteran las sombras que me sentiré bien, me encontraré bien porque estar solo o acompañado, cansado o liberado de problemas, azucarado o amargo, libre o cautivo, no son regalos o excusas para dejar de creer en que siempre exista una puerta entreabierta regalándome un guiño de complicidad. Y me repiten que hoy, más que nunca, tengo un nombre que me recuerda, a cada instante, que estoy cerca de lo que deseo alcanzar.

“Alex”, escucho el susurro que me dicen mis sombras. Esos reflejos difusos de mi cuerpo desnudo me recuerdan que tengo un nombre que me acompaña. “Alex, te llamas Alex”, escucho desde el fondo de la nada.

— ¿Alex?, ¿Alex? — abro los ojos y veo cómo Colette se inclina hacia mí para comprobar que no me he dormido y recordarme que Gold y Nica me acaban de enviar un correo electrónico de felicitación por mi cumpleaños.

— Alex, Alex, Alex — repite mi hija Nicole con una entonación recién estrenada que acompaña a su sonrisa sin complejos.

Oigo revolotear en la habitación el nombre de un sin nombre. Me cautiva, golpeándome, no para tirarme a la lona, sino para despertarme de mis complejos y poder comprender que me siento vivo, más vivo que nunca.